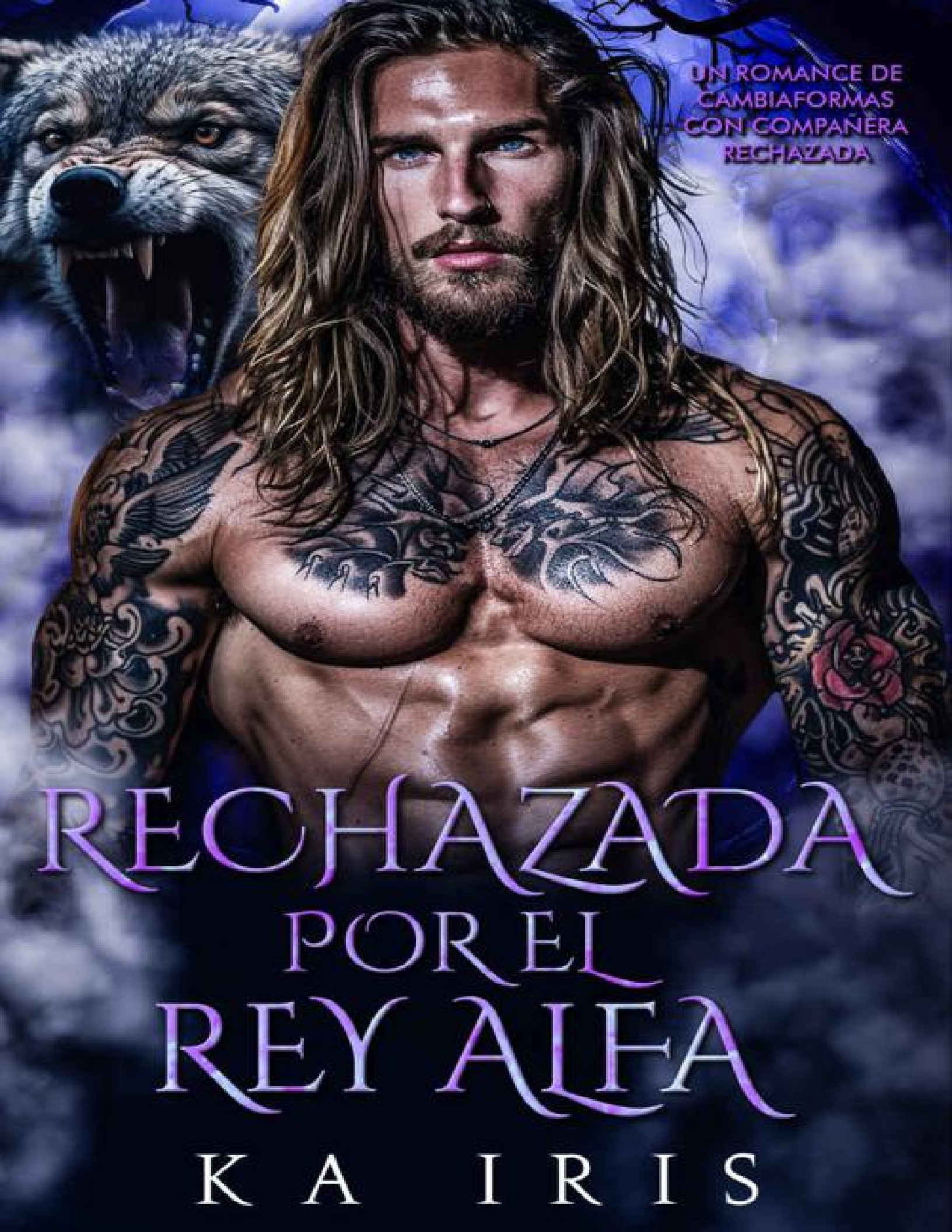

UN ROMANCE DE CAMBIAFORMAS CON COMPAÑERA RECHAZADA
RECHAZADA POR EL REY ALFA
K A I R I S

Rechazada por el rey alfa

Un romance de cambiaformas con compañera rechazada

KA Iris

Copyright © 2025 por KA Iris

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, incluidos el fotocopiado, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor.

La historia, todos los nombres, personajes e incidentes representados en esta producción son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos reales.

Boletín

PULSE AQUÍ

para suscribirte a mi boletín y recibir actualizaciones EXCLUSIVAS sobre todas las ofertas, avances secretos y nuevos lanzamientos.

Índice

Rechazada por el rey alfa

Nota del autor

Advertencia sobre el contenido

Prólogo

1. Anna

2. Anna

3. Anna

4. Anna

5. Anna

6. Anna

7. Anna

8. Jax

9. Jax
10. Anna
11. Jax
12. Anna
13. Jax
14. Anna
15. Jax
16. Anna
17. Jax
18. Anna
19. Anna
20. Jax
21. Anna
22. Jax
23. Anna
24. Anna
25. Jax
26. Anna
27. Jax
28. Anna
29. Anna

30. Jax
31. Anna
32. Anna
33. Jax
34. Anna
35. Anna
36. Jax
37. Jax
38. Anna
39. Jax
40. Anna
41. Anna
42. Jax
43. Anna
44. Jax
45. Anna
46. Jax
47. Anna
48. Jax
49. Anna
50. Jax

51. Anna
52. Jax
53. Anna
54. Anna
55. Jax
56. Anna
57. Jax
58. Anna
59. Jax
60. Anna
61. Anna
62. Anna
63. Anna
64. Anna
65. Anna
66. Anna
67. Anna
68. Jax
69. Jax
70. Anna
71. Jax

72. Anna
73. Jax
74. Anna
75. Jax
76. Anna
77. Jax
78. Anna
79. Anna
80. Jax
81. Anna
82. Jax

Rechazada por el rey alfa

Yo era la pareja predestinada del rey alfa.
Hasta que me rechazó, me desterró y me dejó *morir*.
Años después ha vuelto, y mi loba lo desea más que nunca…
No sé por qué el alfa Jax volvió a mi vida después de humillarme.
Pero apenas puedo controlarme cuando estoy con él.
Lo único que mi loba quiere es sentir ***su tacto, su vínculo, su todo.***
Pero no hay forma de que podamos estar juntos. Odio lo mucho que me lastimó, lo mucho que hizo sufrir a mi corazón.
Jax me ofrece un trato para ser libre…
a cambio de ayudarle en una peligrosa misión.
Pero cuando descubra el secreto que escondo, me matará.
Sólo tengo que escapar de él antes de que eso ocurra…

Nota del autor

Esta historia termina en suspense, y continúa en el Libro 2.

Advertencia sobre el contenido

Esta historia está dirigida a lectores mayores de 18 años y contiene temas que pueden resultar delicados para algunas personas, como la violencia, las menciones de sangre y asesinatos y las escenas de amor explícitas.

Prólogo

Anna

Llegaron sin previo aviso. Cuando miré por la ventana, un rayo cruzó el cielo oscuro y furioso, revelando media docena de siluetas a pocos metros de distancia. Antes de que el cielo volviera a oscurecerse, ya estaban en la cabaña.

Mi padre me agarró y me lanzó hacia ellos como una bola de bolos antes de cambiar a su forma de lobo y atravesar la puerta trasera. Dos cuerpos cayeron debajo de mí. El susto se convirtió en un miedo paralizador.

Algo tiró de mí hacia arriba.

—Sujétala —fue la única palabra que pronunció, pero su voz captó mi atención.

Confundida, giré la cabeza, pero ya era un lobo. Fundiéndose en la oscuridad, se convirtió en un borrón mientras perseguía a mi padre.

Me arrastraron fuera. La lluvia golpeaba el suelo y resbalé en el barro. No fue un movimiento para escapar, pero me castigaron por ello. Las garras me empujaron la espalda y me rastrillaron el hombro

antes de apoyarse en mi cuello. Miré fijamente a los ojos oscuros del lobo y comprendí que aquello era el fin. El miedo se desvaneció en la nada. No eran aliados. No había nada que temer.

Ellos eran el enemigo, y tal vez ahora por fin se terminaría todo.

El golpe nunca llegó. Me puse de pie cuando los otros metamorfos empezaron a girarse. Dos lobos cayeron al claro. El lobo gris, grande y ensangrentado, era mi padre. El lobo negro, ligeramente más pequeño, era un extraño, pero poseía un inmenso poder.

La loba que llevo dentro se agitó con interés por primera vez en mucho tiempo. Vacilante, se levantó dentro de mí.

Apretando los dientes, la empujé hacia dentro. No era el momento de dejar que tomara el control.

Se formó un círculo alrededor de mi padre y su oponente. Sabía sin lugar a dudas que esos serían los últimos momentos en los que vería a mi padre con vida.

Era un luchador experto. La fuerza y la inteligencia estaban de su lado, por no hablar de su naturaleza despiadada. Así había sobrevivido tanto tiempo.

El lobo negro era un alfa. Tenía el tipo de poder natural por el que mi padre había matado, una y otra vez, tratando de obtenerlo.

El lobo negro también tenía la rabia de su lado.

La lucha terminó en menos de diez minutos. Un rugido victorioso se elevó por encima del estruendo de mis captores mientras mi padre caía muerto al suelo.

Los truenos retumbaron mientras la tormenta se acercaba aún más. El alfa se movió y arrastró el cadáver de mi padre delante de mí.

Inmediatamente desvié la mirada, no para no mirar a mi padre, sino para no mirar al alfa.

—Soy Jax Bishop, Alfa de la Manada Diamante Negro. Confirme que el lobo muerto es Dirk Kipling.

No levanté la cabeza.

—Es él.

No había ni una sola nota de tristeza en mi voz. No esperaba que la hubiera. Tampoco había alegría. Ni alivio. Hacía años que no sentía esas emociones, y la muerte de mi padre no era más que una pequeña victoria. No borraría los años de tortura que había soportado.

O los recuerdos de lo que había hecho.

—No eres su pareja.

No era una pregunta, así que no contesté. Eso sólo pareció enfurecerle más.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Anna. Soy… era su hija.

Gruñó.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

—Los únicos lobos que veo en este campamento son los míos. ¿Quién más está aquí?

Mantuve la mirada fija en el suelo. La ropa se me pegaba a la piel y el agua me goteaba del pelo. Hacía frío en el bosque y me estremecí.

—Hay un pequeño contenedor de madera enterrado detrás de la cabaña —dije en voz baja—. A cinco metros. Encontrarás una

trampilla escondida bajo unos escombros del bosque, entre los dos pequeños postes que sobresalen del suelo. Dentro hay tres hembras juveniles.

El hombre que me sujetaba dio un tirón y yo emití un silbido de dolor.

—Encuéntralas —rugió Jax—. ¡Ya! —su ira se centró en mí.

—¿Alguien más?

—No.

—Mírame —gruñó—. Tu padre ha secuestrado y asesinado a innumerables lobos. ¿Le ayudaste?

Me costó algún esfuerzo, y tuve que luchar contra mi loba a cada segundo, pero levanté la mirada hacia la suya.

Un rayo volvió a iluminar el cielo y él retrocedió un paso, sorprendido. Mi lobo aulló de alegría en mi interior cuando algo pareció encajar en su sitio.

Fóllame.

El calor se apoderó de mi piel y mis pensamientos se vaciaron de todo menos de él.

Medía casi dos metros. Llevaba el pelo oscuro despeinado y sus intensos ojos oscuros me miraban atónitos. Nunca había pensado mucho en los héroes. De niña, soñaba despierta con que alguien vendría a salvarme, pero pronto aprendí que las ensoñaciones y las falsas esperanzas no eran más que diferentes formas de tortura, una forma de romperte el corazón.

Pero aquí estaba. Mi héroe, y según mi loba, mi pareja.

Los sentimientos de esperanza, muertos hace tiempo, resucitaron y sonreí de verdad.

Él sonrió.

—Mierda —gruñó el hombre que me sujetaba. Me di cuenta tarde de que todos los lobos habían sentido el vínculo de apareamiento de su alfa.

Retrocedían horrorizados.

—Responde a la pregunta —exigió Jax con voz ronca.

La realidad volvió a su sitio de golpe. Dentro de mí, mi loba gemía. Ella era inocente y siempre lo había sido. Lo di todo por protegerla. Por primera vez en años, mis ojos se llenaron de lágrimas.

Furiosa, esperé que la lluvia los ocultara, igual que intenté ocultar la forma en que mi corazón se hacía añicos.

—Sí —respondí con sinceridad—. He matado.

El guardia que estaba detrás de mí me puso de rodillas, pero no aparté la mirada. Necesitaba ver sus ojos. Necesitaba saber si habría perdón.

Sólo había asco.

—Prefiero matar a mi lobo que aceptar este vínculo de apareamiento —siseó con rabia—. No obtendrás nada de mí excepto la promesa de que si esas niñas mueren, te unirás a ellas. Esta noche. Yo, Jax Bishop, Alfa de la Manada Diamante Negro, te rechazo.

1

Anna

Tres años después

Era la tercera vez en una hora que las manos de Danny me rozaban «accidentalmente» el culo.

No tenía sentido mirarle mal o apartarle la mano. Me dedicaba una sonrisa sórdida y me decía:

—Lo siento.

Era sólo un espectáculo para los clientes, o al menos para los clientes que no sabían quién era yo. Ni siquiera se molestaba en disculparse cuando estábamos a solas.

No tenía que disculparse conmigo. No me lo merecía.

Así que pasé de él mientras sacaba el vino de la nevera que había bajo la barra y sonreía al cliente que tenía delante.

—Nuestros *sliders* de pollo *a la Caprese* irían muy bien con este vino —dije mientras sacaba el corcho. Después de servirle la copa, le puse el menú delante.

—Caprese, ¿eh? —gruñó mientras me miraba, con el brillo de su lobo en primer plano. No necesitaba que mi loba me dijera que era más poderoso que yo. Todos eran más poderosos que yo, pero él no me tocaría. Este no era su territorio y no tenía ni idea de quién era yo.

Dejando a un lado la política metamorfa, él era un cliente y yo su camarera.

—Esto antes era una hamburguesería cutre —continuó bruscamente.

—Sí. Eso también era cuando sólo servíamos cerveza —golpeé con una uña la copa de vino—. Pero aquí estás, disfrutando de nuestro menú ampliado. Nuestro nuevo cocinero puede hacer cosas increíbles con el pollo —también era un completo y absoluto gilipollas—. Si te preocupa que la comida sea demasiado lujosa, siempre podemos añadir una cesta de nuestras grasientísimas patatas fritas.

Resoplando, asintió.

—De acuerdo. Suena bien, cariño. No creo haberte visto antes por aquí. ¿Cómo te llamas?

—Anna —me acerqué al ordenador para registrar su pedido—. Llevo aquí tres años.

—Tres años, ¿eh? Supongo que hace tiempo que no me paso por aquí. ¿Eres uno de los de Jax?

Se me resbaló la mano y pulsé la tecla equivocada. Maldije en voz baja, lo arreglé y respiré hondo.

—Ya lo creo.

Jax Bishop. Propietario del bar Colmillo Sonriente. Alfa de la manada Diamante Negro.

Alfa de mí.

La mayoría de los lobos eran leales a sus alfas: sumisos, protectores y orgullosos. Diamante Negro no era diferente. Actuaban como si Jax fuera un dios, y los machos querían ser su mano derecha.

Las hembras querían tirárselo.

Tacha eso. Si los rumores eran creíbles, la mayoría de las hembras ya se lo habían tirado. Lo que querían era aparearse con él.

Muy mal por ellos. Jax Bishop ya tenía pareja. Yo. Por desgracia para los dos.

—Cuesta creer que esconda a una cosita tan bonita como tú en este rincón de su mundo —continuó el cliente—. No me hueles a lobo.

No pude evitar poner los ojos en blanco. No era más que otro idiota que pensaba que una mujer sólo servía para recibir pollas.

—Me gusta mi pequeño rincón del mundo —mentí, esquivando sutilmente las manos errantes de Danny.

A decir verdad, el bar no estaba tan mal. Era mejor que el infierno en el que había vivido la mayor parte de mi vida. El problema era que, hasta hacía poco, el bar había sido dirigido por un hombre decente. Cuando Parker Hewitt era el gerente, había hecho lo más decente que un lobo macho podía hacer por una chica como yo.

Me había quitado las manos de encima y se había asegurado de que los demás hicieran lo mismo.

Por desgracia, Parker había muerto. Habían pasado dos semanas y ni siquiera había tenido tiempo de llorarle como era debido. Estaba demasiado ocupada luchando contra Danny y los otros imbéciles del restaurante.

En lugar de soltarme, Danny se acercó conmigo a los grifos de cerveza y me rodeó la cintura con una mano para acercarme a él.

—Es la hija de Dirk Kipling —le dijo Danny al cliente de la barra.

El nombre de mi padre me heló las venas. Los ojos del cliente se abrieron de par en par y se inclinó hacia delante, fascinado.

—No me digas.

Incluso tres años después, mi padre seguía aferrado a su reputación como el monstruo de la Montaña de la Luna Sombría, secuestrando y asesinando a su propia manada, fracaso tras fracaso. Hasta que se llevó a tres niñas.

Y secuestró a la mujer equivocada.

Todo el mundo seguía odiándole. Odiándome.

Por supuesto, la mayoría sabía por qué Jax no me había matado. Yo era su compañera. La loba que su lobo había elegido para ser fiel y leal.

Mentira, si me preguntas. Jax me dejó vivir porque le gustaba tenerme como prisionera.

Me había instalado aquí. En aquel momento, era un sucio agujero en la pared donde ni siquiera los borrachos con cara de mierda se sentaban sin echarse desinfectante en las manos. La noche en que Jax casi me había arrojado al bar, Parker se había juntado con él en la entrada. Ya entonces era un hombre viejo y canoso.

Jax le dijo unas palabras a Parker y se alejó sin mirar atrás. Me imaginé que me estaba entregando a Parker. Literalmente. En lugar de eso, Parker me instaló en el pequeño apartamento encima del bar y me dejó sola.

Después de seis meses sin saber qué puñetas tenía que hacer, decidí centrarme en el bar. Un año más tarde, le había dado la vuelta al sitio.

Se convirtió en un centro neurálgico para los metamorfos que pasaban por allí, fueran de Diamante Negro o no. Incluso empezamos a tener a algunos de los nuestros como clientes habituales, aunque la mayoría venía a disfrutar de la buena comida y a acosarme.

—Había oído que Jax la dejó vivir. ¿Estás trabajando por los crímenes de tu padre, chiquilla?

Mi loba amenazó con salir a la superficie, pero la empujé hacia abajo. Cuando me agarró, enganché el cuchillo que tenía al lado y se lo clavé en la madera justo al lado del dedo meñique. Con un grito ahogado, echó la mano hacia atrás.

—En primer lugar —dije con calma—, no soy una chiquilla. Si ésa es tu fantasía, dímelo y te demostraré cuánto de mi padre hay en mí. En segundo lugar, no hay nada que me haga abrir las piernas para ti. ¿Entiendes?

—Anna —gruñó Danny, y me apartó—. ¿Así se trata a los clientes?

Su mano se curvó sobre mi cadera, me volví y le golpeé la nariz con la palma. La sangre brotó y su gruñido se volvió feroz. Cuando se volvió hacia mí, sus ojos brillaban dorados.

—De rodillas —aulló—. Ahora.

Ya no podía controlarla. Había ido demasiado lejos, y ahora mi loba, que siempre me punzaba justo debajo de la piel, se abalanzó sobre mí. Su miedo me abrumó, y me golpeé las rodillas y expuse mi cuello.

Por suerte, no la dejé salir. Nunca la dejé salir. Estaba tan atrapada como yo.

—Perra. Ruega por mi misericordia.

Intenté alejar a la loba, ignorar su comportamiento sumiso, pero se me saltaron las lágrimas.

—Perdóname. Por favor —gemí.

Era mi superior cuando más importaba, y como todo el mundo, podía ordenar a mi loba. Cuando estaba tan cerca, no había nada que pudiera hacer para detenerla.

Dirk la había destrozado para que no pudiera enfrentarse a nadie, y yo estaba a su merced.

La puerta se abrió y Danny levantó la vista. No podía ver por encima del mostrador, pero sabía exactamente quién había entrado, no porque Danny y el cliente inclinaran la cabeza en señal de reverencia ni porque reconociera su olor o el sonido de su voz.

Sino por la forma en que mi loba se estremecía dentro de mí, gritando de deseo. Fue todo lo que pude hacer para no lanzarme sobre el mostrador y envolverlo con mi cuerpo.

No podía soportar el contacto de otro hombre que no fuera el suyo, y el hombre me odiaba con cada hueso de su cuerpo.

Ya ves, mi vida era de ensueño.

Sentado en la barra, Jax arrancó el cuchillo de la madera y frotó con el dedo el filo.

—Hola, Anna. Veo que te has instalado bien.

2

Anna

Me hundí todo lo que pude contra el suelo. Si hubiera dejado salir a mi loba, habría arañado las tablas del suelo, segura de que no era digna de estar al mismo nivel que Jax.

Se me erizó la piel de humillación al oír su risa por lo bajo mientras se me agitaba la mente. Hacía tres años que no lo veía, y no es que se pasara por aquí cuando yo no estaba. Yo vivía encima del bar, siempre estaba aquí.

Supuse que me había dejado aquí para que me pudriera con el bar. Tal vez parte de mí esperaba ganar su atención haciendo este bar rentable. Demostrar que podía ser un miembro capaz de la manada.

Pero no había habido nada. Ni una palabra. Era obvio que yo no podía importarle menos. ¿Estaba finalmente aquí para hacer lo que debería haber hecho hace tres años?

¿Qué pasaría si hubiera decidido casarse? No era habitual que los lobos se casaran con otra persona si tenían un vínculo de apareamiento, pero ocurría. ¿Tendría que matarme para hacerlo? ¿O

tal vez había descubierto la manera de eliminar nuestro vínculo de apareamiento? Había una bruja en la manada, tal vez fuera posible.

—Levántate —suspiró—. Venga.

No puso nada de su poder en su voz. No lo necesitaba. Mi loba nos habría degollado si hubiera mencionado casualmente que era algo que le molaría.

Me levanté lentamente, pero seguí con la mirada fija en el suelo. Esperé en silencio.

—Mírame.

Mierda. ¿Estaba aquí por mí, o sólo para entretenerse?

En cualquier caso, no iba a poder escabullirme del bar sin que nadie se diera cuenta.

Aun así, no me atreví a hablar. Era todo lo que podía hacer para no llorar mientras él me miraba con desagrado. Detrás de él, dos de los tres guardias sonreían. El otro miraba con curiosidad. Lo reconocí. Había estado allí cuando Jax destripó a Dirk.

Apoyó sus garras contra mi cuello mientras yo miraba. Nunca supe su nombre.

—Apuñalar a los clientes no es forma de conseguir que repitan, ¿verdad? —preguntó Jax mientras hacía girar el cuchillo entre sus dedos.

—Teniendo en cuenta que el Colmillo Sonriente está dando beneficios, quizá no deberías cuestionar mis técnicas —no pude evitar que las palabras salieran de mi boca, como tampoco pude evitar la reacción de mi lobo. Inmediatamente, estaba de rodillas de nuevo, presentando mi garganta.

«¿Merece la pena morir por esa boquita tan lista?» La voz de Parker en mi cabeza estaba llena de decepción. Si pudiera verme ahora, estaría muy cabreado conmigo.

En el bar reinaba un silencio sepulcral. Cuando Jax saltó por encima del mostrador, cerré los ojos y esperé a que llegara el golpe fatal.

En su lugar, oí el timbre de la caja registradora. Confundida, abrí los ojos y le vi sacar los recibos del día. Gruñó mientras los rebuscaba y cerró la caja registradora.

Después de lo que pareció una eternidad, se volvió hacia mí.

—Levántate.

Una vez más, me puse de pie. Si empezaba a añadir un pequeño salto al final, estaría haciendo *burpees* y consiguiendo unos abdominales de muerte.

Sentía su mirada en mí.

—El bar está cerrado por hoy. Quiero a todo el mundo fuera.

Danny se movió detrás de mí y me di la vuelta para irme.

—Tú no, Anna. Y Danny, puedes esperarnos en la oficina. Quiero hablar contigo antes de irme.

Ah, guay. Quería matarme sin testigos, al menos mi muerte no sería un espectáculo público.

El bar tardó en vaciarse. Claramente, todo el mundo esperaba ver mi humillación. Finalmente, sólo quedamos nosotros dos con su guardia.

—Te acuerdas, Jenson, estoy seguro, le señaló Jax.

Me vinieron a la mente las lecciones de Parker sobre la jerarquía de la manada. Jenson era el segundo al mando de Jax. Su poder se

enroscaba a mi alrededor, no tan seductor como el de Jax, pero más agudo.

Muy parecido a esas garras que habían estado en mi cuello.

—Danos de beber, Anna.

Me puse rígida e hice lo que me pedía; él se acomodó en el taburete y me estudió.

—Cuando Parker me dijo que querías atender el bar, supuse que tenías ganas de morir. Un mes después, éste era mi negocio más rentable. Por lo visto, exhibir a la hija de Dirk es la forma más rápida de hacerse rico.

Se me subió la bilis a la garganta, pero mantuve la boca cerrada mientras colocaba dos cervezas frente a él. ¿Sabía lo que yo estaba haciendo estos últimos años?

Parker debe habérselo dicho. Tenía sentido que hubiera estado informando a su alfa.

—¿Cervecería Haydenwood? —gruñó Jax—. Te das cuenta de que es una cerveza de la manada Río Serpiente, ¿no?

—No —por fin me atreví a mirarle—. No sé nada de ninguna manada. Sólo sé que se vende bien.

—¿Parker no te educó?

—Creo que la única misión de Parker era asegurarse de que nadie me matara. Lo hizo bastante bien hasta que murió —no pude evitar que la amargura subiera a mi voz—. Creo que ni siquiera tuvo un funeral.

—Sí que tuvo. No estabas invitada.

El dolor me encogió. El viejo había sido un verdadero cabrón a veces, pero también había sido mucho más amable conmigo de lo

que nadie lo había sido nunca.

—A lo mejor es hora de que dejes de jugar conmigo y me digas qué haces aquí —dije resignada.

—El Colmillo Sonriente es mío. Puedo entrar y salir cuando quiera. Empiezo a pensar que tengo que venir más a menudo.

Maravilloso. Realmente necesitaba refrenar mi lengua y ser lo más aburrida posible.

—Tienes razón, por supuesto. Parker era un cabrón, pero me da pena que se haya ido. ¿Vas a sustituir a mi niñera?

Jax gruñó pero no dijo nada. Mientras daba un sorbo a su cerveza, respiré hondo.

—Por favor. Ni siquiera sé cómo murió.

—Suicidio.

—¿Suicidio? Ni de puta coña. Estás equivocado. Muy equivocado.

Con la cerveza a medio camino de la boca, Jax entrecerró los ojos y me miró fijamente.

—Cállate.

—No, lo siento. No puedo. Parker no se suicidaría. No… no me dejaría —se me llenaron los ojos de lágrimas, pero luché por contenerlas. Era débil en casi todos los aspectos importantes, pero ahora no podía serlo. Una persona me había mostrado algo de decencia en mi vida. Había sido borracho, abrasivo e increíblemente ofensivo a veces, pero me había respetado.

No permitiré que su muerte se considere un suicidio, es que no puedo.

—Y yo que pensaba que Parker se había suicidado por tu culpa —dijo Jax con dureza—. Que lo puse a cargo de una mujer a la que

debería haber matado hace años, y al hacerlo, lo despojé de todos sus amigos y su familia. Se suicidó porque acabó sin nada ni nadie más que tú.

Si su objetivo era hacerme daño, estaba en lo cierto, pero no me eché atrás.

—Parker me dijo que su hijo llevaba años fuera antes de que yo llegara aquí, así que no puedes culparme de eso. Y los dos sabemos que Parker nunca tuvo amigos. ¿Qué te hace pensar que se suicidó?

—Porque se puso una pistola en la cabeza y dejó una nota.

Me empezaron a temblar las manos, así que me las llevé a la espalda.

—¿Y qué decía la nota?

—¿Quieres saber si te mencionó? —con una sonrisa de satisfacción, vació su cerveza y se levantó—. Estoy aquí para ascender a Danny. Es tu nuevo mánager y, como tú lo llamas, tu nueva niñera.

Me subió la bilis a la garganta. Por supuesto que Danny era el nuevo gerente.

—Renuncio.

Jax ladeó la cabeza.

—No.

—No puedes retenerme aquí contra mi voluntad.

—Puedo, Anna. ¿Creías que esto era un trabajo? Esta es tu prisión. Te vas cuando yo te diga. Haz lo que te digo, y a lo mejor pasarán otros tres años antes de que vuelvas a verme.

Podía huir. No sabía mucho de las manadas locales ni de su organización: todas eran independientes entre sí. El rey exilió a la Montaña de la Luna Sombría hace mucho tiempo, así que no había

más autoridad en la Montaña que los alfas, pero sólo controlaban sus propios territorios. Supuse que, en vista de eso, mi única opción era mezclarme con los pícaros sin manada.

No era la primera vez que lo consideraba. Puede que no pasara más que unos años antes de que otro lobo acabara con mi vida, pero serían unos años de libertad. Eso era todo lo que quería.

—Si huyes, Anna, te encontraré. Y me aseguraré de que el próximo lugar donde te ponga haga que este parezca un castillo.

Jax y Jenson se dirigieron a la puerta. Con impotencia, los vi marcharse.

—No lo entendéis. No sabéis lo que me hará Danny —les dije.

Mi compañero ni siquiera miró por encima del hombro.

—Sí que lo sé.

3

Anna

«Tienes que aprender a confiar en mí en algún momento.»

El susurro en mi oído me calentó la piel, e intenté no contonearme contra el cuerpo apretado con el mío. No entendía lo que quería.

«A ti. Te deseo.»

Y siempre podía leer mis pensamientos. Era muy irritante.

Su risita baja llenó la oscuridad mientras su mano se deslizaba por mi vientre. Estaba desnuda. Siempre estaba desnuda, flotando en la nada, y él siempre estaba aquí.

Un sueño. Sólo un sueño, excepto que no estaba dormida. No siempre. Esta vez no, era una fantasía despierta.

«Es difícil verte y no tocarte. Verte y saber que no me dejas abrazarte».

¿Dejarle? Nadie deja a Jax hacer nada. Si quisiera abrazarme, lo haría.

Y así supe que no era real. Este era el compañero que yo quería. El héroe. El que escucharía y entendería.

Ese no era el verdadero Jax Bishop.

«¿Estás mojada, chiqui? Déjame ver.»

Nunca le paré. Nunca quise pararle. Mi cuerpo nunca había reaccionado así ante nadie, y ¿qué daño podía hacer en este mundo de fantasía? Me volví hacia él y le pasé los muslos por la cadera mientras su polla se posaba en mi húmedo coño. Él también estaba siempre desnudo.

«Siempre mojada para mí», gruñó. «Mía. Eres mía, Anna. No dejaré que nadie más te tenga».

«No eres más que una fantasía, un sueño. No eres real», le dije con un pequeño gemido mientras las manos me recorrían el cuerpo y me presionaban entre las piernas. «No eres más que una forma de llevarme a la locura».

«Tú eres el que me está volviendo loco. No me hablas; no me dejas entrar. Todo lo que me dejas hacer es esto».

Agarrándome por las caderas, giró sobre su espalda, llevándome con él hasta que caí sobre su pecho. En ese momento, como cada vez, pensé en apartarle. No era sano fantasear así con él. No era real. Nunca sería real.

Pero no me detuve. Nunca. Glotona de castigo, así soy yo. Y cuando me acomodé en su polla, gemí un poco mientras intentaba hacer sitio para su gruesa verga. Su gruñido sólo me hizo más resbaladiza mientras me movía.

«Joder, Anna. Siempre tienes que tomarme el pelo, ¿no?»

«No me burlo. Solo… eh… solo estoy averiguando lo que me gusta.»

No es que tuviera una tonelada de experiencia. O ninguna

experiencia. He tenido un vínculo de apareamiento durante tres años, pero todavía soy virgen. Sólo tenía esta… esta fantasía.

«¿Te gusta esto? ¿Te gusta cuando te follo, Anna?»

Él sabía que sí, así que le gruñí y cambié de posición para que entrara más profundo. Me dejó jugar unos minutos mientras el placer me recorría, pero luego me agarró de las caderas y tomó el control.

Indefensa. Siempre estuve indefensa en sus manos, pero siempre me sentí segura.

Otra forma de saber que no era real.

Jax Bishop no era seguro. No para mí.

Pero eso no me impidió gritar su nombre mientras me follaba hasta el olvido…

No estaba en mi cama.

Parpadeé, miré el trapo que tenía en la mano y me di cuenta de que me había perdido por completo en una de esas estúpidas fantasías, y ni siquiera estaba en mi cama. Ni en mi apartamento.

El bar estaba vacío. Llevábamos dos horas cerrados. Normalmente, a estas alturas, estaba acurrucada en mi cama con un libro, pero no había abierto un libro en tres semanas. No desde que Jax hizo gerente a Danny. Ahora, como cada noche, me habían dado una ridícula tarea de limpieza que siempre me llevaba al menos dos horas. Esta noche, estaba aceitando los zócalos.

Todos.

No importaba que tuviéramos herramientas para esto, o que los zócalos necesitaran una nueva capa de pintura. No, Danny había

decidido que el lugar estaba demasiado sucio y necesitaba un buen brillo.

Y yo era la chica indicada para hacerlo.

Me dolía de la cabeza a los pies. Danny no me había dado ni un solo día libre. La primera vez que me negué a bajar, irrumpió en mi apartamento y me llevó él mismo al bar. No llevaba nada más que una camiseta y un par de bragas, y así era como me hacía trabajar. Y cuando no había clientes en el bar, los empleados encontraban formas de entretenerse.

Mis moratones tenían moratones.

Tenían dos objetivos. Uno era hacerme llorar. Estuve muy cerca cuando me quemaron las piernas con el atizador.

La segunda era ver a mi loba.

No me había transformado ni una vez desde que mataron a mi padre. Ni cuando Jax me lo exigió para identificar a mi loba, ni cuando Parker me juró que me ayudaría a curarme.

Ahora, todos querían ver si causándome dolor la dejaría salir.

Moriría antes de dejar que cualquiera de estos imbéciles le pusiera las manos encima.

Sonó el teléfono del bar y levanté la cabeza. Eran casi las cuatro de la mañana. ¿Quién demonios llamaría al Colmillo Sonriente a estas horas?

Convencida de que era un número equivocado, volví a mi trabajo. Estaba a punto de terminar y Danny ya me había dicho que tenía que volver a las ocho para hacer inventario.

El teléfono volvió a sonar. Suspirando, dejé caer el trapo y crucé el suelo de madera áspero. Me limpié las manos en el pantalón, miré

hacia abajo y maldije. Mi pantalón estaba manchado del puto aceite. Sería una pesadilla intentar lavarlo, suponiendo que alguna vez tuviera tiempo de hacer la colada.

Este era mi único par de vaqueros. Salir del bar para ir de compras no era precisamente una opción. Hacía todo lo posible por mantenerme escondida en mi rincón, y no tenía mucho dinero. No recibía un sueldo, sólo propinas de las raras personas que no sabían quién era yo.

O al menos, lo tenía hasta que Danny copió la llave de mi apartamento. Mi dinero escondido desapareció, y en mi cama apareció una rata muerta.

La paranoia caló hondo. Había buscado cámaras en mi apartamento y, aunque no había encontrado ninguna, seguía vistiéndome y desvistiéndome sólo bajo una manta. Todas las noches ponía la cómoda delante de la puerta, aunque sabía muy bien que eso no detendría a un lobo que quisiera entrar.

Volvió a sonar el teléfono y lo cogí.

—¿Sí?

—¿Anna?

En cuanto percibí la voz familiar, me quedé helada. ¿Cómo coño sabía dónde estaba? Hacía casi cinco años que no la veía.

Magia.

—Anna, tienes que correr. Ahora mismo. No te molestes en coger nada. Sólo ven con nosotros ahora mismo —la estática empezó a distorsionar el teléfono—. Hay… peligro… usarte.

—¿Qué? ¿Repite eso?

De repente, la línea se cortó.

—No recuerdo haberte dado permiso para usar el teléfono fuera de horario.

Giré la cabeza y me quedé mirando a Danny. El cable del teléfono colgaba de su mano.

Joder, pensaba que se había ido hace horas.

—Sólo era un borracho —mentí mientras bajaba la mirada—. Casi he terminado con los zócalos.

—Y mírate —balbuceó—. Qué desastre.

Mierda, estaba borracho. Arriesgándome a su ira, le miré a la cara y se me apretó el estómago. La lujuria estaba escrita por todas partes.

—Casi he terminado, y luego me aseará —dije con firmeza—. ¿Quieres esperar?

—No —el cable del teléfono se le cayó de la mano—. Siempre dijo que estabas fuera de los límites, pero él no está aquí, ¿verdad? No quiero esperar más.

Dio un paso hacia mí y supe que se me había acabado la suerte. De todas las formas que esta manada había encontrado para atormentarme, nadie había intentado violarme… hasta ahora. Sabía que era por Parker.

Pero Danny tenía razón. Parker ya no estaba aquí. Nadie iba a venir a salvarme. Tenía que salvarme a mí misma.

Tuve que huir.

El taburete que utilizaba para alcanzar las botellas de licor del estante superior seguía contra la pared del fondo. Ignorando los dolores de mi cuerpo, giré y salté. Utilizando el taburete como plataforma de lanzamiento, salté por encima de la barra. Sus dedos rozaron la pernera de mi pantalón, pero yo estaba sobria y era más

rápida. En cuanto aterricé, corrí hacia la puerta principal. Estaba cerrada para evitar que la gente entrara, pero no que saliera. La alarma sonó con fuerza al abrir la puerta, pero me dio igual.

El aire frío me golpeó la cara y eché a correr. Estábamos justo en el límite del territorio. Si podía cruzar la frontera, Danny no me seguiría. A los miembros de la manada no se les permitía salir del territorio sin permiso. Si cruzaba, Jax lo sabría.

Recé para que fuera suficiente para salvarme. Una vez sobrepasada la línea, haría exactamente lo que me habían advertido que no hiciera.

Correr.

Con los pulmones ardiendo, intenté pasar de todo menos de la libertad. Si Danny se transformaba, todo esto acabaría antes de empezar. No podía dudar ni un momento.

No fue como lo había ensayado. En tres años no había salido más allá de los cubos de basura del bar.

Pero conocía mi ruta de escape. Había memorizado un mapa. Había un río más adelante, y era la frontera natural del territorio. Podía nadar, algo. Más, esperaba, que Danny.

—¡Vuelve aquí, zorra de mierda!

Una voz humana. Eso era bueno, no se había transformado. Puede que lo consiga.

No había luna y mantuve la vista fija en el suelo mientras me adentraba en el bosque. Tropezar con una raíz y caer sería una forma ridícula de acabar. Las ramas me arañaban y me daban bofetadas en la cara. Jadeando, me esforcé por seguir adelante, por ignorar el dolor.

Más adelante, oía el agua corriendo. Estaba tan cerca. Ya casi.

Cerca de allí, oí el ruido sordo de advertencia de un lobo.

No. Ay Dios, por favor, *no.*

Un lobo gris oscuro salió de detrás del tronco de un árbol, directamente en mi camino. Por poco, logré girar en el último momento antes de chocar contra él.

Me torcí el tobillo y un intenso dolor me subió por la pierna.

Con un grito, caí al suelo. Al instante, un humano estaba encima de mí. Unas manos me agarraron la camisa, deslizándola hacia arriba mientras yo empujaba.

El lobo gris gruñó de nuevo, y fue suficiente para que Danny se detuviera.

—Intentó huir —balbuceó Danny mientras se ponía de pie y me levantaba. El dolor se disparó en la pierna de nuevo, y me doblé, pero no aflojó en su agarre—. No hay necesidad de molestar a Jax al respecto ahora —dijo con indiferencia—. Me ocuparé de ella y se lo contaré por la mañana.

El lobo no se movió, Danny hizo un simulacro de saludo y empezó a arrastrarme. No tenía ni idea de quién era el lobo, pero sabía que no debía suplicar ayuda.

Nadie me salvaría.

—No quieres hacer esto —dije apretando los dientes mientras tropezaba. Eso no le frenó en absoluto. Solo me arrastró—. Soy la hija de Dirk, ¿recuerdas? Qué asco. No me quieres. Así no.

El bar estaba a la vista. La alarma seguía sonando. Intenté ponerme en pie, luchar, pero el tobillo y la rodilla se me vinieron abajo.

Danny no dijo ni una palabra. En lugar de eso, me arrastró hasta la amplia entrada. Cuando la puerta se cerró tras él, me tiró al suelo de madera y encendió la luz.

Frenéticamente, miré a mi alrededor en busca de un arma. Todo lo que había en la cocina estaba bien guardado para la noche. No había nada a mano.

—Es hora de darte una lección —dijo, desabrochándose el cinturón.

4

Anna

Se me subió la bilis a la garganta, pero antes de que pudiera tocarme, los cristales de la puerta se hicieron añicos. Se detuvo y yo me metí debajo de la mesa metálica más cercana y metí la pierna herida debajo de mí. Me agarré a la pata de la mesa como si mi vida dependiera de ello.

La alarma se detuvo.

—Separaos —gruñó Jax—. Averigua qué ha pasado.

Genial. Más gente para presenciar mi humillación.

—Alfa —llamó Danny. Su voz tembló un poco y no pude evitar fruncir el ceño. Seguramente, él no estaba preocupado por sí mismo—. Estamos de vuelta aquí.

Jax y otros dos lobos se unieron a él. Uno era Jenson, y el otro era una hembra que no reconocí. Irradiaba poder, así que sin duda estaba en lo más alto de la manada. Los ojos del alfa se desviaron hacia mí y se entrecerraron.

—Me han informado de que casi llega al río.

—Sí, señor. Salió corriendo. La atrapé justo a tiempo —dijo Danny con orgullo.

—¿Qué hacías aquí tan tarde?

—Ha dejado que este lugar se convierta en una pocilga. Le he estado dando tareas extra de limpieza. Volví para asegurarme de que hacía lo que debía y la pillé intentando escapar.

—Bridget, Jenson, llevaos a Danny y hacedme un informe completo. Luego, aseguraos de que llegue a casa. Yo me ocuparé de ella.

Bridget. La tercera al mando de Jax. ¿Realmente pensaba que necesitaba a los dos miembros de más alto rango de su manada para atraparme?

—Pero alfa… protestó Danny. Cuando Jax giró la cabeza para mirarle fijamente, agachó la cabeza—. Sólo quería decir que una escolta a casa no es necesaria. Puedo hacerlo solo.

—Vas a tener escolta —dijo Jax, con la magia de la manada irradiando en su voz. Bridget y Jenson flanquearon a Danny mientras salían.

Todavía debajo de la mesa, revisé mis opciones. No iba a correr, no con esta pierna, y estaba segura de que no iba a quejarme a Jax de Danny. Esa era, sin duda, la forma más rápida de empeorar mi situación.

—Sal, Anna.

No tenía sentido tratar de seguir debajo de la mesa. No podía esconderme de él. Con un poco de esfuerzo, intenté escabullirme. Se me dobló la rodilla y grité involuntariamente.

—¿Qué carajo te pasa? —con un gruñido, metió la mano por debajo y tiró de mí.

El dolor empeoró, pero en cuanto me liberé, me levantó como si no pesara más que un saco de harina y me sentó en la mesa.

—Ni siquiera pudiste escapar sin joderla, ¿eh?

—Iba bien huyendo de ese imbécil borracho al que convertiste en gerente hasta que uno de tus lobos salió justo delante de mí —dije, apretando los dientes mientras me palpaba la rodilla. Ya había visto mi dolor. No le daría la satisfacción de verlo otra vez.

—Alégrate de no haber llegado al río. Si me hubiera tenido que mojar para perseguirte, lo estarías pagando. Parece que sólo te has torcido la rodilla y el tobillo, pero enviaré a un sanador para que te eche un vistazo.

—No, gracias —lo último que necesitaba era más lobos tocándome —. Seguro que está bien. Sigue con tu castigo para que pueda intentar dormir al menos una hora antes de empezar mi turno.

Jax se limitó a gruñir, me levantó de nuevo y me cargó en su hombro. Me invadió el miedo.

—¿Qué haces? Puedo andar.

—Por muy entretenido que sea, no tengo tiempo para ver cómo cojeas penosamente —gruñó mientras atravesaba la cocina en dirección a la escalera que llevaba a mi apartamento.

—No tienes que quedarte a mirar. Puedo subir los escalones sin tenerte de público.

No dijo nada mientras sus botas caían pesadamente a cada paso. De pronto se me ocurrió que iba muy vestido para estas horas de la noche.

O temprano por la mañana.

—¿Qué estás haciendo aquí, de todos modos?

—Cuando salta una alarma en el territorio, me avisan.

Podría creerlo, pero tenía un equipo de seguridad y guardias por esta misma razón. Dudo mucho que comprobara personalmente todas las alarmas. Por no mencionar que estábamos bastante lejos en el territorio. Había llegado aquí en un tiempo récord, incluso para un metamorfo.

—Supongo que fue una tontería por mi parte no desactivar la alarma antes de intentar escapar.

—Eres muchas cosas, Anna, pero no creo ni por un segundo que seas tonta.

Cuando llegó arriba, empezó a darme palmaditas en el culo.

—Puedo coger la llave —me apresuré a decir. Para mi sorpresa, retiró la mano y metí la mano en el bolsillo. Tardé un segundo, porque siempre me engancho la llave al cinturón para no perderla. Después de forcejear un poco, la saqué y se la entregué.

Cuando se abrió la puerta, entró y me tumbó en la cama. Luego, dio un paso atrás y me miró fijamente.

Se me secó la boca. Jax nunca había estado en mi pequeño apartamento. Incluso Parker nunca había subido aquí. Hasta que Danny se abrió paso, este siempre había sido mi espacio. Pequeño. Tranquilo. Relativamente seguro.

Ahora, con la corpulenta figura de Jax en medio de mi habitación, nada me parecía seguro.

La cama era doble, o sea que bien. A menudo dormía acurrucada y rara vez me movía mientras dormía.

Cuando me dijeron que la habitación era mía, la reorganicé de inmediato. La cama estaba pegada a la pared y la había movido para

asegurarme de que no podía quedar atrapada en ella. Ahora había un sillón en la esquina, junto a la ventana. También había una palanca debajo de la silla por si necesitaba romper la ventana y huir rápidamente.

En un lado del apartamento había un pequeño cuarto de baño. No tenía ventanas, lo que era bueno para la intimidad, pero no podía relajarme allí. Nada de baños lujosos ni largas duchas calientes, sabiendo que solo había una entrada o una salida.

Al otro lado había una pequeña cocina. Tenía una nevera pequeña, un fregadero, un microondas, una freidora de aire y una olla eléctrica. No había horno ni fogones, pero Parker me dijo que siempre podía usar la cocina de abajo si lo necesitaba.

A veces, cuando estaba vivo, y yo estaba segura de estar sola, me escabullía y preparaba una gran comida pesada. No lo había hecho en mucho tiempo.

—Desde luego está más limpio que cuando Parker vivía aquí —comentó mientras se movía y empezaba a inspeccionarlo todo—. Eres ordenada.

Sí que lo era. Casi obsesivamente. Pocas cosas estaban bajo mi control, y lo que estaba, pues… lo controlaba. No tenía mucho, pero sabía dónde estaba todo.

La cómoda y los armarios estaban vacíos. En el cuarto de baño había algunos artículos de aseo, y yo tenía algo de ropa, botellas de agua y barritas de aperitivo en una bolsa de lona debajo de la cama. Por si acaso encontraba mi oportunidad de escapar.

La mirada de Jax se movió lentamente por mi espacio y yo me agarré al edredón. Cuando miró mi cómoda, contuve la respiración.

Quizá no le pareciera extraño que la cómoda bloqueara la puerta del armario.

Con una mano, alargó la mano y la movió delante de la puerta. Podía estar vacía, pero era una madera pesada, y me costó un esfuerzo moverla.

Así de fácil, me había atrapado.

Salté de la cama e intenté desesperadamente llegar a la ventana. El dolor me subió por la pierna, grité y me desplomé.

—¿Y dónde carajo crees que vas?

5

Anna

Con un movimiento rápido, me levantó y me arrojó de nuevo sobre la cama. Con una mueca de dolor, bajé la mirada. No había escapatoria.

Opté por otra táctica y me aclaré la garganta.

—Mis disculpas, Alfa. ¿En qué puedo servirte?

Con un gruñido, se acomodó en la silla del otro lado. Ver cómo acomodaba su corpulento cuerpo en el pequeño sillón resultaba casi cómico. Frunciendo el ceño, cogió la palanca y la estudió antes de dejarla caer de nuevo al suelo.

—No estoy aquí para tomar lo que es mío, así que relájate —gruñó.

Tomar lo que era suyo. Intenté no hacer una mueca de dolor. Era cierto que yo era su compañera. Eso le daba mucho poder sobre mí, un poder que nunca había ejercido. Si quisiera acostarse conmigo, ya lo habría hecho. Eso me dio un poco de paz, así que me reacomodé en la cama e intenté no mirar la cómoda que bloqueaba la salida.

—Durante tres años, te he dejado en paz. Te di un lugar donde vivir. Te dejé hacer lo que quisieras mientras no intentaras escapar o causar problemas.

—Mira, lo que pasó esta noche…

—Sé exactamente lo que ha pasado esta noche —cortó bruscamente —. No vuelvas a interrumpirme.

Dentro de mí, mi loba aulló lastimeramente. Había disgustado a nuestro compañero. Cerrando los ojos, traté de empujarla hacia abajo. Por más que lo intenté, no pude convencerla de que dejara este estúpido vínculo de apareamiento. No sabía cómo elegían las lobas a sus parejas, pero ella había elegido una terrible.

No quería una disculpa, así que no se la di. Sólo esperé a ver qué quería.

—Creo que es hora de que hablemos de lo que le debes a esta manada. Lo que me debes a mí.

Se me helaron las venas y me encontré de frente con su mirada por primera vez. Mi loba se sumergió en lo más profundo de mí hasta que lo único que pude sentir fue su miedo, pero no dejé que me controlara. Las palabras de Jax eran el eco de las de otro.

De mi padre.

Casi me mata. Si Jax quisiera algo de mí, descubriría que no me daría por vencida y se lo daría. Esta vez no.

—Los crímenes de mi padre no son míos —dije con firmeza.

—Una vez más, te señalo dónde estás. ¿No te rescaté de él? Podría haberte matado esa noche. Algunos cuestionaron mi liderazgo por no acabar con tu vida. En vez de eso, te di una oportunidad aquí.

—Me gané mi sustento. El Colmillo Sonriente es tu restaurante más rentable. Parker lo dijo. ¿Crees que lo hizo él? Pasaba la mayor parte del tiempo bebiendo con los clientes. ¿Crees que Danny hace algo? Se pasa el día atormentándome y haciendo que los demás me atormenten también. Se me ocurrió el nuevo menú. Llamé a los distribuidores. Yo comercialicé este lugar, y yo soy la que hace todo el papeleo. No me pagan, y ahora ni siquiera me quedo con mis propinas. He trabajado desde la apertura hasta el cierre todos los días desde que pusiste a Danny a cargo. No te debo nada.

Jax enarcó una ceja, pero no me detuve. Estaba harta de que me utilizaran.

—¿No me quieres aquí? Estoy más que feliz de irme. ¿Quieres algo de mí? No juegues. Sólo dímelo.

—Parker se quejaba sin cesar de esa boca tuya. Supongo que te has vuelto una tipa dura —dijo secamente.

—No me he vuelto nada. No te molestaste en saber nada de mí antes de abandonarme aquí. ¿Qué quieres?

—Háblame del Bosque de Glicinia.

La fanfarronería me abandonó al instante y desvié la mirada hacia el suelo.

«Anna, tienes que correr. Ahora mismo».

Mierda.

—Me suena…

—No me mientas, Anna, o descubrirás lo jodidamente misericordioso que he sido —gruñó—. Sé que desapareciste de tu padre durante seis meses. Dejó un rastro de cadáveres intentando recuperarte, algunos de ellos eran mis lobos, lobos a los que se suponía que

debía proteger. También sé que te sacó del Bosque de Glicinia. Me vas a decir lo que sabes.

Jax no había aparecido por una alarma o porque le informaran de que yo intentaba escapar, sino porque ya estaba de camino. Había venido a las cuatro de la mañana para despertarme e interrogarme sobre el Bosque de Glicinia. Eso significaba que lo que Jax quería de Bosque de Glicinia, era condenadamente importante.

—El Bosque de Glicinia es el hogar del aquelarre más poderoso de la región, el aquelarre de Darkwyn —dije con cuidado—. Está lleno de pícaros sin manada y de magia: la magia lo impregna todo. Los árboles, el agua, el suelo. Es difícil llegar y aún más difícil sobrevivir allí. Mi padre era un asesino y un mentiroso. Si dijo que me encontró en el Bosque de Glicinia, fue para satisfacer sus propias necesidades.

—No es mi única fuente de información.

Estupendo. Así que o bien Jax llevaba tiempo trabajando para conseguir toda la información posible sobre el Bosque de Glicinia, o bien los pocos que sabían que yo había estado allí me habían delatado. Ninguna de esas opciones era buena para mí.

Ahora que las manadas de la Montaña de la Luna Sombría estaban en paz y no necesitaban usar la magia unos contra otros en guerras territoriales, la mayoría de las manadas sólo tenían una bruja. Por eso, la mayoría de los metamorfos de manada no solían molestarse en atravesar el Bosque de Glicinia. Sólo las brujas querían atravesar el Bosque hasta el aquelarre de Darkwyn, el único complejo de brujas a este lado de la Luna Sombría, y uno increíblemente poderoso. Si Jax quería llegar a él, la única conclusión era que quería el poder que el aquelarre podía ofrecer.

—¿Ser alfa de la manada más grande de la región no es suficiente para ti? —pregunté suavemente—. La codicia es un excelente camino a la muerte. Pregúntale a mi padre.

Jax se puso en pie y trepó sobre mí en un instante. Mi espalda se apoyó en el colchón y me quedé mirándole, por primera vez, sin miedo.

Me necesitaba.

—Rompiéndome el cuello no vas a conseguir la información que quieres —dije.

—Cierto, pero hay un límite de dolor que una persona puede soportar antes de romperse. ¿Conoces tu punto de ruptura? —susurró.

—Llevo toda una vida de tortura y nadie ha encontrado aún mi punto de ruptura —le sostuve la mirada más tiempo del que jamás había mirado a los ojos a ningún metamorfo. El corazón me latía con fuerza en el pecho y tragué saliva.

El calor irradiaba desde donde sus duros muslos presionaban contra los míos, pero no había miedo, ni siquiera cuando sus ojos dorados centelleaban.

—Quieres llegar al Bosque de Glicinia —dije—. Me necesitas, pero no te diré cómo lo hice. No soy tan estúpida. No saco nada con eso.

—¿Hay algo que quieras, Anna? —¿Era sólo mi imaginación, o su voz me envolvía como la de un amante? Intenté no pensar en eso.

—Me llevas, pero una vez que estás allí, me voy. Me dejas ir sin ataduras.

—¿Crees que confío en ti lo suficiente como para guiarme a mí y a mis hombres por territorio peligroso?

—Si eres tan estúpido como para ir, quieres lo que hay como para hacer cualquier cosa. Podrías torturarme por la información, pero te garantizo que no es nada que no haya experimentado ya. Es difícil torturar a un lobo roto. No puedes amenazarme con matarme, porque llevo años esperando la muerte. Sólo puedes ofrecerme libertad, y ambos sabemos que no me dejarás ir hasta que tengas lo que quieres. Si puedes con los lobos pícaros, yo puedo manejar la magia del Bosque de Glicinia. Puedo llevarte al complejo Darkwyn, y entonces habremos terminado. Voy a un lugar donde nadie ha oído hablar de mí. Me cambio de nombre. Y ambos somos libres.

Libre de este estúpido lazo que se me clavaba incluso ahora.

—Igual que tu padre. Sin lealtad a nadie más que a ti misma —gruñó.

Estaba equivocado. Yo tenía mucha lealtad. Suficiente como para matarlo antes de permitirle poner un pie en el recinto de esa bruja.

—Si no vas a ver a un sanador, tienes que cambiarte y curarte la maldita pierna. Duerme un poco y empaca ligero. Nos vamos el viernes a primera hora —me soltó y se dirigió a la puerta. Respiré hondo y me incorporé en la cama.

—Sólo una cosa más.

Con un gruñido, se dio la vuelta.

—¿Qué?

—Tenemos que viajar como humanos. Mi loba nunca saldrá cerca de tus guardias. —O de ti.

Gruñó y empujó la cómoda con tanta fuerza contra la pared que se hizo astillas. El sonido me hizo estremecer.

—Una cosa más —volví a decir.

—Su puta madre —siseó.

—Danny no debe tocarme antes de irnos. Ni él ni nadie. Tiene una llave de mi apartamento. Por lo que sé, todos la tienen.

—El Colmillo Sonriente está cerrado hasta el viernes —gruñó, y se dio la vuelta—. Pero el local estará vigilado. Si intentas salir antes, los guardias te detendrán, Anna. Por cualquier medio necesario.

6

Anna

Durante dos días, intenté desesperadamente devolverle la llamada. Necesitaba saber lo que sabía. Necesitaba saber por qué quería que huyera. Necesitaba que supiera lo que Jax quería que hiciera.

Mi llamada nunca llegó.

Tenía sentido. No había teléfonos en lo profundo de las montañas, y definitivamente no había servicio telefónico. Sin embargo, ella había hecho la llamada, era claramente de un solo sentido.

No pude avisarla.

Además, la rodilla y el tobillo seguían hinchados y magullados, pero podía apoyar más peso en la pierna. Supuse que Jax no se daría cuenta de que no me había curado del todo mientras me moviera con cuidado y llevara pantalones.

Danny nunca volvió. Ni ninguno de los empleados. Me di cuenta de que era la última vez que estaría aquí. Durante tres años, el Colmillo Sonriente había sido mi hogar. Si todo iba según lo previsto, todo esto sería sólo un sueño lejano.

No todo había sido malo. Cuando Parker me dio espacio, pude relajarme un poco. Escuchar música, bailar. Cuando no me daba espacio, me presionaba. Quería que mejorara mi vida, tanto que era un completo imbécil al respecto.

Cuando hice la maleta, puse la única foto que tenía en una bolsa de plástico y la metí en uno de los compartimentos de la mochila. Se había comprado un móvil nuevo y, después de ayudarle a configurarlo, nos había hecho una foto.

El día antes de su muerte, encontré una copia de la foto en mi cama. Aún no podía creer que se hubiera suicidado, pero quizá debería haber sabido que algo iba mal. No era un sentimental, y menos como para imprimir una foto y regalármela.

No me resultó difícil llevar poco equipaje. No tenía mucho a mi nombre, precisamente. Había planeado llevarme la bolsa de lona, pero la mochila me la habían dejado ayer abajo con una nota para que la usara. Era una de esas mochilas hechas especialmente para los lobos metamorfos: el elástico único podía expandirse o encogerse durante una transformación, por lo que podía seguir llevándola en forma de loba. Era ideal para viajes largos.

Excepto que no iba a transformarme. ¿Jax pensó que iba de coña?

La mañana del viernes llegó con cielos grises y lloviznas tempranas. El otoño era persistente, pero pronto esas lloviznas se convertirían en nieve y las montañas se helarían. A los lobos les encantaba retozar en la nieve, pero a los humanos les costaba. La distribución se hizo más difícil, así que la manada racionó, y las divertidas excursiones de un día por las montañas cesaron. Y en lugar de

prepararse para eso, Jax dejaba tirada a su manada y se adentraba en las montañas.

No había instrucciones de encontrarme con ellos en ningún sitio, así que con las primeras luces, me preparé y salí lentamente del bar.

Seis lobos me estaban esperando.

Me quedé paralizada y tragué saliva. Sabía que no sería sólo Jax, aunque eso ya de por sí era aterrador. Aun así, seis lobos parecían demasiado.

Cerré la puerta tras de mí y me dirigí hacia ellos, manteniendo la mirada baja.

—Está cojeando —gruñó Jenson—. Ya tenemos que viajar a dos patas por su culpa, y está cojeando, joder.

Demasiado para mantenerlo en secreto.

—Créeme cuando te digo que el sigilo es más importante que la velocidad —dije, aún sin levantar la vista—. Al igual que la observación. Tendrás que transformarte de vez en cuando para luchar contra los lobos pícaros, pero eso no te ayudará a sortear las trampas de hechizos.

Sentía el disgusto de Jax.

—Estará bien —gruñó.

Jenson dio un paso adelante.

—Si uno de nosotros resulta herido por tus acciones, te mataré.

Esta vez sí levanté la vista.

—Puedes intentarlo sin mí. Hay árboles en el Bosque de Glicinia que te atraparán y lentamente te arrancarán la vida del cuerpo, y trozos de tierra que te quemarán vivo si los cruzas. ¿Crees que podrías identificarlos a tiempo?

Cuando Jenson gruñó, Jax dio un paso adelante.

—Basta. Ella viene. Le he prometido la libertad a cambio de que nos lleve a través del Bosque, así que nuestra seguridad es lo mejor para ella.

—¿Por qué tantos lobos? Cuanto menos seamos, mejor —dije.

—Para lo que necesitamos, no —gruñó Jax—. Saul es nuestro sanador. Sabes que Jenson es mi segundo. Bridget es mi tercero. Maverick y Cassius son mis guardias de mayor rango.

Mierda. ¿Viajaba con su segundo y su tercero? ¿A quién demonios había dejado a cargo de la manada?

—Vamos —continuó Jax—. Quiero llegar al Bosque de Glicinas al anochecer.

—No llegarás lejos en el Bosque de Glicinia con tantos. Solo la cantidad de poder atraerá demasiada atención —dije.

—El poder —ronroneó— es algo bueno. No voy a aceptar consejos de ti.

Intenté no enseñar los dientes. Estaba aquí porque yo había pasado por el Bosque, pero no me hacía caso.

Todos teníamos que morir algún día. Pensé que sería de su mano y no por su estupidez.

—Bien —dije—. Es mejor entrar justo antes del amanecer. El perímetro exterior tiene menos magia pero más lobos. Esas primeras horas de luz son las mejores para desplazarse. Cuando empieces a sentir el cosquilleo de la magia, deberíamos acampar hasta entonces —me aclaré la garganta—. No tengo claro lo lejos que está eso de aquí.

Jax sacudió la cabeza.

—Pues venga, en marcha entonces.

No me sorprendió que el grupo me rodeara de inmediato: Jax al frente, Jenson y Bridget a un paso detrás de él, a ambos lados. Había oído su nombre antes, pero nunca la había conocido. La tercera de Jax era una mujer alta y flexible, con cara y figura de modelo. Sus cabellos castaños, que le caían justo por debajo de los hombros, enmarcaban unas facciones delicadas. No podía imaginar que hubiera un lobo vivo que no sintiera el poder que emanaba de ella. Era evidente que su posición por debajo de Jenson estaba bien establecida y que se sentía cómoda con ella.

Los dos guardias, Maverick y Cassius, tenían caras familiares. Estaban allí la noche en que Jax mató a mi padre. Maverick caminaba a mi lado y Cassius estaba detrás de mí. Sentía su mirada clavada en mi nuca. El sanador caminaba a mi izquierda. Ni por un segundo lo subestimé solo porque no era un guardia.

Seis lobos que podrían matarme con los ojos cerrados, y no había ni uno solo que confiara en mí en el grupo.

Cojonudo.

Caminamos por el bosque, tomando la misma ruta que había intentado utilizar para escapar de Danny. Cuando salió el mismo lobo que me había bloqueado el paso en aquel intento, jadeé y tropecé.

—Amelia —saludó Jax—. ¿Todo en orden?

Bajó la cabeza y levantó la vista para mirarme fijamente. Tragando saliva, aparté la mirada.

—Excelente. Deberíamos volver dentro de dos semanas.

Empezamos a movernos de nuevo y miré hacia atrás para verla, pero ya no estaba.

Siguiendo el sonido del río, nos encontramos con él y caminamos hacia el norte hasta llegar al puente. Como siempre, estaba fuertemente patrullado. No reconocí ninguno de los rostros de los guardias, pero por sus expresiones abiertamente hostiles supe que reconocían el mío.

Con un poco de suerte, no los volvería a ver. Cruzamos el puente y no sentí ninguna pena al dejar atrás la manada Diamante Negro.

7

Anna

A las tres horas, sabía que no llegaríamos todos.

A pesar de llevarme conmigo para guiarlos con seguridad a través del Bosque de Glicinas, Jax y sus lobos cargaban continuamente delante de mí e intentaban abrirse camino por su cuenta. Mi rodilla y mi tobillo empeoraban a cada paso que daba, y yo aminoraba la marcha. La paciencia no era su fuerte. Los alfas tendían a confiar en el poder y la lealtad que siempre tenían a su lado, pero estábamos viajando por un territorio al que nada de eso le importaba.

Inmediatamente pude ver el camino que intentaba tomar. El más directo. Cuatro veces, carraspeé delicadamente y giré a propósito para obligarnos a rodear un poco más la montaña. La quinta vez, rugió.

—Tenemos que hacer un descanso, y tú necesitas refrescarte —anuncié con voz firme mientras me sentaba.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —gruñó Jax—. ¡Soy tu alfa!

—Sí, y vas a llevarnos a todos a la muerte. ¿Quieres que te lleve a salvo a través del Bosque de Glicinia? Entonces tendrás que hacerme caso.

—Todavía no estamos en el Bosque de Glicinia, y al paso que vamos, no llegaremos hasta mañana.

—El Bosque de Glicinas es todo el anillo de bosque que rodea el pico de la Montaña —dije—. Hay dos caminos muy transitados hacia el Bosque, por donde no paras de intentar llevarnos. También son las zonas más pobladas de lobos rebeldes. Si nos tomamos dos días más y nos movemos hacia el lado oscuro de la Montaña, tendremos un camino más fácil hacia el aquelarre de Darkwyn.

Jax se me quedó mirando un momento, con las fosas nasales encendidas.

—No —dijo finalmente—. Llevaría demasiado tiempo. Podemos manejar algunos lobos rebeldes. Tienes una hora para descansar la maldita rodilla, y luego nos movemos.

Me lanzó una mirada, retándome a discutir, pero me limité a desviar la mirada. Todos empezaron a alejarse inmediatamente del pequeño claro, ansiosos por explorar o simplemente queriendo alejarse de mí. Durante la mayor parte del viaje, todos habían actuado como si yo no existiera.

Me pareció bien.

Saul vino y se sentó a mi lado. Inmediatamente, me puse rígida.

—Jax me ha pedido que te examine las heridas. No te tocaré sin permiso —dijo amablemente.

Sabiendo que Jax me observaba, estiré la pierna y remangué la pernera de mis pantalones cargo verdes.

—Ha mejorado.
—¿Puedo?
Asentí con la cabeza y me presionó suavemente con dos dedos el tobillo y luego la rodilla.
—Todavía tiene calor. ¿Has estado tomando algún antiinflamatorio?
—El Colmillo Sonriente es un bar, no una farmacia.
—Tengo un poco conmigo ahora. ¿Quieres tomarlo?
Sacudiendo la cabeza, aparté suavemente la pierna.
—Mejor déjalo para más tarde. Tenemos un duro viaje por delante.
—Muy bien. Tengo una almohada hinchable. Si elevas la pierna cuando paremos, te dolerá menos.— Rebuscó en su bolso hasta que la encontró. Después de inflar la almohada, me la dio. Me apoyé en el árbol y levanté la pierna.
—¿Qué es eso? —preguntó de repente.
Me di cuenta de que el dobladillo de mi camisa se había levantado cuando me había ajustado la pierna. Apresuradamente, estiré la mano para bajarlo.
—No es nada.
—Es algo. Voy a tratar todas tus heridas, Anna. No sólo tu pierna. Dependemos de ti para mantenernos con vida. Déjame verlo.
Ante su voz dura, me volví a sentar y me levanté la camisa.
—No sé si hay algo que puedas hacer. La mayor parte se ha curado.
Había visto la quemadura que Danny le había infligido hacía menos de una semana. Había más marcas iguales, pero eran más antiguas y estaban curadas. La palpó suavemente.
—¿Esto tenía una ampolla?
—Sí. Estalló la otra noche. —Cuando había intentado escapar.

—Hay que vendarlo. ¿Te lo ha hecho el encargado?
—¿Importa?
—No lloraré tanto su muerte.
—Espera, ¿qué? ¿Danny está muerto? ¿Cuándo? —Sorprendida, sacudí la pierna y siseé de dolor. Saul soltó una carcajada, me estiró suavemente la pierna y la apoyó en la almohada. Como no estaba acostumbrada al tacto suave, intenté no estremecerme.
—Sí, Danny ha fallecido —el sanador sacó una venda de su bolsa y me indicó que me sentara—. Ahora con cuidado.
—¿Cómo murió?
—No estoy al tanto de los detalles.
—¿Sabes cuándo murió?
—Hace tres noches —Saul me roció la quemadura con algo frío y empezó a envolverme el vendaje alrededor del abdomen. Cuando tocó mi piel desnuda, le aparté las manos. Haciendo una pausa, levantó una ceja.
—Puedes hacerlo tú misma.
Agradeciendo que no hiciera más preguntas, me vendé y me bajé la camisa. Mi mente daba vueltas. Danny había muerto la noche que me persiguió.
¿Qué demonios había pasado? ¿Me iba a culpar Jax a mí? Ahora eran dos gerentes muertos del Colmillo Sonriente.
—¿Has venido alguna vez al bar? Me suenas de algo.
—No, aunque probablemente sea porque puede que hayas conocido a mi hermana gemela. Nos parecemos.
Un rostro apareció en mi mente y cerré los ojos. Estaba medio muerta cuando mi padre la arrastró hasta el asentamiento. Siempre

había supuesto que ella había sido la razón por la que Jax llegó al campamento y mató a mi padre, pero nunca nadie dijo nada. Una parte de mí se preocupaba de que hubiera muerto sin nombre.

Y nunca había hecho nada al respecto.

—La recuerdas —su voz seguía siendo suave, pero llana. Le miré fijamente y asentí.

—Cuando volvió, llevaba ropa que no le quedaba bien y heridas vendadas a toda prisa. Hice lo que pude, pero murió a los pocos días de volver.

Deseando que no estuviera sentado tan cerca, clavé la mirada en el suelo. Jax había vuelto. Podía sentir su presencia, pero seguía sin poder verlo.

—Llevo tres años en el Colmillo Sonriente. Si querías detalles, podías haber acudido a mí —dije en voz baja.

—No estaba preparado. ¿Sabías su nombre?

—Cora.

Saul se tensó y yo cerré los ojos, pero no me tocó.

—Le había destrozado la espalda —continué—. La arrastró inconsciente hasta el asentamiento y me dijo que la curara. Eso es lo que siempre me hacía hacer. Arreglarlas cuando había terminado con ellas. Hice lo que pude, pero ella se había resistido bastante. Ella ya estaba cerca de la muerte. Había tres juveniles en el asentamiento. Todos tenían menos de diez años, y mi padre estaba distraído. No paraba de irse durante el día. No sabía lo que estaba haciendo, pero pensé que ella era mi mejor esperanza para conseguir ayuda para los niños.

Mi voz tembló ligeramente al seguir.

—Ambos sabíamos que no sobreviviría mucho tiempo, pero ella dijo que podía volver. Cuando mi padre regresó aquella noche, le dije que había muerto intentando escapar a y que uno de los otros lobos había arrastrado su cuerpo. Me creyó, lo cual era raro. Supongo que estaba distraído. Dos noches después, llegó Jax.

Pasaron unos segundos antes de que Saul volviera a hablar.

—Estaba tan cerca de la muerte que no podía hablar cuando volvió. Jax siguió las huellas que dejó.

Le miré. Se merecía la verdad.

—Probablemente podría haberla salvado. Su vida habría sido una pesadilla, pero era fuerte. La más fuerte que había cogido. Podría haber sobrevivido y escapado. Si no fuera por mí, ella aún podría estar viva.

Su mirada se encontró con la mía.

—Ya había llegado a esa conclusión.

—Saul —llamó Jax desde detrás de nosotros—. Jenson necesita hablar contigo.

El sanador se retiró y observé con recelo cómo Jax se sentaba a mi lado.

—¿Te preocupa haber cometido un error? —preguntó.

—Ya sabía que aquí todo el mundo me odiaba. No me sorprende que el hombre encargado de mantenerme con vida también me odie —respondí.

—Yo soy el encargado de mantenerte con vida —dijo Jax con dureza —. Dime cómo manejar la magia, y puedes irte ahora mismo.

—No funciona así. Cada trampa es diferente. Estamos atrapados el uno con el otro —mentí—. Dime por qué arriesgas tu vida para hacer

esto.

—Tu trabajo no es hacer preguntas —dijo al cabo de un momento. Sus palabras se hicieron eco de las de mi padre, y me estremecí involuntariamente.

—¿Qué?

—Nada. Entiendo. Habla sólo cuando te hablen. No te preocupes. He tenido práctica.

Me miró fijamente durante un largo minuto antes de levantarse y dejarme a solas con mis pensamientos y mi dolor.

8

Jax

Había razones por las que no pasaba mucho tiempo cerca de Anna. Razones jodidamente importantes. La seguridad de mi posición como alfa estaba en juego, sólo mantenerla viva era suficiente para amenazarla.

Podría matarla ahora y terminar con esto. No sería el primer lobo en vivir sin pareja. Sería uno de esos raros casos en los que estar solo te hace más fuerte.

Durante tres años, me había mantenido lejos de ella. Cuando Parker me dijo que estaba cubierta de cicatrices, le dije que bien. Cuando dijo que estaba aterrorizada de todos y de todo, le dije que era justicia. Y cuando me dijo que ella se estaba interesando en el bar, le dije que lo cerrara.

No lo hizo. Por primera vez, Parker me desafió. Y por primera vez desde que murió su compañera, se interesó por la vida.

Sus informes cambiaron. Empezó a reñirme por ignorarla. Cuando por fin me enfadé y le dije que había tenido suerte de que no le

rompiera el cuello, dejó de informar.
Joder, no estuve cuando Cora había arrastrado su cuerpo roto hasta mi territorio.
No estuve cuando Saul se volvió medio loco tras su muerte.
No estuve cuando encontramos a esos niños enterrados en un contenedor y sentados entre cadáveres. Ella había tenido que ver en eso. Lo había admitido, joder.
No la perdonaría.
Entonces, Parker se voló los sesos, y ahora tenía que protegerla.
Mi bruja, Irene, había desaparecido hacía varias semanas y tuve que confiar en la mujer más fría que jamás había conocido para encontrarla en el Bosque de Glicinia.
—Creo que no has respirado en los últimos diez minutos —dijo Saul de pasada—. Esa vena de tu frente está abultada.
Habían pasado unas horas desde que había tratado a Anna. Desde que había mirado a los ojos de la mujer responsable de la muerte de su hermana.
Estaba aguantando muy bien.
—¿Por qué te ofreciste voluntario para venir con nosotros? —le pregunté.
—Irene es una amiga. Estoy preocupado por ella.
Le lancé una mirada sombría y él sonrió con tristeza.
—Ya era hora, y ésta era la mejor oportunidad. Estoy centrado. No podía derrumbarme mientras buscaba respuestas.
—Si está herida…
—Haré todo lo posible para salvarla.

Ni siquiera dudó. Caminamos unos minutos más antes de que Saul volviera a hablar.

—Sabes, la última súplica que salió de la boca de mi gemela antes de morir fue: «Tienes que ayudarla». Pensé que se refería a una superviviente o a uno de los niños.

No había más supervivientes en el campamento.

—Quizá se unió a uno de los niños, o quizá Dirk mató a alguien más antes de que llegáramos.

Habíamos llevado a los niños al territorio de Diamante Negro. Estaban tan aterrorizados que apenas podían hablar. Fue Irene quien los cuidó hasta que encontré a sus familias en la Manada de Río Serpiente.

—Tal vez —murmuró Saul—. ¿Por qué el aquelarre de Darkwyn se llevaría a Irene?

Sonreí, enseñando los colmillos.

—Cuando lleguemos, pienso preguntar.

—Tenemos que acampar pronto. Tiembla a cada paso.

—Entonces puede transformarse y curarse —dije—. Todavía tenemos al menos otra buena hora de luz. No voy a perder el tiempo porque ella quiera esconder a su loba.

—¿Por qué crees que se niega? Está claro que siente dolor.

—Hubo informes de una loba roja que se unió con Dirk. Nunca fueron identificados. Probablemente sea ella, y quiere ocultarlo.

—¿Y si es ella?

Tendría que matarla.

Solo que aún no lo había hecho. Tenía su confesión. Las palabras habían caído de sus labios esa noche, creando un abismo entre mi

lobo y yo. Él la había elegido, y aún no me había perdonado por alejarme de ella.

Por la noche, cuando estaba tranquilo y no había otras distracciones, la sentía en mi vínculo de apareamiento. El dolor desesperado por estar cerca de mí. La urgencia de tocarme.

Me jodió la cabeza. Me venían imágenes carnales de todas las cosas que quería hacerle a su cuerpo. Tenía tantas ganas de follármela. Quería perderme en un único momento de creencia en que podíamos estar bien.

—¿Jax?

Al oír la voz de Bridget, me giré para ver a Anna tropezar. Con un gruñido de dolor, se cayó. Todo el mundo se detuvo y vio cómo se levantaba temblorosamente. Sin decir nada a nadie, empezó a cojear de nuevo.

Ver su dolor debería haberme dado alegría, pero en lugar de eso, sólo hizo que me doliera el pecho. Estábamos bastante cerca de la frontera.

—Acampad —dije en voz baja—. Transformaos, cazad para cenar, y dormid mucho. Mañana empieza el verdadero trabajo.

Tardamos unos minutos en preparar un claro y luego todos, excepto Saul, Anna y yo, nos transformamos. Mi lobo también ansiaba estar fuera, acercarse a ella y consolarla, y sólo por eso seguí siendo humano.

Saul fue al lado de Anna e infló la almohada para su rodilla. Me acomodé justo fuera de su vista y les escuché hablar.

—Cuando Cora desapareció por primera vez, hicimos que nuestra bruja intentara rastrearla. Irene es una bruja poderosa, y no pudo

rastrear a mi gemela más allá de seis metros de nuestro límite— dijo Saul en voz baja.

Anna inhaló bruscamente mientras Saul movía la pierna hacia la almohada. Se disculpó y continuó.

—Cuando Cora regresó, estaba tan dolorida que casi no podía hablar. Jax sólo encontró a tu padre porque Cora tenía un mapa raro en el bolsillo, que contaba los pasos desde una formación rocosa. Fue una suerte que Jax conociera bien la formación.

—Qué suerte —repitió Anna con rotundidad.

—Lo único es que el mapa no estaba escrito de puño y letra de Cora. Me puse rígido. Saul nunca me había dicho eso.

—¿Quieres que admita que escribí el mapa y envié a tu hermana con la esperanza de que viera a alguien a quien pudiera importarle antes de morir? —preguntó Anna—. ¿Eso te va a ayudar a cerrar la herida, de alguna manera?

—Cerrar. Es un término extraño. ¿Sientes cerrar la herida ahora que tu padre está muerto?

Anna resopló.

—Vale. Te entiendo.

—¿Se llevaron a otras mujeres con Cora? ¿Alguna otra hembra aparte de las niñas del campamento? —preguntó Saul en voz baja.

—No. Sólo a mí. ¿Por qué?

—Y los niños. ¿Sabía ella que estaban allí?

Anna se quedó callada un momento.

—Creo que sí. La verdad es que no me acuerdo, pero probablemente se lo dije para motivarla. ¿Por qué?

—Así que nunca los vio.

—No. Nunca llegó tan lejos. Estuvo menos de doce horas en el campamento, y pasó todo ese tiempo conmigo. ¿Quieres saber de qué hablamos?

—Sí.

—No me acuerdo —dijo Anna, y se me apretaron las tripas. Normalmente, era fácil saber cuándo uno de mis lobos mentía, pero siempre era difícil con Anna. No fue mi vínculo lo que me dijo que acababa de mentir, sino que oí algo en su voz. Un tono ligeramente más alto. Dijo las palabras demasiado rápido.

Hasta ahora le había dicho a Saul todo lo que él quería saber. ¿Por qué iba a mentir ahora?

—Ya veo —dijo Saul en voz baja—. Gracias por la información que me has proporcionado. No conociste a Cora cuando estaba en su mejor momento, pero tenías razón. Era fuerte. Una luchadora. Nació diecisiete minutos antes que yo, y nunca me dejó olvidarlo.

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó Anna en voz baja.

—Pensé que querrías saber algo sobre la mujer que te salvó la vida —dijo.

—Dado que tu alfa no me escucha, y que probablemente voy a morir en este viaje con el resto de vosotros, yo diría que tu hermana no me salvó la vida —respondió.

Saul rió suavemente.

—He pasado mucho tiempo pensando que tenías el corazón de una asesina.

—Estuviste de acuerdo no hace mucho en que yo era responsable de la muerte de tu hermana.

—No es lo mismo la mano de un asesino que el corazón de uno.

Basta de tonterías. Entré en el claro.

—Transfórmate y caza. Yo la vigilaré —dije con rigidez.

Con una inclinación de cabeza, Saul se levantó y se alejó. Cogí una mochila y me acerqué a ella, tirándosela a los pies. La luz del día se había atenuado y el resplandor anaranjado del fuego iluminaba su cara. Podía ver cada línea de cansancio y el dolor que aún persistía en su mirada.

No tenía sentido sacar el tema. Era testaruda. Si no quería transformarse, si sólo quería sufrir, no era culpa mía. Me importaba un bledo.

—Tengo unos paquetes de sopa seca. Si te niegas a transformarte y cazar, tendrás que comer eso.

No dijo nada, ni siquiera me miró.

—Hay una olla y agua en la mochila. Puedes hacerla tú misma.

Todavía nada.

—No me ignores, Anna.

—Lo siento, estaba esperando permiso para hablar. Muchas gracias por la sopa, Alfa. Seguro que está riquísima.

Al oír su voz, me sobresalté. Ella siguió sin mirarme, pero cogió obedientemente la mochila. Observé cómo reunía los objetos y se acercaba cojeando al fuego. El duro trabajo de Saul intentando que su pierna estuviera más cómoda se vería mermado, pero ella no pidió ayuda, se limitó a concentrarse en silencio en su tarea.

Maldiciendo en silencio, levanté el tronco en el que había estado apoyada y lo acerqué al fuego.

—Siéntate —ordené —Entonces hazte la puta cena. Y no soy tu puto padre. Puedes hablar cuando estoy yo —me miró y algo raro brilló

en sus ojos.
—No. Está claro que no eres mi padre.
Sin saber cómo debía tomármelo, la observé mientras comía cada cucharada de su sopa.
Los otros lobos habían regresado, así que me fui a cazar solo. Cuando volví al fuego como lobo, mis metamorfos habían formado un anillo protector alrededor de Anna. No fue, lo sabía, por elección.
Seguía despierta, mirando al cielo nocturno con la pierna elevada.
El dolor de mi lobo era demasiado fuerte para ignorarlo. Le di las riendas por primera vez en mucho tiempo, se acercó a ella con cautela y le olisqueó la rodilla. Todo su cuerpo se había puesto rígido y había palidecido.
Le tenía miedo. Bien.
No.
Mi lobo me gruñó internamente y le dio un codazo en el brazo. Tras un momento de vacilación, lo movió ligeramente y lo colocó sobre su cabeza.
Contacto.
Se estremeció de placer y se desplomó a su lado. Sentir su cuerpo contra el suyo casi me deshizo. Era tan pequeña. Tan frágil. Una jodida piltrafa. ¿Cómo seguía viva?
Quería disfrutar de este momento. Empaparme de él. Era fácil esconderse detrás de mi lobo. Éramos la mitad del mismo espíritu. Negar una mitad demasiado tiempo era peligroso. Podía concederle esto.
Él los sintió antes que yo. Estaba distraído, dividido entre mi lobo y yo. Cuando me di cuenta de que había otros lobos cerca, dos ya

estaban sobre mí, con los colmillos hundiéndose en mi piel.
Anna gritó.

9

Jax

Nos superaban en número por tres. Justo cuando mi lobo conseguía ponerse en pie, otro se me echó encima. A mi alrededor, los lobos rugían y yo sentía el dolor de mis metamorfos a través de sus vínculos.

Mis garras rasgaron la carne, pero ellos tenían ventaja. Necesitaba ponerme de pie.

A lo lejos, oí a Anna gritar de nuevo. Hubo un destello naranja y el fuego abrasó mi pelaje. Dos de los lobos chillaron y me soltaron. Me levanté y vi a Anna de pie con un tronco en llamas en la mano. Retorciéndose, cogió otro tronco y lo blandió como un jodido bate de béisbol.

Levantándome, agarré al único lobo que seguía pegado a mí y le partí el cuello. Cayó al suelo, sin vida, y me lancé contra los otros dos. Uno se apartó justo a tiempo, y el otro y yo caímos al suelo. Era más pequeño y delgado, pero luchador. Recibió unos cuantos golpes antes de que le desgarrara la garganta.

Al girarme para buscar al que se había escapado, vi con horror cómo Anna sacaba la pistola de bengalas de la bolsa. Apuntó a Jenson y al lobo con el que estaba luchando. En cuanto apretó el gatillo, un lobo se le echó encima.

«Transfórmate».

Empujé la orden a través de nuestro vínculo. Ella era humana y apenas podía pivotar sobre esa rodilla. No duraría ni dos minutos bajo las garras del lobo.

En lugar de moverse, cayó inmovilizada bajo el lobo. Sus gritos se clavaron en mí y me lancé sobre el lobo, empujándolo a través del fuego hacia el otro lado del campamento.

Había fuerza detrás de todo ese pelaje enmarañado. Fuerza que, en cualquier otro momento, podría haber admirado. Esta noche, sólo lo quería muerto por atreverse a tocar a mi compañera.

Dio una buena pelea, y el campamento se había calmado cuando terminó. Los lobos muertos yacían a nuestros pies. Me giré para evaluar los daños. Todos estaban en forma de lobo excepto Saul. Se inclinó sobre Anna, y estaba más pálido que nunca.

—Transfórmate —dijo roncamente—. Tienes que dejar que tu loba te cure.

Al instante, me transformé. Los demás me siguieron y todos corrimos hacia allí.

—¿Es grave? —inmediatamente comprobé su cabeza y su cuello, pero los dos estaban bien. Tenía un corte feo en el hombro, pero eso no explicaba la tensión en la voz de Saul.

Entonces vi su pierna.

—Le han cortado la arteria femoral. Si no se transforma en los próximos minutos, morirá —dijo Saul—. Que alguien me traiga un cinturón.

—Transfórmate —le dije en voz baja—. Vas a morir. Tienes que transformarte. Ahora.

—No —raspó—. No, no puedo.

El pánico se apoderó de mí.

—Sí que puedes. Cambia ya, hostia. ¡Venga!

—Jenson le entregó un cinturón a Saul.

—¿Funcionará? —preguntó en voz baja.

—Nos dará más tiempo —rápidamente, Saul hizo un torniquete en la parte superior de su muslo—. Pero no mucho. Jax.

—Seis metros de perímetro. Ya —ordené con voz ronca—. Todo el mundo.

—Pero… —empezó Bridget.

—¡Ya!

Mi voz retumbó y todos corrieron a seguir las órdenes. Arrodillado junto a Anna, le puse una mano en el corazón.

—Cuando te acogí, me hiciste un juramento de lealtad, y yo a ti. Aquí no corres peligro. Sólo estamos tú y yo. Voy a transformarme, Anna. Tu loba tiene que saber que mi lobo nunca te haría daño. Morirá para protegerte. Déjala salir. Si no, estás eligiendo la muerte para ella. Estás eligiendo la muerte para las dos.

No había más que dolor y pánico en sus ojos y, por un horrible momento, me pregunté si siquiera entendía lo que le estaba diciendo.

—No hagas esto —susurré, y dejé salir a mi lobo.

Gritó, pero el cambio fue aún más rápido de lo habitual. Mi lobo estaba más que preparado para salir a cuidarla y amamantarla. Le di el control total, y gimoteó y chocó la cabeza contra ella.

Pasaron unos segundos preciosos.

Entonces, como un milagro, cerró los ojos y exhaló. El cambio fue largo, mucho más de lo que debería haber sido, pero cuando una pequeña loba de color miel gimoteó debajo de mí, estaba viva.

Anna estaba viva.

Al sentarme, aullé y todos se acercaron. Formaron un estrecho círculo a nuestro alrededor, y Saul se estiró sobre la loba de Anna.

—Es guapa —comentó Bridget.

—Sí —convino Saul mientras le pasaba las manos por la pierna—. Y está aterrorizada. Dadnos más espacio, por favor.

Al instante, los lobos se apartaron. Mi lobo se inclinó y le mordió suavemente la nariz. Era una señal de afecto. Una que esperaba fuera correspondida.

En lugar de eso, se nos quedó mirando, con los ojos vidriosos por el miedo. Girando la cabeza, gruñí a Saul.

—No me culpes a mí, no le estoy haciendo daño. La herida ya está cerrada, así que casi he terminado. Sólo quiero ver… —se le cortó la voz—. Dios santo.

Mi lobo le volvió a rugir.

—Anna, voy a ponerte boca abajo —dijo Saul con voz suave pero tensa—. Por favor, no tengas miedo.

Intentó girarla, pero ella se contoneó y trató de apartarse de él. No gruñó, no había agresividad en ella.

Jax, un poco de ayuda aquí. Es importante.

Mi lobo se inclinó y le empujó con la cabeza. Con un gemido, se dio la vuelta.

La furia me invadió cuando vi lo que Saul había sentido.

Cicatrices. Su loba estaba cubierta de cicatrices.

Al instante, tiré de las riendas de mi lobo y me transformé. Cuando la toqué para separar su pelaje, chilló, se levantó y salió corriendo. Cassius salió tras ella.

—Déjala —ordené—. Bridget, síguela a pie, por favor. Llévale algo de ropa.

Con un movimiento de cabeza, Bridget desapareció.

—¿Estás seguro de que no escapará? —preguntó Saul en voz baja.

—Se juega demasiado. Su libertad —dije rotundamente—. Va a terminar esto.

—Ella tenía razón. Este camino hacia el Bosque de Glicinia nos hace demasiado vulnerables —dijo Jenson—. Ni siquiera hemos entrado en el Bosque y ya nos han atacado.

Asentí con la cabeza. Tenía razón, y yo había puesto en peligro a mis lobos por no hacerle caso. No volvería a cometer ese error.

—Sólo hay una cosa que yo sepa que dejaría cicatrices como ésas en una loba —dijo Saul con firmeza.

Wolfsbane.

¿Era la razón por la que Anna nos había estado ocultando su loba? ¿No quería que viéramos las cicatrices? No estaba escondiendo una loba roja, eso seguro. Su loba era del color del pelo de Anna. No era raro que una loba y su humana compartieran algunos rasgos, pero su coloración era completamente antinatural para una loba.

Significaba que ella y su loba estaban muy unidos. En la mayoría de los casos, esto era un signo de un alfa.

—No se quedará en forma de loba —dije con frustración—. ¿Afectará eso a su curación?

—Ciertamente. Estará débil —Saul me miró y suspiró—. Te dejaré mis provisiones e instrucciones, pero tienes que encontrar refugio. Pasará al menos un día entero, tal vez incluso dos antes de que puedas entrar en el Bosque de Glicinia.

—¿Qué dices? —exigió Maverick—. ¿Dónde va Saul?

—No sólo Saul. Anna me dijo que nuestro grupo era demasiado grande, y tenía razón. Estamos atrayendo demasiada atención. El sigilo es la clave aquí.

Cassius resopló con incredulidad.

—¿Vas a ir solo? ¿Con ella? ¿Confías en ella?

—No tengo elección.

Mi comentario fue recibido con silencio. Me di cuenta de que la mayoría quería discutir. Pasaron unos minutos hasta que Bridget regresó, con una Anna vestida pero pálida y temblorosa a su lado. Se había transformado en humana a la primera oportunidad.

—¿Qué está pasando? —preguntó Bridget mientras ayudaba a Anna a subirse a un tocón. Saul cruzó inmediatamente el camping hacia ella.

—Nos ordena volver —dijo Maverick con fuerza—. Él y *su compañera* van solos.

Le gruñí un poco, pero Bridget asintió.

—Claro. Lo entiendo. No se transformará con nosotros aquí.

—¿Lo entiendes? —preguntó Jenson—. ¿En serio?

—Te salvó la vida con ese truco de la pistola de bengalas, Jenson —replicó Bridget—. Si yo fuera tú, estaría agradecido.

Jenson cerró la boca. Bridget tenía razón.

—No importa lo que piense ninguno de vosotros. He tomado mi decisión. Vamos solos.

Maverick enseñó los dientes.

—Si no vuelves, la cazaremos hasta los confines de la Tierra.

10

Anna

Entré y salí de la conciencia, emergiendo sólo para sentir el pánico acelerado de alguien que me llevaba y luego sucumbir de nuevo a mi debilidad. Cuando desperté, estaba bajo una espesa mata de coníferas. Estaba fresco y a la sombra, pero veía el sol brillar intensamente a través de las aberturas de las ramas.

Había perdido una noche entera.

—Que no cunda el pánico. No estás sola —dijo Jax, agachándose frente a mí—. O a lo mejor eso te da más pánico. Es difícil saberlo, pero estamos solos tú y yo.

Dejando escapar un pequeño gemido, luché por incorporarme. Inclinándose, me agarró y me apoyó suavemente junto a un baúl.

—Agua. Comida. Saul dijo que necesitabas reponer tus reservas de energía lo antes posible. Has perdido demasiada sangre.

Con impaciencia, acepté el agua y la barrita energética. Bebí tan rápido que casi vuelvo a toser el agua.

—Tranquila. No hay prisa.

Ayer tenía prisa y ahora actuaba como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

—¿Dónde están los demás? —carraspeé mientras me limpiaba la boca.

—Los eché —volvió a sentarse sobre sus ancas y me estudió—. Tenías razón. Nuestro grupo era demasiado grande. Llamábamos demasiado la atención.

Era la primera vez en mi vida que alguien admitía que yo tenía razón. Incómoda, me levanté para intentar ponerme de pie. La vista se me nubló un poco y caí hacia delante. Jax me atrapó con facilidad.

—Saul dijo que tardarías uno o dos días en recuperarte. Aquí estamos relativamente a salvo. Los otros borraron nuestras huellas antes de irse.

No me importan los lobos rebeldes en este momento. Necesito mear —murmuré mientras evitaba sus ojos—. Oigo correr el agua. ¿Estamos cerca del río? Estoy empapada en sangre.

—Ni siquiera puedes tenerte en pie. ¿Qué te hace pensar que puedes nadar?

Volví a fulminarle con la mirada. Al parecer, llevaba horas inconsciente e indefensa. Llegaría a ese río, aunque tuviera que arrastrarme.

—Yo te llevaré —dijo finalmente—. El agua es profunda, pero la corriente no es tan rápida, y puedo estar de pie.

—Me alegro por ti. Puedes bañarte cuando yo acabe —le aparté las manos y di un paso adelante. Mi rodilla y tobillo estaban completamente curados, gracias a mi loba.

Desgraciadamente, no tenía fuerzas. Me tambaleé, di dos pasos más y estuve a punto de caerme contra otro árbol.

Detrás de mí, Jax se aclaró la garganta.

Joder, no necesitaba su ayuda. No quería estar a solas con él. No quería saber cuánto consuelo podía darme su lobo. No quería saber que sus ojos y su tacto podían ser gentiles.

Sólo quería lavarme la sangre del pelo.

—Vale —dije apretando los dientes—. Puedes ayudarme.

Con una carcajada, me levantó. Inmediatamente grité de pánico y le di una bofetada, pero él se limitó a tirarme por encima del hombro.

—¿Qué haces? ¡No necesito que me lleves! Bájame.

—Relájate y respira, Anna. Si hubiera querido hacerte daño, habría dejado que te desangraras, ¿recuerdas? Cuanto antes lleguemos al río, antes volveremos para que puedas descansar.

Sus palabras tenían sentido, pero no podía relajarme. Apretando los ojos, intenté ahogar el pánico. Sorprendentemente, descubrí que el pánico era mío. Mi loba estaba acurrucada tranquilamente dentro de mí.

Qué bien. Después de años de terror y ansiedad, estaba perfectamente feliz después de un bofetón de su compañero. Jax no pudo evitar sentirse un poco traicionado. Todo lo que había hecho para protegerla, ¿y ahora estaba contenta? Traidora.

—Buen truco con la pistola de bengalas —dijo, como charlando—. ¿Lo habías usado alguna otra vez?

—Si me preguntas si he disparado a otro lobo antes, la respuesta es no.

Sus hombros se tensaron y, por un momento, pensé que me dejaría caer.

—No me refería a eso —murmuró.

El agua estaba fría cuando Jax me bajó suavemente al río, pero no me importó.

Sentí un extraño alivio al ocultar mi cuerpo desnudo bajo la superficie. A la mayoría de los metamorfos no les importaba su desnudez. Normalmente, a mí tampoco me importaba, pero me sentía muy vulnerable cerca de Jax. No porque me hiciera sentir insegura, sino porque no podía contenerme a su lado: una mirada suya y quería derrumbarme.

Me rodeó la cintura con las manos y me di cuenta tarde de que me estaba llevando a aguas más profundas.

—Espera —jadeé.

—Sé nadar —dijo bruscamente—. ¿Ves esa roca?

—Sí.

—Allí es menos profundo, y evitará que la corriente te arrastre.

—¿Me vas a dejar sola?

—No —murmuró—. Sin duda encontrarías la forma de ahogarte.

Llegamos a nuestro destino y me agarré a la roca. Era menos profunda. Podía ponerme de pie, pero el agua aún me llegaba a los hombros. Las manos de Jax desaparecieron y emití un sonido involuntario de pánico.

—¿Anna? Tranquila. Esto era lo que querías.

—Ya lo sé. Estoy bien —mentí mientras cerraba los ojos. Afloraron recuerdos que creía enterrados desde hacía tiempo. Mi padre

arrojando cuerpos al agua. Algunos muertos, otros no. Al agua le daba igual. Los llevaba hasta el final de todos modos.

Detrás de mí, Jax se aclaró la garganta.

—Voy a limpiarte el pelo. Trata de no sacudirte.

Me tensé, pero sus manos me masajeaban suavemente el cuero cabelludo. Involuntariamente, mi cuerpo se calentó con su contacto. Algo se agitó en mi interior. La necesidad y el deseo me traicionaron y contuve la respiración mientras intentaba no imaginarme aquellos dedos acariciadores bajando por mi cuerpo.

—Date la vuelta —dijo bruscamente—. Tienes sangre en la frente.

Por un momento pensé en decirle que no, pero entonces recordé lo mucho que me odiaba. No tenía por qué preocuparme de que me quisiera de la misma manera. Lentamente, me di la vuelta.

Su mirada se cruzó con la mía y me di cuenta de lo equivocada que estaba. Había un hambre que me dejó sin aliento.

Con una mano en mi abdomen, me empujó contra la roca.

—Jax —susurré.

¿Qué iba a decir después? ¿Bésame? ¿Suéltame?

¿Fóllame?

—No, para. Sólo… déjame hacer esto —gruñó.

¿Hacer qué, exactamente?

Sus manos me enmarcan la cara y me mira fijamente antes de maldecir en voz baja y pasarme el pulgar por la frente.

El hambre seguía ahí, pero también el asco. Fue suficiente para castigarme, desvié la mirada e intenté quitarme el resto de sangre del cuerpo. No podía hacer mucho sin jabón, pero era mejor que nada.

—Hecho —dije cansada—. Tengo frío. ¿Podemos volver?

No dijo nada mientras me llevaba de vuelta.

—¿Puedes transformarte? Tendrás menos frío —dijo mientras me dejaba en el suelo.

Mi loba se levantó rápidamente dentro de mí como si supiera que estaba siendo convocada. Empujé un poco hacia atrás, pero ya sentía el frío en los huesos. Cerrando los ojos, me entregué a la transformación por segunda vez en un día.

Antes era rápido e indoloro. Había visto que algunos metamorfos tardaban hasta cinco minutos en cambiar, pero yo podía hacerlo en segundos. Aun así, estaba oxidada y no tenía el gran riesgo de morir para acelerar el cambio.

Ella estalló desde dentro de mí, pero esos primeros segundos de alegría se atenuaron cuando los dos nos dimos cuenta de que él no se transformaba. Empezó a entrar en pánico.

—Tranquila, cariño —dijo en voz baja—. Sólo quiero darte de comer.

Le tendió trozos de cecina y ella, vacilante, se los quitó de las manos. Su magia curativa me llenó, pero no podía relajarme. Seguía esperando que Jax nos agarrara. Que le hiciera daño.

Suavemente, le pasó los nudillos por la cabeza.

—Cuando esté más fuerte, te buscaré. Por ahora, espero que duermas y la cures.

¿Dormir? ¿Cerca de él? Ni hablar. No con ella. Inmediatamente, agarré las riendas y empecé a volver. Estaba seca, y me giré para vestirme. Cuando volví a mirarle, no ocultó su decepción.

—Gracias por tu ayuda —dije con voz inexpresiva y volví a acurrucarme en el suelo. Tendría que hacer algo más que salvarme

la vida para poder confiar en alguien.
Incluido él.

11

Jax

Anna durmió hasta el anochecer y, cuando despertó, sus mejillas tenían más color. La observé atentamente mientras se levantaba y se estiraba. Sus pasos eran firmes y seguros, y su alivio era evidente en su pequeña sonrisa.

—¿Crees que estamos lo bastante lejos de la frontera como para transformarnos y cazar? —le pregunté. No era tan tonta como para volver a confiar ciegamente en ella, pero después del último ataque, sabía que necesitaba su opinión. Yo sólo había estado una vez en el Bosque de Glicinia, cuando era niño. Apenas sobrevivimos los dos primeros días y tuvimos que regresar.

—Probablemente. En realidad no sé dónde estamos, pero no siento… no creo que encontremos problemas si no nos acercamos más mientras esté oscuro.

—¿Sentir? ¿Por qué le daría por usar esa palabra?

—¿Estamos? —pregunté mientras me levantaba—. No vas a venir a menos que te transformes.

No había querido gruñirle. Nunca había pensado en dejarla. No porque pensara que huiría, sino porque era un imán para los problemas. Aun así, desafiarla pareció ayudar y, como era de esperar, entrecerró los ojos.

—No pensaba ir como humana. Estará un poco oxidada, pero volveré a estar al cien por cien si la dejo salir otra vez. No quiero ser débil otra noche.

Me miró expectante, y supe que estaba esperando a que me transformara. Al parecer, confiaba más en mi lobo que en mí.

Comprendí bien el sentimiento.

Me desnudé, me puse en pie, le dirigí una sonrisa arrogante y solté a mi lobo. Sus facciones se suavizaron mientras lo estudiaba, y mi lobo se acicaló ante su atención. Luego se dio la vuelta y salió de la espesura para darle intimidad.

Pasaron otros minutos antes de que saliera con cautela. Sabía que no había tardado tanto en transformarse, era tan rápida como yo. Con toda su fuerza, o tal vez con toda su confianza, incluso podría ser más rápida. Sólo la vacilación de Anna la detenía.

Parker me había dicho que no se transformaba. Hasta que la vi salir cojeando con esa rodilla jodida, supuse que se había estado transformando en su habitación y no había salido a correr o a cazar. Ya sólo eso parecía antinatural, pero entonces ni siquiera se había transformado para curarse para este viaje. Ahora sabía que su terror por su loba era aún mayor que su terror por mis guardias.

Y ella les tenía un miedo de la hostia.

¿Qué cojones le habían hecho a su loba para que Anna estuviera tan paralizada por el miedo?

«Dijo que teníamos que salvarla».

Saul pensó que Cora estaba hablando de Anna. Quizá no se equivocaba.

Mi lobo me gruñó y se inclinó hacia Anna. Ella se tumbó inmediatamente, dejó al descubierto la garganta y el vientre, y gimió.

Su loba era tan sumisa, pero ése no era el estado natural de Anna en su forma humana. No, era el resultado del condicionamiento.

Dirk le había hecho esto a su propia hija.

Eso no cambió nada, joder. No podía. Mi manada la mataría antes de aceptarla como mi compañera, y yo aún no podía confiar en ella.

Mierda. Demasiado tarde, me di cuenta de que no estaba prestando atención a mi lobo. Se había tumbado a su lado y la estaba acariciando con el hocico.

Molesto, salí a la superficie. «Estamos aquí para cazar», dije con severidad. Déjala en paz.

Me gruñó, pero se levantó. Su frustración se apoderó de mí. Era su primera oportunidad de impresionar a su compañera, y quería más libertad.

Nunca conseguiría que entendiera que ella nunca podría ser nuestra, que una vez hecho esto, me dejaría y nunca volveríamos a verla.

No podía concentrarme en eso, así que me centré en la caza. Mi atención estaba dividida. Estaba atento al peligro y a ella. Sus movimientos eran tímidos, y yo reducía la velocidad para que ella pudiera seguirme. De vez en cuando, veía un atisbo de alegría en su cara. Cuando veía un conejo, le dejaba tomar la iniciativa. Cuando

volvió trotando con el conejo en la boca, sus ojos estaban desorbitados de emoción.

El orgullo se hinchó en mi interior, pero lo aplasté. No era sólo mi lobo el que estaba feliz por ella. También era yo.

Estábamos en territorio peligroso, y no era por los lobos granujas.

Rápidamente atrapé mi propia presa y regresamos a nuestro campamento. Claramente incómoda, Anna retrocedió de inmediato. Dejé que mi lobo hiciera una rápida comprobación del perímetro y me uní a ella. Cuando volví a ser humano, ella ya estaba vestida.

—¿Te encuentras mejor? —pregunté bruscamente.

—Sí. Mañana por la mañana podemos dirigirnos hacia el Bosque de Glicinia. Si puedes, te conviene suprimir tu poder, intenta parecer más pequeño. Será mejor permanecer humano el mayor tiempo posible. Tu lobo hace que sea difícil no sentir inmediatamente a un alfa cerca —dijo secamente—. Déjame tomar la iniciativa. Descubriré las trampas antes que tú.

Después de beber un trago de su cantimplora, se acomodó en su saco de dormir.

—Sabes, he estado allí una vez —le dije—. No es un lugar seguro, pero tú no tienes ningún miedo. Anoche casi te mueres.

—Porque no me escuchaste. Si lo hacemos a mi manera, estaremos bien.

La estudié detenidamente.

—Me dijeron que dejaste pasar a tu padre, pero tú dijiste que él te raptó. ¿Cuál es de las dos?

—Las dos —dijo, mientras se tumbaba y miraba las ramas que colgaban—. Me siguió dentro, paso a paso, para evitar las trampas

que no podía ver. Estaba a mitad de camino cuando descubrí que me seguía. Así que podría decirse que yo le guié.

—¿Y? —le pregunté.

—Y le dejé llegar un poco más lejos. Quería que bajara la guardia, que pensara que yo no me daba cuenta. Luego lo llevé directo a una trampa y lo dejé en lo que esperaba que fuera una muerte lenta y tortuosa —dijo con frialdad.

La miré fijamente, pero ella seguía sin mirarme.

—Obviamente, no funcionó. No todas las trampas son letales —sólo entonces giró la cabeza y me sonrió—. No te preocupes. Ahora que estamos solos, no pienso hacer lo mismo contigo. Deberías dormir un poco. Lo vas a necesitar.

12

Anna

Ya fuera por el cansancio o por la falta de sangre, conseguí dormir un par de horas. Salimos justo cuando el sol empezaba a asomar por el horizonte. Jax suprimió su poder como le había pedido, y hasta a mí me engañó. No ocultaba que era un lobo, eso no era posible, pero parecía un hombre lobo normal. Eso facilitaría las cosas.

Mis heridas estaban casi curadas, así que ahora me movía más rápido, y Jax nunca estaba a más de un brazo de distancia de mí.

También estaba de buen humor.

—No respondiste a mi orden de transformarte —dijo despreocupadamente mientras caminábamos—. ¿Te importaría explicarme cómo es posible?

—A lo mejor soy más fuerte que tú.

Su gruñido me dijo que no era la respuesta correcta.

—Como estoy seguro de que ya has visto por ti mismo, mi loba está rota. La orden no le llega bien —dije con sinceridad.

—¿Cuándo se rompió? ¿Pasó algo en mi manada?

Resoplé.

—¿Te preocupa que tu edicto de atormentarme haya fracasado? Tranquilo. No me había transformado desde la noche en que mataste a mi padre.

Jax tropezó y yo volví la cabeza y fruncí el ceño, preocupada de repente por haberme saltado una trampa. En realidad aún no estábamos en el Bosque de Glicinia, pero por lo que yo sabía, las brujas habían añadido unas cuantas fuera de los límites, sólo por joder.

No era eso. Me miraba horrorizado.

—¿No te has transformado en tres años? ¿Qué coño estaba haciendo Parker?

—Gritándome hasta quedarse ronco. No sirvió de nada.

—Anna…

—Estamos en medio del territorio rebelde. No es realmente el lugar para tener esta conversación —dije. Y a él qué coño le importaba.

—Cualquier lobo que se precie nos olerá mucho antes de oírnos.

No estaba equivocado. Sólo que no quería hablar de ello.

—Mira, viste a mi loba. Es sumisa. Tímida, pero está viva, así que realmente no hay nada más que discutir. No intentaré bloquearla cuando surja la necesidad, pero no va a salir a retozar por el bosque.

Mi declaración fue recibida con silencio, y me ajusté la mochila a la espalda. Llevaba la pistola de bengalas en la cintura y me preocupaba un poco que pudiera prenderme fuego sin querer.

Un arma de verdad sería útil, pero estaba prohibida en la mayoría de los territorios de la manada por razones obvias. Años atrás, me

había topado con una en un antiguo campamento humano, y mi padre la tiró al río y me sonrió como si supiera lo que tenía en mente.

—¿Cómo puedes detectar un hechizo-trampa? —preguntó.

—¿Sabes cómo sientes tu piel ahora mismo, cómo sientes tu lobo, rodeado de toda esta magia?

—Sí.

—Si miras lo suficientemente cerca, puedes ver brillos en el aire. Algo que parece casi real, pero que está un poco fuera de lugar. Algunos tienen que estudiar un poco para verlo, pero yo me doy cuenta más rápido. Es casi un color diferente.

Jax gruñó.

—¿Y cómo se desactivan?

—Es un poco pronto en nuestro cortejo para que te revele todos mis secretos.

Volvió a gruñir y no pude evitar una risita.

—No te preocupes; con gusto divulgaría mi secreto si creyera que puedes hacerlo tú mismo. No deseo pasar contigo más tiempo del necesario. Ahora que estoy aquí, atrapada contigo y enfrentándome a lo que probablemente sea mi muerte inminente, ¿por qué no me dices quién te dijo que yo estuve aquí, para empezar?

—Emerson Triggs.

Ahora era mi turno de tropezar. Emerson Triggs era un nombre que conocía demasiado bien. Era el Alfa de la manada del Paso de la Luna de Sangre. Mi padre había secuestrado a su sobrina, y eso había cabreado un poco a Triggs. Persiguió a mi padre y casi acabó con él unos años antes que Jax.

Desafortunadamente, mi padre le ofreció a Triggs algo un poco más deseable.

A mí.

—¿He tocado un nervio? —preguntó Jax—. Sabía todo sobre tu viaje pero no sabía por qué. Insinuó que estabais unidos.

—¿Celoso? —tan pronto como la palabra salió de mi boca, deseé desesperadamente poder retractarme. Pero ya que había llegado tan lejos, lo apoyé con todas mis fuerzas. Mirando por encima del hombro, le lancé una sonrisa burlona—. No te preocupes, amigo. Soy toda tuya.

Sus ojos se tiñeron de dorado y rápidamente giré la cabeza hacia delante. Incluso burlarse de él era jugar con fuego.

—Si vas a decir algo así, deberías esperar a poder mirarme a los ojos sin temblar de miedo —dijo con sorna.

—Sí, bueno, la persona y la loba no siempre están de acuerdo, y como ya has descubierto, tiendo a irme de la lengua. ¿Cuándo hablaste con Triggs?

Más importante, ¿sabía Triggs dónde estaba yo?

—Me uní a la cadena de suministros hace dos semanas.

Leí entre líneas lo que decía. La manada del Paso de la Luna de Sangre era lo más parecido a los asentamientos humanos y a la civilización. La cadena de suministros también era un recado muy por debajo de Jax. Había ido a propósito. Buscando información.

—¿Descubriste algún otro secreto profundo y oscuro sobre mí mientras estuve allí?

—¿Por qué, Anna? ¿Hay algo de lo que quieras hablar?

Bruscamente, me detuve y señalé a nuestra izquierda.

—¿Ves ese hueco?

Deteniéndose tan cerca que sentí su aliento en mi cuello, su mano rozó mi cintura.

Al instante, me tensé y me aparté. A su favor, no me siguió.

—Sí —respondió.

—¿Algo te parece raro?

Miró un poco más.

—Es un círculo perfecto. Me parece raro. Los bordes están un poco borrosos.

—Magia, aunque está muy contenida. Si no entramos en ella, estaremos bien.

—Parece que sería un buen refugio —murmuró sombríamente—. ¿Tú qué crees?

Estaba iluminada de un rosa brillante, con zarcillos vibrantes que se extendían y palpitaban como si estuvieran vivos.

—Está borroso —mentí. Estamos ya oficialmente en el Bosque de Glicinia, así que estate alerta.

—¿Dónde ibas cuando escapaste? ¿Intentabas llegar al aquelarre?

Mis pensamientos volvieron a la noche en que corrí desesperadamente hacia mi libertad.

—Necesitaba dirigirme a una fuente de agua para que mi padre perdiera mi rastro —respondí—. Después de eso, sólo sabía que había una zona que él evitaba. No tenía ni idea de que había brujas hasta que empecé a ver las trampas. Entonces, sólo pensé que era el lugar perfecto para esconderse. Sinceramente, me importaba un bledo adónde iba. Sólo que pudiera escapar.

Tanto trabajo. Todo había ido como yo quería: por fin había encontrado mi libertad. Y no había sido capaz de conservarla. El recuerdo aún me amargaba.

—Una vez liberado de la trampa, ¿cómo volvió a ti?

—Mi padre era inteligente. Regresó, reunió suficientes lobos y arrojó sus cuerpos a cualquier trampa de hechizos en su camino hasta llegar a mí.

Jax emitió un sonido estrangulado en la garganta y yo miré por encima del hombro.

—¿Crees que debería sentirme culpable por su sacrificio? —le pregunté—. Cada uno de ellos tenía sangre inocente en sus garras. No hubo nadie con quien mi padre corriera que mereciera tu respeto.

—¿Tú misma, incluida?

—Yo también tengo sangre inocente en mis garras, pero eso ya lo sabías —miré al cielo. El sol estaba alcanzando su punto más alto, lo que significaba que más pícaros se estaban despertando. Era difícil saber si el más cercano estaba a kilómetros de distancia o si estábamos a punto de cruzarnos con uno durmiendo la siesta junto a un árbol.

—Mantén tu poder suprimido. Probablemente no vamos a estar solos mucho tiempo. La mayoría de los pícaros no tienen problemas con otros pícaros, pero algunos son territoriales, como ya has visto. Todos los lobos quieren pensar que tienen su propia tierra, estén en manada o no.

—Y algunos me desafiarán por ti —señaló.

No se equivocaba. Había casi diez veces más pícaros hombres que mujeres, y solos en el bosque, muchos pícaros tendían a volverse más salvajes. El consentimiento no se llevaba aquí.

—Pero estoy seguro de que esto es a lo que estás acostumbrada —continuó Jax.

—Estaba. Luego, durante tres años, no estuve —dije en voz baja, recordando al hombre que había jurado que nadie me tocaría. Y de alguna manera, con el tiempo, aprendí a confiar en él. Confiaba en él. Ni un solo lobo me había tocado cuando Parker estaba vivo.

Jax me miró fijamente y, cuando giré la cabeza, no fue porque tuviera miedo. Fue porque una nueva ira había salido a la superficie. Me culpaba de la muerte de Parker.

—¿Algo más que quieras compartir sobre a lo que nos enfrentaremos? —su voz era peligrosamente suave.

Sacudí la cabeza.

—Sé que me mientes, Anna. Lo sé cada vez que me mientes. Puedes pensar que vivo una vida cómoda como alfa, pero si decido que esas mentiras son para traicionarme a mí o a mi manada, te mataré sin previo aviso. Este vínculo de apareamiento no va a salvarte. ¿Me entiendes?

Me recorrió un escalofrío. Haber mencionado a Parker había sido un error. Sentí la verdad de su promesa en lo más profundo de mí.

Tuve que tener mucho cuidado para que no se diera cuenta de que le estaba traicionando… hasta el final.

13

Jax

No mentía descaradamente, pero tampoco decía la verdad, lo que significaba que no se podía confiar en ella. Aun así, pasamos la mayor parte del día sin atraer la atención de los lobos.

De vez en cuando se paraba a mirar algo. Yo hacía lo mismo, pero nunca veía lo mismo que ella, así que acabé estudiándola a ella. Nada en su motivación tenía sentido. Podría haberme dicho cómo evitar o desactivar las trampas y, a cambio, yo le habría dado la libertad que quería.

Tal vez.

Podría arrastrarla a mi territorio cuando esto acabara. ¿Se creía más a salvo de mí cuanto más nos acercábamos al recinto de las brujas?

Nada me separaría de ella si decidía quedármela.

En lo más profundo de mí, mi lobo rugió. No era una advertencia de peligro, sino más bien una advertencia para mí. Desde que Anna llegó a mi vida, mi lobo y yo habíamos estado enfrentados. Él quería

a su pareja, y yo quería proteger a mi manada. Por el momento, ambos no podíamos tener lo que queríamos.

—Trampa —anunció Anna con un extraño temblor en la voz—. Dame un minuto.

Intenté concentrarme en la zona que nos rodeaba. Anna estaba arrodillada ante una roca, pero me daba completamente la espalda. Quería verla trabajar y averiguar cómo se las apañaba.

Cuando di un paso, ella giró la cabeza.

—¡Deja de moverte!

Yo estaba al menos un metro detrás de ella. Si ella no estaba activando la trampa, yo no estaba en peligro, ¿verdad?

—Explícame lo que estás haciendo —le ordené.

Había girado la cabeza hacia atrás, pero pude notar cómo me ponía los ojos en blanco.

—Estoy intentando concentrarme. No puedo deshacer la trampa hasta que sepa cómo funciona.

—¿Y cómo vas a deshacerla? ¿Con un hechizo?

—Hmm. Algo así.

Una respuesta vaga que bordeaba la mentira. Los lobos no podían hacer magia. Di otro paso y ella jadeó. Inmediatamente, me detuve.

—Alfa —dijo entre dientes apretados, sin darse la vuelta—, me doy cuenta de que tiendes a dar órdenes en lugar de seguirlas, pero si por favor pudieras quedarte ahí, te lo agradecería. Tu muerte me daría la libertad, pero sospecho que tu manada pondría precio a mi cabeza.

—¿Estoy en peligro de muerte? —pregunté suavemente.

Esta vez sí giró la cabeza.

—Acércate. Podemos averiguarlo.

Sonreí para mis adentros. Parker me había dicho que su humana era sorprendentemente más fuerte que su lobo, pero sobre todo se había quejado de su boca. Debajo de ese descaro había un verdadero desafío.

Después de un momento, se levantó.

—Todo bien por aquí —no se molestó en mirarme mientras seguía caminando. Era extraño seguirla.

Había intentado olvidarla escondiéndola en el bar de Parker, pero no fue posible. Ahora, observando cómo miraba a su alrededor y se movía con cautela, me di cuenta de lo mucho que podía aprender de ella.

Tal vez nada útil, pero ya estaba acostumbrado a cómo caminaba bajo el sol y las sombras. Estaba acostumbrado a cómo respiraba y se sentía en mis brazos cuando dormía. A su aspecto cuando estaba desnuda y mojada.

Mierda. Aparté ese pensamiento y miré a mi alrededor.

Silencio. El bosque de Glicinia era demasiado tranquilo. Para un lugar que se suponía que estaba plagado de lobos, no habíamos visto ni rastro de ninguno.

Eso no impidió que se me erizaran los pelos de la nuca. Sabía de primera mano que el hecho de que no pudieras ver un lobo no significaba que no hubiera uno cerca. La ausencia de cualquier signo era una señal de alarma.

Varios kilómetros después, supe que no podía seguir ignorando mis instintos. Nos vigilaban y nos seguían. Por la forma en que Anna miraba a su alrededor, me di cuenta de que sentía lo mismo, así que

cuando un hombre se cruzó en nuestro camino, yo ya estaba preparado para matar. Su primera palabra me detuvo en seco.

—Anna —saludó cordialmente—. Creí que no volvería a verte.

Vaya, vaya. Interesante.

—Marsh. Estás aquí. En el Bosque de Glicinia.

No había cautela en su voz, ningún indicio de que lo viera como una amenaza, pero todo su cuerpo se había congelado. No sirvió de nada para aliviar la tensión en mi interior.

—Es un sitio tan bueno como cualquier otro para llamarlo hogar —dijo, todavía amable, mientras me miraba—. ¿Quién es tu compañero?

Nos estudiamos mutuamente, pero sabía que no era la primera vez que me veía. Llevaba medio día siguiéndonos y había llegado a la conclusión de que yo no era lo bastante poderoso como para constituir una amenaza, o de que su necesidad de hablar con Anna justificaba el riesgo.

Tenía la sensación de que era lo primero. Era difícil, pero suprimí mi poder todo lo posible. Él, en cambio, dejaba salir el suyo. Era fuerte. Y arrogante. La mayoría de los metamorfos serían cautelosos en un lugar como este, pero él solo estaba confiado. Pensaba que tenía algún poder aquí.

Quería destrozarle la cara.

En lugar de eso, esperé a ver qué hacía Anna. Matarlo ahora sería más fácil, pero también llamaría demasiado la atención.

—Saul, este es un viejo amigo de mi padre —dijo Anna con firmeza —. Marsh, este es Saul. Es mi compañero.

Anna

Puede que lo haya dicho de pasada antes, pero era la primera vez que presentaba a Jax como mi compañero.

En su honor, no pestañeó ni ante el nombre falso ni ante la confesión de nuestra relación, ni siquiera ante la revelación de que Marsh era amigo de mi padre.

Un buen amigo.

—¡Un compañero! Mírate. La dulce niñita de Dirk ya crecidita —dijo Marsh con un brillo travieso en los ojos—. Un compañero de Anna es sin duda un amigo mío. Seguro que la tienes bien controlada. Mi pequeña Anna era un infierno.

Se me revolvió el estómago, pero me reí con él. Mostrar siquiera un atisbo de angustia sólo le daría más munición, y ya era demasiado tarde para hacerle una señal a Jax para que lo matara y pudiéramos seguir nuestro camino.

—Está bajo control —dijo Jax suavemente.

—No lo dudo. ¿Por qué no quedas conmigo en mi casa y nos ponemos al día?

Intenté parecer arrepentida mientras negaba con la cabeza.

—Me temo que sólo estamos de paso. ¿Quizá a la vuelta?

Inmediatamente, me di cuenta de mi error. Había hablado fuera de turno. Ni siquiera había mirado a Jax.

Marsh lo captó de inmediato y enarcó una ceja.

—Por desgracia, tengo que insistir. Me han informado de que un grupo de lobos ha intentado entrar en mi territorio. Envié un grupo a inspeccionar, pero ninguno ha regresado aún. Dirk, que en paz descanse, nunca me perdonaría si dejara que te pasara algo. Supongo que irás a visitar a las brujas otra vez.

Estaba buscando información y atrayéndonos a su casa.

—No, sólo estamos tomando un atajo, pero aquí es mejor prevenir que curar. Agradezco la advertencia.

—Puedo con un par de lobos —dijo Jax con rotundidad mientras miraba a Marsh. Era mi imaginación, ¿o parecía celoso?

—Seguro que sí, pero esto era más que un par —dijo Marsh tranquilamente—. Conozco un lugar seguro para que te quedes esta noche, y me encantaría ponerme al día con la dulce Annita.

Me guiñó un ojo y se me revolvió la tripa. Estaba a punto de encontrar una excusa para irme cuando los brazos de Jax rodearon mi cintura.

—Estoy seguro de que le encantaría ponerse al día.

Lo último que quería era que Jax escuchara las historias de Marsh, pero no veía una salida.

Aparentemente, Jax tampoco. O quizás realmente quería información sobre mi pasado.

Me interesaba saber qué hacía Marsh aquí. Era como mi padre —demasiado parecido a él—, y no le veía escondiéndose en un lugar como éste sin una buena razón.

Seguimos a Marsh hasta una pequeña cabaña. Parecía construida recientemente, pero eso no significaba que la hubiera construido Marsh. Siempre había sido bastante vago, así que no me sorprendería saber que la había tomado por la fuerza.

—Anna creció en un lugar como éste. De hecho, pensé en ella en cuanto lo vi. Sabía que le encantaría —dijo Marsh mientras abría la puerta—. Ella y su padre siempre hacían su casa muy acogedora y hospitalaria. ¿Llegaste a conocerle, Saul?

—Sólo una vez. Murió poco después —dijo Jax brevemente.

—Eso explica adónde se fue ella. Cuando me enteré de lo de Dirk, me preocupé por mi dulce niña. Fui a buscarla.

—Saul me mantuvo a salvo —dije, mientras me obligaba a mirar a Jax y sonreía. Tenía que interpretar el papel, o acabaría vomitando sobre los zapatos de Marsh. Había pasado tiempo, pero ¿la pequeña Anna sumisa, callada y tonta?

Sí, claro.

—¿Has estado aquí arriba todo este tiempo?

—Hmm. Me gusta bastante estar aquí. Es tranquilo. He hecho algunos amigos —me guiñó un ojo—. Seguro que a ti también te gustará. Te recordará a casa.

—Ahora tiene un nuevo hogar —la tensión en Jax era evidente, y me preocupaba que si no mantenía la compostura, dejaría de

enmascarar su poder alfa.

Si Marsh se dio cuenta, no dijo nada. En lugar de eso, se quitó las botas y se sentó en el sofá. Cuando señaló el sitio a su lado, Jax se sentó en el sillón y me dejó caer sobre su regazo.

Marsh tenía razón. Parecía la casa de Dirk. Me tragué mi malestar y traté de acomodarme contra Jax. A pesar de interpretar mi papel ante Marsh, sabía que no me veía cómoda. No estaba acostumbrada al tacto de ningún hombre, y mucho menos al duro cuerpo de Jax debajo de mí. Sus manos rodearon inmediatamente mi cintura y traté de permanecer quieta. El corazón me latía con fuerza al sentir sus músculos debajo de mí.

Por el amor de Dios, Anna, cálmate. Nunca habíamos estado en más peligro, ¿y ahora me daba por obsesionarme con el cuerpo de Jax?

—Tengo unas cuantas botellas de esa cerveza Río Serpiente tan popular.

—¿Río Serpiente distribuye en el Bosque de Glicinia? —preguntó Jax con escepticismo.

Fue todo lo que pude hacer para no devolverle una mirada sucia. Este era un momento en el que el alfa mimado tenía que tener la boca cerrada. Se suponía que era un pícaro. Se suponía que sabía cómo funcionaba la vida canalla.

Marsh no se perdía una.

—¿Dónde dices que vives ahora?

Jax no sabía lo fácil que era llevar cosas al territorio de los pícaros. Podría tardar un poco más, pero los pícaros sabían cómo mover las mercancías. Muchos de los cargamentos eran robados, pero también

había dinero, y gran parte se compraba legítimamente. Un pícaro podía conseguir lo que quisiera: ropa, teléfonos, alcohol…

Necesitaba que Marsh pensara que Jax estaba al mando, al menos, de la forma en que Marsh y mi padre pensaban que un hombre debía estar al mando, así que no podía explicar su comportamiento sin que Marsh se diera cuenta de que Jax no se parecía en nada a Dirk. Por suerte, Jax intervino.

—Las hembras no deben beber —dijo rígidamente—. Es mejor no ponerles la tentación cerca.

—Ah, eres uno de esos —resopló Marsh—. Lo entiendo. Mi querida Annita era toda una bebedora. Con trece, catorce años se metía unos buenos güisquis. Uy, las cosas que hacía cuando estaba un poco piripi.

Los brazos de Jax me rodearon con fuerza, me puse rígida y recé para que Marsh no diera más detalles. Bebía siempre que me visitaban los amigos de mi padre. Por suerte, a ellos les divertía; a mí me ayudaba a embotar los sentidos y a bloquear recuerdos con los que no quería vivir.

—Ya no hacemos eso, ¿verdad, Anna? —dijo Jax suavemente.

—No.

—No, ¿qué?

Sobresaltada, volví a mirarle. Había asco en sus ojos. ¿Era por las historias de Marsh o por el papel en el que se estaba metiendo a la perfección?

—No, Saul.

—Bien. Los nombres son importantes —le dijo a Marsh—. Es una señal de respeto.

—Claro, claro —Marsh me observó atentamente—. ¿Así que conociste a Dirk y te llevaste a nuestra pequeña Anna? Me cuesta creer que Dirk estuviera de acuerdo con eso.

Jax se encontró con su mirada.

—Es mía —dijo simplemente—. Y no necesito permiso de nadie para hacer lo que quiera con ella.

Una amplia sonrisa partió la cara de Marsh.

—Me gustas, tío. De verdad que sí.

Llamaron a la puerta y me sobresalté. Marsh me sonrió y cruzó la habitación para abrir. Entró otro lobo macho, éste mucho más joven que Marsh. ¿A quién más había hecho señas? ¿Cuántos lobos más se unirían a nosotros esta noche?

—Finn. Justo el chico que quería ver. Pasa. Pasa. Esta linda fresita es Anna. Era la hija de Dirk. Nos conocemos desde hace mucho. Y este es su compañero, Saul.

Jax se había puesto duro como una piedra mientras Finn lo miraba fijamente.

—Saul —repitió Finn.

Mierda. ¿Qué posibilidades había de que Finn conociera a Jax? Una palabra y nuestra farsa habría terminado. Marsh sabría que Jax no sólo era un alfa, sino el que había matado a Dirk.

—Finn —dijo Jax en voz baja y le tendió la mano. Tras un momento de tensión, el joven se la estrechó.

Marsh parecía vagamente decepcionado, aunque no supe por qué.

—Finn es un joven muy viajado. El mejor lobo mensajero que he tenido.

—¿Y para qué se necesita un mensajero en el Bosque de Glicinia? Tenía la impresión de que a los lobos de aquí les gustaba su soledad —dijo Jax con leve interés.

—Bueno, ya ves. Nunca se sabe. Finn, ¿asumo que estás aquí por lo del informe?

¿Marsh tenía lobos informándole a él? ¿Estaba organizando a los lobos aquí? Recordé lo que dijo sobre un grupo de lobos entrando en «su» territorio. Una manada aquí en el Bosque de Glicinas sería peligrosamente inestable. ¿Las brujas estaban permitiendo esto? ¿Qué coño estaba pasando?

—Entraron media docena de lobos. Los guardias del perímetro se encargaron de ellos, pero sus radios estaban dañadas, así que no pudieron informar. Creen que había dos grupos, así que patrullarán durante las próximas treinta y seis o cuarenta y ocho horas. Green dice que enviará un mensaje si encuentran algo.

Marsh asintió.

—Así que Jax está enviando a alguien a las brujas. Lo sospechaba. ¿Qué pasó con el primer grupo?

Saul. Bridget. Los otros.

Finn nos miró fijamente.

—Nunca lograron pasar las fronteras. No hubo supervivientes.

15

Jax

Las mentiras se le habían escapado tan fácilmente de la boca, pero mientras Marsh invitaba a Finn a quedarse a cenar, Anna empezó a temblar. Sabía lo que estaba pensando. Mis lobos no habían vuelto.

Es interesante que se preocupe tanto por ellos.

Sabía que mis lobos estaban bien, lo habría sentido si hubieran muerto. Finn le había mentido a Marsh. No podía decirle eso a Anna. Además, tampoco sabía por qué.

Pasamos las dos horas siguientes como «invitados» mientras Marsh relataba alegremente historias de «Annita» que me afilaban los dientes y me ponían a prueba en todos los sentidos posibles.

Anna, por su parte, ni pestañeó.

Después, rechacé rápidamente la sugerencia de Marsh de que durmiéramos en la cabaña. Cuando mencionó que podíamos transformarnos y dormir todos juntos, sentí la primera señal del pánico de Anna.

—La loba de Anna no sale a menos que estemos en casa —dije, interpretando el papel del compañero controlador.

Marsh estaba claramente frustrado, pero no cedí. Era obvio que quería a Anna. ¿Realmente pensaba que la compartiría?

¿Alguien más la había compartido?

Era imposible saber lo que pensaba Anna. Había adoptado un papel tan tranquilo y sumiso que resultaba difícil entenderla.

La mayoría de los compañeros podían comunicarse de forma no verbal, pero también es verdad que la mayoría de los compañeros se querían. Anna y yo nunca seríamos así. Darme cuenta me produjo un vacío. Pero, ¿qué coño me importaba? Ella era una asesina.

Nos instalamos en una tienda de campaña en la parte trasera de la cabaña. No era una gran solución. Apenas era una barrera contra las amenazas, y cuando Marsh habló mientras Anna se metía dentro, supe que no dormiríamos bien.

—Ella no huele a ti.

Mierda.

Me quedé mirándole fijamente antes de seguirla al interior y subir la cremallera. Anna sacó una linterna y la encendió.

Inmediatamente la apagué para ver a Marsh de pie, silueteado contra la tienda. Finalmente se retiró, y ella volvió a encender la linterna.

—Ya verá —murmuré en voz baja.

—Siluetas. Sombras. Podemos usar eso a nuestro favor —susurró en voz baja.

Me di cuenta de lo que quería.

—¿Quieres que finja que te follo?

Sus mejillas enrojecieron y bajó la mirada.

—No tiene por qué ser una seducción. Él no esperará eso. Sólo algo rápido y sucio. Voy a… eh… Voy a hacer unos sonidos de dolor. Eso debería valerle.

joder. Para que se callara de una puta vez, le agarré la cara y le levanté la barbilla, sin dejar de mirarla. Apagué la linterna.

—Yo no follo, ni fingiendo ni nada, para el disfrute de nadie más que para el mío y el de la mujer con la que estoy. No le voy a dar espectáculo a ese puto enfermo. Este papel que me haces representar no vale cuando estamos solos, ¿entendido?

—¿Es un papel? Quieres mi obediencia, ¿no?

—No es lo mismo.

—Para ti.

Gruñí, y ella me puso una mano en la mejilla.

—No te preocupes. Los dos sois muy diferentes. A él le gusta controlarme porque me desea. Tú es porque me odias. De todas formas, él nos seguirá hasta el aquelarre para averiguar cómo matarte y tomarme. Especialmente si piensa que no estamos realmente apareados.

Quería odiarla. Era mucho más fácil cuando no pasaba tiempo con ella.

Antes de que pudiera evitarlo, rocé sus labios con los míos. Se quedó inmóvil.

—Podría desnudarte, estrecharte contra mí toda la noche, y aun así no tendría el mismo efecto que un beso. Relájate y ábrete a mí. Sólo será un momento.

Esperé a que se ablandara y toqué sus labios con los míos.

—A pesar de lo que pueda sentir por ti —susurré—, que sepas que nunca dejaré que Marsh te toque.

Se abrió a mí, metí la lengua y la besé suavemente. Iba a ser un beso rápido, pero en cuanto mis labios tocaron los suyos, la energía de la tienda cambió. El aire se volvió cálido y denso, y sentí un hormigueo en todo el cuerpo. No quería asustarla, pero cuando mis brazos se deslizaron alrededor de su cuerpo y por debajo de su camisa para poder extender las palmas de mis manos sobre su piel desnuda, gimió.

No fue de miedo.

Gimiendo, la apreté más contra mi regazo y mi polla dura y profundicé el beso.

Puso las manos en mi pecho, pero pronto sus dedos se enredaron en mi pelo y todo su cuerpo quedó pegado al mío.

—Todo despejado.

Al oír la voz de Finn, gruñí. Anna intentó apartarse, pero yo la rodeé con los brazos.

—Sé que mintió —le dije—. Los demás están bien. Si estuvieran muertos lo sabría —susurré—. Necesito hablar con él. Quédate aquí y ten a mano esa pistola de bengalas por si alguien que no sea yo intenta entrar. Tendré la tienda a la vista.

Inmediatamente, se bajó de mi regazo.

—¿Hay alguna razón por la que no pueda ir contigo? —preguntó con frialdad. Como no dije nada, resopló—. Sigues sin fiarte de mí. Bien, vete. Vete.

No me iba a disculpar. Mi razón para no confiar en ella no había cambiado. Aun así, odiaba que mis labios acabaran de encontrarse

con los suyos y ahora ella se alejara.
—No te ocultaré nada de lo que necesites saber —le dije.
—De lo que tú crees que necesito saber —cogió la pistola de bengalas de la bolsa y me miró fijamente.
Estaba sólo casi seguro de que no me dispararía por la espalda cuando saliera de la tienda.
Había conocido a Finn una vez. Su padre había sido guardia y espía de la Manada Pico Índigo, uno de los mejores. Todos habíamos tratado de alejarlo en algún momento, pero parecía ser leal.
Hasta que la alfa Maeve Frost descubrió que había estado dando información a otra manada. Después de eso lo mataron. Pensé que Maeve también habría matado a Finn cuando el padre de Finn se negó a decir por quién se había convertido en traidor.
—La verdad, me preguntaba si Maeve era capaz de matar a un niño —dije cuando le vi en la linde del bosque. La tienda de color verde apagado se desvaneció en el fondo una vez que Anna apagó la linterna, pero yo no le quité los ojos de encima.
—Cuando me compadezco de mí mismo, me digo que mi padre tampoco estaba seguro —dijo Finn con rotundidad.
—¿Dónde está Marsh?
—Follándose a una de las hembras. Normalmente trae a una aquí, pero no creo que quisiera que le pillaran con el pantalón por los tobillos mientras estabas tú aquí, sobre todo después de azuzarla toda la noche. ¿En serio es la hija de Dirk?
—¿Conociste a Dirk?
—Poco después de que me exiliaran. Me persiguió durante unas semanas hasta que me refugié en el Bosque de Glicinia.

—Si es verdad que te mueves con facilidad, entonces ya sabías que Anna era mi compañera. ¿Por qué no se lo dijiste a Marsh?

Finn puso los ojos en blanco.

—Marsh es un idiota. Cree que va a ser un alfa aquí. No tiene ni la fuerza, ni la inteligencia, ni el respeto. Tampoco tiene permiso. La tierra pertenece a las brujas. No le digo nada importante, sólo lo suficiente para que me deje en paz. Ha matado a varios lobos jóvenes que cree que podrían llegar a ser más fuertes que él.

Así que Marsh intentaba crear su propia manada, igual que Dirk.

—No me has delatado —dije, agradecido.

—Todos dicen que eres un buen tipo, y claramente no castigas a Anna por los pecados de su padre. Te entiendo.

Me sentí culpable. Sí que la estaba castigando. Ella decía que se lo merecía.

—¿Sabes algo de una bruja desaparecida o secuestrada? —pregunté —. La mía ha desaparecido.

—¿Tiene el pelo blanco?

—Sí. Se llama Irene.

—Nunca me crucé con ella, pero otro lobo me dijo que una bruja de pelo blanco había estado pululando por el Bosque de Glicinia. No desactivó ninguna de las trampas de hechizos, y cayó en una. Uno de los aquelarres tuvo que salir a salvarla. La llevaron a su guarida y, que yo sepa, fue la última vez que la vieron.

—Gracias por esa información —dije—. ¿Te dejó Marsh para que nos vigilaras?

Finn asintió en señal de confirmación.

—Quiere a Anna.

—¿Tiene un plan?
—Cuando vuelva, quiere que te dé un golpe y la atrape.
Fruncí el ceño. Eso iba a complicar las cosas.
—¿No crees que estará reclutando a alguien para ayudar en este momento?
Finn sonrió.
—Marsh se está tirando al menos a cuatro de las hembras, pero todas piensan que es lobo de una sola mujer. Si alguna descubre que la engaña, le harán pedazos. Cree que se merece un harén, pero no es lo bastante valiente para decírselo. No se arriesgará a hablar con nadie más esta noche.
Una idea se formó en mi cabeza. Necesitábamos una forma de mantener a Marsh distraído, y Finn me la había dado.
—Marsh sí dijo que si tenía un mensaje que enviar, debería usarte.
—¿Cómo puedo ser útil?

16

Anna

Cuando Jax regresó, me quedé de espaldas a él y fingí estar dormida. Él sabía que no era verdad, pero se estiró tranquilamente a mi lado y me tocó la cadera. Casi le lancé un gruñido de advertencia, pero su contacto ayudó a calmar a mi loba. Su ansiedad por estar solo en la tierra de Marsh era sofocante.

Odiaba cómo me hacía sentir. Tranquila. Centrada.

Desesperada. Necesitada.

Furiosa.

El hombre me dio caña, y ahora encima tenía su beso para atormentarme. Su beso real, no sólo los que tuve en mis sueños.

De algún modo, con él detrás de mí, conseguí dormirme. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado hasta que el pánico de mi loba me hizo levantarme de golpe.

A mi lado, Jax ya había empezado a tirar de mí contra él cuando una cuchilla destrozó la tienda y el rostro de Marsh se acercó. Estaba manchado de sangre y tenía una mirada enloquecida.

—¿Pasa algo? —preguntó Jax, tenso.

—Esas zorras de mierda creen que pueden opinar sobre lo que puedo o no puedo hacer —gruñó—. Ésta es mía. Dirk me la dio y yo me la quedo. Tú puedes buscarte otra zorra, o morir.

—No lo hagas —le susurré a Jax. Le resultaría más difícil ocultar su poder alfa si se transformaba, sobre todo si luchaba. Podía manejar a Marsh. Tenía que creerme.

—Dirk siempre quiso que guardaras tu virginidad para mí. Luego tuvo que morir. Ahora voy a ver si ese coño es tan bueno como esa boca.

Me dieron náuseas, y Jax empezó a moverse. Marsh se echó a reír.

No iba a morir aquí en el Bosque de las Glicinia porque un hombre no pudiera estarse calladito y el otro no pudiera mantener la compostura. Con un movimiento suave, saqué la pistola de bengalas de debajo de la almohada, apunté al pecho de Marsh y apreté el gatillo.

Una expresión de horror cruzó su rostro mientras gritaba y retrocedía a trompicones. El lobo de Jax salió corriendo de la tienda tras él, y yo le seguí.

—No —grité—. ¡Idiota! Vuelve a transformarte ahora mismo.

Ni siquiera me molesté en ver si Marsh estaba muerto. Era preferible, pero no necesario. Tenía problemas mayores, como el puto poder que rezumaba el lobo furioso de Jax. Me miró, curvó el labio y empezó a transformarse de nuevo. Por el rabillo del ojo, vi moverse una sombra. Giré la pistola de bengalas, consciente de que ya no estaba cargada.

—Soy yo —dijo Finn rápidamente—. Intenté seguirlo de vuelta para advertirte que estaba en camino, pero no fui lo bastante rápido. Todos los lobos en un radio de dos millas probablemente sintieron tu poder, Jax. Necesitamos perder tu rastro ahora. Espero que sepas nadar.

Jax sacó algo de ropa de su mochila. Ya había destrozado dos mudas.

—¿Cómo puedes ser tan tonto, dejándote provocar así? —le siseé.

—Dijo que tu padre te entregó a él —gruñó Jax—. ¿Qué coño quieres que haga?

—¡Tomarte un momento para pensar un plan que no implique que te pongas en plan alfa con él y yo le dispare con una pistola de bengalas gigante! Puedo defenderme de idiotas como ese. Lo he hecho toda mi vida. Mi padre me prometió a mucha gente, incluyendo a Emerson Triggs. ¿Por qué crees que el alfa del Paso de la Luna de Sangre sabe tanto de mí?

Furiosa, volví a la tienda para coger mis cosas. Me ajusté la mochila a la cintura y le miré con odio desde la abertura.

Parecía igual de enfadado.

—¿Ah, sí? ¿Puedes con gilipollas como ese? ¿Y Danny?

¿En serio? ¿Eso es lo que quería sacar ahora?

—¡Como te dije, podría haber escapado de Danny si tu lobo no hubiera intervenido!

—Por fascinante que sea esta conversación, tenemos que irnos ya —dijo Finn secamente.

Por fin eché un vistazo a Marsh. Tenía un enorme agujero en el pecho y no se movía.

Con la satisfacción burbujeando a través de mi ira, me lancé al bosque tras Finn, con Jax a mi espalda.

***

—Nunca me hablaste de Emerson.

El comentario de Jax me cabreó, así que me centré en hacer lo posible por pasarme los dedos por el pelo mojado y enmarañado. No solo acabábamos de cruzar el río, habíamos pasado el resto de la noche vadeando la parte menos profunda, y luego acurrucados en el agua bajo una roca mientras un lobo se limpiaba tras una noche de caza.

Estaba mojada, cansada, de mal humor y perdida. Apenas era mediodía, pero los dos necesitábamos descansar. Las instrucciones de Finn nos habían conducido a uno de sus escondites, de los que tenía casi una docena repartidos por el Bosque de Glicinia. Perderíamos un día de viaje, pero Finn juraba que estábamos fuera del territorio de los lobos.

Y dentro del de las brujas.

—Nunca me lo preguntaste —respondí finalmente.

Odiaba no saber dónde estábamos y tener que seguir las instrucciones de un desconocido. Sin embargo, Finn había arriesgado mucho para ponernos a salvo. Tanto que Jax ya no se sentía a salvo en el Bosque de Glicinia. Le dio al joven instrucciones para volver a la manada Diamante Negro con un mensaje que sus guardias entenderían.

Cuando Jax regresara, Finn tendría la oportunidad de unirse a la manada. Lamentaba un poco no estar allí para verlo suceder.

—Esa sería una pregunta bastante específica, ¿no? —señaló Jax.

Temblando, me di la vuelta y me quité la camisa mojada. Estábamos en una cueva que, según Finn, formaba parte de un sistema. Él creía que las cuevas conducían directamente al complejo de Darkwyn, pero no las había explorado. Dijo que sólo había intentado ir más allá una vez, cuando quedó atrapado en una trampa de hechizos. Pasaron dos días agonizantes antes de que una bruja lo liberara y le advirtiera que se alejara.

En cualquier caso, Finn tenía provisiones escondidas aquí, incluida ropa seca. Abrí una bolsa y me puse una camiseta con olor a moho, que me cayó hasta las rodillas. Imaginé cómo serían los pantalones.

—Bueno, la verdad es que no me aportaste el tipo de entorno que fomentaba la atención y la simpatía por las conversaciones difíciles y el compartir traumas, ¿no crees? —pregunté, examinando los pantalones.

—Te di a Parker —Jax sonaba herido.

Con una breve carcajada, me di la vuelta con un pantalón en la mano.

—¿De verdad crees que Parker quería que hablara de…? —mi voz se apagó cuando vi la expresión de la cara de Jax. Estaba pálido y tembloroso, pero había una intensidad en sus ojos que nunca había visto antes—. ¿Qué coño te pasa ahora?

—Llevas la ropa de otro hombre.

—Sí. Así es. Son de Finn. Ya lo sabes.

—Tienes que quitártelos —su voz se había vuelto inquietantemente calmada.

—Pues no. No tengo otro. Me estoy congelando. ¿Qué demonios pasa…? —él emitió un gemido grave, y mis ojos se abrieron de par en par.

De ninguna manera. Ni de puta coña.

—Ni siquiera te gusto, ¿y vas a ponerte celoso de que lleve la ropa de un extraño?

—Finn está en edad de aparearse. Sólo es uno o dos años mayor que tú.

—No me jodas.

—No puedo controlarlo, Anna. Quítate la puta ropa, o va a salir mi lobo, y voy a cazar a Finn. Me cae bien Finn, no quiero tener que matarle.

—Eres un hombre adulto, el alfa de toda una manada, ¿y no puedes controlar tus putas hormonas? —solté.

Jax gruñó y dio un paso hacia mí.

—No estamos precisamente en un sitio donde pueda sentirme seguro sobre nuestro vínculo de apareamiento, así que es difícil controlarme.

Por un momento pensé que me arrancaría la ropa. Luego se dio la vuelta.

—Dormiré fuera —dijo con la mandíbula apretada.

—Espera. Coño, no sabemos seguro si ya no estamos en territorio de pícaros, y si no lo estamos, eso sólo significa que habrá un montón más de trampas de hechizos.

Maldiciendo en voz alta, me di la vuelta y me quité la ropa. Desnuda, me rodeé con los brazos y me quedé mirando la pared. ¿Qué coño

quieres que haga? ¿Estar desnuda y temblar mientras espero a que se seque la ropa?

—Todavía le huelo en ti —dijo Jax con voz ronca.

—Bueno, yo probablemente me congelaré, así que nos toca sufrir a los dos.

Se hizo el silencio y entonces sentí sus manos en mi cintura mientras me atraía contra él.

—Jax…

—¿Crees que quiero hacer esto? —gruñó suavemente en mi oído—. ¿Crees que quiero que me importe a qué hueles? ¿O si estás incómoda o dolorida? Cada vez que Marsh te miraba, quería arrancarle la garganta. Odio esto, joder, pero más que nada, odio saber que si deslizo mis manos entre tus muslos, voy a encontrarte caliente y húmeda para mí.

Tragué saliva.

—No, no lo harías.

—Mentirosa —con una risa oscura, sus manos subieron por mi cuerpo y se aplastaron contra mi abdomen. Aún estaba vestido con ropa mojada, pero podía sentir el calor y la dureza de su cuerpo apretado contra mí.

La rigidez de su polla contra la parte baja de mi espalda.

Era una mentirosa. Cada roce de sus manos hacía que se me encorvaran los dedos de los pies y me mandaba calor líquido directamente al coño.

—Lo has ignorado hasta ahora —susurré, apretando los ojos.

—Eso fue antes de tocarte. Antes de poner mis labios sobre ti —gimió. Sus manos no se movieron, pero no me soltó—. Antes de

saber que podía ponerme tan jodidamente celoso de ver a alguien sólo mirándote. Cuando descubrí que Danny te había tocado, lo desgarré de miembro a miembro. Murió lenta y dolorosamente, y aterrorizado.

Hostia puta.

—Quizá si él lo hubiera sabido…

Las manos de Jax me apretaron.

—Él lo sabía. Todo el puto mundo lo sabe. Nadie le pone una mano encima a mi compañera. Nadie excepto yo —me acarició el hombro y me rozó el cuello con los dientes. No pude evitar estremecerme; no tenía nada que ver con el frío. No tenía nada de frío.

Aún así, había un núcleo de miedo alojado en mi corazón. No tenía nada que ver con que Jax me hiciera daño. En algún punto del camino se me había pasado ese miedo. No, era algo más profundo. Algo emocional.

Si le dejo entrar, nunca podré salir.

Pero eso era absurdo. La lujuria no era más que un estúpido vínculo que ninguno de los dos había aceptado. Ceder no significaba que quisiéramos más, que pudiéramos ser más.

Pero también significaba que no podríamos resistirlo. Y más que nada, quería saber que podíamos separarnos.

—¿Vas a dejar a tu lobo decidir lo que vas a hacer esta noche? —lo había dicho como un desafío, pero él se rió por detrás.

—Créeme, mi polla no está pensando en mi puto lobo ahora mismo —sus manos subieron más, rozándome la parte inferior de los pechos. Esperé el asco, los recuerdos de cuando los hombres me manoseaban cuando querían, pero no hubo nada.

Quería a Jax. Quería sentirlo contra mí. Quería sus manos en todas partes.

Mimos y caricias. Incluso moretones. Quizá por esta noche, sólo quería sentirme viva.

—Date la vuelta y apártame, Anna. Dime que me vaya a la mierda. Dime que no quieres esto, aunque tu cuerpo se esté frotando contra mí tan dulcemente.

Mierda, me estaba frotando contra él. Cerré los ojos, contuve la respiración y me di la vuelta. Era el momento. Un pequeño empujón y toda esta locura habría terminado.

Levanté las manos y se las puse en el pecho.

17

Jax

En cuanto sus manos me tocaron el pecho, vi un destello de calor en sus ojos. El calor penetró en la tela de mi camisa y su boca se abrió un poco.

Eso era todo lo que necesitaba. Atrapé sus labios entre los míos y la besé con urgencia mientras la empujaba contra la roca. Justo antes de que su cabeza golpeara la piedra, le puse la mano tras la cabeza para que mis nudillos rozaran la superficie rugosa. Apenas me di cuenta.

Mi lengua se introdujo, tomando lo que era mío, y en cuanto volví a saborear la dulzura de su boca, mi furia creció. ¿Cómo podía ser tan jodidamente delicada? ¿Tan jodidamente inocente?

¿Cómo podía desearla tanto, sabiendo lo que era?

Gruñendo, aparté la boca y la miré fijamente. Sus ojos grandes y vacilantes me miraban fijamente, y me perdí en ella.

—Date la vuelta le ordené—. Quiero que te estrujes contra mí.

En silencio, obedeció. En cuanto mis dedos bajaron por su suave vientre, se estremeció y se retorció contra mí. Olía su excitación, y mi propio cuerpo se tensó.

«Mía».

Era mía, y joder, la deseaba.

—Abre las piernas, Anna. Déjame ver lo mojada que estás para mí.

Con un pequeño gemido, abrió las piernas.

—Te odio —susurró, su cuerpo desmintiendo sus palabras. Todo lo que tenía que hacer era negarse o apartarme. En lugar de eso, se retorcía contra mí y jadeaba como una perra en celo.

Y ella ni siquiera podía imaginar el tipo de cosas que yo podría hacerle a su cuerpo. La forma en que podría hacerla temblar de placer. Suplicar por más. Llorar por misericordia.

—El sentimiento es mutuo. Odio pensar en ti todos los días, mi lobita de miel. Sentir ese vínculo miserable y traidor que nos une. Piensa en esa boquita descarada envolviendo mi polla mientras deslizo mi lengua entre tus muslos y hago que te corras mientras te ahogas conmigo.

—Dios —jadeó.

—No he estado con nadie más desde que se estableció nuestro vínculo de apareamiento. Cada vez que lo pienso, sólo te veo a ti, sobre mí, debajo de mí, como coño quieras. Una vez. Sólo una vez, necesito saber cómo se siente, antes de que finalmente pueda liberarme de ti.

Hundí los dedos en su calor y ella se arqueó contra mí. Deslicé la otra mano hacia arriba, agarré su garganta y anclé su cuerpo al mío.

—Me he jodido pensando en tu sabor, y ahora voy a descubrirlo.

Sujetándola contra mí, me llevé los dedos a los labios y lamí las puntas. El sabor me hizo gemir.

—Voy a disfrutar metiendo la lengua dentro de ti.

—Por favor. Más —siseó.

—¿Crees que puedes decirme lo que tengo que hacer? —la acaricié y tamborileé los dedos sobre su clítoris—. Esta noche no.

Tal vez nunca. ¿Habría algo más que esta noche?

La sujeté con fuerza por la garganta y le introduje suavemente un dedo en el coño. Esperaba que no hubiera otros lobos en la zona, porque sus gemidos de placer resonaban en las paredes de la cueva y me estaba costando mucho mantener reprimida mi fuerza.

Quería desatarla, dejar que la envolviera para que supiera que estaba a salvo aquí conmigo.

—Venga, Anna. Déjalo. Sólo por esta noche. Sólo por ahora —añadí un segundo dedo, con cuidado de moverlo sólo de forma que la hiciera gemir —estaba muy apretada— y luego acaricié su clítoris con la yema del pulgar.

Se le entrecortó la voz y trató de apartarse, pero yo podía sentir el clímax recorriendo su cuerpo. Quería sentirlo. Quería sentir cómo su cuerpo se estremecía contra mí.

Cuando terminó, me di cuenta de lo desesperadamente que deseaba abrazarla sólo un poco más, murmurar que yo era suyo tanto como ella era mía, y que podía darse la vuelta y hacer conmigo lo que le diera la gana. Hundir mi polla en ella hasta que no hubiera final ni principio. Sólo nosotros, follando como los animales que éramos.

En su lugar, vi una imagen de ella de rodillas, mirándome fijamente, admitiendo que había ayudado a su padre. ¿Qué había hecho su

padre para convertirla en eso? ¿Era la misma mujer?

—Ya puedes soltarme el cuello —dijo en voz baja, como si supiera que el hechizo se había roto. Yo seguía empalmado, pero no iba a hacer nada al respecto.

¿En qué puñetas había estado pensando?

Rápidamente, la solté.

—No debería haber sido tan brusco. Podrías haberme dicho que parara —dije bruscamente. Ella no dijo nada ni se dio la vuelta, así que me aparté—. Voy a tender nuestra ropa para que se seque. No hace falta que estés desnuda toda la noche. Creo que estoy mejor. Es sólo que… puede que necesite abrazarte esta noche mientras duermes.

—No es lo mismo —dijo.

—¿El qué?

Suspirando, se agachó para recoger la ropa desechada de Finn.

—Lo que acabas de hacer y lo que otros hicieron. Me usaban, no a menudo. Mi padre quería que siguiera siendo virgen. Creo que quería subastarme.

Gruñí, y ella levantó la cabeza.

—Perdona, lo que intento decir es que lo que tú y ellos hicieron no es lo mismo. Se siente diferente. No es abusivo. No tienes que sentirte culpable ni preocuparte. Sé que es sólo instinto. No significa nada.

—¿Todavía eres virgen?

—No empieces a pensar que soy pura e inocente. No lo soy. Es sólo que nadie me ha follado de verdad —dijo con una sonrisa triste.

No sabía qué decirle. Tiré de ella hacia abajo, la abracé contra mí y deseé poder borrar el pasado. Reemplazar los recuerdos. Pero por mucho que la quisiera, sabía que ninguno de los dos podría olvidar lo que había hecho.

***

Dormía a trompicones, con un oído atento a los problemas y un brazo alrededor de Anna. Ella también dormía a trompicones, se despertaba, se alejaba y volvía. No volvimos a hablar de lo ocurrido.
Nuestra ropa estaba seca a la mañana siguiente, aunque olía a río. Aún así era mejor que tenerla oliendo a Finn.
—No conozco esta zona, pero debería ser capaz de detectar cualquier trampa. Sólo tienes que seguirme de cerca y hacerme caso —dijo bruscamente mientras salíamos de la cueva.
Me di cuenta de que se sentía vulnerable por lo que pasó ayer. No era la única.
Frotándome el pecho, asentí.
—Finn dijo que probablemente estemos a un día o dos del complejo Darkwyn. Muéstrame el camino —dije con una reverencia burlona.
Puso los ojos en blanco un momento, y miró a izquierda y derecha. Finn había dicho que siguiéramos las cuevas hacia el norte hasta que encontráramos el estrecho camino para trepar por ellas. Desde allí, podríamos ver el complejo.
A los diez minutos se paró y subió la mano.
—No te muevas.
Su voz contenía una pizca de emoción, y seguí su mirada. Solo tardé un segundo en ver algo brillante.

—Es sólo el sol reflejándose en algún metal —dije desdeñosamente.
—No, no. Qué va —dijo en voz baja.
—¿Qué ves?
—Plata. Plata brillante, como purpurina —susurró—. Es hermoso.
—¿Y mortal?
—Puede ser. Espera.
Una vez más, me hice a un lado momentáneamente para ver qué hacía. Aún me costaba creer que pudiera ver las trampas de hechizos de otra forma y saber cómo funcionaban. No tenía sentido, me estaba ocultando algo.
—Dime qué estás haciendo —le pregunté.
—Cuidado —miró por encima de su hombro.
—Tu poder está asomando, Alfa.
—¿Por qué no me dices cómo lo haces? ¿Por qué es un secreto?
—Tal vez porque es muy raro tener algo mío propio. ¿Quieres dejar de moverte? Esta cosa es más grande de lo que crees.
—Si no me explicas lo que haces, ¿cómo voy a volver sano y salvo?
—A menos que tengas pensado hacer daño a las brujas, ellas te guiarán con seguridad… ¡Jax, joder! ¡He dicho que te pares!
Me detuve al oír su voz de pánico, pero ya era demasiado tarde. Mi cuerpo se paralizó cuando algo invisible lo agarró. Se tensó como cadenas a mi alrededor, me tiró al suelo y empezó a arrastrarme.
—Mierda —con los ojos muy abiertos, retiró las manos y se quedó mirando—. Deja de luchar. Será peor. Intenta relajarte.
Es más fácil decirlo que hacerlo. El dolor era tan intenso que apenas podía respirar. Mi lobo rugió a la superficie y, cuando intenté

moverme, algo me apretó el muslo hasta cortarme la piel, y la sangre me empezó a correr por la pierna.

Respira —susurró mientras me agarraba la mano—. Suelta a tu lobo. Sólo quiere luchar. Busca algo suave. Algo reconfortante. Y respira.

Ni siquiera tuve que darle una orden a mi lobo. Oyó a Anna y obedeció, acurrucándose inmediatamente dentro de mí y vibrando. El pánico disminuyó un poco e intenté respirar.

El dolor disminuyó.

—La trampa quiere que luches. Le gusta el desafío. Piensa en algo agradable.

Centrándome en ella, vi cómo retiraba la mano y se levantaba. Miró detrás de su hombro y de nuevo hacia mí.

Joder. No podía hacer absolutamente nada. Podía marcharse ahora mismo, y yo estaría atrapado en esta trampa hasta que los buitres se abalanzaran para roerme las entrañas.

Iba a abandonarme.

18

Anna

La libertad estaba a un paso. Todo lo que tenía que hacer era girar e irme. Conocía el camino a las brujas. Podrían volver y liberar a Jax. Probablemente no lo llevaría a la muerte.

—No estás respirando —espeté mientras me arrodillaba a su lado para comprobar la trampa. No podía dejarle aquí, ni aunque me favoreciera.

—Quizá porque pensé que me ibas a dejar —dijo débilmente. Miré la sangre que le corría por la pierna. Era grave, pero no iba a morir todavía.

—Es lo que tendría que haber hecho —murmuré mientras me concentraba en la magia. Me envolvía, me rozaba la piel e intentaba desesperadamente arañarme y atraparme como había atrapado a Jax.

Antes le había mentido. No tenía forma de desactivar las trampas. No necesitaba una forma. Tras un instante de tocarme, la magia se oscurecía y moría… se disipaba en la nada.

No podía decirle eso. Sabía en qué me convertía. Mi padre sí sabía en qué me convertía, y me había encerrado en casa durante seis meses mientras maquinaba una forma de utilizarme.

Nadie iba a hacer eso nunca más.

Su jadeo estrangulado fue el único indicio que tuve de que el hechizo le había liberado. El daño ya estaba hecho y la sangre seguía empapando sus vaqueros. Rezando para que Finn tuviera razón y no hubiera lobos cerca, le ayudé a levantarse. Cuando se balanceó, siseé.

—Es sólo un corte tonto. Contrólate.

—Mareado —murmuró, e intentó centrar su mirada en mí.

Mierda, el hechizo había hecho más que daño físico. Le había clavado sus garras.

Había otra entrada a una cueva a unos 400 metros de donde estábamos y, de algún modo, conseguí arrastrarlo hasta allí. Cuando lo dejé en el suelo, estaba exhausto y furioso.

—Si hubieras hecho lo que te dije, ahora mismo no estarías sangrando por toda la cueva —dije malhumorada mientras rebuscaba en la mochila en busca de una venda. No sangraba tanto como para tener que transformarse y, francamente, prefería que siguiera siendo humano. Era más fácil odiarlo cuando era humano.

—Cierto.

—No confías en mí. ¿Por qué te arriesgas a traerme si no confías en mí?

—No hay otra opción.

—Sigue así y harás que te maten. No he hecho nada que justifique tu desconfianza.

—Excepto matar a otros lobos —dijo rotundamente—. Lo admitiste esa noche. Mujeres. Niños.

Levanté la cabeza y le fulminé con la mirada.

—Nunca he matado a un niño. Jamás. Ni siquiera cuando me lo han suplicado. Ni siquiera por misericordia, cuando sabía que nunca podrían escapar.

Con un siseo, Jax me agarró del brazo.

—Dime.

—¿Por qué? ¿Por qué te importa? Cuando todo esto termine, no volverás a verme. Estarás libre de mí. Ni siquiera tendrás que volver a pensar en mí.

Su abrazo se tensó.

—Eso no es verdad. Pienso en ti todos los putos días. ¿No te enseñó nada lo de anoche? No importa dónde estés. Siempre pienso en ti.

Dios santo.

Debería haberme apartado, pero me quedé mirándole mientras se me secaba la boca.

—Me quedo despierto pensando en empotrarte. No he sido capaz de estar con nadie más. Así que sí, Anna. Quiero hablar de ello. La verdad, me gustaría saber si el compañero que consume mis pensamientos es una maldita asesina a sangre fría.

Nunca se me ocurrió que él sintiera lo mismo. Cuando me masturbaba por la noche pensando en él, pensaba que seguramente era algo unilateral. Seguramente, sólo era mi puto cerebro forzando a mi cuerpo a desear finalmente a alguien, al hombre que no podía tener.

Anoche fue revelador. Al menos saber que todos esos sentimientos y sueños se debían únicamente a nuestro vínculo de apareamiento me hizo sentir un poco mejor.

—¿De verdad vas a dejarme cuando esto termine? —pregunté, tensa.

—Sí —me soltó—. Te dejaré. No puedes ser parte de mi manada. Parker era el único en quien confiaba para protegerte. Puse a Danny a cargo, y tuve que matarlo en menos de tres semanas. Cuando descubra quién te marcó, también morirá —dijo en voz baja.

Tragué saliva y volví a vendarle la herida.

Oír hablar a Marsh me hizo darme cuenta de cuánto de mi vida había sido controlada por otros y cuánto me habían quitado. Siempre había sabido que me había tocado la peor parte, pero también había hecho cosas terribles.

Me había merecido mi castigo, pero quizá había llegado el momento de intentar perdonarme. Ni siquiera sabía si eso era posible, pero si Jax realmente quería saberlo, se lo diría.

—Tenía trece años la primera vez que intenté escapar de mi padre. Me atrapó, me arrastró, me ató y me dejó tirada durante tres días. Cuando volvió, tenía una mezcla especial de acónito. Sumergió una cuchilla en ella, me obligó a transformarme y talló una cosa en mi loba. El dolor era insoportable. Pasaron otros seis años antes de que intentara huir de nuevo. Mis cicatrices ponían cachondo a Marsh y a otros amigos de mi padre. Me hacían transformarme en loba sólo para verlas. A veces, experimentaban con otras formas para ver si podían dejar cicatrices. Durante años, fui su juguete—. Hice una pausa y respiré hondo.

—Cuando cumplí dieciséis años, empezó a secuestrar mujeres —continué con dolor—. Ayudé a una a escapar. Como castigo, me ordenó matar a la otra. Me negué. La descuartizó hasta que suplicó la muerte. Esa noche, la asfixié, por piedad, con una almohada. Fue mi primer asesinato. Pasó mucho tiempo hasta que dejé de verla cada vez que cerraba los ojos. A veces aún la veo.

Seguí concentrándome en limpiar la sangre mientras hablaba. Jax se había quedado tan quieto y tenso que pensé que podría hacerse añicos.

—Lo que les hizo fue inimaginable. Quería una manada y creía que podía crearla. Nunca podía dejarlas preñadas, así que las torturaba. Las pocas veces que me dejaba a solas con ellas para ayudar a curarlas y que no murieran antes de que él acabara, algunas suplicaban la muerte. Yo se la daba. Unas pocas veces, cuando no podía matarlas o cuando creía que podían salir adelante solas, las liberaba. Siempre las encontraba, y entonces nos castigaba a las dos. Morían gritando.

Jax seguía sin moverse, ni siquiera se había inmutado mientras le limpiaba la sangre de la herida.

—La hermana de Saul fue la única que logró volver. La liberé, sabiendo muy bien que probablemente no viviría mucho. Sólo necesitaba que viviera lo suficiente para salvar a esos niños.

El silencio llenó la cueva y terminé de vendar la herida.

—No me refería a eso cuando te pregunté si mataste por él —dijo con voz ronca.

—¿Acaso importa? A veces preguntaba y a veces no. A veces tenía que matarlas porque seguían gritando, y venía gente de visita. Tenía

su sangre en las manos mientras les servía el puto café.

—Joder, Anna…

—Soy una asesina, Jax. Si no confías en nada más de mí, confía en eso. Deberías dormir un poco. Te vas a sentir bastante agotado.

—¿Cómo es que no te alcanzó el hechizo? —preguntó débilmente. Ya se estaba quedando dormido.

—Si te lo dijera —le dije en voz tan baja que sabía que no podía oírme—, nunca me dejarías marchar.

19

Anna

Pasaron dos días antes de que Jax pudiera volver a caminar por sí mismo. Dos días jurando que estaba bien y desmayándose a los cinco minutos de intentar salir de la cueva.

Dos días exigiendo saber cómo le había liberado del hechizo.

Dos días preguntando por mi padre.

No podía hablarle del hechizo, así que le hablé de Dirk. Todo lo que quería saber. Todas las respuestas que podía darle. Tal vez sentí que era mi última oportunidad de redención.

Después de llegar al recinto de las brujas, no volvería a ver a Jax.

Tenía un plan. Lo dejaría aquí, en la cueva, si no me decía lo que quería con las brujas. Nunca llegaría a ellas sin mí. Si me lo decía, tal vez las brujas lo dejarían entrar. De cualquier manera, nos separaríamos.

Dejaría de ser la hija de Dirk. Adoptaría un nuevo nombre y viviría mi vida sola, solitaria pero en paz.

Lejos de Jax.

Cuando pudo volver a andar, avanzamos en silencio. Si Jax sospechaba de mis motivos, no lo dejó entrever, y si pensaba faltar a su palabra, no lo demostró.

No fue hasta que subimos por el pequeño sendero hasta las formaciones rocosas y contemplamos el recinto —una fortaleza enorme— cuando supe que algo iba mal.

—No había más trampas de hechizos —murmuré.

—¿Qué?

—Hace dos días no habríamos viajado ni diez minutos antes de caer en una trampa. No hemos visto una sola desde entonces. Excepto por el hechizo alrededor de la fortaleza misma, no veo nada.

Jax frunció el ceño.

—Así que o hemos tenido suerte, o las brujas saben que venimos.

Algo iba mal.

—Ninguna de las dos, creo. Esto es diferente a cuando vine la otra vez. Creo que han cambiado las cosas.

—Las brujas no apreciaron tu visita. Es bueno saberlo.

Excepto que no fue así en absoluto. ¿O sí? Parpadeé y me froté los ojos. ¿Y si mis recuerdos de este sitio no eran lo que parecían? Todo el lugar estaba rodeado de magia. No estaba segura de lo que podía o no podía hacer. ¿Y si estaba tan desesperada por tener un recuerdo feliz que me lo había inventado todo?

No. No podía creerlo.

La fortaleza estaba a menos de dos kilómetros por delante. Le lancé una última mirada a Jax y avancé con cautela. No fue hasta que llegamos a la entrada y vi el hechizo que envolvía el edificio que me relajé. Era la última línea de defensa.

—Hay una trampa hechizo que rodea toda la fortaleza. Si intentas entrar, te paralizará. Es su versión de una prisión. Pueden salir, ayudarte, o al menos alimentarte hasta que estén listos para enviarte de vuelta, o pueden dejarte allí para que mueras de hambre.

Jax asintió.

—¿Cuánto tardarás en disiparlo?

—Infinito.

Girando la cabeza, la miró bruscamente.

—¿No puedes desactivarlo?

—No, sí puedo. Pero no lo voy a hacer. De momento.

En este punto, me sentía mal desafiarlo. Tal vez porque nos habíamos salvado la vida mutuamente. Tal vez porque le había confesado mis secretos más oscuros. O tal vez porque había dejado que me tocara, pero me destrozaba interponerme en su camino.

Durante años, habíamos pensado lo peor el uno del otro, y todo se reducía a esto. O confiaba en él, le dejaba pasar y seguía mi camino, o me mataría.

—Anna —gruñó Jax—. ¿Qué clase de juego estás jugando?

—No estoy jugando. Te he hecho una pregunta y has pasado de mí. Se nos acaba el tiempo, Jax. Dime qué estamos haciendo aquí. ¿Qué quieres con las brujas?

Sus ojos se entrecerraron y vi el dolor en ellos. Pensó que le estaba traicionando.

Puede que sí.

—¿Acaso importa? —preguntó en un tono peligrosamente suave—. Eres mi compañera. Se supone que debes estar a mi lado, pase lo

que pase.

—¿En serio? ¿Es así como te sentías hace tres años cuando me escondiste en un bar de mala muerte? ¿Que estaríamos el uno al lado del otro pasara lo que pasara?

—Me dijiste…

—Sí, y no mentí —por mucho que lo odiara, se me saltaron las lágrimas—. Y no te molestaste en profundizar más. Ahora, porque crees que no soy tan mala como pensabas al principio, ¿debemos estar el uno al lado del otro pase lo que pase? No funciona así.

Pétreo, me miró fijamente.

—¿Y eliges castigarme ahora?

—No es un castigo, Jax. Es una pregunta. Estoy harta de ser responsable de la muerte. No te dejaré pasar por aquí si lo único que quieres es intentar hacerles daño. Hubo un momento… —me detuve en seco y di un paso atrás involuntario—. ¿Oíste eso?

Jax giró la cabeza. El bosque estaba anormalmente quieto. No había pájaros ni insectos.

—Lobos —dijo Jax rotundamente—. Estamos rodeados.

¿Me harían daño? No lo sabía, pero sí temía que hicieran pedazos a Jax. Lucharía antes de arrojarse a la trampa del hechizo y a merced de los lobos.

—Si no vas a disipar la magia, tienes que transformarte y correr —dijo. Pero ya.

Mis ojos se abrieron de par en par, pero él ya me había dado la espalda. Un gran lobo salió de entre las sombras. Luego, un segundo, y un tercero.

Vinieron más hasta que una docena de lobos bloquearon nuestra salida.

Este era Jax. A veces le odiaba, pero siempre intentaba hacer lo que creía justo, incluso mantenerme con vida cuando podría haberme matado. Pensé que era mi prisionero. Tal vez él sólo sabía lo que me esperaba en el exilio.

—Anna, corre —gruñó—. ¡Ahora!

Tiró de nuestro vínculo y la magia de sus órdenes me atravesó. Era tan fuerte y desesperada que, por un momento, estuve a punto de obedecer.

Casi.

La ráfaga de poder fue la única vacilación que obtendría de los lobos. Se sentaron sobre sus ancas, y yo corrí.

Delante de Jax.

Me giré, puse las manos contra su pecho y le empujé. Justo antes de que chocara contra la trampa, estiré la mano y la toqué. Se disolvió, y Jax cayó inofensivamente a través de ella.

Pero, para mi sorpresa, la magia se reformó y volvió a su sitio.

Vaya mierda. Las brujas habían hecho algunos cambios. No sólo tenían una docena de hombres lobo vigilando la fortaleza, sino que también habían conseguido crear un hechizo que volvía a su sitio tras mi toque.

Todavía podía pasar, y empecé a hacerlo cuando algo me golpeó la rodilla.

Joder, ¿por qué siempre la rodilla?

Al caer, sentí que la gigantesca zarpa de un lobo me enmarcaba la cabeza. El suelo se precipitó a mi encuentro y el dolor estalló en mi

cráneo.

—¡Anna! —gritó Jax, y el mundo se oscureció.

20

Jax

—¿Dónde está Anna? —pregunté mientras miraba mi té. Era un momento surrealista.

En el pequeño salón de té entraba mucho sol por las ventanas, a pesar de que no había ventanas visibles desde el exterior.

Hace cinco minutos, estaba luchando por la vida de Anna. Luego, estaba aquí, en un puto salón de té, con una delicada tacita delante de mí.

Brujas. Lo que hubiera en esta taza de té podría matarme.

En la habitación había tres desconocidos conmigo. Una mujer mayor, baja y rechoncha, de pelo largo y canoso, dejó el resto de las tazas de té delante de los demás y me miró a través de unas gruesas gafas. Una joven que no aparentaba más de veinte años, pelirroja y con una hermosa sonrisa, aceptó una taza de té y se sentó frente a mí en la mesa. En la esquina, en el banco donde yacía inconsciente Anna, una mujer de mediana edad con un moño rubio desordenado

y el ceño permanentemente fruncido se sentó a su lado y agitó las manos arriba y abajo del cuerpo de Anna.

La Doncella, la Madre y la Arpía. ¿Eran realmente sólo tres las brujas del aquelarre de Darkwyn? ¿Tenían siempre esta apariencia?

¿Y qué demonios le estaban haciendo a Anna?

Como fueron ellas quienes nos liberaron en el último momento, tuve que creer que no querían matarnos, pero seguí sin tomarme el té.

—Es sólo menta —suspiró la Arpía—. Para ayudar a asentar el estómago.

Tenía el estómago revuelto. Olfateé con cautela el líquido y bebí un sorbo. La Arpía sonrió.

—Si quieres le puedes echar un poco de azúcar y miel, aunque me parece que no te importan las cosas amargas. De lo contrario, no te habrías apareado con Anna. Para responder a tu pregunta anterior, Anna está bien. Tenía una herida en la cabeza, pero despertará pronto.

—¿Por qué no usas magia para curarla?

—Lo que tenemos que decirte es sólo para tus oídos —dijo la Arpía mientras se sentaba y me miraba fijamente.

¿Qué diantres significaba eso? ¿Me estaban esperando?

—¿Por eso secuestraste a mi bruja? ¿Porque querías hablar conmigo? Parece exagerado.

—No secuestramos a Irene.

Se me encogió el corazón. Si decían la verdad, y me inclinaba a creer que así era, significaba que Irene no estaba aquí. Había hecho este viaje, puesto en peligro a mis lobos y abandonado mi manada para nada.

—No para nada, Jax Bishop —espetó la Madre—. Has aprendido de tu atroz error. Al menos, eso espero.

Genial. Podía leer la mente.

Mi mirada se desvió hacia Anna. Parecía tan indefensa en el banco, con el pelo de miel esparcido, el pecho subiendo y bajando. Si intentaban hacerle daño, ¿podría protegerla?

Lo intentaría. Moriría intentándolo.

Dejé la taza de té, me enderecé y las miré fijamente. Yo no tenía la sartén por el mango, pero ni de coña iba a permitirles jugar conmigo como una puta marioneta—. Anna se interpuso entre tú y yo. Te estaba protegiendo.

—¿Seguro? —dijo la Doncella con una sonrisilla—. Igual no has aprendido tanto sobre tu compañera como esperábamos.

—Si ella hubiera dicho algo…

—Te preguntó qué hacías aquí. Te negaste a contestar. Lo sabemos. No confías en ella, y esperas que ella confíe en ti. ¿No te has dado cuenta de que es un milagro que esa chica confíe en algo? Sospecho que tu compañera siente algún deber hacia nosotras. Cuando vino aquí la primera vez, estaba al borde de la muerte. Nosotras la curamos.

Se me revolvieron las tripas al pensar que Anna había estado a punto de morir.

—Estuvo a punto de morir intentando refugiarse de su padre. Ayudarla era lo menos que se podía hacer.

—Y sin embargo, nadie más lo hizo —dijo la Doncella en voz baja—. Nadie había violado nuestro santuario antes. Ella cayó en él, una

loba rota que sólo quería morir. No se lo permitimos. No pedimos nada a cambio.
Su insinuación era clara: Anna confiaba en ellas, estaba dispuesta a morir para protegerlas y era leal a alguien, pero no a mí.
Excepto que, al final, ella había elegido salvarme. Casi le había costado la vida. La Doncella continuó.
—Hace una semana traté de advertirle que se fuera. Sabes lo que es ella y cómo la gente podría utilizarla.
Otra vez la acusación de que yo conocía el oscuro secreto de Anna.
—¿Por qué? ¿Sabíais que yo iba a venir?
—No tú, alfa Diamante Negro. Vienen otros, y pronto sabrán por qué Anna es tan especial —la Madre pasó una mano por la frente de Anna. Mi lobo gruñó, pero la Madre sonrió.
—Nunca le haríamos daño.
—Pero lo hicimos —dijo rotundamente la Doncella mientras miraba fijamente a la Arpía—. Después de lo que le hicimos, se lo debemos todo.
—¿Y qué hicisteis? —le pregunté.
—La enviamos de vuelta con él —dijo la Madre con voz ronca—. La enviamos de vuelta para que pudiera conocer a su pareja, sabiendo que muy bien podría morir antes de que llegaras, sabiendo muy bien que podrías rechazarla.
Furiosa, los miré fijamente. Sabían la tortura que Anna había soportado, la tortura que seguiría soportando, y no dijeron nada.
—¿Por qué? ¿Por qué la hicisteis pasar por todo eso?
La Arpía entrecerró los ojos.

—No lo hicimos nosotras. La mayor parte de esa culpa es de un hombre muerto, y parte de esa culpa es tuya.

—Por el amor de Dios, ¿por qué os importa siquiera que nos hayamos conocido?

—Porque, Jax Bishop, no sobrevivirás sin ella.

Al paso que íbamos, ella era la que iba a hacer que me mataran. Miré fríamente a las tres brujas.

—Explícate.

Los ojos de la Arpía brillaron de color púrpura y echó la cabeza hacia atrás.

—Veo una oscuridad que se eleva entre las montañas y lo consumirá todo. Los lobos se unirán, pero no importará si el lobo roto no encuentra su sombra. Su don será su fuerza.

Cuando levantó la cabeza, sus ojos habían vuelto a la normalidad. Esperé un momento, pero solo se hizo el silencio.

—Para ser una visión profética, esperaba un poco más de canto y baile —dije.

—Respetarás nuestra magia —retumbó la Arpía, y la casa tembló. Sí, así mejor.

—¿Puedes dar más detalles? ¿Qué es la oscuridad, para qué necesito fuerzas?

—Lo ignoro.

Volví a mirar fijamente a Anna.

—Bueno, ella me encontró, asumiendo que soy su sombra. Así que todo irá bien. Le prometí a Anna su libertad. ¿Estará bien?

La Arpía se enderezó.

—¿Su libertad?

—Su precio por traerme aquí. Puede vivir su vida como una pícara. Quizá pueda quedarse aquí con vosotras —me puse malo de pensar en dejarla.

—Debes mantenerla contigo. Protégela. Úsala —dijo la Arpía mirándome a los ojos.

—¿Usarla? —miré fijamente a la vieja bruja—. ¿Tú de qué puto lado estás?

—Del mío —dijo rotundamente la Arpía—. Si no te quedas con ella, todos moriremos.

La vieja bruja y yo nos fulminamos con la mirada, y ella sonrió, mostrando sus dientes amarillos astillados.

—Veo el corazón en ti, Jax Bishop. No le fallarás a tu manada. Tu liderazgo siempre será lo primero.

No se equivocaba. Mi manada siempre había sido lo primero, y si estaban en peligro, no había nada que no hiciera para protegerlos.

—Es una de los míos. Hice una promesa —dije.

—¿Seguro?

Fruncí el ceño y levanté la cabeza.

—¿Seguro qué?

—Basta —espetó la madre.

La Arpía siguió sonriendo con maldad.

—El hombre merece saberlo. Seguro que ya se ha dado cuenta de que el vínculo de su manada con ella es extraño. De un solo lado. Lo mismo con su vínculo de apareamiento. Él sabe lo que es ella. ¿Cuándo aprenderá que ni siquiera la magia del lobo puede tocarla?

Se me heló la sangre y me quedé mirando a Anna. Había utilizado todo mi poder alfa para exigirle que se transformara, y ella se había

resistido. Entonces supe que algo iba mal. Luego, fue cómo disipó las trampas. No podía haber utilizado magia de bruja para manipularlas: era una metamorfa y los metamorfos no podían poseer magia de bruja. No había querido pensar demasiado en ello, no había querido saber qué significaba.

—No es posible —murmuré—. Te equivocas.

—La verdad —interrumpió la Doncella mientras miraba a la anciana con desaprobación— es que no sabemos cómo le afecta su magia de loba. Las únicas nulas que nos hemos encontrado eran brujas. Ella es la primera loba metamorfa nula.

Nula. Conocía el término. Me vino a la cabeza al ver a Anna deslizarse por aquellas trampas después de fingir que las manipulaba. No se limitaba a disipar o desactivar la magia: al tocarla, la trampa moría.

—Sientes algo por ella. Después de rechazarla durante años y sentir asco de que sea tu pareja, has aprovechado la oportunidad y has llegado a conocerla —dijo la Madre mientras se ponía de pie—. Incluso si el vínculo de apareamiento no la toca, como te toca a ti, podrías encontrar la felicidad con ella. Quédatela. Descúbrelo.

Una bruja tenía amargura y la otra azúcar. Ambas me dijeron que hiciera lo mismo: romper mi promesa con ella. Romper mi promesa a mi compañera.

El corazón me retumbó en el pecho.

—¿Y no sabes nada de la oscuridad?

—Surge de la magia negra —dijo débilmente una nueva voz. Me giré justo cuando Irene entraba en la habitación. Su aspecto me sorprendió. Su pelo rubio y blanco, que normalmente brillaba como

la luz de la luna, se le enredaba en la espalda. Iba vestida con la túnica del aquelarre y apenas podía sostenerse en pie.

—Irene, ¿qué coño ha pasado? ¿Qué le habéis hecho?

—No son ellas —Irene negó con la cabeza—. Me han estado acogiendo mientras me recuperaba.

—¿Recuperaba de qué? Aquí hay teléfonos. ¿Por qué no llamaste?

Bajó la mirada y respiró hondo.

—Jax, me secuestraron de mi casa.

Las implicaciones me golpearon con fuerza. Era imposible que alguien se hubiera infiltrado en mi territorio y se hubiera llevado a mi bruja sin que nadie se diera cuenta y sin ayuda, ¿verdad? A menos que…

—Tengo un traidor entre mi manada —dije rotundamente.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No quería creerlo, pero me sacaron de mi casa inconsciente. Me desperté en un círculo de seis brujas. Estaban absorbiendo mi magia. Ese tipo de ritual requiere un sacrificio de sangre. Es la magia negra más oscura. Me las apañé para escapar antes de que se completara. Vine aquí.

—Es raro que todo el mundo venga aquí en busca de santuario a pesar de vuestra fama —murmuré a las brujas de Darkwyn. La Arpía se limitó a sonreír.

—No te sirvo, Jax. Estoy cansada. Mi magia está agotada, y no sé si la diosa me la devolverá. Lo siento.

—No es culpa tuya. Con magia o sin ella, sigues siendo parte de mi manada. Juré protegerte, y fallé en eso. Entenderé si no quieres volver, pero si vienes, te acogeremos.

Sonriendo suavemente, Irene asintió.

—Entonces volveré, por un tiempo. Me llevará un buen rato terminar mis proyectos y empaquetar mis cosas. También te ayudaré a encontrar una nueva bruja.

No tenía intención de encontrar una nueva bruja. Irene era la mejor que había visto. Ella recuperaría su magia. De eso, no tenía ninguna duda.

Se oyó un gemido y Anna se revolvió.

—Joder, pero qué mierda… —gruñó y se llevó una mano a la cabeza mientras se levantaba. Al ver a todos en la habitación, se quedó quieta y abrió los ojos—. Ah.

—Bienvenida de nuevo —dijo alegremente la Doncella—. ¿Cómo va la cabeza?

—Con dolor —sus ojos se posaron en mí. Comenzó una suave sonrisa, pero luego entrecerró los ojos.

—Lo sabe, ¿verdad? ¿Lo sabe?

La habitación se silenció, y mi interior se retorció mientras la observaba. Una nula. La magia moría a su alrededor. La tocaba y simplemente se convertía en cenizas. Magia de bruja, ¿pero y la magia de loba? Podía darle la espalda a la magia de la manada y resistirla, pero ¿el vínculo de apareamiento? ¿De verdad no lo sentía?

Nunca podría confiar en ella. Nunca sabría lo que estaba pensando o sintiendo, y nunca sabría si sus palabras eran sinceras. Lo sentiría todo por ella, y ella no sentiría nada a cambio.

Por un momento, sentí que todo había cambiado entre nosotros, pero ahora me daba cuenta de que nada había cambiado. Volvíamos

al principio: desconfianza y dolor. Ella me odiaría por ello, pero las brujas tenían razón. Mi manada era lo primero, aunque me muriera de ganas de dejarla encontrar su libertad, aunque lo hubiera prometido.

—Sí —dije rotundamente—. Sé lo que eres.

La luz se atenuó de sus ojos.

—No vas a dejarme, ¿no?

—No. Al parecer, la oscuridad se está gestando, y yo seré el que tenga una nula a mi lado.

21

Anna

Tres semanas después

Estaba en mi habitación otra vez.

No mi habitación. Su habitación.

Nuestra habitación.

La puerta se cerró en silencio y el aire cambió a su alrededor. Yo estaba en su cama, con las sábanas subidas hasta la barbilla. Debajo llevaba un pantalón corto de algodón y una camiseta. Nada que pudiera parecer sexy o darle una impresión equivocada. Por otra parte, podría haberme abrigado con una parca y ropa de nieve, y él seguiría sintiendo mis necesidades.

Mis deseos.

Pero joder, es que era difícil no desearlo. Especialmente aquí, en medio de su habitación, en medio de su cama. Su olor me envolvía, pero ese era el plan.

Dormir en su cama. Oler a él. Interpretar el papel de la obediente pareja del alfa y fingir que no llevábamos semanas dándonos vueltas

el uno al otro desde que se enteró de que yo era nula.
Desde que decidió «usarme».
—Si vas a follarme, pues ven aquí y fóllame. Si no, déjame en paz. Estoy intentando dormir —gruñí mientras me sentaba en la cama y le miraba fijamente.
Algo había cambiado desde que vimos a las brujas. O quizá no había cambiado nada. Creía que habíamos progresado y que estábamos a punto de separarnos amistosamente, pero había faltado a su palabra y me había arrastrado de vuelta a la manada del Diamante Negro para que le ayudara a descubrir quién había secuestrado a su bruja y le había quitado su magia.
Me obligó a volver a la manada que me odiaba cuando me había prometido mi libertad.
Pero también me miraba con una desconfianza que no me merecía. Estaba bien cuando pensaba que yo era la mano derecha asesina de mi padre, pero ahora que sabía la verdad, seguía mirándome con una tirantez en los labios.
No quiso decirme por qué.
Con una risita, se acercó a la cama. La expectación aumentó en mi interior.
—Me dejarías, ¿verdad? Déjame entrar en ti. Déjame follarte hasta que grites. Lo deseas —dijo en voz baja.
—¿Vas a fingir que tú no?
—No. No tiene sentido. Tengo la polla tan dura que duele.
—¿Entonces por qué te quedas ahí parada? ¿Quieres que huela como tú, pero tú no quieres oler como yo? Doble moral, ¿no?
—No vine aquí a pelear. Ni a follarte.

«Mentiroso».

—Alguien acaba de cruzar nuestras fronteras, un antiguo miembro de mi manada que se ha vuelto rebelde. Pide verte.

—¿A las tres de la mañana? Tendrá que esperar —molesta, volví a meterme en la cama y me subí las mantas hasta el cuello. Si no me decía qué le pasaba, yo no le iba a suplicar.

—Es Dean Hewitt.

Hewitt. Se me hizo un nudo en la garganta y volví a sentarme.

—El hijo de Parker.

Jax se limitó a asentir. Parker y Dean se habían distanciado, pero supongo que de algún modo se había enterado de que Parker había muerto.

La mayoría de la manada me culpó por su muerte. Incluso Jax. Joder, igual hasta yo me culpé a mí misma.

Ahora, su hijo estaba aquí para culparme a mí también.

—Tendrá que esperar hasta mañana para llevarse algo de mí —dije mientras me deslizaba de nuevo en la cama y cerraba los ojos con fuerza. No iba a llorar en la cama de Jax. Hacía años que no lloraba, pero mirar a mi compañero últimamente había sido suficiente para desquiciarme.

—Mañana estarás ocupada —algo tintineó sobre mi cabeza y cayó sobre la almohada junto a mi cara. Al abrir los ojos, fruncí el ceño al ver el juego de llaves—. El Colmillo Sonriente es tuyo.

El bar. Cuando me negué a mudarme a su casa y más aún a meterme en su cama, me había preguntado qué quería además de libertad.

Yo quería el Colmillo Sonriente y, para mi sorpresa, él accedió, no sólo a que yo lo gestionara, sino también a que fuera su propietaria. No estaba seguro de cómo iba a funcionar. Yo no sería parte de su manada cuando esto terminara. Entonces, ¿cómo iba a dirigir el Colmillo Sonriente?

Por ahora, era mi salvavidas. Algo en lo que concentrarme mientras la manada planeaba cómo deshacerse de mí. Extendí la mano y cogí las llaves.

—Gracias —murmuré.

—De nada.

Esperé, pero no parecía que fuera a darme las gracias. Después de todo, sólo estaba haciendo lo que él me ordenaba. O lo que intentaba ordenarme. En las últimas tres semanas, había intentado usar los vínculos de la manada para ponerme a prueba, como si pensara que mis habilidades nulas podían activarse y desactivarse a voluntad.

—¿Querías algo más?

—Voy a asignar a Finn como tu guardaespaldas.

Levanté la cabeza.

—¿Perdón?

—Estarás en el Colmillo Sonriente la mayor parte del tiempo, a menos que te necesite. No podré vigilarte —dijo sin ningún tono.

—¿Te preocupa que tu política de no meter las manos en la masa no funcione? —Cuando los miembros de la manada se habían opuesto a que me instalara como su compañera y habían proferido sutiles amenazas contra mí, había dejado claro que la pena por tocarme era el exilio.

—Me preocupa que Dean vaya a ser un problema. Me sentiría mejor si alguien en quien confío está a tu lado.

—¿Confiar? ¿Recuerdas lo que pasó la última vez que Finn nos ayudó? Me puse su ropa y perdiste la cabeza. ¿Vas a ser capaz de mantener la calma sabiendo que estaremos cerca el uno del otro?

—¿Tienes pensado follártelo? —preguntó fríamente.

—Ponerme su ropa porque me estoy muriendo literalmente de frío está muy lejos de follármelo —me burlé.

—Te sugiero que no hagas ninguna de las dos cosas —vi cómo se pasaba la mano por el pelo en la oscuridad—. Deberías dormir un poco.

—¿Qué te dijeron las brujas, Jax? ¿Aparte de que había alguna amenaza mágica creciente en el horizonte que podrías necesitar que detectara?

Era la primera vez que se lo pedía sin rodeos. Cuando me habían atacado, él estaba dispuesto a dejarme marchar. Incluso habíamos empezado a confiar el uno en el otro. Cuando desperté, no me permitió irme, y no pudo contener el asco en los ojos cuando me miró.

Cuando me quedé a solas con el aquelarre, les exigí respuestas. La Madre y la Doncella, que yo creía que eran mis amigas, se limitaron a mirarme con tristeza y a decirme que no podían hacer nada para ayudarme.

¿Qué coño significaba eso? No necesitaba ayuda. Solo necesitaba estar sola, lejos de ese estúpido vínculo de apareamiento del que no podía escapar, lejos de la reputación de mi padre, lejos de cualquiera que se compadeciera de mí.

Sólo necesitaba empezar de nuevo.

—Ya te dije que me dijeron que te necesitaba. Tus habilidades.

—¿Qué, y me odias otra vez por eso? ¿Porque soy una… ya sabes? —no lo dijimos en voz alta.

Una bruja nula era rara, pero un lobo metamorfo nulo era inaudito.

Todos los que se enteraron de lo que era habían intentado utilizarme.

—Lo que odio, Anna, es no poder librarme de ti —dijo cansado.

El comentario me dolió. Volví a acurrucarme entre las mantas e intenté ignorar su olor mientras me envolvía.

La puerta no volvió a abrirse. Al cabo de unos segundos, las mantas se movieron, el colchón se hundió bajo su peso y su mano se posó en mi cintura.

—Odio que mi casa huela enteramente a ti, y odio, joder, que lo único que quiera hacer sea follarte.

Conocía la sensación. En contra de mi buen juicio, me giré y le miré fijamente. ¿Perseguía sus sueños como él perseguía los míos? ¿Me burlaba de él en su mente como él me atormentaba a mí?

Me subió el dobladillo de la camisa y me acarició la piel desnuda. Con un grito ahogado, me arqueé contra él. No nos habíamos tocado desde que me mudé y ni siquiera habíamos hablado de ello.

Al parecer, estábamos en un punto de ruptura.

—Te odio —gruñí, pasándole las manos por el pelo—. Hazme correrme.

22

Jax

Su cuerpo se enroscó en el mío automáticamente, como si recordara mis caricias en aquella cueva y deseara más. Desde aquella noche —bueno, joder, desde que se estableció nuestro vínculo de apareamiento—, nunca había dejado de pensar en ella.

¿Cómo podía una mujer tener tanto control sobre mí cuando yo no tenía ninguno sobre ella? La Arpía me había dicho que, al ser nula, Anna nunca sentiría el vínculo de apareamiento como yo. Nunca la afectaría. Cuando por fin la dejara ir, podría marcharse y no volver a pensar en mí.

Puede que ahora ni siquiera piense en mí si no fuera porque la obligaba a vivir en mi casa.

Obligándola a dormir en mi cama.

Olía su excitación. Cada gemido cuando la tocaba iba directo a mi polla. Dios, me dolía por ella, pero no podía tenerla. No podía tomarla.

Deslicé la mano por debajo de sus bragas, le acaricié las nalgas y la apreté contra mi polla. Ella gimió y se retorció contra mí.

—¿Quieres correrte, nena? —con una mano anclada alrededor de ella, me puse boca arriba y la traje hacia mí hasta que se desparramó sobre mi regazo. Su pelo caía sobre sus hombros y me hacía cosquillas en el pecho.

—Móntame.

—Dentro —gimoteó, pero se movió a lo largo de mi polla—. Te quiero dentro de mí.

—Estaría bien, ¿verdad, nena? ¿Llenándote? ¿Acariciándote? Tu coño caliente apretándose a mi alrededor. Estarías tan mojada. Ah, joder, qué mojada estás para mí.

—Sí —sus uñas me mordieron el pecho—. Hazlo, joder. ¡Venga!

En lugar de eso, le bajé las bragas y le acaricié el clítoris con el pulgar. Se estremeció a mi alrededor antes de empujarme y bajarse de la cama.

Me incorporé y nos miramos fijamente en la oscuridad. Anna se rodeó el cuerpo con los brazos y entrecerró los ojos.

—Vete, por favor.

—No terminé lo que vine a hacer.

—Sí, sí terminaste. Quieres que me sienta indefensa bajo tus caricias. Quieres que te desee. Te felicito, lo has conseguido. Por favor, Jax. No puedo aguantar más. Esta noche no.

En silencio, salí de la cama y me dirigí hacia ella. Cuando la alcancé, no se movió, así que me incliné y le besé los labios.

—Buenas noches, Anna.

Cuando me miraba, había algo más que necesidad. Había pasión, sí, pero también fuego, y cada día, desde que volvimos del Bosque de Glicinia, había visto crecer ese fuego. Cada vez era más ella misma.

***

A la mañana siguiente no había dormido nada y estaba empalmado. Estaba más irritable que nunca. Aun así, me vestí y troté hasta el gimnasio. Apenas había amanecido, pero el gimnasio estaba a reventar. Había un guardia en cada aparato y varios luchaban en las colchonetas.

Reconocí bien a un joven.

Finn volteó a su oponente, tirándolo al suelo, y luego se agachó. Tenía una mirada feroz en los ojos que no había en ninguno de los otros guardias. Otros se pararon a mirar, pero Jenson se levantó y le dio una palmada en el hombro a Finn.

Hacía tiempo que no traía a un pícaro a mi manada, pero Jenson sabía cómo hacer que se sintieran cómodos y bienvenidos.

Finn era fuerte. Más fuerte que la mayoría. Un día, incluso podría ser más fuerte que Jenson.

La puerta se cerró tras de mí y todos dejaron de hacer lo que estaban haciendo para volverse hacia mí.

—Seguid —dije con un gesto de la mano—. Jenson, ¿has terminado?

—Sí, Alfa.

—Conmigo. Finn, trae agua y refréscate. Te veo en diez minutos.

Todos me miraron un minuto más antes de volver a sus tareas. Mis guardias eran leales. Harían lo que yo les dijera hasta su último aliento, pero sentía algo cociéndose a fuego lento en el vínculo de la

manada, debilitándolo sólo un poco. No lo suficiente como para preocuparse.

No necesitaba preguntar. Sabía lo que era.

Se les permitía opinar. Sólo se convertía en un problema cuando esas opiniones se interponían en el camino de mi protección.

Jenson se secó con la toalla y trotó detrás de mí mientras entrábamos en los vestuarios. El cuartel general de la manada era un edificio enorme con una gran cocina, habitaciones vacías y un espacio para eventos. Mi despacho estaba en la parte superior, con una hermosa vista del territorio desde las ventanas, pero rara vez estaba allí. Tendía a reunirme con la gente en mi casa o en un bar. O en los vestuarios del gimnasio.

Jenson se pasó una toalla por la cara.

—¿Finn te ha curtido el lomo? —le pregunté.

—Me enfrenté a otros tres antes que él. Sólo para darle ventaja —dijo Jenson con una sonrisa burlona—. Es bueno. Muy bueno. Un día, podría preocuparme.

—He tomado algunas decisiones sin hablarlo contigo. Esta es tu oportunidad de darme tu opinión.

—¿Mi opinión? ¡Hala! Este es un gran momento para mí. ¿Por dónde empiezo? ¿Esa chica, Callie, con la que saliste hace unos siete años? ¿Te dije que probablemente era una enfermedad venérea andante? Quiero decirte «ya te lo dije». Y, hostias, cuando ascendiste a Derrick, ¿y traté de pararte? ¿Y aquella vez que pensaste que podías hacer tu propio vino?

Me aclaré la garganta.

—No me refiero a eso, y lo sabes.

Jenson tiró la toalla al banco, se cruzó de brazos y se apoyó en las taquillas.

—Ah, ¿te refieres a cuando te pedí que custodiaras a Irene y dijiste que no? ¿Cuando mudaste a la mujer más odiada de la manada a tu casa y ahora andas apestando a ella todos los días? ¿Cuando compartiste con todos que Irene ha sido despojada de su magia y es tan vulnerable como un puto humano en nuestro territorio?

Allí estaba esa ira que había sentido brillar bajo su piel.

—Eso está mejor —le estudié. Sabía que había algo entre él e Irene, pero no había vínculo de apareamiento. Los lobos no desarrollaban un vínculo de apareamiento con otra especie. Eso no significaba que no se enamoraran, pero si Jenson e Irene estuvieran saliendo, me lo habrían dicho.

—Podría haberla dejado con las brujas de Darkwyn. Igual debería haberlo hecho —consideré.

—Ella es de aquí —dijo Jenson sombríamente—. Es nuestra bruja.

—Una bruja sin poder. Apenas nos sirve.

—¿Entonces por qué coño la has traído de vuelta? —rugió Jenson mientras se lanzaba sobre mí—. ¿Qué coño piensas hacer con ella?

No moví ni un músculo cuando Jenson se paró a punto de tocarme. Estaba en mi cara, algo a lo que no se atrevería a menos que yo le hubiera dado permiso.

—Ayúdala a sanar, Jenson. Haz que se sienta segura. Nos fue arrebatada por alguien que me juró lealtad.

—La protegeré —dijo con los dientes apretados.

—Vale, pero no ahora. Quiero saber quién se la llevó. Puede ser tu trabajo averiguarlo.

Jenson gruñó y retrocedió.

—En cuanto a Anna… —me detuve cuando la puerta se abrió y entró Finn. Mis ojos revolotearon hacia él—. Eso no fueron diez minutos.

Cerró la boca y se llevó las manos a la espalda con humildad.

—Lo siento. Podría decir que se me da fatal calcular el tiempo, pero sobre todo es que yo soy así.

—¿Un espía? —de tal palo, tal astilla. Finn era claramente algo más que un mensajero.

—Vuelvo a salir y espero —dijo, retrocediendo.

—No hace falta. Sabía lo que me esperaba cuando te traje —dije suavemente—. Estaba a punto de decirle a Jenson que asignara un guardia a mi compañera. Se dirigirá al Colmillo Sonriente a pasar el día. Estoy seguro de que algunos la han estado esperando sin mi compañía.

—De acuerdo —dijo Finn inmediatamente y se aclaró la garganta—. Con permiso, señor.

Enarqué una ceja ante su impaciencia, pero asentí.

—Ve.

Con una sonrisa, se burló de mí y salió de la taquilla. La puerta se cerró y Jenson y yo nos miramos.

—Podrías dejar que se fuera. Dejar que se fueran los dos. Finn cuidaría de ella. Es su primer defensor —sugirió.

—Yo soy su primer defensor —gruñí—. Y no voy a dejarla ir. Si la manada Diamante Negro tiene un problema con eso, entonces tienen un problema conmigo.

—¿Es una orden, Jax? ¿Inclinarnos ante tu compañera?

Ladeé la cabeza y le estudié.

—Te he contado su historia. No los detalles, por supuesto; esa es su historia, pero lo suficiente para que sepas que ella no es su padre.
—¿Y la muerte de Parker? Le obligaste a cuidar de ella durante años, y luego se las arregló para encontrar una pistola y volarse los sesos.
—Eso es cosa suya —dije brevemente. No quería hablar de Parker. No podía perdonarle que me dejara.
—Querías mi opinión —dijo Jenson brevemente. Golpeó la taquilla con la mano y negó con la cabeza—. No sé qué pensar. Es complicada, Jax. Estoy contigo. Siempre estoy contigo. Ya lo sabes.
—Sí, y te lo agradezco. Voy a hacer un poco de ejercicio y a darme una ducha. Luego quiero que convoques una reunión. Varias, de hecho. La caza del traidor empieza ahora.

23

Anna

Sólo había pasado un mes, pero el Colmillo Sonriente era un desastre. Las sillas estaban hechas polvo, la mayoría de las paredes interiores y exteriores tenían pintadas y la pared de la licorería estaba completamente vacía. Me partía el corazón verlo así. El bar había sido mi prisión, mi oportunidad de identidad y mi tormento.

Ahora era sólo mío, y era una calamidad.

—Un guardia me dijo que hubo una rebelión mientras Jax no estaba. A un par de empleados no les gustó que Jax matara al gerente —dijo Finn mientras caminaba detrás de mí—. ¿Qué hizo, de todos modos?

—Intentó violarme —dije rotundamente mientras me daba la vuelta. La frustración que sentía se alivió un poco. Me alegré de verle.

—No soy muy querida aquí.

Me dedicó una sonrisa tensa.

—Yo también lo deduje. Resulta que la pareja feliz que interpretasteis en el Bosque de Glicinia era mentira.

—¿Te ofreciste voluntario para vigilarme, o es una misión de mierda para el nuevo? —si Finn me odiaba ahora, quería saberlo.

—Tú y yo nos parecemos más de lo que crees, Anna. Me ofrecí voluntario. Espero que no te importe.

Sonrió, y no pude evitar devolverle la sonrisa.

—Si quieres impresionar a tu nueva manada, hacerte amigo mío no es la forma de hacerlo.

—Pues quizás esta no sea la manada para mí —dijo simplemente y miró a su alrededor—. Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí?

Con un suspiro, eché un vistazo al restaurante.

—Tirando la comida estropeada, comprobando si queda dinero en la caja fuerte, haciendo inventario de los muebles y electrodomésticos rotos. Hacer inventario. Limpiarlo todo. Luego veremos si alguien de la manada está lo bastante desesperado como para trabajar para mí e intentar reabrir el negocio.

—Ah. ¿Solo eso?

Resoplando de risa, me dirigí al comedor.

—Le pregunté a Jax si podía verte cuando volviéramos, pero me dijo que estabas entrenando.

—Hmm. Había retos. Estaban calibrando lo fuerte que era mi lobo. Aguanté más combates que cuando era un pícaro en un territorio violento. Cuando terminaba la pelea, sonreían, me daban una palmada en la espalda y me decían lo bien que lo había hecho. Formar parte de una manada es diferente de adulto que de niño.

—No sabría decirte. Tienes más experiencia que yo —joder, la cocina estaba impecable cuando me fui. Quienquiera que la hubiera

vandalizado dejó comida a medio comer en el mostrador, y apestaba.

—Creía que llevabas años aquí —dijo, arrugando la nariz por el olor.

—Sí, pero no fui a ninguna parte. Tenía una habitación arriba. Ahora lo echo de menos.

—¿Te quedaste aquí? ¿Sólo aquí? ¿No volvió loca a tu loba? —preguntó Finn con incredulidad.

—Mi loba es un poco diferente al tuyo —le dije. Incluso ahora, ella se acurrucaba y se estiraba dentro de mí. Desde que habíamos vuelto con Jax, estuvo satisfecha con su compañero. Incluso pedía correr con él.

No lo había permitido. Durante años, la había protegido. Ahora, no podía convencerla de que Jax seguía siendo nuestro enemigo.

Y estaba enfadada conmigo.

—¿Así que quieres abrir el local por venganza?

Pasando las manos por la polvorienta tabla de cortar, fruncí el ceño.

—Sé cómo suena. Yo también tengo sentimientos encontrados hacia este lugar, pero a veces ha sido mi santuario. Mi único santuario.

—¿Y ahora necesitas que vuelva a ser un santuario, lejos de Jax?

Estaba pescando. Él ya sabía que Jax y yo no estábamos felizmente apareados, pero se suponía que íbamos a cambiar esa percepción. Para la manada, al menos. Eso significaba que él también.

Le dediqué una sonrisa tensa.

—Es sólo un buen lugar para mí mientras resolvemos todo.

La puerta trasera se abrió, giré la cabeza y me quedé rígida. Finn no movió ni un músculo, pero pude sentir cómo el lobo que llevaba dentro se preparaba.

¿Este era el que Jax quería que le llevara mensajes y le hiciera las tareas? ¿Cómo podía no sentir el poder en él? Finn podría ser un alfa algún día.

—Entonces, ¿cómo fueron esos retos? —pregunté secamente.

Finn se rió por lo bajo.

Dos mujeres entraron, y Finn se relajó un poco. Yo no. Sólo reconocí a una, y aún no estaba segura de lo que sentía por mí.

—Bridget —saludé con calma—. Y la amiga de Bridget.

Bridget aparentaba unos treinta años, pero su amiga era más joven, quizá de unos veinte. Era guapa, rubia y de grandes ojos azules.

Había algo familiar en esos ojos.

—Amelia— aportó Bridget—. Es una de las guardias del perímetro del Colmillo Sonriente.

Amelia, la loba que vio a Danny intentar violarme y corrió a buscar ayuda.

—Te debo una —le dije. No quería estar en deuda con alguien que no conocía.

—Qué va —respondió ella brevemente—. No lo hice por ti.

Era solo que odiaba a Danny. Me encogí de hombros.

—A mí me vale. El bar no está exactamente abierto.

—Ya. Estamos aquí para ayudar —Bridget abrió cautelosamente el frigorífico, olfateó y arrugó la nariz—. Parece que lo necesitas.

Finn se interpuso inmediatamente entre nosotras.

—Necesitas el permiso de Jax.

Bridget enarcó una ceja. O no sabía que Finn estaba asignado como mi guardaespaldas, o lo estaba poniendo a prueba.

—Soy tu superior.

—Desde esta mañana, sólo respondo ante Jax. Cuando se trata de la seguridad de Anna, mis decisiones pasan sobre las tuyas. Y las de Jenson.

Amelia sonrió con satisfacción.

—Así que vas a ser el chico de oro de Jax. Qué cara tan bonita tienes. No creo que te dure mucho. Anna, antes de que a Bridget le explote la cabeza, ¿por qué no llamas a tu compañero y le preguntas si le parece bien que te ayudemos? Además, ya que estás, deberías preguntar si también puedes darle órdenes a don Guaperas. Podría molar.

—Ella es mi amiga —dijo Finn simplemente—. No necesita darme órdenes. Sólo tiene que pedírmelo.

Amelia resopló y yo carraspeé.

—Me vendría bien algo de ayuda para limpiar los muebles rotos del comedor. Finn y yo trabajaremos en la cocina, y Finn puede llamar a Jax y asegurarse de que todo está bien —odié decir la última parte; odiaba que Jax estuviera a cargo de mí.

En la parte delantera, Bridget y Amelia trabajaban en silencio. Finn llamaba por teléfono a poco más de un metro de distancia, sin dejar de mirarme. Si quería, podía oír cada palabra.

Excepto que no quería. No quería oír a Jax tomando decisiones por mí, negándose a dejarme marchar, obligándome a dormir en su cama. Era lo bastante buena para fingir ser su amante, pero no para que me tratara como tal.

A todos los lobos les gusta hablar de lo guay que es el vínculo de apareamiento. Dejar que sus lobos, la magia de los metamorfos y el destino elijan tu amor. Un lazo que los une para siempre.

A menos que estés emparejado con un gilipollas egoísta, entonces puede que ese vínculo sea un coñazo.

Cuando colgó, miré por encima del hombro.

—Si el gran y todopoderoso Jax dice que está bien, puedes trabajar en el comedor con Bridget y Amelia —le dije.

—No. Pueden quedarse, pero hay salidas aquí atrás, así que no puedo vigilarte desde ahí fuera, ¿sabes?

Suspiré. Demasiado para un día tranquilo en el Colmillo Sonriente. Sólo quería un día lejos de Jax.

Ahora tenía un guardaespaldas, su tercera al mando y su guardia siguiéndome.

—Lo lógico sería que el líder de la manada simplemente me dejara marchar cuando su manada quiere matarme tanto que tiene que asignarme un guardaespaldas —murmuré.

—Te está protegiendo. Ya te conocerán. Dales tiempo —dijo Finn mientras me guiaba al comedor. Amelia me miró.

—No estabas aquí cuando Cora acabó en mi sector. Estaba tan ensangrentada y destrozada que ni siquiera podía transformarse bien. Cuando intentó hablar, la sangre le salía a borbotones de la boca. Ni siquiera sé cómo llegó tan lejos. En realidad, la trajimos aquí y llamamos a Saul para que la curara. Aquí es donde vi morir a mi mejor amiga. Donde otros vieron a una de sus personas favoritas sufrir horriblemente. Tú tuviste que ver en eso.

No era la primera vez que alguien me acusaba de ello, pero no se equivocaba.

Finn saltó delante de mí.

—Ella no es responsable de los crímenes de su padre.

—Pero ella envió a Cora aquí. Ella la sacrificó —señaló Bridget—. Te oí decirle eso a Saul.

—Y salvé a tres niños —dije fríamente mientras rodeaba a Finn. Ya estaba harta de que me culparan—. Todos omiten esa parte. Le di a elegir y eligió. Puedes irte si no quieres estar cerca de mí.

—Me ordenaron… —comenzó Amelia.

—No. No te ordenaron nada —interrumpió Finn—. Hablé con Jax. No se te ordenó. Viniste voluntaria. Viendo lo mucho que la odias, no puedo evitar preguntarme por qué.

Amelia volvió a abrir la boca, pero Bridget se dio la vuelta y gruñó. La puerta de la cocina se abrió y entró un desconocido.

—Fuera —gruñó Finn—. O muere.

24

Anna

—¿Irme o morir? —la figura se rió—. Había oído que el nuevo miembro de la guardia era un culo prieto, pero de verdad, chico. Tienes que relajarte. No estamos aquí para hacerle daño a la pareja del alfa. Sólo queremos conocerla, eso es todo.

Dos personas más le siguieron. Bridget se aclaró la garganta, y él pareció reparar en ella por primera vez y se quedó inmóvil.

—Bridget. Amelia —dijo nervioso—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Ayudando. Tú también. Gracias por ofrecerte —dijo Bridget con una sonrisa—. Tú y tus amigos podéis empezar por sacar todos estos muebles.

El desconocido enrojeció y uno de sus amigos salió corriendo. Amelia esbozó una sonrisa salvaje y corrió tras él. Menos de un minuto después, lo arrastró de la oreja hacia el interior. Fue una imagen extraña, teniendo en cuenta que el hombre era al menos una década mayor que ella.

—Suéltame —gruñó—. No estoy aquí para limpiar el bar de la puta. Este era el bar de Parker. Ella no tiene derecho a tocarlo.

—Lleva tres años tocándolo —le recordó Amelia—. Y lo ha rentabilizado bastante.

—Parker se suicidó por su culpa —señaló uno de los amigos del desconocido—. ¿Eso no significa una mierda para Jax?

—¿Estás cuestionando a tu alfa? —exigió Bridget.

Las cosas se me estaban yendo de las manos. Puse una mano en el brazo de Finn y lo rodeé.

—Disculpa, me gustaría aclarar un poco las cosas. Hola. Soy Anna. Este es Finn. Ya conoces a Bridget y Amelia.

Esperé un momento, pero nadie dijo nada.

—Sois bienvenidos a hacer vuestras preguntas y a conocerme, pero lo más educado es que me deis vuestros nombres —dije pacientemente. Amelia abrió la boca, pero negué con la cabeza—. No, no me lo digas. Déjalos. Ellos mismos querían enfrentarse a mí. Parece que también estaban dispuestos a enfrentarse a Finn para conseguirlo, así que al menos deberían ser capaces de decirme sus nombres.

—Titus —gruñó el líder—. Y estos son Clay y Rex.

Rex era al que Amelia había arrastrado de la oreja.

—Titus es un guardia —dijo Bridget amablemente—. Uno de rango bastante bajo, aunque te oí pedir una oportunidad para probarte ante Jax, ¿verdad, Titus?

Ah, sí. Titus definitivamente no esperaba que nadie estuviera aquí excepto Finn y yo.

—Titus, Clay, Rex. Un placer conoceros —mentí—. Ya que queréis conocerme mejor, os invito a hacerme las preguntas que queráis.

—¿Qué se siente al tener la sangre de Cora sobre ti? —soltó Clay con impaciencia mientras se acercaba a mí. Finn gruñó, pero yo no me moví ni un milímetro.

—Más o menos lo mismo que sentirías tú al tener sangre encima —respondí con calma—. Aunque, dada la impaciencia con la que viniste y el plan que supongo tenías para mí, quizá lo hubieras disfrutado un poco más. Me manché las manos con la sangre de Cora intentando curarla, no dañarla.

—Mentirosa —siseó Tex.

—He mentido a algunas personas. Mentí a mi padre todo el rato. A ti no te miento. Ahora, puedo hacerte una pregunta. Llevo aquí tres años. ¿Por qué me lo preguntas ahora? Has tenido muchas oportunidades de conocerme.

Nadie dijo nada, así que Amelia se rió.

—Yo puedo responder a eso. No vinieron antes porque Parker no lo permitió. El viejo no parecía gran cosa, pero podía partir algunos traseros si quería. Obviamente pensaron que Finn no sería un desafío. No saben que el nuevo favorito de Jax es una potencia.

—Potencia, una mierda. No tuve la oportunidad de desafiarle —espetó Titus.

Bridget intervino.

—Y no vas a hacerlo. No hasta que Jax lo permita.

Clay fijó sus ojos en mí y escupió en el suelo cerca de mis pies.

—Jax sabe que no debe involucrarse con gente como tú. No me importa lo caliente que estés entre las piernas. Entrará en razón, con

o sin vínculo de apareamiento, y te romperá el cuellito. Te lo prometo.

Me limité a arquear una ceja.

—¿Alguna otra pregunta? —nadie dijo nada—. Así que a lo mejor no quieres conocerme después de todo. Qué pena. Desde esta mañana, el Colmillo Sonriente es mío, así que si vuelves a irrumpir en horas no laborables, supondré que es por motivos distintos a una conversación amistosa. Ahora lárgate.

—No estarán para protegerte siempre —dijo Rex en tono sombrío.

Bridget dio un paso adelante.

—¿Acabas de amenazar a la compañera de tu alfa?

—No —interrumpí para responder a Rex—. No lo harán. Un día, no los necesitaré.

Los escoltaron a la salida y nadie dijo nada sobre ellos ni me recordó que no sería la última vez que vería problemas. No tuvieron que hacerlo; yo ya lo sabía. En el fondo, no podía evitar preguntarme si Jax esperaba que alguien se encargara de mí para que dejara de ser su problema.

Bridget y Amelia se fueron después de ayudar a sacar los muebles rotos, y yo limpié la cocina en unas horas. Quería subir a darme una ducha, pero arriba ya no estaba mi casa.

No quería ver a Jax todavía, así que le dije a Finn que íbamos a dar un rodeo.

Si había una persona que podía saber qué demonios había pasado mientras yo estaba inconsciente, esa era Irene. La bruja estuvo débil en nuestro viaje de vuelta. Dos veces le había preguntado a Jax si

podía verla, y las dos veces me había dicho que aún se estaba curando.

Hoy la visitaría yo misma. Si seguía débil, le daría mis buenos deseos y seguiría mi camino. Si estaba lo suficientemente fuerte para conversar, sabría que Jax me había mentido.

Medio esperaba que Finn se opusiera, pero accedió, diciendo que también quería conocer a Irene. Su voz tenía algo de sobrecogimiento cuando lo dijo.

—¿Has oído hablar de ella?

—¿Estás de coña? Por lo visto es súper poderosa. Será una verdadera lástima para la manada si no recupera su magia.

—Y para ella —le recordé—. Será una verdadera pena para ella.

Finn asintió.

—Sí, Sí. Lo siento.

La casita de Irene estaba en la frontera sur del territorio. Cuando regresamos, Jax insistió en acercarla al centro de la manada, pero ella se negó. Después de unos días en la enfermería, regresó a su cabaña, probablemente con algunos guardias para vigilarla. Finn nos llevó. Estaba acostumbrado a caminar por la mayoría de los lugares, pero el territorio de Diamante Negro era vasto. Si te movías a dos patas en vez de a cuatro, era más rápido coger un coche.

—Has pasado toda tu vida adulta en el Bosque de Glicinia. ¿Cómo sabes conducir? —refunfuñé con envidia, ya que yo no sabía.

—No siempre estuve en el Bosque de Glicinia, y como mensajero se me permitía entrar en ciertos territorios. Algunos de ellos, como tu manada, tienen un centro de alquiler de coches. Alguien del valle de

Río Serpiente me enseñó a conducir hace unos años. Me encanta. Puedo enseñarte si quieres.

—Eso sería estupendo. Gracias.

Con Finn al volante, llegamos a la casa de Irene en veinte minutos. Cuando paró, prácticamente me caí del coche. Todavía no estaba acostumbrada a ir en uno.

—¿Mareada? Ayuda cuando vas conduciendo. Te da más control. Intentaré tomar esas curvas un poco más despacio a la vuelta —dijo Finn, pero había una sonrisa en su voz: le gustaba pisarle.

En la puerta de Irene había un guardia que reconocí.

—Cassius —dije vacilante.

—Pareja alfa —dijo con rigidez. Cuando vio a Finn, enarcó una ceja —. ¿Ya has hecho algo por lo que debas ser castigado?

—Yo me ofrecí —se rió Finn—. Me cae bien Anna.

Cassius se limitó a gruñir.

—Quería ver cómo estaba Irene. ¿Necesito el permiso de Jax? —le pregunté.

Para mi sorpresa, Cassius se hizo a un lado.

—Tú eres la pareja alfa. No necesitas permiso.

Bueno, mira tú por dónde, algo que podía hacer por mi cuenta.

—Gracias. Finn, ¿te importaría quedarte aquí fuera un minuto? Prometo dejarte conocerla después.

Finn se limitó a negar con la cabeza.

—No hasta que me asegure de que la casa es segura para ti. Lo siento, Cassius. Espero que no te importe.

—Me habría cabreado si no lo hubieras hecho. Te acompañaré, por supuesto.

Maravilloso. Dos pares de oídos para escuchar lo que yo esperaba que fuera una conversación muy privada. Al abrir la puerta, Cassius nos anunció. Para mi sorpresa, una bruja muy enérgica nos recibió en la cocina.

—¡Estás aquí! —chilló Irene—. ¡Llevo una semana pidiendo hablar contigo! Jax dijo que todavía te estabas adaptando a la vida de la manada.

—¿Ah sí, eh?— hice una mueca—. Yo también he pedido verte, pero dice que te estás curando. Supongo que no quería que nos viéramos.

—¿Puedes culparle? —se rió y guiñó un ojo—. Caballeros, nos sentaremos a charlar en el salón. ¿Podemos tener algo de privacidad si prometemos no mover ni un músculo?

—Después de que termine su recorrido —dijo Cassius con rotundidad. Unos minutos después, con un guardia en la puerta principal y otro en la trasera, nos relajamos en el salón.

—El sitio es más alegre de lo que imaginaba, pero el aquelarre de Darkwyn es la única guarida de brujas que he visto.

Irene puso los ojos en blanco.

—Ellos tienen más que proteger que yo. Quizá si hubiera sido más precavida, no estaría intentando recuperar mi magia.

—¿Cómo va eso?

—Poco a poco. He curado la herida de la bruja y ahora trabajo en reponerme —Irene me estudió detenidamente—. Deberías saber que Jax me hizo… observarte desde lejos el primer año que estuviste aquí.

—¿Observarme? ¿Qué quieres decir? —me di cuenta—. ¿Usar la vista de bruja?

—Sí.

Esperé un momento.

—¿Lo probaste?

—Sí.

Vaya mierda.

—Diría que me siento un poco violada, pero supongo que las dos sabíamos que no era verdad. Así que Jax sabía todo el tiempo que soy una…

—Cuidado, Anna. Eso mejor no admitirlo en voz alta —me advirtió Irene de repente y miró hacia la ventana—. No, él no lo sabía. No se lo dije.

Sorprendida, fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Porque vine aquí por ti —dijo Irene en voz baja—. La única razón por la que vine a Diamante Negro fue por ti, y entonces supe que no eras todo lo que parecías. Guardé tu secreto.

No tenía ni idea. A lo mejor Irene y yo podríamos haber sido amigas. Tal vez podríamos habernos ayudado mutuamente.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Necesitabas curarte en más de un sentido, y yo no podía ayudarte — cruzó las palmas de las manos en el regazo—. ¿Quieres saber lo que le dijeron a Jax las brujas de Darkwyn, ¿verdad? No necesito magia para saber que viniste con intención.

Tragando saliva, asentí.

—Entiendo por qué no quiere dejarme ir, pero vuelve a odiarme. Pensé que lo habíamos superado. Creía que… confiábamos el uno en el otro. Algo cambió mientras estábamos allí. Cuando me mira, es con asco. Tiene que ser por lo que soy.

—Lo dudo. Lo que eres es especial. Incluso él lo sabe. Yo es todo lo que sé. Lo siento.

De todos modos, era una posibilidad remota, pero podía sentir la decepción brotando en mi interior.

—Gracias por verme. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte a sanar?

—Muy amable de tu parte. Estoy investigando un ritual. Quizá puedas ayudarme. Te lo haré saber.

—¿Para que puedas luchar contra la creciente oscuridad? —me reí amargamente—. ¿Alguna vez has considerado que tal vez la oscuridad naciente soy yo?

—Sí —dijo Irene sin perder el ritmo—. Lo he pensado.

25

Jax

La reunión concluyó como empezó: igual que ayer y anteayer, la semana pasada y la anterior, y todos los días desde que instalé a Anna en mi casa.

Los ancianos estaban descontentos.

Normalmente, me reunía con los ancianos una vez al mes, pero durante semanas habían encontrado la manera de convocar una reunión de urgencia todos los días.

Dos ancianos seguían en mi despacho cuando sonó mi teléfono, una línea que sólo tenían unos pocos más.

Los otros alfas.

Celine y Calden se callaron. Tras pensarlo un segundo, les hice un gesto con la cabeza y contesté a la llamada por el altavoz.

—Jax.

—Maeve.

Maeve Frost, alfa de Pico Índigo.

—Maeve, estás en altavoz con dos de mis mayores. ¿Llamas para compartir tu descontento otra vez?

Maeve era la alfa que había amenazado de muerte a Finn cuando era niño a menos que su padre confesara a quién estaba proporcionando información. Su padre se había negado.

Maeve, al parecer, no pudo cumplir la amenaza. En su lugar lo exilió. Cuando volví, la llamé para decirle que Finn era mío ahora. Ella no estaba contenta.

—No —dijo en tono cortante—. Aunque esa conversación no está terminada.

Sí que estaba, pero no se lo dije.

—Tus mayores pueden estar, pero su consejo no es necesario. Sólo el tuyo. Quiero convocar una reunión de emergencia de los alfas.

Inmediatamente, me enderecé. Teníamos una reunión anual, pero hacía años que no había una reunión de urgencia.

—¿Por qué es necesario?

—Han asesinado a mi brujo.

Eso me llamó la atención.

—Siento tu pérdida.

—Era un buen brujo. Su hija está tomando las riendas, pero me temo que será la siguiente. Antes de morir, me habló de brujas que se drenaban mutuamente su poder para alcanzar la magia definitiva y algo sobre una oscuridad creciente. No tenía más información que esa, y no tengo ni idea de qué es la 'oscuridad creciente', pero sé que no puede ser buena.

—Así que no van sólo a por Irene —reflexioné—. Necesitarán más brujos. Más magia.

—Y luego apuntarán a los lobos —dijo Maeve sombríamente—. No podemos dejar que alcancen todo su poder. Tenemos que reunirnos con nuestros brujos y conocer la verdad.

—¿Así que quieres poner a todos los objetivos en un mismo sitio? —pregunté secamente—. Maeve, tus habilidades de estrategia suelen ser un poco mejores.

—Tienes la tierra más defendible, y nuestros brujos estarán protegidos. Será el lugar más seguro para ellos. Eres mi primera llamada, Jax, pero sólo necesito dos alfas más que estén de acuerdo, y la reunión será en tu tierra. Considera esto una llamada de cortesía.

Colgó y no pude evitar reírme. Maeve era una luchadora feroz, pero también disfrutaba con sus juegos mentales.

—Como pueden ver —dije a los ancianos rezagados— a algunos les preocupan más las amenazas existenciales que mi elección de compañeras de cama.

—Sólo porque una segunda bruja fue asesinada… —comenzó Celine.

—Esto —interrumpió Calden bruscamente—, significa que debemos reemplazar a Irene inmediatamente. Tenemos una lista de brujos…

—Irene está bien —le corté—. No necesitamos otro brujo. Maeve tiene razón. Era una llamada de cortesía. Los otros alfas estarán de acuerdo; al menos Emerson y London. Necesito elaborar una estrategia. Este debe ser nuestro único enfoque. Ni una palabra más sobre Anna. Mi decisión sobre ella es definitiva. Si queréis un nuevo alfa, encuentra a alguien lo suficientemente digno para desafiarme. Hasta entonces, tenemos que prepararnos para nuestros invitados.

El odio brilló en sus ojos, y empujé mi poder a través del vínculo de la manada. Lo suficiente como para que jadearan y recordaran que yo era su alfa.

Se despidieron en silencio y miré la hora. El día había terminado.

Había llegado la hora de la batalla.

Le había dicho a Anna que podía tener total libertad en el territorio si volvía a casa a las siete cada noche para comer conmigo. Todos los días ponía un guardia para que la siguiera, pero nunca se había ido hasta hoy.

Es hora de ver si ha vuelto.

***

—Jax —chirrió una voz justo cuando me acercaba a la casa. Briella, una joven y guapa pelirroja, me esperaba en el porche. Había pasado sus primeros años como pícara hasta que ella y su familia fueron perseguidos hasta mi territorio. Solicitaron refugio y yo les permití quedarse. Diez años después, era una encantadora muchacha de veinte años y me miraba con estrellas en los ojos.

—Briella —saludé al abrir la puerta—. ¿En qué puedo ayudarte?

Con una risita, se puso a mi lado.

—Hacía tiempo que no te veía y quería que supieras que te echaba de menos. ¿Has cenado ya?

—Estoy a punto ahora mismo —dije, levantando una bolsa de comida para llevar. La casa estaba en silencio, pero eso no era nada nuevo. A diferencia de los otros alfas, yo no tenía personal.

—¿Es del comedor? ¡Ay, déjame cocinar para ti! ¡Por favor, Alfa! Mi loba está un poco caprichosa últimamente, y pasar tiempo contigo

me haría bien —me puso la mano en el brazo mientras entrábamos en la casa.

—En realidad, creo que descubrirás que pasará justo lo contrario si no apartas las putas manos de mi compañero —dijo Anna con frialdad cuando llegamos al comedor.

Anna estaba en la mesa esperándome. Algunas noches me tenía preparada una sorpresa interesante. Una vez, llevaba un vestido formal de un armario de ropa desechada que había encontrado: uno rojo escandaloso que le quedaba mucho mejor a ella que a su antigua dueña. La noche siguiente, llevaba unos vaqueros sucios y una chaqueta rota.

Esta noche llevaba unas bragas verdes y un sujetador con una gema colgando entre los pechos.

Por el amor de Dios.

Oí el peligro en su voz, pero al parecer Briella no. No retiró la mano de mi brazo, ni siquiera cuando Anna se levantó de la mesa, con violencia en los ojos.

—¿Qué haces en su casa? ¿No tendrías que estar en algún ático? —dijo Briella con voz molesta—. Jax, ¿qué hace ésta aquí?

No dije nada. Anna avanzó, y sentí el brillo de la loba en sus ojos. Vaya mierda. Este era un giro inesperado de los acontecimientos, aunque no podía decir que no me gustara. Saber que Anna estaba celosa y verla defenderme me ponía más duro de lo que quería admitir.

—¿Qué coño te he dicho? —siseó Anna mientras se abalanzaba. La atrapé rápidamente, rodeando su sección media y sentándola de nuevo. Al mismo tiempo, me alejé de Briella.

—Está bien, cariño —le aseguré—. Soy tuyo.
—No me llames así —me espetó. A Briella le siseó—: ¿Cómo te llamas?
Briella estaba claramente sorprendida de que me hubiera puesto del lado de Anna.
—B… Br… Briella —tartamudeó.
—Briella, voy a necesitar que corras la voz de que soy la pareja de Jax. Estoy viviendo en su casa. Estoy durmiendo en su cama. Y hasta que diga lo contrario, él me pertenece. ¿Entendido?
Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando balbuceó una disculpa, se dio la vuelta y se marchó. Solté a Anna y observé con cierta diversión cómo se apartaba de mí, como si mi contacto la hubiera quemado, y volvía a sentarse. Miré su cuerpo con aprecio.
—¿Tenías calor, querida? —pregunté mientras dejaba la bolsa de bocadillos sobre la mesa.
Inclinándose hacia atrás, me dedicó una fría sonrisa y arrastró un dedo por el grano de la mesa de madera.
—Esperaba que me trajeras algo caliente para comer —me dijo con dulzura.
Pero yo conocía a Anna. No era dulce, al menos no conmigo.
—Estás enfadada conmigo —suspiré.
—La mayoría de los hombres no asumirían que una mujer semidesnuda esperando en su mesa está enfadada.
—Eso es porque la mayoría de los hombres no te conocen —aparté la silla, me senté y dejé que mi mirada se detuviera. Ella era piel y hueso cuando se estableció el vínculo de apareamiento. Su padre

era un monstruo en más de un sentido. Había crecido desde entonces, no gracias a mí, sino a Parker.

—Y como no sabías que Briella iba a entrar conmigo, no se trata de eso —seguí—. Es sólo una chiquilla, Anna. No trato con chavalas. Ya tengo las manos bastante llenas contigo.

Todavía nada.

—No te gusta Finn —adiviné.

—Finn es maravilloso. Me va a enseñar a conducir.

Y una mierda. Un gruñido surgió dentro de mí, pero ella me miró directamente a los ojos.

—Podrían haberlo quemado hasta los cimientos —dijo.

Así que estaba molesta por el vandalismo de el Colmillo Sonriente. Debería haberlo sabido.

—Han sido castigados —dije, alcanzando la bolsa de comida para llevar.

—No me lo habías dicho —dijo ella, sin moverse.

Abrí la bolsa y saqué los bocadillos.

—Tengo una manada que proteger y una gran oscuridad para la que prepararme. Un poco de vandalismo se me escapó.

—¿Ordenaste que lo destrozaran?

Sus palabras calaron hondo.

—¿Perdón?

—Fue lo único que pedí, Jax. Debías saber lo importante que era. ¿Les ordenaste que lo destrozaran para hacerme daño?

—Tienes todos los fondos de la manada para arreglar lo que esté roto, Anna. No soy tan mezquino ni estúpido como para atacarte de esta manera —dije en voz baja—. ¿En serio piensas eso de mí?

Respiró hondo y negó con la cabeza.

—No hará falta mucho dinero. Unas sillas nuevas. Un poco de pintura para tapar los insultos y las poesías groseras escritas en las paredes de mi habitación —de pie, apartó el bocadillo—. Probablemente debería cambiar el colchón. Alguien ensució el mío.

Mierda. Había preguntado por los daños en el restaurante, pero no por su antigua habitación.

—Yo lo arreglaré —le ofrecí.

—No, yo lo arreglaré —espetó—. Con los fondos de la manada. Me vestí así para que tuvieras una buena última mirada. He terminado con estos juegos, Jax. Te devuelvo tu habitación. Me mudo a una de las habitaciones de invitados.

—No puedes.

—¿No lo entiendes, Jax? ¡No está funcionando! A tu manada no le importa si huelo a ti. Me odian más al pensar en mí follando contigo. Ay, si supieran la verdad. Que ni siquiera tú crees que soy lo suficientemente buena para tu cama.

—No puedes, Anna, porque en un par de semanas, probablemente menos, los otros alfas y sus brujos estarán aquí. Incluyendo a Emerson Triggs.

Anna

—Emerson Triggs —repetí mientras lo miraba fijamente—. ¿Por qué carajo iba a venir aquí?

Jax se reclinó en su silla y me miró fijamente.

—Han asesinado al brujo de Pico Índigo. Antes de morir, le contó al alfa lo de los brujos que se secuestran unos a otros para robar magia. Quiere convocar una reunión de los alfas.

—Una reunión de los alfas —repetí. Estaba empezando a sonar como un disco rayado—. ¿Y eso tiene que ser aquí?

—Mi tierra es la más grande y la más alejada de un asentamiento humano. El territorio puede ser más duro cuando hay demasiados alfas cerca.

—Genial. Avísame cuando venga. Me tomaré mis vacaciones entonces —me rodeé el cuerpo con los brazos, consciente de repente de lo desnuda que estaba. Estaba tan furiosa cuando hice el plan, y a veces la furia de da algo de confianza.

Es curioso lo rápido que puede desaparecer esa confianza cuando aparece el miedo.

—Estás casada conmigo. No importa qué trato hizo tu padre, él no puede tenerte. Eres mía.

Yo no era suya. La verdad es que no.

—¿Cómo sé que no me usarás como moneda de cambio?

Una sombra cayó sobre su rostro y me di cuenta de que había ido demasiado lejos.

—No tienes que preocuparte por mi visita esta noche —dijo sombríamente mientras cogía su plato, se levantaba y salía. Al verle marchar, me entraron ganas de gritar.

***

Finn me esperaba para llevarme al Colmillo Sonriente a la mañana siguiente. Casi no había dormido, pero volver al restaurante me daría algo que hacer. Algo que me ayudara a mantener la mente alejada del miedo.

—¿Puedes ir un poco más despacio? —le pregunté a Finn mientras me ponía una mano en la barriga. Estaba empezando a encontrarme mal.

—Claro. ¿Estás bien? ¿Emocionada por otro día en el Colmillo Sonriente?

Quería preguntarle sobre los alfas. Como guardia de Jax, tal vez sabía más que yo, pero no le pregunté. No quería meterlo en problemas y que me asignaran a un imbécil como guardaespaldas en su lugar.

—Sí. Será bueno concentrarse en algo.

—¿Crees que aparecerá Amelia? —preguntó despreocupadamente.
—¿Amelia? ¿La bomba que parecía odiarte nada más verte? No sé, igual sí. ¿Viste algo que te gustara, Finn?
—No, pero saber quién estará cerca es bueno para un guardaespaldas— sus ojos brillaron. Tengo la esperanza de que esos gilipollas vuelvan a aparecer.
Finn venía de un mundo de violencia, y podía sentirla palpitando en su interior. Quería pelea.
Defendiéndome, era sólo cuestión de tiempo antes de que consiguiera una.
—Que no puedas volver al Bosque de Glicinia no significa que no puedas seguir siendo un pícaro —dije con cuidado—. No tienes porqué formar parte de una manada.
—¿Qué quieres decir? ¿No me quieres aquí?
—No, claro que no me refería a eso. Sólo digo que tienes opciones. No tienes que ser mi guardaespaldas.
Entramos en el restaurante. Finn apagó el motor y se volvió para mirarme.
—Anna, no te conozco muy bien, pero lo que sé, me gusta. En realidad no tengo amigos, así que esto es un poco diferente para mí. Te dije que me ofrecí para ser tu guardaespaldas. Creo que eres una buena loba. En segundo lugar, si estuviera buscando un poco de acción, este sería probablemente el mejor sitio para mí. A la mayoría de los lobos de aquí les encantaría verte muerta. Además, me gusta Jax.
Al menos le gustaba a uno de los dos.
Salí del camión y fruncí el ceño.

—Han cambiado las ventanas.
—Jax tuvo lobos trabajando en ello toda la noche.
Giré la cabeza y le miré fijamente.
—¿Perdón?
—Bridget estaba medio dormida cuando daba las órdenes. Un lobo se quejó, y ahora está en la patrulla norte durante un mes. Nadie más se quejó después de eso. Aparentemente, la patrulla norte es fría, aislada y la electricidad es una mierda.
—Un lobo más que me va a querer muerta. Supongo que es normal —saqué mi llave—. Bueno, vamos a ver qué pinta tiene.
Al abrir, contuve la respiración y entré. Las paredes estaban recién pintadas y las ventanas brillaban. No había muebles nuevos, pero eso llevaría más tiempo.
—Voy a subir —dije en voz baja—. ¿Necesitas ir a despejar o algo?
—Iré contigo, y si está despejado, te daré el tiempo que necesites.
Me abrió el camino, pero lo olí antes de entrar en la habitación. Jax hizo pintar las paredes anoche, así que no tuve que volver a ver las palabras *puta* y *asesina*.
Al menos, no en estas paredes.
—Todo despejado. Estaré abajo —Finn empezó a pasar rozándome, pero me agarró la mano y apretó—. ¿Estás bien?
No. Yo estaba de todo menos bien, pero asentí y me dejó en paz. En cuanto se cerró la puerta, recorrí mi pequeño espacio. Lo había vaciado. Todos los muebles. Toda mi ropa vieja.
Todavía me acordaba del primer día que había entrado aquí. Parker había cerrado la puerta y yo había empujado inmediatamente todo

lo que pude delante de ella. Luego me senté al otro lado de la habitación y me quedé mirándola toda la noche.

Una parte de mí quería hacer eso ahora: volver a encerrarme aquí, tapiarlo todo y esperar a que pasara. Todo es todo. Las brujas. Los alfas. Emerson.

El legado de mi padre.

Quizá, al cabo de unas décadas, todo pasaría. Podría ir cojeando por ahí, con cincuenta o sesenta años, y todo el mundo me dejaría en paz.

Encima del armario había un papel doblado por la mitad. Lo cogí y lo abrí.

No eres un peón ni una moneda de cambio. Estás aquí porque te necesitamos, te necesito.

Maldito sea. Quería hacer una bola con el papel y prenderle fuego.

Era fácil odiarle. Era fácil olvidar que tenía toda una manada que proteger y que la magia negra estaba en el horizonte.

Mi loba me pinchaba la piel, un recordatorio de que ella amaba a su lobo. Ella lo eligió para protegerla. Para protegernos.

Durante años, yo había sido suficiente para ella. Ahora ya no.

Podía irme. Cuando volvimos del Bosque de Glicinia, sabía que si me iba, me dejaría marchar. No me perseguiría, aunque necesitara mis habilidades nulas.

Aun así, me quedé.

Emerson Triggs no cambió nada. Él era sólo una pieza más de mi pasado que tenía que enfrentar.

—¿Anna? Te oigo gruñir —dijo Finn al abrir la puerta. Una mirada y le brillaron los ojos—. ¿Por qué estás en el suelo?

¿Estaba? Miré hacia abajo. Todavía tenía la nota en la mano.

—Estoy bien. Sólo… pensando.

El lobo de Finn se retiró y se sentó a mi lado con las piernas cruzadas. Por la expresión de su cara, no era una postura que adoptara a menudo.

—No sé si Jax te lo dijo, pero mi padre traicionó a Pico Índigo —dijo —. Cuando tenía doce años, Maeve Frost, mi alfa, me sacó a rastras de mi casa y me obligó a arrodillarme delante de todo el mundo. Amigos que había conocido toda mi vida. Adultos que me acogieron cuando mi padre viajaba, que fue la mayor parte de mi vida. Mi madre había muerto hacía mucho tiempo. Ninguno de ellos movió un dedo cuando Maeve le dijo a mi padre que me cortaría la garganta si no le daba el nombre del lobo al que le había estado vendiendo secretos de la manada.

No sabía mucho de las otras manadas, pero sí sabía que protegían ferozmente a los jóvenes.

—¿No lo cumplió? —pregunté suavemente.

—Sí. Sólo que no morí. Hizo que sus guardias me trabajaran un poco para que mi padre pudiera oír mis gritos. Nunca dio un nombre. Maeve vino esa noche sola y me cortó el cuello. Algunas noches, cuando estoy dormida, todavía puedo sentir la sangre corriendo por mi piel. Hizo que su bruja forzara mi transformación inmediatamente para que pudiera sobrevivir, y luego me arrastró hasta la linde del bosque y me dijo que si volvía, me arrancaría la cabeza.

—Lo siento. Doce años y sola… debe haber sido muy duro. Yo al menos tuve a mi padre. Era un monstruo, pero me alimentó la

mayor parte del tiempo —no podía imaginar siendo tan joven y obligada a cazar sola.

—Conocí a tu padre —dijo Finn en voz baja. Abrí los ojos de par en par—. Pensé que me acogería. En lugar de eso, me preguntó si tenía una hermana. Una compañera. Una madre. Sospeché e intentó matarme. Me persiguió hasta Bosque de Glicinia, lo perdí allí y me quedé.

—Lo siento, Finn —lo dije en serio. Era una maravilla que él no me odiara también.

—Los crímenes de mi padre me perseguían. Me convertí en mensajero —un espía— porque pensé que Maeve me aceptaría si descubría dónde estaban las lealtades de mi padre y le daba a conocer el nombre. Entonces, decidí que no quería formar parte de una manada. Sólo quería saber. Nunca lo descubrí, pero sé lo que es ser perseguido por los crímenes de un padre. Nosotros somos diferentes. Ellos eran diferentes, pero como dije antes, quiero ser tu amigo. Así que cuando te pregunte qué estás pensando, que sepas que te lo pregunto como amigo y no porque le juré lealtad a Jax.

—Estoy pensando en quedarme —dije suavemente—. Y enfrentarme a mis miedos.

—¿Y qué temes? —preguntó con dulzura.

—Tú vas a temerme a mí —gruñó Jax mientras llenaba la puerta—. A menos que te alejes de mi compañera.

27

Jax

Sabía que aquí no pasaba nada, pero al igual que cuando estábamos en aquella cueva, la idea de Finn y Anna tenía sentido para mí y me ponía malo.

A menos que me follara bien a Anna, y pronto, podría volverme loco.

—Tienes que controlarte —murmuró Anna mientras se ponía en pie. Finn me dedicó una sonrisa y también se levantó—. ¿Dónde quieres que esté mi guardaespaldas? ¿A kilómetros de distancia?

Sí.

Mi mirada bajó hasta la mano que flexionaba a su lado. En ella había una nota arrugada. Mi nota.

—Qué haces aquí? —preguntó Anna mientras se metía la nota en el bolsillo—. Además de, por lo que parece, espiar a tu espía.

—Qué va, no es mi espía. Todavía. Pero necesito hablar con él —miré alrededor del apartamento. Yo mismo había hecho todo el trabajo de limpieza. Era sólo la segunda vez que entraba en su apartamento.

Las dos veces, había odiado cada segundo. Este no era su lugar. Ella me pertenecía, joder.

—Gracias —dijo Anna en voz baja—. Por el nuevo trabajo de pintura.

Enarqué una ceja.

—¿Te duele darme las gracias?

—Ay, vete a la mierda ya. Mira, estaré abajo mientras hablas con Finn.

—Pero —empezó Finn mientras ella se daba la vuelta y desaparecía por los escalones—. Se supone que tengo que vigilarla.

—Bridget y Amelia están abajo. Ellas la protegerán.

Relajándose, Finn asintió.

—¿Qué necesita, jefe?

Jefe. Finn era mío. Lo sabía en lo más profundo de mis huesos. Podía ser mi lobo más nuevo, pero no me traicionaría. Con Anna fuera, mis sentidos se aclararon, y me relajé también.

—Recibí una llamada oficial esta mañana. Dentro de cinco días, todos los alfas de Luna Sombría se reunirán aquí con sus brujas. Lo que le pasó a Irene le ha pasado a otros, aunque no tuvieron tanta suerte. Maeve Frost sabe que estás aquí. Querrá verte.

Finn se puso rígido.

—¿Crees que intentará ejecutarme?

—No. Estás bajo mi protección. Ella no se atrevería, pero a Maeve le gusta jugar con la cabeza y no le gusta que seas mío. Podría enviarte lejos, al menos hasta que se vayan.

—No, no voy a escapar.

Ya lo suponía, pero tuve que extender la oferta.

—Anna correrá aún más peligro mientras estén aquí.

—Yo la vigilaré.
Le dirigí una mirada sombría.
—Necesita amigos. Te agradezco que seas uno de ellos.
Finn no pudo evitar sonreír.
—No importa si soy yo u otro hombre. O mujer. Te vas a sentir así hasta que arregles las cosas con ella. Tu papel en Bosque de Glicinia fue una actuación, pero estás emparejado. No muchos metamorfos dan la espalda a sus lobos.
—Mi relación con Anna no es asunto tuyo —gruñí.
—Yo diría que sí. Si te aparearas con ella como deberías, tu manada no estaría tratando de matarla, y yo no estaría cuidándola.
—Saben que es mía.
—¿Seguro? —Finn se cruzó de brazos—. Porque sé que cuando un alfa elige a una pareja, la elige de verdad, se convierten en compañeros. Otra capa de protección de la manada, y una manada nunca pondría eso en peligro.
—Abajo —dije en voz baja—. Vigílala.
Con un movimiento de cabeza, se giró y se detuvo.
—¿Maeve Frost alguna vez tuvo pareja?
—Tú eres el mensajero. ¿No lo sabes?
—Nunca envié mensajes a Pico Índigo.
—Tiene sentido. El estado de apareamiento de Maeve ha sido debatido durante mucho tiempo. La mayoría dice que estaba apareada antes de convertirse en alfa, pero él murió. Otros dicen que se apareó y ocultó el vínculo de alguna manera, incluso de su manada. Otros piensan que probablemente ejecutó a su compañero.
Finn resopló.

—Probablemente lo segundo.
Me inclinaba a estar de acuerdo.
Me pasé el día preparando la reunión de alfas y dirigiendo a los guardias. El consejo vigilaba todos mis movimientos y llegué tarde a la cena. Esperaba encontrar la mesa vacía, pero allí estaba Anna, tamborileando con una mano sobre la mesa y leyendo un libro con la otra.
—He traído tacos —dije, odiando la vacilación en mi voz. Estaba en vaqueros y camiseta, no parecía que fuera a jugar esta noche.
—Estupendo. Me muero de hambre —dejó el libro y se enderezó.
Había puesto la mesa y sacado un par de cervezas. Con cautela, dejé la bolsa en el suelo.
—¿Qué lees?
—Una novela romántica —dijo con una risa seca—. Una bromita de Amelia. Aunque resulta que no está mal.
No iba a tocar ese tema ni con un palo de tres metros.
—Deduzco que sabes que vienen.
—Sí. Antes de lo que pensaba. Sólo unos días.
Me senté y ella se me quedó mirando.
—Si me pasas la bolsa, puedo servirme yo misma.
—Mierda. Lo siento. Cansado —abriendo la bolsa, repartí los tacos—. ¿Cómo va el Colmillo Sonriente?
—He encargado muebles nuevos y he trabajado en el menú. Y he puesto un anuncio de empleo.
—No te molestes con eso. Voy a asignar a algunas personas a trabajar para ti.

—No —con los ojos muy abiertos, Anna sacudió la cabeza—. De ninguna manera. No quiero un montón de gente obligada a trabajar para mí. O quieren trabajar para mí, o el Colmillo Sonriente no se abre.

—Podías habérmelo dicho antes de gastarte el dinero en comprar muebles nuevos —dije malhumorado.

Se rió entre dientes.

—¿Preocupado por la cuenta de resultados? Creía que ésta era la manada más rica de las montañas.

—Sí, precisamente porque me preocupa la cuenta de resultados.

—Me parece justo. Pero voy en serio con lo del personal. No los quiero si no quieren trabajar para mí, y entiendo que eso podría significar que el Colmillo Sonriente no vuelva a abrir. Si es así, se lo cederé a otra persona. Si alguna vez voy a estar segura y aceptada aquí, tendré que valerme por mí misma.

Valerse por sí misma. Lentamente, me relajé. Había decidido quedarse.

—Está bien.

—Quiero transparencia sobre cuándo vienen los alfas. No me ocultes nada.

—Ni tú a mí —apoyé los codos en la mesa y la estudié—. Tu padre y Emerson eran amigos. Dime lo que sabes.

Anna palideció un poco y cogió su taco. Dio unos mordiscos y masticó mientras reflexionaba.

—Muy bien. Yo era una niña la primera vez que conocí a Emerson. No creo que fuera un alfa entonces porque venía mucho. Me obligó a llamarlo tío Emerson hasta que crecí. Entonces me dijo que dejara

de llamarlo así. Fue entonces cuando me di cuenta de que era un asqueroso pervertido.

—Te tocó? —gruñí.

—No. Mi padre no lo permitiría. Ya te dije que me quería pura —rió sombríamente—. De todos modos, esa información no te ayuda. ¿Cuánto tiempo ha sido Emerson un alfa?

—Unos cinco años.

—Eso encaja. Fue cuando mi padre me prometió a él, y a diferencia de Marsh, creo que mi padre lo dijo en serio. Fue una de las razones por las que me escapé al Bosque de Glicinia.

—¿Mató Emerson a alguien? ¿Tiene un lobo rojo?

Frunciendo el ceño, negó con la cabeza.

—No, es gris, pero sé quién dices.

—¿El lobo rojo? ¿Sabes quién es? —casi me levanto de mi asiento—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Anna dio un sorbo a su cerveza y me miró fijamente.

—No preguntaste.

—Ese es el lobo que se llevó a Cora. Lo sabes, ¿verdad? Sigues guardando muchos secretos.

—Tal vez, pero no sobre esto. No te hablé del lobo rojo porque no sé cómo se llama ni cómo es en estado humano; creo que nunca le vi la cara. Normalmente estaba en forma de lobo. Rojo como un zorro y enorme.

—¿Cuánto tiempo cazó y mató para tu padre?

Anna se encogió de hombros.

—Desde que tengo uso de razón.

—Y en todo ese tiempo, ¿nunca aprendiste su nombre? ¿Nunca le dirigiste la palabra? —le tembló la mano—. No. Él era el único lobo que me daba más miedo que mi padre.

28

Anna

Jax se levantó y caminó hacia mí. No moví ni un músculo cuando dio la vuelta a mi silla y se arrodilló a mis pies. Tragué saliva con dificultad.

Menos mal que no estoy en bragas, o pensaría que estás a punto de aprovecharte de mí susurré.

—No necesito verte semidesnuda para desearte, Anna —dijo Jax en voz baja—. Te deseo hasta cuando estás a kilómetros de distancia. Estoy aquí ahora para recordarte que eres mi compañera y que te protegeré. De todo.

Todo porque era mi compañero.

—Tu lobo me eligió, pero tu mitad humana odia incluso tocarme —susurré—. Así que perdóname si no me desmayo cuando dices cosas como esa.

—Ay, Anna. Mi mitad humana no odia tocarte. Créeme —susurró Jax mientras su mano rodeaba mi tobillo. Un escalofrío recorrió mi cuerpo—. El vínculo de apareamiento me consume, Anna. Lobo y

humano. Ambas partes te desean. Te necesitan. Sé que lo odias. Quizá yo también, pero eso no cambia las cosas. No puedes estar cerca de mí y no ser mía.

—No me dejarás ir.

—Ahora estás aquí conmigo. Elegiste quedarte, Anna. Enfrenta tus miedos y ayúdame a luchar por el futuro.

—Elegí quedarme.

—¿Por qué?

Mientras me miraba fijamente, supe la respuesta. También sabía que no iba a decírsela.

—¿Acaso importa? Si me necesitas, Jax, entonces deberías llevarme. Esta noche. Porque no puedes volverte majara cada vez que un macho está cerca de mí, y menos con los alfas viniendo. Y menos con Emerson viniendo. Haz lo que tengas que hacer, Jax.

Gimiendo, deslizó las manos por mis piernas y me acercó. Los ojos le ardían de deseo.

Y yo estaba empapada. No tenía sentido fingir que no deseaba a este hombre con todo mi ser. Él lo sentía. Casi se lo había dicho cuando le rogué que me follara.

No iba a rogar esta noche. Sólo iba a ofrecerle lo que quería.

Gruñendo, tiró del botón de mis vaqueros con tanta fuerza que saltó y la cremallera se rasgó.

—Jax —jadeé—. Joder, me gustaban estos vaqueros.

—Odio los malditos vaqueros. Deberías llevar satén. Seda. Desnuda —cuando me bajó los vaqueros, paró y me miró fijamente—. Jodida descarada —los dedos le temblaban contra mi piel mientras terminaba de bajarme los pantalones lentamente.

Cuando salí de ellos, ensanché deliberadamente mi postura.
—La imagen de ti en bragas anoche me ha perseguido todo el día —gruñó, mirándome—. Supongo que llevas puesto el sujetador con ese amuleto hipnotizante en el centro.
—¿Por qué no lo averiguas?
Al levantarse, Jax pasó el brazo por encima de la mesa y todo cayó al suelo.
—Oye, me estaba comiendo ese taco —le dije. Él me levantó y me plantó firmemente sobre la mesa.
—Tengo otra cosa en mente para comer —tocándome el dobladillo de la camisa, me la quitó lentamente y pasó el dedo por la joyita que tenía entre las tetas.
Cuando bajó la cabeza para besarme, le puse una mano en el pecho.
—No, Jax.
Inmediatamente, se paró.
—¿No quieres?
—Sí, pero no si vas a convertirlo en un juego de poder. Hazlo, Jax. Déjame tenerte. Déjame sentirte. Todo tu ser.
Su pulgar se deslizó por las copas de mi sujetador, acariciando mis pezones, y no pude evitar arquearme hacia él.
—Mi cuerpo es tuyo, Anna. Todo tuyo esta noche.
Su cuerpo. No era lo que había pedido, pero él no lo sabía.
Volvió a bajar la cabeza, pasé las manos por su pelo y me abrí a él. Sus besos no dejaban de afectarme de la cabeza a los pies. Con una sola pasada de su lengua, me moría de ganas de más.
Esta noche, iba a tenerlo.

Impaciente, le tiré de la camisa y se la quité. Solo rompió el beso un segundo antes de volver a devorar mi boca, empujándome contra la mesa mientras mis manos recorrían sus músculos.

Su piel estaba caliente bajo mi tacto, y me estaba incendiando. Dentro de mí, mi loba bailaba de felicidad, inundándome de euforia. Era fácil entender por qué la gente decía que el sexo con tu pareja era diferente que con cualquier otra persona.

Sus manos se dirigieron a mis caderas y mis piernas se abrieron para darle acceso a su siguiente movimiento. Oí el sonido de una cremallera, y entonces me apartó las bragas de la entrepierna.

—¿Estás segura, Anna? —gruñó contra mi boca.

—Fóllame.

Con un movimiento brusco, me penetró. Mi coño estaba húmedo y listo para él, pero aún me dolía. Al oír mi pequeño grito, se detuvo y maldijo.

—Soy un puto animal —gruñó—. Lo siento, Anna. Perdí el control. Me voy a retirar.

—No te atrevas —ya estaba dilatada por él, y el dolor sólo se intensificaba.

—Puedo soportarlo, Jax. Puedo contigo.

—Joder —con un silbido, se apartó un poco y volvió a hundirse. El dolor se convirtió en placer y gemí por un motivo totalmente distinto.

—Eso es, chiqui. Sólo un poco más.

Al retirarse, me enredó la mano en el pelo y me echó la cabeza hacia atrás antes de morderme el labio inferior y hundírmela aún más. Una vez más, y entonces sus iris brillaron en oro.

—Buena chica —gruñó—. Ah, joder, qué bien. Has tomado cada centímetro de mí, Anna.

Lo sentía tan profundamente que no sabía dónde terminaba yo y dónde empezaba él. Por fin éramos uno: el vínculo de apareamiento se había completado.

De repente, se quedó quieto.

—Mierda, ni siquiera pregunté. ¿Estás tomando algo?

—Sí —lo último que necesitaba era quedarme embarazada—. Tómame, Jax. Fuerte y rápido.

Gruñendo, se inclinó sobre mí, me tapó la boca y empezó a follarme con desenfreno. La mesa que teníamos debajo, de grueso roble macizo, se movía con cada embestida. Había perdido toda sensación de control y le rastrillé las uñas por la espalda, marcándolo mientras me daba placer.

—Joder, Anna. Encajas en mi polla de puta madre. No hay que correr. Nada de esconderse. Quiero tus piernas a mi alrededor todo el tiempo. Quiero que gimas en mi oído.

Estaba haciendo todo eso y más, pero sus palabras desencadenaron mi clímax, y grité mientras explotaba bajo él. Se movió con más fuerza y rapidez hasta que la mesa chocó contra la pared, y me penetró profundamente antes de correrse.

Mañana me iba a doler. El resplandor de mi euforia me recorría y me protegía, pero cuando terminara sería una historia completamente distinta.

—A la ducha —dijo Jax bruscamente—. Luego podemos terminar de cenar. Y luego a la cama.

—¿Vamos a dormir? —acabábamos de terminar, pero la idea de verle envolviéndome en la ducha me hizo estrecharme contra él.

Jax maldijo y se endureció.

—No. No creo que durmamos.

Nos miramos, se retiró un poco y volvió a hundirse dentro de mí. Gemí, pero sonó el timbre.

Mirando hacia la puerta, gruñó y yo me tragué una carcajada. El hechizo se había roto y le aparté suavemente de mí.

—Ni sabía que la gente usaba timbres hoy en día —dije.

Metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros, que aún llevaba puestos, echó un vistazo a la pantalla de su teléfono y volvió a meterse suavemente.

—Es Jenson. Ha intentado llamarme.

Me bajé rápidamente de la mesa y recogí mi ropa.

—¿Qué? ladró Jax al teléfono antes de mirarme y negar con la cabeza. Me quería desnuda. Yo también quería estar desnuda y debajo de él, pero tenía que tener cuidado. No podía perderme demasiado en el vínculo de apareamiento, así que le ignoré y empecé a vestirme.

—Es Irene —dijo Jenson brevemente por el altavoz—. Hay un problema.

¿Irene? Empecé a vestirme más rápido.

—¿Cuál es el problema?

—No lo sé, pero quiere ver a Anna.

Anna

Jenson nos echó un vistazo y gruñó con desaprobación, pero no dijo nada. Subimos a su camioneta. No había habido tiempo para una ducha, obviamente, y tampoco para discutir. Quería irme sola, pero Jax no me dejó.

Irene no se sorprendió cuando el guardia nos dejó pasar.

—Tu segundo puede esperar fuera —dijo con rigidez, evitando la mirada de Jenson.

Interesante.

La cabaña que era tan mona al sol de la tarde era un poco más espeluznante por la noche. Todas las luces estaban apagadas y había velas encendidas en todas las superficies y rincones. Quise señalar que era un peligro de incendio, pero entonces me di cuenta de que las llamas no se movían, ni siquiera un poco.

—¿Es tu magia la que hace eso? ¿Ha vuelto?

—No —dijo apenada—. No ha vuelto, pero no es mi magia. Son los elementos naturales respetando mis deseos. La magia nos rodea.

Nos afecta aunque no podamos manejarla. Bueno, nos afecta a la mayoría.

—¿Va a parar si estoy yo aquí?

—No. Ni siquiera un nulo puede anular la magia natural. Oye, tienes aprender más sobre tus habilidades —regañó—. Aunque veo que has estado trabajando en algunos asuntos pendientes. Me alegro. Eso te ayudará a protegerte.

Dios, ni siquiera era una metamorfa y sabía que acabábamos de acostarnos. Me ardían las mejillas cuando miré a Jax.

Su rostro era ilegible.

—Querías hablar conmigo —me aclaré la garganta—. ¿En privado?

—No. El alfa también está involucrado. Desde que he intentado curarme con magia natural, ha convergido en mi cabaña. Pensé que podría usarla para intentar escudriñar, aunque no estoy segura de si lo que veo está en el pasado, en el futuro o en el presente; usar magia natural no me da el mismo tipo de control que la mía. Pero lo que veo te involucra, Anna.

—Podrías haber llamado —Jax estaba obviamente todavía un poco molesto porque habíamos sido interrumpidos.

—Es lo que tiene la magia natural. A veces puede anular las comodidades modernas, como los teléfonos. Mi guardia ha estado de mal humor todo el día porque no ha sido capaz de mandar mensajes.

Al oír eso, Jax se puso rígido.

—Él tiene que poder ponerse en contacto conmigo si hay un problema.

—Puede usar los vínculos de la manada si es necesario. Es más rápido que un teléfono, de todos modos. Le pedí que te avisara cuando cambiara de guardia. Debería haber sabido que iría a ver a Jenson en su lugar —suspiró—. En cualquier caso, espero que si puedo acceder de nuevo a la visión, pueda hacer que Anna también la vea y me diga si es de su pasado.

—¿Qué implica eso? —preguntó Jax antes de que yo pudiera.

—Voy a ser un conducto. Todo lo que necesito que haga Anna es tocarme. No tengo intención de hacerle daño, Jax. No te preocupes. Ahora ven. Cuanto más tiempo perdamos, menos posibilidades tendré de acceder a la misma visión.

La seguimos hasta el salón. Todos los muebles habían sido empujados contra la pared, y un círculo de velas encendidas rodeaba un pequeño cuenco negro con agua.

—¿Es un cuenco para perros? —le pregunté.

—Los objetos mágicos pueden ser caros —dijo Irene secamente—. Y he estado pensando en comprarme un perro. Siéntate a ese lado y cógeme la mano.

Me senté con las piernas cruzadas entre el anillo de velas y el cuenco de agua. Irene se sentó al otro lado y me cogió las manos.

—No tengas miedo —dijo—. La visión no debería doler. Ser nulo no debería bloquear la magia natural, pero al mismo tiempo, tienes que intentar relajarte todo lo posible. Baja tu escudo mental.

—¿Y cómo hago eso?

—Intenta acceder a un recuerdo feliz. Uno en el que te sientas segura y protegida. Relajada. Absorbe la mayor cantidad posible de esos sentimientos. Ponte en ese momento.

Me quedé mirándola.

—No tengo recuerdos de esos.

—Tú inténtalo.

A ver. Cerrando los ojos, busqué en mis recuerdos cualquier cosa que pudiera venirme a la mente. Momentos en los que mi padre se había ido y me había dejado sola. Después de su muerte. No importaba. Siempre estaba al límite, siempre tensa.

Excepto…

—¿Puedo usar un sueño? A veces, tengo unos sueños que parecen súper reales.

Irene me apretó la mano.

—Lo que necesites.

Asentí con la cabeza, cerré los ojos y traje el sueño al primer plano de mi mente.

Jax estaba allí, en la oscuridad, y no había nada más. Ninguna manada que nos juzgara. Ninguna oscuridad creciente que nos amenazara. Sólo él y su tacto. Sus gruñidos y gemidos mientras me exploraba y aprendía lo que me gustaba.

Detrás de mí, Jax gruñó. Mis ojos se abrieron de golpe y giré la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Nada. Estoy bien. Sólo tengo una sensación extraña. Sigue.

Encogiéndome de hombros, me di la vuelta, cerré los ojos y volví a conjurar el sueño.

«Te tengo» susurró Jax. «Te protegeré y te querré. Uno al lado del otro, Anna. Juntos. Para siempre».

Era un sueño agridulce, tan hermoso, pero condenado a no hacerse nunca realidad. Me sumergí en él por completo.

Y entonces empecé a caer.

«Únete a nosotros. Únete a nosotros, bruja, o todo lo que amas arderá».

—No —dijo Irene bruscamente y rompió el contacto. Di un respingo y abrí los ojos. Estaba pálida y temblorosa—. Mis disculpas. Ha sido una visión de mi pasado y no tiene nada que ver contigo. Por favor, inténtalo de nuevo. Por mí.

Me cogió las manos, exhalé el aire y cerré los ojos. Tardé un poco más en relajarme, pero cuando lo hice aparecí en otro sitio.

«Tienes que estar callada», susurré. «Sé que te duele, pero tienes que estar callada porque si no, te oirá. Si te oye, se acordará de ti. Por favor».

Una pequeña habitación oscura. Había una áspera alfombra bajo mis pies descalzos. Estaba hecha de cuerda, enrollada una y otra vez para proteger mi piel de las astillas de madera, pero a veces, pensaba que la fibra áspera de la cuerda era aún peor.

Volvió a sonar el gemido y me arrastré lejos de ella hasta la pequeña ventana. Me estaba castigando. Había derramado café caliente sobre su invitado. Un error. Unas manitas asustadas que temblaban demasiado, pero no importaba. Estaba de vuelta en la habitación.

Sabía lo que pasaba aquí.

Fuera, vi dos figuras: mi padre y su invitado, un hombre aterrador que me daba la espalda.

«Está en su sitio», dijo el hombre con rigidez, «pero los demás sospechan».

«Me importa una mierda», espetó Dirk. No podía verle la cara, pero reconocí su voz. «Eso no cambia el plan».
«Así es. Este plan depende de que todo salga exactamente bien. Esperamos».
Dirk gruñó. «¿Cuánto tiempo? ¿Un mes? ¿Dos?»
«Tres o cuatro. Años», dijo el hombre. «Tienes que tener cuidado. Esas pequeñas aficiones tuyas tienen que parar».
«¿Qué aficiones?»
«Sé lo que estás haciendo, Dirk. Huelo la sangre desde aquí. Hemos encontrado el vacío. No hay necesidad de seguir buscando. Agacha la cabeza y espera».
«Bien», dijo Dirk toscamente.
«Tu paciencia será recompensada. Te lo prometo». El hombre se alejó y Dirk se volvió hacia la pequeña ventana. «¿Cómo está, Anna? ¿Quiere jugar un poco más?»
Me volví hacia la pobre mujer, que apenas se aferraba a la vida. Por supuesto que no quería jugar.
Nunca quisieron.
«Mátame», susurró la mujer. «Por favor. No puedo aguantar más».
«Quiero jugar, Anna. ¿Cree que voy a parar sólo porque él lo diga? Yo no obedezco a nadie; soy yo al que obedecen», gruñó mi padre. La furia de su voz me hizo estremecer, y me arrastré hacia la mujer y le puse una mano sobre la nariz y la boca.
Las lágrimas corrían por mis mejillas mientras le robaba la poca vida que le quedaba.
Se enfadaría cuando supiera que fui yo. Se enfadaría mucho.

—Qué cojones —rugió Jax. Me sacó del recuerdo e intenté zafarme, pero Irene me agarró las manos y apretó—. ¿Qué coño ha sido eso? —exigió.

—Una visión —murmuró Irene—. Un recuerdo, ¿tengo razón? Y no el que yo vi. Pero uno que sospecho que estábamos destinados a ver. Anna, ¿estás bien?

—Estoy bien —forzando una sonrisa, retiré lentamente las manos—. Estoy bien. Ya recordaba algo de eso, la mujer, pero no la conversación.

—No era importante para ti entonces, pero sospecho que es muy importante ahora. Tu padre secuestraba mujeres y niños, ¿verdad?

Entumecida, asentí.

—Quería su propia manada. Quería criar a las mujeres, pero al parecer, yo era el último hijo que pudo tener. Cuando se dio cuenta, decidió tomar niños en su lugar.

—No —Irene negó con la cabeza—. Según esa visión, creo que tu padre buscaba algo en esas mujeres. Encontraron lo que buscaban y le ordenaron que se detuviera. Piensa en las víctimas que se llevó. ¿Les ocurrió algo extraño? ¿Quería mantener con vida a alguna de ellas?

Negué con la cabeza.

—No. Ninguna que se me ocurra, y no tenía un tipo en particular que le gustara.

—Entonces, ¿por qué le ordenaron que se detuviera? —Irene se levantó y se paseó—. Tal vez todo esté relacionado. En mi visión, estaba en el bosque, pero yo era tú. Estaba corriendo, y alguien me

perseguía, y luego pasé a través de este brillante espectáculo de luz de púrpuras y dorados.

—Bueno, eso es un recuerdo. Es uno de los hechizos-trampa del Bosque de Glicinia.

—No, no era una trampa.

—Pero sí que lo es —cuando Irene me miró sin comprender, intenté explicarme mejor—. Así es como yo los veo. Colores brillantes y hermosos. Cuando los toco, como que me llenan. Como… —se me cortó la voz.

—Como si fueras un vacío —dijo Jax rotundamente—. Por eso tu padre se llevaba mujeres. Buscaba una jodida nula, y la tuvo delante de sus narices todo el tiempo.

Se me heló la piel.

—¿Sabes esa conversación que acabamos de ver? Fue entre mi padre y el lobo rojo. Fue justo después de huir al aquelarre de Darkwyn. A las pocas semanas.

—¿Puedes darme una fecha exacta? —preguntó Jax.

Negué con la cabeza.

—No. No tenía teléfono ni nada, así que era difícil seguir las fechas. Fue la primera mujer que se llevó después de mi regreso. Hacía frío, era invierno. Pasamos otro invierno, y luego se llevó a Cora el otoño siguiente. Así que, casi dos años antes de que vinieras. Eso fue hace cinco años. ¿Eso ayuda?

La cara de Jax se endureció.

—Hace cinco años, Emerson se convirtió en alfa.

—Los alfas no se reúnen por casualidad —dijo Irene en voz baja—. Él necesitaba una forma de llegar a ti, y ahora está a punto de

entrar en tu propiedad.

—Nunca la tocará —gruñó Jax.

Irene miró el agua con ojos extraños.

—Estaba canalizando el agua, y estaba conectada a ella. Así que dime, Alfa, ¿cómo viste tú la visión?

30

Jax

—No has dicho ni una palabra desde que salimos de casa de Irene —dijo Anna cuando llegamos a casa. Como no me volví para mirarla, soltó un suspiro frustrado—. Mira, no sé lo que viste. ¿Fue a través de tus ojos? ¿Sentiste que matabas a esa mujer? No puedo cambiar lo que pasó, pero al menos dime qué pasa por tu cabeza.

Bajé del vehículo, cerré la puerta y por fin establecimos contacto visual.

—Ya sabía que eras una asesina —le dije.

—Saber lo que hice y sentir lo que hice son dos cosas distintas.

Saqué las llaves y me dirigí a abrir la puerta. Cuando entré y Anna no me siguió inmediatamente, me volví para mirarla. Pero ella ni siquiera me miraba. Se estaba mirando las manos, y me di cuenta del error que estaba cometiendo.

En su momento más vulnerable, Anna arremetió contra sí misma. Construyó muros y se aisló. Ahora, ella estaba tratando de acercarse, y yo le estaba cerrando la puerta.

Pero, ¿qué coño quieres que diga? No era la visión en sí lo que me ponía nervioso. Era el hecho de que había visto la visión en primer lugar. Irene se sorprendió de que nuestro vínculo de apareamiento pudiera afectarme tan profundamente como para ver la visión.

Sólo un recordatorio más de cómo me afectaba el vínculo, y tendría que vivir sabiendo que a ella no le afectaba. Que esto era unilateral.

—Tienes razón —mentí—. Es diferente, pero no es información nueva. Venga, vamos. Es tarde y tenemos que irnos a la cama.

Su expresión se suavizó un poco y me siguió al interior.

—Necesito una ducha —murmuró.

Normal. Pasamos directamente del sexo a una visión sangrienta. Joder, también yo necesitaba una ducha.

—Venga, dúchate. Tengo que hacer unas llamadas.

Tras una pequeña sonrisa que no llegó a sus ojos, se dirigió hacia las escaleras, y al instante sentí su ausencia, como si me hubieran arrancado algo. Me pasé las manos por el pelo, frustrado, y miré hacia arriba.

Necesitaba distanciarme de ella. Tenía a los lobos más poderosos llegando a mi puerta en cuestión de días, y lo último que necesitaba era dividir mi concentración. Ninguno de los otros alfas estaba apareado, aunque sospechaba que Maeve lo había estado alguna vez. Tal vez los otros también, sólo que no lo anunciaban.

Amábamos nuestro poder. Aparearse con alguien era compartirlo.

La atención se centraría en Anna, y no sólo porque estuviéramos emparejados. Las acciones de su padre la habían puesto en el punto de mira, pero como mi pareja, era mi trabajo protegerla. Eso significaba deberes divididos.

Cuanto más la necesitara, más difícil sería.

Envié unos cuantos mensajes y subí las escaleras tras ella. Después de desnudarme, me uní a ella en la ducha. Tenía miedo en los ojos cuando se dio la vuelta, pero me limité a darle la espalda y retomar lo que estaba haciendo, masajearse el pelo con champú.

—Aún no me has dicho lo que quieres de mí —dijo vacilante, su voz resonando en las paredes de la ducha. Mi polla se puso firme.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando los otros alfas estén aquí, ¿me quieres fuera de la vista? Tengo mucho que hacer en el Colmillo Sonriente, que me mantendrá ocupada. ¿Me quedo cerca de Irene? Finn y yo podemos ser un nivel extra de protección.

—Te quedarás conmigo —gruñí.

Su cuerpo se tensó y seguí lavándole el pelo en silencio. Vaya forma de mierda de tomar distancia.

Finalmente, se aclaró la garganta.

—No creo que sea una buena idea.

Quería discutírselo. Ella era mi compañera, y su lugar estaba a mi lado.

—¿Y eso por qué?

—Porque en algún momento, van a ver lo que realmente sientes por mí, por no hablar de lo que tu manada realmente siente por mí. No sé mucho sobre ser un alfa, pero sé que cada vez que muestres debilidad en tu liderazgo, otros lo explotarán. Lo hecho, hecho está con el vínculo de apareamiento. Deberías usarlo a tu favor para mostrar tu fuerza.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que eres capaz de manejar nuestra situación con la misma facilidad con la que lideras tu manada.

—Nuestra manada —dije automáticamente, girándola para que se aclarara el pelo bajo el agua. La miré fijamente. El agua tibia corría por mis manos mientras masajeaba su cuero cabelludo—. ¿Estás sugiriendo que te aleje de nuevo?

—No. No estaría a salvo —susurró y desvió la mirada—. Cuando saludemos por primera vez a los alfas, yo debería estar allí junto con Jenson, Bridget y tu consejo de ancianos. Debería comer con vosotros y… dormir con vosotros, por supuesto.

—Bien, pero no saldrás de esta casa sin Finn. Lo digo en serio, Anna.

—No hay problema —lentamente, puso una mano en mi pecho y levantó los ojos para encontrarse con los míos—. Tengo la sensación de que no has entrado en la ducha sólo para lavarme el pelo.

—No —no podía ocultar la dureza de mi polla, pero no hizo ademán de acercarse ni de hacer nada al respecto—. Pero creo que dormir podría ser una mejor opción.

Bajó las manos y cogió la toallita. Sin decir palabra, empezó a frotarse. El humor había cambiado, o tal vez me estaba dando cuenta ahora de que no estábamos recuperando lo que teníamos antes de visitar a la bruja.

La visión pasó ante mis ojos y volví a sentir la piel pegajosa de sangre. Yo había matado como lobo. Había matado como humano, pero nunca había sentido esa angustia retorcida en las tripas como Anna. Nunca había matado y sentido tanto remordimiento.

Esto era lo que Anna llevaba consigo cada vez que cerraba los ojos. Cuando se duchó esta noche, no sólo se estaba lavando el día. Estaba tratando de lavar su propia historia.

Cuando salió del baño, estaba completamente vestida.

—Lo siento —murmuró—. No esperaba verte en la cama.

—¿Pues dónde quieres que esté?

Merodeó por el borde de la habitación y me miró con recelo.

—Es difícil leerte —dijo al pararse junto a la cama.

—Todo lo que necesitas saber, de ahora en adelante, es que todo lo que hago es para protegerte —apartando la sábana, le hice un gesto para que subiera—. Te necesito.

Dudó.

—¿Y cuando ya no me necesites?

—Nuestro trato original sigue en pie. Puedes irte —ella actuó como si tuviera una opción. Por su visión, tenía que saber que probablemente ya no era cierto. Estaba más segura conmigo.

—No has sido el más digno de confianza. No sé nada de ti. Ni siquiera sé cómo te convertiste en alfa —deslizándose entre las sábanas, me dio la espalda.

El silencio creció entre nosotros.

—¿Parker no te lo dijo? —pregunté finalmente.

—Nunca pregunté. No me pareció importante en ese momento.

Mirando al techo, hice una mueca.

—Se suponía que Parker tenía que enseñarte la dinámica de la manada y nuestra historia. ¿Qué carajo ha hecho todos estos años?

—Mantenerme viva.

La simple afirmación me estrujó el corazón y cerré los ojos. Parker la había mantenido a salvo.

De los demás. De sí misma. Debió pasarle una dura factura. Había muerto, y apenas dos meses después, uno de los miembros de mi manada había intentado violarla.

Había hecho un gran trabajo protegiéndola y yo le reprochaba no haber cumplido con su deber.

—Mi familia ha sido alfa de esta manada durante seis generaciones. Tengo algunos recuerdos tempranos de mi abuelo antes de que mi padre lo matara. Luego nos crió a mi hermano y a mí para hacer lo mismo.

—¿Tienes un hermano?

No había pestañeado ante el hecho de que mi padre había matado a su padre. Todo lobo de alto estatus estaba abierto a enfrentamientos, y muchos de ellos provenían de la familia. Si el lobo perdedor no se rendía —y a menudo no lo hacían— el enfrentamiento terminaba en muerte.

Supongo que no podía acusarla de no tener sentido de lo que se suponía que significaba la familia cuando esas eran las costumbres de la mía.

—Ya no —pensar en mi hermano me dio frío, así que me volví y la estreché entre mis brazos. Se puso rígida, pero no se apartó. Continué—. Creo que hubo un tiempo en que fuimos buenos líderes, pero mi padre era todo poder. Lo tomó a la fuerza en lugar de dejar que se le diera con justicia, y lo tomó antes de estar preparado. Se aferró a él con puño de hierro. Tuvo diez años de gobierno antes de que mi hermano lo desafiara. Connor tenía dieciocho años. Para

entonces, la manada había sufrido. Mi padre no era un hombre brutal, pero estaba tan concentrado en hacer crecer un ejército poderoso que olvidó que la manada era más que militar. El dinero menguó. Otras manadas tenían miedo de comerciar y hacer negocios con nosotros. La manada sufrió.

Suspiré, abrazando más a Anna antes de continuar.

—Nadie pestañeó cuando Connor desafió a mi padre y lo mató. Esperaban poder guiar a un hombre más joven y que la manada prosperara. Tenían razón, pero Connor no era ese hombre. En mi decimoctavo cumpleaños, seguí los pasos de Connor, sólo que no tuve que envenenarlo de antemano para ganar. Yo era el lobo más dominante.

Le había suplicado que cediera. Era el último de mi familia y no quería matarlo, pero no había otro remedio. Connor había heredado la lujuria de mi padre por la violencia y la había vuelto hacia adentro. Las otras manadas se habían dado cuenta de nuestro débil alfa. Estábamos a punto de ser invadidos.

Hice lo que tenía que hacer.

Me di cuenta de que Anna y yo luchábamos con las manos manchadas de sangre, pero las reglas de la manada me habían protegido y ella había sido castigada.

—Parece que tu familia tampoco era un camino de rosas —dijo ella, llegando a las mismas conclusiones—. Pero te ganaste el respeto. Al menos, hasta que llegué yo.

—Sacrifiqué a mi familia para salvar a esta manada.

—Es una advertencia? —Anna trató de alejarse, pero yo no se lo permití.

—Nada de eso —dije cansado mientras bostezaba—. Te dije que te protegería. Ahora, duerme un poco. La semana que viene va a ser difícil.

—Toda mi vida ha sido difícil.

No me dormí hasta que sentí el ritmo uniforme de su respiración y por fin me dejé llevar.

Soñé con risas huecas y sangre.

Y los gritos de Anna.

31

Anna

Con los otros alfas llegando mañana, el Colmillo Sonriente era lo último en lo que necesitaba concentrarme, pero era lo único en lo que podía pensar sin que cundiera el pánico.

Esa mañana también me deparó un misterio interesante. Había creado una oferta de empleo y un portal de solicitudes en línea a través del sitio web del Colmillo. No era elegante, sobre todo porque yo no tenía experiencia informática, pero era funcional.

Pensé que nadie se presentaría. Para mi sorpresa, había más de cien solicitantes.

—Si sigues frunciendo el ceño así, te van a salir arrugas —dijo Finn despreocupadamente desde la puerta. Me dedicó una sonrisa fácil, pero no le llegaba a los ojos. Había estado nervioso todo el día. Probablemente se debía a la llegada de las otras manadas, pero me ponía nerviosa. Me había acostumbrado a la presencia tranquilizadora de Finn.

No emitía vibraciones tranquilizadoras en ese momento.

—La mitad de estos aspirantes aún están estudiando —murmuré con un suspiro—. Sólo sirven para turnos de cena, e incluso así, no puedo programarlos a tiempo completo. Sé que no necesitan dinero. Es una manada adinerada.

—¿Crees que sienten curiosidad por ti?

—Sí, pero creo que sus padres aún más. Nada hará que cierren este lugar más rápido que si pasa algo —y me refiero a que pase cualquier cosa— mientras tengo a un menor trabajando para mí —suspiré—. Además, los padres siempre tendrían una excusa para echarme la bronca. Así que nada de empleados menores de dieciocho, y en realidad preferiría que nadie menor de veintiuno sirviera mesas o estuviera en la cocina.

—¿Y el resto de solicitudes?

—No he tenido tiempo de examinarlas. Sólo las he ordenado por edad. Jax dijo que revisaría la selección final de aspirantes para asegurarse de que no hubiera alborotadores, pero prefiero averiguarlo por mí misma.

Esta vez, la sonrisa de Finn fue genuina.

—Bien. Que sepan que puedes valerte por ti misma. Aún así, no querrás que nadie peligroso trabaje aquí.

—Son lobos, Finn. Todos son peligrosos.

El timbre de la puerta principal tintineó y Finn se puso rígido de inmediato. La puerta estaba abierta por mi insistencia: hoy esperaba unas entregas, y la puerta trasera no tenía ningún tipo de alarma. Por eso Finn estaba merodeando por la oficina en lugar de hacer algo más útil en otra parte.

—Quédate aquí —murmuró Finn y se dio la vuelta. Poniendo los ojos en blanco, filtré las solicitudes y revisé las más prometedoras.

—Es alguien que quiere dejar una solicitud —dijo Finn cuando reapareció en la puerta.

—¿Dejar una solicitud? ¿En plan, la ha impreso y rellenado, o cómo?

—No me gustan los ordenadores —dijo una dulce voz desde detrás de Finn—. Espero que eso no sea un problema.

Por los ojos entrecerrados de Finn, supe inmediatamente que quien estaba detrás de él iba a dar problemas. Eso me dijo dos cosas. La primera era que Finn sabía quién era y había optado por no decírmelo. La segunda era que era lo bastante poderosa como para ignorar la indicación de Finn de que me quedara en el comedor.

Me picó la curiosidad y le pedí con la cabeza que la dejara pasar. Se me pasaron por la cabeza diferentes hipótesis. Lo más respetuoso para mí era ponerme de pie y saludarla, pero eso implicaría que sentía que tenía que ponerme a su altura. Llevar un negocio era ligeramente diferente cuando eras la odiada compañera del alfa.

—Igual parecemos un antro de mierda, pero tenemos un ordenador y un sistema digital de pedidos —dije uniformemente mientras ella se pavoneaba junto a Finn—. Así que sí, parece que eso podría ser un problema.

—Creo que descubrirás que se me da muy bien manejar los problemas —dijo con una sonrisa llamativa—. Me llamo Kenzi, pero sospecho que ya sabes quién soy.

—Pues no. No he llegado a conocer a muchos miembros de la manada.

No era mentira. Conocía el nombre pero no le había visto la cara hasta ahora. Finn tenía derecho a estar alerta por tenerla aquí.

Esta era la mujer que todos deseaban que fuera yo. La mujer que todos querían que fuera la pareja de Jax. Lo había oído muchas veces. El personal de cocina solía hablar de lo guapa que era y lo bien que pegaba con Jax. Querían que estuviera celosa, pero entonces no me importaba ser la pareja de Jax.

Al parecer, ahora sí.

—Encantada de conocerte, Kenzi. Soy Anna, aunque he descubierto que por lo general no necesito presentación por aquí —dije con una sonrisa fácil, extendiendo la mano para aceptar la solicitud. Fue un gesto de poder. Las dos sabíamos que nunca iba a trabajar para mí —. Si tienes tiempo, podemos hablar del puesto. Pero no se lo digas a todo el mundo. No tengo tiempo para hacer un montón de entrevistas mientras las otras manadas vienen de visita.

La sonrisa permaneció congelada en su rostro.

—Imaginé que Jax te tendría trabajando para levantar tu restaurante mientras ellos están aquí.

—A una parte de mí le encantaría. No me gusta mucho la política, pero estoy aprendiendo, y Jax me necesita para ayudar en las reuniones —eché un vistazo a su solicitud—. Kenzi, esto sólo tiene tu nombre. Necesitaré una solicitud completa antes de tenerte en cuenta. ¿En qué puesto estabas interesada?

—No te hagas la tonta. Las dos sabemos por qué estoy aquí —dijo, aún sonriendo.

Dejé su solicitud a un lado mientras ella ponía las manos sobre la mesa y se inclinaba hacia delante.

Finn se tensó, pero levanté la mano.

—Pues no, no lo sé, así que ¿por qué no me lo dices?

—Jax es mío —siseó—. Voy a ser la que esté a su lado. Soy en quien confía. La que ha estado preparando para estar a su lado. Mientras tú te escondías en este bar de mala muerte, yo era la que calentaba su cama, la que le hacía perder el control.

Mentirosa. Aunque no hubiera oído el matiz de desesperación en su voz, había oído la confesión de Jax. La que hizo desde la furia y la frustración en la cueva cuando me miró y pensó que yo podría pertenecer a otra persona.

No había follado con nadie desde que se convirtió en mi compañero. Solo conmigo.

—El proceso de apareamiento puede ser difícil —dije, no sin maldad —. No serías la primera persona que se siente herida cuando la persona que desea se une a otra. Me solidarizaría contigo, pero las dos sabemos que me has mentido. No te ha follado.

—¡Debería estar follándome ahora! —gruñó Kenzi, y vi brillar la loba en sus ojos. Dentro de mí, mi propia loba gruñó ante el desafío.

Interesante. Ella era la loba más dominante. Todos en esta oficina lo sabían, pero mi loba desafiaría a la de Kenzi si se lo permitiera.

Todo para defender mi vínculo con Jax.

Un vínculo que nadie quería, y menos nosotros.

—Probablemente —dije en voz baja—. Pero ya ves que no, y que vengas aquí y trates de intimidarme no va a cambiar eso. He oído tu nombre unido al suyo. Kenzi y Jax. Lindo. Toda la manada quiere que seas suya, pero no depende de ellos. Depende de Jax. Tal vez te elija. Tal vez no. No tengo mucho control sobre eso, pero déjame

señalar el pésimo momento que has elegido. Estamos a punto de recibir a los lobos más poderosos de la Montaña. Deberías estar apoyando a Jax como tu alfa, y en vez de eso, estás aquí haciendo un berrinche.

Lentamente, su rostro se ensanchó en una fría sonrisa, y yo asentí.

—Ya veo —seguí. No es un mal momento—. Estás haciendo esto a propósito, creando problemas con la esperanza de que Jax se dé cuenta de que no soy buena. Creo que en realidad va a ver que estás dispuesto a poner tus intereses primero en lugar de los de la manada. Eso no es realmente material de liderazgo, ¿no crees?

—Voy a matarte —gruñó.

La campana volvió a sonar en el comedor y Finn enseñó los dientes.

—Hola —dijo una voz desconocida—. Estoy buscando a Anna.

Kenzi se enderezó.

—Ya era hora.

Arqueé una ceja.

—¿Has traído refuerzos?

—En absoluto. Jax no tardará en recordar lo que hiciste. Es el hijo de Parker esperándote. Va a querer saber por qué llevaste a su padre al suicidio, y luego va a exigir una audiencia con Jax para averiguar por qué lo permitió.

No me jodas.

32

Anna

Dean Hewitt tenía los ojos de su padre.

No sólo ese reconfortante castaño profundo, sino también la amabilidad que había en ellos. Hasta Finn se relajó un poco cuando Kenzi se marchó. Dean la había observado con una ceja arqueada, pero no dijo nada hasta que se hubo ido.

Nos evaluamos detenidamente. Él seguía en medio del comedor y yo revoloteaba en la puerta de la cocina.

Había otras similitudes: la misma mandíbula y el mismo pico de Drácula en el pelo. Dean era sin duda el hijo de su padre, pero aún tenía un aspecto juvenil. No tenía la dureza en el rostro que tenía Parker antes de su muerte.

—Tú no eres responsable de la muerte de mi padre —dijo en voz baja—. Vine aquí para despedirme y hablar con las personas más cercanas a él. No tardó en salir tu nombre y los rumores empezaron a arremolinarse. Pensé que debía venir a decírtelo en persona por si tenías alguna duda. Mi padre era un hombre problemático. Por

nuestras últimas llamadas, sé que encontró un propósito en la vida cuidando de ti. Espero que lo sepas.

No estaba segura de lo que esperaba de Dean, pero desde luego no era eso.

—No tenía un trabajo fácil —dije con cuidado—. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—Hace un año —suspiró Dean—. Demasiado tiempo. Habíamos discutido. Siempre discutíamos.

—Pueden pasar muchas cosas en un año. ¿Qué te hace estar tan seguro de que merezco tu absolución?

Ladeó la cabeza y estudió a Finn.

—¿Es este el sustituto de mi padre?

Finn gruñó, pero mi risita lo detuvo.

—Todavía no soy una loba muy querida en esta manada. Finn es mi guardián. También es mi amigo.

—¿Así que no nos va a dejar hablar a solas?

—Ni hablar —murmuró Finn. Ni siquiera miró hacia mí. No habría ido a ninguna parte ni aunque yo hubiera intentado despedirlo. Menos mal. Me sentía muy incómoda con Dean.

A pesar de sus palabras, su padre estaba muerto, y muy bien podría haber sido por mi culpa.

—Las sillas del patio han llegado esta mañana. ¿Por qué no las probamos? Tengo cerveza en botella si te interesa.

—Definitivamente me interesa —dijo Dean con una sonrisa fácil, y salió.

En cuanto nos quedamos solos, Finn entrecerró los ojos.

—No me gusta.

—¿Por alguna razón en particular? —me dirigí a la nevera de la cocina. Como el restaurante no estaba abierto, el bar no estaba abastecido. Todo el alcohol estaba guardado bajo llave para evitar más vandalismo.

—No. A mi lobo no le gusta.

Interesante. Dean era mayor que Finn, mayor que yo también, pero no tanto como Jax.

Por la forma en que me había estado escudriñando, también estaba sin pareja. No me sentí incómoda. No había insistido en el tema ni había dejado que su mirada se prolongara más allá del interés inicial. Finn tampoco estaba emparejado, bien podían considerarse competencia.

—Es un pícaro, creo. Si se hubiera unido a una manada, Jax habría dicho algo. Se fue el día que cumplió dieciocho después de que él y su padre pelearon. ¿No reconoces su olor?

—No, pero estas montañas son inmensas. Por nada del mundo lo habría visto —dijo Finn encogiéndose de hombros. Le ofrecí una cerveza, pero negó con la cabeza. Estaba claro que algo seguía molestándole.

Nos reunimos con Dean en una de las mesas. Finn podría haber hecho su trabajo desde otra mesa, pero prefirió sentarse entre nosotros e inclinar su silla para mirar fijamente a Dean. No era precisamente el ambiente tranquilo que esperaba.

—Jax debió de perder la cabeza cuando su compañera resultó ser la hija de Dirk Kipling —dijo Dean con una suave risita—. Casi desearía haber estado cerca para verlo.

—¿Jax y tú no os lleváis bien?

—Él era mi alfa. Le juré lealtad y él entendió cuando le pedí irme. No tengo ningún problema con él. Me alegra que me deje quedarme tanto, pero es un poco estirado. Un verdadero alfa. Créeme cuando digo que no eras la compañera que tenía en mente.

—No me estás contando nada nuevo —dije secamente.

—No, supongo que no, pero parece que lo intenta —Dean miró a Finn y sacudió la cabeza—. Mira, has dicho que Finn es tu amigo, así que voy a decir esto delante de él. No estoy aquí sólo para honrar a mi padre. La última vez que hablamos, me pidió una cosa.

Finn se enderezó, y Dean carraspeó y se tomó un momento para serenarse antes de continuar.

—Que sepas que mi padre no me ha pedido nada desde hace mucho tiempo. La primera vez que me llamó después de que me fuera fue la primera noche que te quedaste en el bar. Le hiciste querer reconectar, así que no pude negarme cuando me pidió un favor relacionado contigo.

Le miré con el ceño fruncido.

—Si quieres el bar, tendrás que aclararlo primero con Jax. La escritura está a mi nombre, pero no puedo cedértela sin su aprobación.

Mirándome fijamente, Dean sonrió suavemente.

—Mi padre tenía razón sobre ti. No te gusta profundizar mucho, ¿no?

Molesta, entrecerré los ojos.

—¿Qué?

—No era el bar que Parker quería para mí, Anna. Eras tú.

Finn gruñó, y mi loba estaba allí con él. Inmediatamente, Dean levantó las manos.

—No, no. Mierda, no, no es eso. Lo siento. Debería haber sido más claro. No tomarte como compañera, sino llevarte lejos de aquí si es necesario. Protegerte. Eso es lo que te ofrezco. Soy un lobo fuerte. Si quieres irte, podemos cambiar tu nombre, dejar este lugar, y yo te protegeré. Eso es lo que mi padre quería.

Atónita, agarré mi botella de cerveza. Si Dean hubiera venido hacía unos meses, justo después de la muerte de su padre, lo habría considerado.

Considerado, pero no lo habría hecho. Dean podía ser el hijo de Parker, pero yo no lo conocía. Nunca habría puesto mi seguridad en manos de un extraño.

—Estás conmocionada. ¿No creías que mi padre te quería? —preguntó Dean suavemente—. Tenía una coraza dura a su alrededor, eso seguro, pero te quería. Tu seguridad era su prioridad. Eras la hija que nunca tuvo, y por eso sé que no fuiste responsable de su muerte. Trajiste algo de alegría a su vida. Estoy casi celoso. Yo nunca podría hacer eso.

—Estoy flipando —dije finalmente—. Y sería una tonta si no tuviera en cuenta tu oferta, pero Jax es mi compañero. Es una situación difícil, pero le debo a mi lobo navegarla.

Y se lo debía a Parker. Él fue quien me dijo que cuando Jax me diera una oportunidad, debía aprovecharla.

—Bien —dijo Dean con una sonrisa—. He cumplido mi parte con la oferta. Estaré aquí un poco más, pero antes de irme, te daré una forma de contactar conmigo. Mi móvil no siempre es fiable en el bosque, pero hay una centralita donde se guardan mensajes para los lobos de mi zona.

—¿Una centralita? —sonreí—. Qué civilizados estáis.

—Hacemos lo que podemos. Además, me gustaría seguir en contacto contigo. Podemos intercambiar historias sobre mi padre y ayudar a mantener viva su memoria. Y la oferta está abierta siempre que lo necesites, aunque sea dentro de unos años.

—Una oferta —dijo Jax desde detrás de mí. Dean abrió los ojos y yo me puse rígido. Finn fue el único que no reaccionó, probablemente porque había visto a Jax allí de pie—. ¿Y qué oferta sería esa?

Jax

Así que Dean Hewitt quería ser el salvador de Anna. Quería salvarla. De mí.

A la mierda.

Sabiendo de sobra la oferta que Dean acababa de hacerle a Anna, esperé a que el imbécil tuviera las agallas de repetírmelo a la cara. Había palidecido varios tonos, pero se puso en pie y asintió con la cabeza.

—Que sepas que no quiero faltarte al respeto —dijo con calma—. A mi padre le preocupaba que tu manada nunca la aceptara. En algún nivel, tú también debes sentir eso. Ella debe tener un lugar donde ir si no puede quedarse aquí. Yo puedo protegerla.

—Tu padre lleva muerto meses. ¿Por qué has tardado tanto en venir? —pregunté mientras me colocaba detrás de Anna y le ponía la mano en el hombro. No se sobresaltó, y por eso me sentí agradecido. Mi lobo, furioso de que alguien más pensara en alejarla

de mí, estaba atacando. Mi poder alcanzaba a todos los lobos cercanos, pero Anna no se amilanaba.

—No estaba en mi lugar habitual cuando me enteré de la muerte de mi padre. Tardé algún tiempo en hacer los preparativos para viajar —respondió Dean en voz baja.

—Entonces, si Anna necesita ayuda, ¿tardarás meses en llegar hasta ella? Sólo quiero que conozca todos los detalles de tu oferta.

—No, señor. Estaré más pendiente —finalmente me miró a los ojos y frunció el ceño—. Tú quieres lo mejor para ella, ¿no?

Dean había cambiado desde que lo liberé de mi manada. Entonces, había estado bajo en la manada, herido por no haber estado a la altura de las expectativas de su padre, y enojado.

El lobo que tenía delante no estaba enfadado. Había encontrado su poder y se había hecho un poco más duro en el mundo. El hombre ante mí era más parecido a su padre de lo que probablemente quería admitir.

—Se te dijo que no te acercaras a ella. Podría revocarte el acceso a mis tierras por esto —le recordé.

—Podrías. Te pido disculpas. Era un riesgo, pero vi a una hembra entrando en el bar y la reconocí. No sabía que Anna tendría un guardaespaldas. Estaba preocupado.

—¿Una hembra?

—Kenzi —dijo Finn—. Vino a dejar una solicitud.

¿Kenzi? ¿Sirviendo mesas? Qué gracioso.

—No dejaría a mi compañera sin protección. Anna, ¿podemos hablar? Finn, no dejes que se vaya.

Incluso dándome la espalda, supe que Anna estaba poniendo los ojos en blanco, pero se levantó y me siguió al restaurante.

—Tú me reclamaste, así que no te vas a volver loco conmigo sólo porque estaba hablando con él, ¿verdad? No estoy sola, y ni siquiera estoy dentro —dijo en voz baja.

No. Ella había hecho exactamente lo que necesitaba para asegurarse de que no se me fuera la olla. No estaba orgulloso de que tuviera siquiera que pensar en eso.

—¿Te sientes segura y cómoda con él?

Su cara mostró sorpresa ante mi pregunta.

—No me amenaza ni me intenta ligar. Si me preguntas si estoy dispuesta a hacer las maletas y marcharme con él, la respuesta es no.

—¿Pero si quiere acercarse de nuevo y hablar contigo? ¿Quieres que lo permita?

—¿Que lo permitas? —repitió y suspiró—. Normalmente te diría que no deberías dejar entrar en tus tierras a nadie que creas que puede hacerme daño, pero bueno, aquí todo el mundo quiere hacerme daño. Mira, está bien. Me gusta hablar con alguien sobre Parker. Lo echo de menos, y él no me culpa por la muerte de Parker como tú.

—Te dije que la muerte de Parker corre de mi cuenta.

—Por hacer que me cuide. Claro. Eso sí que cambia la culpa —se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se las secó antes de que cayeran. Se me rompió el corazón por ella, pero ahora no era el momento de consolarla—. Me gusta hablar con él —susurró.

—Bien —salí del restaurante y volví al patio. Dean y Finn estaban uno frente al otro pero no hablaban. Finn no hacía nada por ocultar

la fuerza de su lobo, pero si Dean estaba intimidado, no lo demostraba.

—¿Cuál es el veredicto? —dijo Dean con una pequeña sonrisa—. Lo prometo, no estoy aquí para causar problemas.

—Eres bienvenido a seguir quedándote por nuestro acuerdo original, pero si desobedeces otra orden directa mía, serás escoltado inmediatamente fuera de mi territorio.

—¿Y Anna?

—Estará ocupada los próximos días con reuniones, pero puedes hablar con ella con el permiso de Finn cuando tenga ocasión —dije secamente. No debería haberme molestado que quisiera pasar tiempo con Anna. Teniendo en cuenta lo unidos que habían estado ella y su padre, era natural.

Pero me molestaba, y no de la misma manera que me molestaba su amistad con Finn. No conocía bien a Finn, pero sí a Dean. Al menos había conocido a Dean antes de que se fuera; no había razón para desconfiar de él ahora.

El vínculo de apareamiento era una verdadera putada. Especialmente cuando tu pareja no sentía lo mismo por ti que tú por ella.

—Gracias —dijo Dean suavemente—. Estás a punto de llevártela, ¿verdad?

—Sí —había una razón por la que había venido al restaurante a buscar a Anna, pero no necesitaba decírselo a Dean.

Asintió con la cabeza en señal de respeto y se marchó. Finn me miró con el ceño fruncido.

—¿Algo de lo que deba preocuparme?

—Estás relevado de tus funciones por ahora. Anna estará conmigo el resto del día. Deberías ir a casa y quedarte allí o dirigirte al puesto de guardia. Nada de pulular hoy.

—¿Alguna razón en particular?

—Necesito confirmar una cosa y luego te llamo.

Tenía cara de perplejidad, pero no hizo más preguntas. Me di cuenta de que iba en contra de su naturaleza. Había pasado la mayor parte de su vida como un pícaro, pero me había aceptado como su alfa, y su vínculo con la manada le reconfortaba.

Al abrir la puerta del restaurante, ladeé la cabeza.

—Nos vamos a casa. ¿Qué tienes que hacer para cerrar la oficina?

—¿A casa? Todavía tengo mucho trabajo que hacer antes de mañana. ¿Esto es por Dean?

Ahí estaba. El cuestionamiento que hubiera esperado de Finn, pero que recibí de mi compañera. Porque aunque había jurado lealtad, no sentía el vínculo de su manada. Podía ordenarle que retrocediera de la cornisa con todo mi poder como su alfa, y aún así saltaría sólo por no querer obedecer.

No hay vínculo de manada. Ningún vínculo de apareamiento. Ella nunca iba a ser mía.

—No —dije enojado—. No se trata de Dean. Un alfa ha llegado temprano.

Anna

Apenas podía concentrarme en lo que Jax decía mientras caminábamos a casa. Un alfa ya estaba aquí.

Emerson, sin duda. Intentando despistar a Jax… intentando despistarme a mí.

No se lo iba a permitir. Ya no era la misma niña asustada a la que solía atormentar, y no lo era ahora, ni lo iba a ser nunca.

—¿Por qué te fuiste? —pregunté de repente. Demasiado tarde, me di cuenta de que Jax me estaba diciendo algo y yo le había interrumpido—. Lo siento.

El músculo de su mandíbula crujió mientras miraba fijamente al frente.

—Me fui porque no voy a reorganizar mi día solo porque alguien decida llegar antes. Aún estamos preparándonos, y eso es lo primero.

—Cierto. Todo es cuestión de apariencias —repetí en voz baja. Todavía me sorprendía un poco que no me encerrara si las

apariencias importaban tanto—. Antes te he interrumpido. ¿Qué decías?

—Te preguntaba por la visita de Kenzi. ¿Te molestó?

—¿Te refieres a cuando tu rubia explosiva entró presumiendo de cómo te la has estado follando y preparándola para ser tu pareja y de cómo yo debería hacer lo correcto y escabullirme? —pregunté despreocupadamente—. En absoluto.

—Nada de eso es verdad —gruñó Jax mientras se detenía y me ponía una mano en la cintura. Me pilló desprevenida y me tambaleé, pero me sostuvo con facilidad—. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sirves a los mejores intereses de tu manada —dije en voz baja mientras apartaba los ojos de su intensa mirada—. No estoy sorda, Jax. Sé que la manada quiere que ella sea tu compañera, al menos de nombre, si no con un vínculo de apareamiento. Esperan que te cases con ella. Cuando esto termine, me iré.

Sus ojos brillaron con un tono dorado y, por un segundo, pensé que me gruñiría. Pero parpadeó y su mirada volvió a ser humana.

—La manada no siempre sabe lo que es mejor para sus intereses. Kenzi no volverá a ser un problema.

—Kenzi ya no es un problema —murmuré—. No entiendo muy bien cómo se siente porque nunca he estado en su situación, pero le han quitado algo y está intentando aferrarse a ello. Puedo manejarla sin tu interferencia.

—Bien, pero no hasta que los alfas se hayan ido. No necesito más distracciones.

Empezamos a caminar de nuevo, y respiré hondo.

—Sólo dime quién nos espera en la casa.

—Maeve Frost.

Ah. Eso no estaba tan mal, pero entonces recordé a alguien que estaría descontento de que Maeve estuviera aquí.

—¿Se lo dijiste a Finn?

—Lo he confinado hasta que hable con Maeve. Sospecho que ella exigirá verlo, pero en última instancia, esa no es mi decisión. Dependerá de él.

Mi corazón estaba con Finn. Tenía que tener sentimientos encontrados. Maeve asesinó a su padre y lo exilió, pero es que su padre era un traidor.

—¿Qué quieres de mí? ¿Me ducho y me cambio? —habíamos hablado un poco sobre la etiqueta de recibir a los otros alfas, pero no se me había ocurrido preguntar qué demonios tenía que ponerme. ¿Importaba?

—No. Ella es una obligación. Vamos a vernos con ella como estamos y a averiguar exactamente por qué llega pronto. A partir de ahí decidiré qué hacer contigo.

Qué bien. Como si yo también fuera una obligación.

—No quería decir eso —dijo en voz baja, dándose cuenta de cómo me lo había tomado.

—Bueno. Dime lo que sabes de Dean.

Jax guardó silencio durante tanto tiempo que creí que no contestaría. Finalmente, se aclaró la garganta.

—Parker perdió a su pareja cuando Dean aún era joven. Fue justo antes de que yo asumiera el cargo de alfa, y mi hermano no hizo caso a la situación. Luego, cuando me convertí en alfa, estaba ocupado lidiando con los desafíos. Cuando me di cuenta de lo

retraído que se había vuelto Parker, ya era demasiado tarde para revertir el daño. Dean era un buen lobo. No era muy fuerte o poderoso. Habría sido un buen educador o sanador si Parker o yo le hubiéramos permitido el entrenamiento, pero Parker quería que fuera un guardia. Se pelearon por eso. Parker se dio cuenta de que estaba apartando a su hijo y decidió que lo mejor era echarlo de casa. Le echó cuando tenía dieciséis años.

—¿Eso no es habitual? —pregunté. Un varón de dieciséis años ya habría sido considerado un adulto entre los pícaros.

—En manada tendemos a mimar a los jóvenes —admitió Jax—. Y creo que Dean lo necesitaba. Le encontré alojamiento y le di opciones que le habrían venido bien, pero estaba dispuesto a marcharse. No quería estar cerca de su padre, así que lo liberé de la manada cuando cumplió dieciocho años. Parker estaba furioso, aunque nunca dijo nada. Estuvo a punto de morir bebiendo hasta que llegaste tú.

Algo seguía sin encajar, pero archivé la información mientras nos acercábamos a la casa.

—A Maeve la retuvieron en el cuartel general —dijo Jax en voz baja —. Estará cabreada porque no la llevaron inmediatamente a su habitación, así que prepárate.

—¿No estaba lista?

—No, sí que estaba, pero no permito que otros alfas entren en mi casa cuando yo no estoy —Jax enseñó los dientes—. Y lo saben.

Siempre jugando. La política era demasiado difícil de desentrañar. No sé si la entendería alguna vez. Y tal vez nunca tendría la oportunidad. Darme cuenta de eso no me tranquilizó en absoluto.

Al acercarnos, un todoterreno se detuvo en la entrada y uno de los guardias apostados en la casa se adelantó para abrir la puerta. La mujer que salió parecía demasiado delicada para ser una alfa. Llevaba el pelo rubio rizado en lo alto de la cabeza y vestía un traje pantalón rojo elegante.

Joder. ¿Estaba mal decir que deseaba ser como ella cuando fuera mayor? Era de una elegancia sofisticada, pero no había duda del poder que se cocía a fuego lento bajo la piel.

Violencia, perfectamente contenida en un envoltorio glamuroso.

Era la mujer que había amenazado con asesinar a un niño y luego había sido incapaz de llevarlo a cabo.

—Jax —dijo fríamente—. Me has hecho esperar.

—Llegaste sin avisar y sin programar. No estamos aquí para esperarte, Maeve —dijo Jax con calma—. Esta es Anna, mi compañera.

Su mirada se volvió hacia mí, y me miró de arriba abajo.

—Anna Kipling. La hija de un asesino en serie —dijo sin rodeos.

—La misma —asentí con la cabeza en señal de respeto, pero sólo una vez. Ella era una superior, pero no era mía. Como compañera de Jax, compartía su estatus, pero no era tan tonta como para intentar abusar de él. Era para aparentar, y todo el mundo lo sabía.

—Vaya, va a ser un viaje interesante —dijo mientras otra mujer salía del coche tras ella. Tenía el pelo negro, la piel cremosa y los ojos oscuros como la noche.

—Te presento a Cam Lee, mi bruja de manada —dijo Maeve.

—Alfa Jax —susurró nerviosa —. Dama Alfa.

Jax me había dicho que su padre había sido asesinado recientemente. Se me encogió el corazón, pero Maeve se aclaró la garganta antes de que pudiera decir nada.

—Ahora que hemos terminado con las galanterías, llévame a mi habitación, quiero ver a Finn —dijo enérgicamente.

—Te acompañaré a tu habitación, pero tu petición de ver a Finn quedará en suspenso. Es su decisión verte o no.

Maeve suspiró.

—Tenía tantas esperanzas puestas en ti cuando asumiste el poder, pero quizá no tengas el control que yo creía.

—No podrás manipularme, Maeve, pero me encanta ver cómo te lo curras.

—Disculpe —interrumpió Cam en voz baja—. Me muero de ganas de ver a Irene. ¿Es posible?

Miré a Jax, que asintió.

—Podemos arreglarlo —dijo amablemente.

Cam esbozó una sonrisa y sentí un escalofrío en el cuello. Tal vez estuviera paranoica, pero aquella sonrisa era inquietante.

Entonces, antes de que pudiera respirar, sentí que su magia me envolvía y apretaba.

Anna

—Suéltame —dije fríamente, mirando fijamente a la bruja—. Ahora.

Era una apuesta: no tenía ni idea de lo que se suponía que debía hacer el hechizo. Dudaba que fuera a hacer algo demasiado drástico, o Maeve y su bruja serían acusadas de inmediato.

No, tenía que ser curiosidad.

Jax gruñó, y la magia desapareció. Maeve miró a la bruja con el ceño fruncido, pero el rostro de Cam seguía tranquilo mientras inclinaba la cabeza.

—Mis disculpas —murmuró—. Ya me temía que mi magia iba a ser errática aquí. A veces actúa por su cuenta.

Maeve se volvió hacia Jax.

—Le pido disculpas. Mencionó que su magia se estaba filtrando, pero no creí que iba a atacar a nadie.

—No atacó —dijo Cam rápidamente—. Mi magia sólo se sintió atraída por ella.

—Discúlpate con ella —dijo Jax, sus ojos aún brillaban dorados—. No conmigo, y no permitas que vuelva a ocurrir.

Volviéndose, Cam se inclinó de nuevo.

—Le pido disculpas. No pretendía alarmarla. Estoy nerviosa.

Podía entender su nerviosismo, pero el hecho de que su magia se centrara inmediatamente en mí me resultaba sospechoso. ¿Sabía que yo era nula?

—Una vez que te lleven a tu habitación, puedo llevarte a ver a Irene —dijo Jax. No había ni rastro de sospecha en su voz. Yo no era tan tonta como para pensar que no le importaba. En cambio, me asombró la facilidad con que su máscara política había vuelto a su sitio.

—Seguro que no necesitas llevártela —dijo Maeve frunciendo el ceño —. Deja a tu compañera. Tenemos cosas que discutir.

Jax vaciló y yo carraspeé. La forma más rápida de que te pintaran una diana en la espalda era parecer débil.

—Con mucho gusto. Amelia y Bridget pueden acompañarnos —le dije a Jax.

—Bien. Ya deberían estar en camino. Seguidme.

Normalmente estaba encantada seguir a Jax y a quienquiera que fuera con él, pero hoy caminaba a su lado. Eso me ponía por delante de Maeve y de espaldas a la bruja, una decisión audaz. Para mi sorpresa, Jax me rodeó la cintura con la mano y me estrechó contra él mientras caminábamos.

Genial. Quería que fuéramos ese tipo de pareja ante los otros alfas. Intenté no ponerme rígida, sabiendo que Maeve se daría cuenta. Llevaba tanto tiempo en el poder que no se le escaparía una.

—Las suites se asignaron al azar. La tuya debería tener espacio de sobra para ti, tu bruja, tu tercero y dos guardias —dijo Jax al detenerse en la puerta—. Creo que no has estado aquí desde que hicimos cambios. Si tienes algún problema de seguridad, házmelo saber.

—Esto es adecuado —dijo Maeve mientras paseaba y arrugaba la nariz. No sabía cómo era su casa, pero tenía la sensación de que a Maeve le iba la vida lujosa.

—Las camas no tienen sábanas.

—Llegas un día antes —señaló Jax—. Las habitaciones estarán terminadas en breve.

—Bien. Ya que debemos esperar, sugiero que visitemos a esa bruja tuya. Tengo curiosidad por saber cómo sobrevivió al ataque cuando Boa no pudo. Hubo un ligero quiebre en su voz, y Cam bajó la cabeza. Obviamente, la hija lloraba a su padre, pero ¿cuán unida estaba Maeve a su bruja?

Quieras que no, Jax dejó su manada para cazar a quien se había llevado a Irene. Quizá la relación entre bruja y alfa era más íntima de lo que creía.

En el coche, con Bridget y Amelia, Maeve se centró en mí.

—Así que eres la hija del pícaro que asesinaba para ser un alfa.

—Extraña forma de decirlo, teniendo en cuenta que la mayoría de los alfas tienen que matar para conseguir el puesto —dije mientras me encontraba de frente con su mirada. Mi loba tembló pero no se echó atrás. No con Jax en el coche con nosotros. Ella tenía mucha más fe en nuestro compañero que yo.

—Cierto —dijo Maeve con una pequeña sonrisa—. ¿Crees que tu padre habría sido un buen alfa?

Resoplé.

—No. Ni siquiera podía tratar a su propia hija con compasión, ¿cómo habría tratado a una manada? Por otra parte, cada vez parecía más que Dirk Kipling no había intentado reunir una manada.

—Es una pena que no siga vivo para verte con el estatus que ansiaba. No hay nada más satisfactorio que ver a un hombre volverse loco cuando se entera de que una mujer puede hacer un trabajo mejor que él —dijo con una fría sonrisa—. No te ofendas, Jax.

—Lamento cada día la rápida muerte de Kipling —respondió—. Sin duda se merecía algo mucho más cruel.

—Dime, Anna, ¿qué sentiste cuando te diste cuenta de que estabas apareada con el hombre cuyas manos aún goteaban la sangre de tu padre? —preguntó Maeve con una intensidad salvaje en sus ojos.

—Dudo que sintiera nada —murmuró Cam.

Se dio un vuelco la tripa. ¿Estaba aludiendo a que yo era nula?

—¿Qué quieres decir con eso? —gruñó Jax.

Cam se aclaró la garganta.

—Sólo que estaba muy protegida. ¿Sabía siquiera lo que era un vínculo de apareamiento? ¿Es instintivo, o alguien tuvo que explicárselo?

No se equivocaba.

—Supe lo que era un vínculo de apareamiento cuando llegó Jax —dije con voz suave mientras rebuscaba en mis recuerdos—. Aunque

no sé quién me lo dijo o cómo lo supe, no había duda de mis sentimientos cuando lo miré.

—¿Te alivió que tu compañero fuera tan poderoso? —presionó Maeve.

Tras debatirlo un momento, decidí que la verdad no tenía nada de malo.

—Alivio no. Los lobos poderosos me aterrorizaban, pero Jax acababa de matar una pesadilla. Mi pesadilla. Él era mi héroe. Sucumbí a la noción infantil de que me estaban dando un felices para siempre, y él era mi caballero de brillante armadura.

Poniendo los ojos en blanco, Maeve se dio la vuelta.

—Ridículo.

—Pues sí —admití. Mi voz era amarga y miré por la ventanilla. Por suerte, estábamos entrando en la casa de Irene.

Había cinco guardias fuera de su casa. Aparentemente, Jax había aumentado la seguridad para la reunión alfa.

Maeve se dio cuenta.

—¿Preocupado por algo? —le preguntó a Jax mientras salía del coche.

—Para nada —dijo Jax con facilidad—. Solo quiero asegurarme de que mi bruja sabe que está a salvo.

Uno de los guardias abrió la puerta de la cabaña y me fulminó con la mirada. Tardé un momento en reconocer a Roy, pero intenté no mostrar mi incomodidad al pasar junto a él. Irene nos esperaba en la cocina con una bandeja de té.

Estaba tan blanca como una sábana.

—Alfa —saludó—. Anna. Alfa Frost, bienvenida.

Su mirada se deslizó por Maeve, y luego abrió los ojos de par en par.
—¿Cam?
—Hola, Irene —dijo Cam con voz dura—. Pareces sorprendida de verme.
—Esperaba a tu padre —volvió a abrir los ojos a tope—. Lo siento mucho, Cam. Me dijeron que habían matado a un brujo, pero no sabía que era Boa.
Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero Cam parecía cualquier cosa menos compasiva. Estaba claro que había algo de historia, y no fui la única que se dio cuenta.
—¿Y cómo conociste a Boa? —preguntó Maeve.
La cocina estaba abarrotada. Jax se aclaró la garganta.
—Guardias, Bridget, ocupáos del perímetro. Irene, si no es mucha molestia, quizá podamos llevar el té al salón y ponernos cómodos.
Con los ojos muy abiertos, asintió y se llevó el té de la cocina. Nosotros la seguimos. Me senté en el sofá a un lado de Irene, y Jax se colocó detrás de ella en modo protector. Maeve y Cam se sentaron en sillas al otro lado de la mesa y se quedaron mirando mientras Irene servía el té con manos temblorosas.
—Boa me ayudó a formarme —explicó Irene.
—Boa fue mi brujo durante dos décadas —cortó Maeve, oscura—. Y nunca he puesto los ojos en ti. No me mientas.
Miré fijamente a Maeve.
—A lo mejor si no la interrumpes, Irene puede explicártelo todo.
—La loba sumisa tiene dientes. Qué interesante. Tienes razón, por supuesto. Mis disculpas. Continúa.

—Fue hace diez años cuando nuestros caminos se cruzaron. Me habían invitado a un aquelarre y estaba yendo hacia allí. Boa estaba buscando una hierba que se rumoreaba crecía en la cima de la Montaña. Yo estaba postergando mi viaje. El aquelarre de Spellkyn era poderoso, y yo no me creía lo bastante poderosa para unirme.

Todos inhalaron bruscamente menos Cam y yo. Estaba claro que ella conocía la historia, pero yo ni siquiera sabía qué era el aquelarre Spellkyn.

—Creí que el antro de Darkwyn era el único aquelarre aquí.

—Hubo un tiempo en que aquí había varios aquelarres —dijo Irene en voz baja—. Brujas y lobos compartían estas montañas. Los Spellkyns y los Darkwyns eran aquelarres hermanos. Ayudaban a asegurar y proteger a los otros aquelarres más pequeños de las montañas. En fin, ayudé a Boa a buscar la hierba, y se quedó conmigo casi una semana, ayudándome a perfeccionar mis poderes. Estuve en contacto con él durante años, hasta que…

—¿Hasta qué? —preguntó Cam—. ¿Por qué dejaste de hablar con mi padre? Tenía el corazón destrozado, ¿sabes? Cuando dejaste de comunicarte con él, pensó que seguramente habías muerto.

—Cuando dejé el aquelarre de Spellkyn, me preocupé por las represalias. Temía que él y cualquier otra bruja con la que tuviera amistad fueran un objetivo, así que corté lazos con ellos. Lamento decir que nunca volví a hablar con él.

—¿Y este aquelarre de Spellkyn? ¿Son responsables de tu ataque y de su muerte? —siseó Maeve—. ¿Qué secretos nos ocultas, bruja?

—El aquelarre de Spellkyn es responsable de la muerte de docenas de brujas —dijo Irene con voz dura—. Por eso el aquelarre de

Darkwyn los eliminó. Dos brujas escaparon, pero fueron asesinadas hace más de un año. Ya no queda ninguna Spellkyn. Por eso ya no hay aquelarres en este bosque, sólo los Darkwyn.

Maeve frunció el ceño.

—¿Cómo no he oído hablar de esto antes? Los lobos comparten estos bosques, y no sabía de una batalla entre brujas.

—No implicaba a los lobos, así que el aquelarre de Darkwyn lo mantuvo en secreto. Era nuestra carga y nuestra vergüenza —dijo Irene con amargura.

Le toqué el brazo para reconfortarla.

—Están atacando a las brujas otra vez, Irene. ¿Hay alguna similitud?

—Los Spellkyns fueron acusados de robar poder —dijo Irene lentamente—. Y de matar por ello. Va contra la ley de brujería, pero ocurre. Está sucediendo ahora, pero los Spellkyns están muertos. Si quedaba alguno de ellos, uno de los Darkwyns lo habría sabido, y yo no reconocí a mis atacantes.

—Dime, ¿cómo es que alguien tan joven como tú ha sobrevivido cuando el hombre que te ayudó como mentor está muerto? —preguntó Maeve, con el poder emanando de sus ojos.

Jax gruñó, pero Maeve no retrocedió. Le brillaban los ojos plateados cuando se inclinó hacia delante, y pude ver la furia en ellos.

—Tal vez seas tú quien está detrás de estos ataques —continuó sedosamente—. Buscando refugio con el aquelarre Darkwyn o conspirando contra ellos.

Sentí la magia gestándose en Cam justo antes de que arremetiera. Esta vez no era yo el objetivo, pero Irene se había puesto en pie antes de que yo pudiera parpadear, y Cam estaba contra la pared.

Extendiendo la mano con firmeza, Irene entrecerró los ojos hacia Cam.

—¿Te atreves a entrar en mi casa y amenazarme? —siseó—. Eres la mitad de bruja que era tu padre. A lo mejor te gustaría unirte a él.

Jax

—Irene —dije con voz severa—. Suéltala.

Sentí que el brazo de Irene vacilaba, pero ambos sabíamos que no tenía el poder para cumplir su amenaza. En cambio, soltó a Cam.

Maeve se puso en pie.

—Y aquí todos pensábamos que tu bruja era impotente —siseó.

Cam se aclaró la garganta.

—Lo es —dijo antes de ofrecer una suave sonrisa—. Mi padre decía que eras tan poderosa que podías dominar el viento con el meñique. Pero ahora, todo lo que puedes hacer es inmovilizarme contra la pared.

Irene agitó la mano experimentalmente y frunció el ceño.

—Y ahora parece que ni siquiera puedo volver a hacerlo. Espero que hayas encontrado lo que sea que estés buscando; ahora estoy indefensa ante los demás brujos.

Entornando los ojos hacia Maeve, gruñí.

—Dame una jodida buena razón para no echarte a ti y a tu bruja de mis tierras ahora mismo, y no te atrevas a decirme que actuaba por voluntad propia. Te vi hacerle señas para que atacara.
—No me disculparé. Fue un ataque no letal —dijo Maeve mientras se ponía en pie—. Sé lo que hiciste para encontrar a tu bruja. Sabes hasta dónde llegaré para vengar a la mía.
Para mi sorpresa, fue Anna quien dio un paso al frente.
—Irene, ¿el ataque fue letal?
—No, no —admitió Irene—. También entiendo al Alfa Frost y Cam Lee. Están de luto y quieren respuestas. Yo también.
Anna continuó.
—Cam, parece que tienes una historia con Irene. ¿Serás capaz de manejar tu magia cerca de ella?
—Si pudiera confiar en que ella no fue responsable de la muerte de mi padre, esperaba pedirle que me sirviera de mentora mientras estoy aquí —respondió Cam—. No se equivoca: no soy la bruja que fue mi padre, y si quiero mantener mi lugar en la manada, necesito ser más fuerte y más rápida.
Irene asintió y yo me relajé. No se me había ocurrido que Maeve o su bruja consideraran a Irene una amenaza.
Anna había dado un gran paso adelante.
«Él era mi héroe. Sucumbí a la idea infantil de que me esperaba una vida feliz y él era mi caballero de brillante armadura».
¿Había algo de verdad en eso? Si era un golpe dirigido a mí, dio en el blanco. Ahora no podía mirarla sin pensar en ello.
Cam se ofreció a quedarse con Irene y llevamos a Maeve de vuelta a mi casa. Tras una tensa cena en la que Anna le hizo demasiadas

preguntas, por fin me quedé a solas con mi compañera.

—Deberías dejar salir a tu loba esta noche y darle la oportunidad de correr antes de que lleguen los otros alfas. —La luna había salido y se asomaba por la ventana, nos invitaba. Mi propio lobo se estiró anhelante dentro de mí.

Esperaba que Anna dijera que no, pero asintió.

—¿Te quedarás conmigo? Sin juegos de caza.

—Sólo una carrera. Y yo estaré ahí en cada paso del camino.

Había una pequeña extensión de tierra justo fuera de mi casa que estaba fuera del alcance de los otros lobos. Antes de Anna, nunca lo utilizaba. Normalmente no tenía sentido que corriera solo, sin nadie de la manada, pero sabía lo protectora que era Anna con su loba. Después de lo que le habían hecho, lo entendía.

Pero dejó salir a su loba cerca de mí. Sólo de mí.

Anna se movió primero y me miró fijamente, con su hermoso pelaje color miel brillando a la luz de la luna. Sus ojos permanecieron humanos brevemente antes de parpadear y transformarse en loba.

Con cuidado, alargué la mano y acaricié su pelaje. Tenía muchas cicatrices y me dolía verlo, pero era una superviviente.

—Estás a salvo conmigo —le dije. Siempre te protegeré.

Su loba confiaba en mí, pero ¿y Anna?

Su loba aulló para mí, y el mío se estremeció antes de desnudarme y dejarlo salir.

Inmediatamente, corrió al lado de su compañera y la olfateó. La acarició con el hocico.

«Mía», aulló con confianza.

Corrimos por la noche, deleitándonos con nuestros lobos. No había miedo en ella, y cuando por fin nos desplomamos cerca de nuestras ropas, su lengua salió alegremente de su boca.

Con una risita, me transformé. Un momento después, ella hizo lo mismo. Tenía la cara enrojecida por la adrenalina mientras me miraba fijamente.

—Maeve no va a ser la única alfa con intenciones ocultas —murmuró, sin hacer nada por ocultar su desnudez.

—No. —Lentamente, curvé una mano alrededor de su muslo y esperé a ver cómo reaccionaba su cuerpo. Se movió, pero sólo para abrir las piernas—. Estaremos listos —dije con confianza.

—¿Ah sí? Después de la cena, Maeve pasó a mi lado y me preguntó cómo era tener un compañero que no confiaba en mí. No va a ser la única que se dé cuenta.

Le rocé con los nudillos el interior del muslo hasta llegar a su precioso coño húmedo.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no necesitaba tu confianza para tener tu polla, tu lobo y tu protección.

Cuando le metí el dedo, gimió.

—Seguro que le encantó esa respuesta —dije.

—Pues sí. Y luego me dijo que no necesitaba tener una pareja para tener buen sexo y un guardaespaldas.

Gruñendo, me incliné sobre ella y capturé sus labios. Después del duro beso, la miré fijamente. —Mía.

En respuesta, movió las piernas para sentarse a horcajadas sobre mí y nos dio la vuelta. Con una mano en mi pecho, se colocó sobre mí y

cerró los ojos.

—Sé sincero, Jax —susurró antes de besarme—. Pertenezco a tu lobo, pero no te pertenezco a ti.

Volviendo a girarla, me abalancé sobre ella hasta que sus gemidos llenaron la noche. La desesperación me llevó a reclamarla. ¿Cómo coño podía no ver hasta qué punto le pertenecía?

Sus palabras escocían, así que me la follé hasta sentir sólo placer. Nada más que su dulce calor llevándome cada vez más arriba. Y cuando se corrió, temblando a mi alrededor, seguí follándola hasta que me quedé completamente agotado.

—Deberíamos volver e intentar dormir antes de mañana —dije después de descansar y recuperar el aliento a la luz de la luna.

—¿Lo sabías? ¿Sobre el antiguo aquelarre de Irene? —preguntó Anna en voz baja.

—Algo. Algunas cosas las descubrí por mi cuenta. No sabía que los Darkwyns fueron los que sacrificaron su aquelarre.

—Cam sabe que soy nula, lo que significa que las otras brujas también lo sabrán. ¿Se lo dirán a sus alfas?

—No lo sé —dije con sinceridad—. Las brujas están unidas a nosotros, pero no comparten la misma lealtad que los animales de manada. Guardan sus secretos. Si les conviene, no dicen nada.

—Entonces, supongo que veremos quién es leal y quién no, y a quién —dijo sombríamente.

Jax

London Elwes llegó primero. El alfa era tan callado e ilegible como su manada. La manada de Río Serpiente era la más pequeña, la más profunda de las montañas, y se mantenían al margen. Cuando mi hermano era alfa, el predecesor de London había intentado fusionar nuestras dos manadas de forma violenta.

Y podría haberlo conseguido si no me hubiera dado cuenta de lo que estaba pasando.

Un mes antes de que mi hermano desafiara a mi padre, estuve a punto de tomar el control de la manada de Río Serpiente cuando maté a su alfa. En lugar de eso, cedí el puesto a London y me propuse proteger mejor a los míos. Tuve muy poco contacto con London, aunque su cerveza al parecer lo estaba petando.

Su bruja, Ava Starret, era una mujer mayor. El segundo de London la ayudó a salir del coche y me miró con frialdad.

—Alfa Jax —dijo mientras sus ojos se oscurecían—. Estás en una encrucijada y eligiendo el camino equivocado.

—Me encanta una pequeña premonición a primera hora de la mañana —dije, inclinando la cabeza—. Bienvenida, Ava. London.

—Jax —saludó London mientras inclinaba la cabeza en señal de respeto—. Mi segundo coche se ha retrasado, pero deberían llegar dentro de una hora. Hasta entonces, mi bruja debe ser protegida.

—Maeve y su bruja ya están aquí. Mis guardias les mostrarán sus habitaciones y vigilarán a Ava.

—¿Maeve me ganó? —preguntó London con una ceja levantada, y sonrió—. Llegó ayer, ¿verdad?

—Así es.

—Tenías que haberlo visto venir. Pero bueno, siempre se las arregla para superarnos.

Me miró por encima del hombro y entrecerró los ojos.

—Y ahí está la mujer de la que nadie puede dejar de cotillear. Anna Kipling. Tu compañera.

Miré por encima del hombro y vi que Ava la había parado y le hablaba intensamente. Me tensé, pero Anna sonrió de repente y la tensión se desvaneció. Aquella sonrisa me dejó sin aliento.

—Ahí la tienes.

—Serán unos días interesantes —murmuró London—. ¿Cómo está Irene?

—La noticia de mi bruja se ha extendido tan rápido como la de mi pareja —dije mientras le estudiaba—. ¿Qué sabes de Irene?

—Sé que hubo un tiempo en que quise que fuera mi bruja. Sin rencores, pero sé lo poderosa que es. Ava la quería.

—¿Todavía la quiere?

London rió suavemente.

—La paranoia no va contigo, Jax.

—No es paranoia cuando alguien tiene como objetivo a nuestras brujas —suspiré—. Ava y Anna parecen estar unidas. ¿Alguna idea de lo que están hablando?

—¿Una creciente oscuridad que te rodea? Es de lo único que habla últimamente —frunció el ceño—. Realmente ha estropeado las últimas cenas. Supongo que no sabes qué es esa oscuridad.

—Para eso estamos aquí.

London desapareció en la casa tras su bruja, y yo estudié a Anna. No había dicho ni una palabra cuando nos acostamos anoche ni cuando nos despertamos.

Incluso después de habérmela follado dos veces más. Todavía tenía un pie fuera de la puerta, y yo quería agarrarla fuerte y tirar de ella.

Había mil cosas que podía preguntarle.

—¿Qué te dijo Ava?

—Preguntó por el aquelarre de Darkwyn. London Elwes parece agradable.

—Para cuando termine esta reunión alfa, probablemente te ofrecerá un lugar en su manada.

—Qué tierno. Uy, ya estás otra vez en plan compañero celoso. Entonces, dos alfas menos, queda uno.

Sí, Emerson Triggs. Se me habían ocurrido varias formas de que tuviera un accidente mientras estaba aquí, pero en realidad, quería asesinarlo yo mismo —pública y tortuosamente— por su participación en la historia de Anna.

—No tienes que quedarte aquí a esperarle —le dije—. Hablé con Finn. Está dispuesto a reunirse con Maeve, pero no hasta esta

noche. ¿Por qué no vais a trabajar tú y él en el Colmillo Sonriente y yo voy a buscaros para cenar?

—Gracias. Me estoy poniendo nerviosa esperando aquí —suspiró—. Ahora voy a estar nerviosa esperando en el restaurante.

—¿Hay algo que pueda hacer para que estés menos nerviosa? —pregunté sugestivamente.

—Claro —levantando la cabeza, me sonrió—. ¿Te lo cuento luego?

—Te veo esta noche.

Otro coche se detuvo y Anna puso los ojos en blanco.

—Ahí está mi coche. Si hay un código de vestimenta para la cena de esta noche, tendrás que darme tiempo para cambiarme.

Bridget y Amelia salieron del coche y me miraron con el ceño fruncido. Las dos habían dejado claro esta mañana que no querían hacer de niñeras de mi compañera mientras estuvieran aquí los otros alfas.

Anna podía decirlo claramente.

—Bueno, esto va a ser divertido.

Se alejó bailando y yo exhalé el aliento. Con Emerson en camino, quería tener a Anna cerca. Tal vez fui un idiota por hacer que lo viera en la cena, pero quería que supiera que estaba bajo mi protección.

Por el resto de su vida. Aunque se fuera.

Horas después, Emerson seguía sin aparecer. London, Maeve y yo nos sentamos alrededor de mi mesa de conferencias y discutimos sin él, aunque no podíamos hacer nada sin una votación de todos los alfas.

—¿No estaremos confiando demasiado en el aquelarre de Darkwyn? —gruñó London—. ¿No sería mejor echarlas de las montañas?

—¿Y cómo propones que lo hagamos? —pregunté secamente—. No somos dueños de todas las montañas, e imagino que eso podría molestar a nuestras propias brujas. Además, son ellas las que nos están avisando de que algo se cuece.

—O enviándonos a una búsqueda inútil —argumentó London—. Hay una bruja muerta, y otra aterrorizada. Tal vez estén detrás de esto, acumulando más poder para tomar la Montaña ellas mismas.

Maeve enarcó una ceja.

—¿Tiene esto algo que ver con la semana que pasaste en la guarida del aquelarre?

—¿Perdón? —London la fulminó con la mirada—. ¿Y cómo sabes eso?

—Tengo mis fuentes—. Maeve inspeccionó el anillo en su mano y frunció el ceño—. Nada de esto tiene sentido. No podemos tomar una decisión sin Emerson. ¿Dónde puñetas está?

Yo me hacía la misma maldita pregunta, y tenía una sensación de inquietud en las tripas. Emerson no hacía nada sin una razón, así que se guardaba algo en la manga si llegaba tarde.

—Llámalo otra vez —insistió London—. A lo mejor le ha pasado algo.

—¿Cómo qué, se quedaron sin gasolina? —intenté no gruñir.

—Tiene una historia con tu compañera, ¿no? —preguntó Maeve con una inocencia que no le llegaba a los ojos—. ¿Crees que será un problema?

—Maeve, oyes las cosas más interesantes, ¿eh? —intenté mantener la furia fuera de mi voz—. ¿Quizá quieras ampliar lo que has oído o

explicar de dónde lo has sacado?

—Sólo susurros en el viento —agitó la mano—. No hay de qué preocuparse. Muchos lobos han disfrutado antes de encontrar a sus parejas.

Mi lobo se precipitó a la superficie, pero London se aclaró la garganta antes de que pudiera lanzarme a través de la mesa y romperle el cuello a Maeve.

—Y yo que pensaba que te centrarías en Finn —le dijo London con neutralidad—. Está aquí, ¿verdad? Estoy seguro de que le has echado de menos.

Siseó, pero la puerta se abrió antes de que pudiera hacer nada y Jenson entró corriendo.

—Alfas. Perdón por la interrupción —dijo, nervioso.

—¿No podías llamar? —se quejó Maeve. Todavía tenía furia en los ojos mientras miraba a London.

—¿Es Emerson?

—No, no hay ni rastro de él. Mis contactos me han respondido sobre lo otro.

Mierda.

—¿Y?

—Tu compañera —dijo Jenson sin su habitual gruñido—, está en peligro.

Anna

—¿Por qué está Maeve Frost tan interesada en ti? —preguntó Amelia a Finn mientras se sentaba con las piernas cruzadas en la nueva barra que acababan de instalar esta mañana.

Más tenso que nunca, a Finn no le gustaba que yo no estuviera en el despacho. El bar tenía su propia puerta, demasiadas ventanas y una entrada independiente a la cocina. A pesar del personal adicional que me vigilaba, Finn seguía pensando que estaba demasiado expuesta en el bar.

Lo comprendía. De verdad, pero me había pasado tres horas en mi oficina pequeña y estrecha escuchando a los demás quejarse fuera. Bridget era la tercera al mando. Odiaba ser guardaespaldas, aunque nos habíamos hecho amigas. A Amelia le parecía bien, pero estaba inquieta y parecía divertirse molestando a Finn. Los otros tres guardias, de dentro y de fuera, no se callaban su irritación por vigilar a la falsa compañera.

Falsa compañera. Ni siquiera podía quejarme de ese pequeño apodo. Era lo que sentía por mí misma, ¿no?

Pero todo tiene un límite, así que pasé un rato observando las nuevas mejoras. Era increíble cuánto trabajo se había hecho en tan poco tiempo. Si conseguía el personal adecuado, el bar podría abrir pronto.

—Quién sabe —dijo Finn escuetamente—. Tal vez tuve un encontronazo con uno de sus guardias cuando era un pícaro.

Abrí el taburete, me subí encima y empecé a contar las botellas de licor de la pared. Habían sustituido todo lo que se había roto, con nuevas variedades por si acaso. Jax se había negado a enviarme la hoja de pedido, así que pensaba pagarlo de su bolsillo.

Eso significaba que habría que introducirlo manualmente en el sistema.

—Venga, hombre. Tiene que haber algo que no nos estás contando. ¿Te acostaste con ella cuando eras un pícaro? Es un poco mayor para ti, pero he oído que le gusta tener un lobo nuevo en su cama cada noche. Seguro que que te devoró —rió Amelia.

—Ella no es el problema —dije sin darme la vuelta.

Bridget resopló.

—No llevas en una manada el tiempo suficiente para saber que todos los alfas son un problema. No sólo Emerson.

—Hablando de eso, ¿por qué estamos tan en guardia con Emerson? ¿Tu padre mató a alguien cercano a él?

—Lo contrario, en realidad —no tenía sentido mantenerlo en secreto —. Emerson era amigo de mi padre.

Mi respuesta fue recibida con un silencio absoluto, y miré por encima del hombro.

—¿Qué? ¿Pensabas que mi padre se había librado de todos sus atroces crímenes durante tanto tiempo porque era listo? Tenía amigos en las altas esferas. Hasta que llegó Jax, lo protegieron.

—Mierda, ¿en serio? —gruñó Amelia—. ¿Le puso una mano encima a Cora?

—No. No le veía muy a menudo, pero no estaba allí cuando Dirk se llevó a Cora. Que yo sepa, en realidad no mató a nadie. Sólo le gustaba salir con mi padre.

—¿Y a ti? —preguntó suavemente—. Si te ha tocado, tienes que decírselo a Jax.

Me bajé del taburete y lo moví hacia el otro lado.

—¿Por qué crees que hay tantos vigilándome? Y Jax no puede hacerle nada. Entonces no éramos compañeros. Ni siquiera sabía de mí todavía.

—Un momento, espera, esto es demasiada casualidad. Emerson es amigo de tu padre, y ahora, justo cuando estás apareada con Jax, ¿encuentra la excusa para venir aquí?

—No es una coincidencia repentina —dijo Bridget—. Anna ha sido pareja de Jax durante años, y no ha sido un secreto. Viene por las brujas, aunque probablemente intente aprovecharse de la situación. Tenemos que tener cuidado.

Su teléfono zumbó y lo sacó del bolsillo.

—Tengo que cogerlo. Haced una guardia de dos hombres hasta que vuelva —dijo antes de salir del restaurante.

Vi cómo Amelia y Finn intercambiaban una mirada. Bridget no sonaba contenta cuando se marchó. ¿Había pasado algo?

Estaba muy nerviosa. Jax había prometido mandarme un mensaje cuando llegara Emerson, pero de momento no había nada. O Jax se había olvidado de avisar, lo cual era poco probable, o Emerson aún no había aparecido.

Finn y Amelia no dijeron ni una palabra mientras Bridget no estaba. Terminé de contar y aparté el taburete.

—Hecho. Vuelvo a la oficina.

—Ya era hora —gruñó Finn.

Amelia puso los ojos en blanco.

—¿De verdad crees que Emerson va a intentar secuestrarla en las tierras de Jax a plena luz del día?

—Creo, princesa, que has pasado tanto tiempo bajo la protección de Jax que crees que es todopoderoso —gruñó Finn—. No tienes ni idea de cómo es ahí fuera, ni de cómo pueden ser otras manadas. A tu bruja la sacaron de tu tierra. ¿Qué te hace pensar que alguien no puede llegar a Anna también?

Las mejillas de Amelia se tiñeron de rojo y suspiré.

—Vale ya, los dos. Estamos todos un poco nerviosos. Cuando Bridget vuelva, deberíais pedir un descanso. Tomaros una hora para correr. Bridget puede traer guardias temporales.

Antes de que pudieran discutir, Bridget regresó, y su rostro estaba ceniciento.

—Ha ocurrido algo. Finn y Amelia, tenéis que ir a casa de Irene. Ahora mismo. Anna, los otros guardias y yo vamos a llevarte de vuelta al complejo de seguridad.

Me puse rígida.

—¿Irene? ¿Va todo bien?

—No. Nada va bien. —Finn y Amelia no se movieron inmediatamente, y ella les ladró—. ¿Qué hacéis? ¡Moveos! ¡Venga!

—No acepto órdenes tuyas —dijo Finn mientras sacaba su teléfono —. Lo siento, Bridget, pero cuando vigilo a Anna, sólo las recibo de Jax.

—Mierda, me olvidé de eso. Amelia, coge dos guardias, entonces. Finn, el otro guardia, y yo llevaremos a Anna. Vamos.

Amelia entró en acción y casi no tuve tiempo de dejar el portapapeles cuando Finn me empujó hacia la puerta.

—Espera, tengo que hacer comprobaciones de seguridad en el coche. Espérame en el despacho —ordenó Bridget, y murmuró algo en voz baja.

—Espera, ¿qué coño está pasando, Bridget? —estaba cansada de que me presionaran—. ¿Qué le pasa a Irene? ¿Es Emerson?

—Es un lobo rojo —dijo en voz baja—. Y no es uno de los nuestros. Los guardias de Irene han caído, y ella no está.

El lobo rojo. El miedo me inundó.

—Es Emerson.

—Emerson no está aquí —dijo Bridget escuetamente—. Basta de preguntas. A la oficina. Ya.

Cuando me llevaron a la oficina, fui a coger el teléfono que había dejado sobre la mesa.

No estaba.

—Me habré dejado el móvil en la barra —dije, y luego le pregunté a Finn—: ¿Jax no te ha mandado un mensaje? ¿Para avisarte?

Finn volvió a comprobar su teléfono y su expresión preocupada me dijo todo lo que necesitaba saber. Era posible que Jax solo hubiera tenido tiempo de avisar a una persona y hubiera elegido a Bridget, pero algo seguía molestándome.

—Algo va mal —dijo Finn, haciéndose eco de mis pensamientos—. No debería llevar tanto tiempo hacer un control de seguridad en un coche.

Sacando su radio, trató de comprobar cómo estaba, pero todo lo que obtuvo fue estática.

—Somos blancos fáciles aquí. Tenemos que llegar al vehículo. Quédate cerca de mí, y si te digo que corras, tú corres.

Claro. Huir de un hombre lobo psicópata. Esa era una opción.

Excepto que estaba harta de huir, y de esconderme. Me guste o no, por ahora, esta era mi manada. Si estaba en problemas, entonces iba a protegerla.

Miré a Finn a los ojos, asentí con la cabeza y salimos de la oficina en dirección a la salida de servicio. Uno de los coches seguía aparcado allí. No había ni rastro de Bridget ni del otro guardia.

Empujando la puerta, Finn salió al exterior. Un lobo cayó de encima de nosotros e inmediatamente lo empujó al suelo.

—¡Finn! —grité, pero antes de que pudiera hacer nada, unas manos me rodearon la cintura y tiraron de mí desde atrás.

Todo había terminado en cuestión de segundos. En un instante, Finn había empezado a moverse, y al siguiente, estaba inmóvil y sangrando por el cuello sobre la grava.

Un enorme lobo rojo se alzaba sobre él.

—No tenía por qué morir —dijo Bridget, con los brazos aún alrededor de mi cintura—. Si se hubiera marchado cuando se lo dije, seguiría vivo. No esperaba que te fuera tan leal.

—Dios mío, fuiste tú. ¡Traicionaste a Jax! ¡Ayudaste a secuestrar a Irene! ¿Estabas trabajando con mi padre antes de que muriera? ¿Por qué?

—¿Tu padre? Era una cucaracha sin entrañas cuya insana necesidad de matar casi lo arruinó todo —siseó Bridget—. Su secuestro de Cora nos hizo retroceder años. Putos años. Yo no trabajo para él.

—¿Trabajas para Emerson? —fijé los ojos en el lobo rojo—. ¿Y quién coño eres tú?

El lobo me miró fijamente, e incluso antes de que se moviera, supe quién era. Lo veía en sus ojos. Lo oía en su voz.

Simplemente no había hecho la conexión, hasta ahora.

—Llevamos mucho tiempo esperando esto, Anna —dijo Dean suavemente—. No te resistas. Vamos a hacerte famosa.

Jax

—Él mató a Parker —el dolor atravesó la voz de Jenson—. Mató a su propio padre. ¿Por qué?

Volví a pasar la información de seguridad mientras Jenson conducía.

—Parker debe haberlo encontrado. Lo sintió a través del lazo familiar o algo así. Dean lo mató para mantener su secreto.

En el fotograma de la esquina del vídeo, grabado dos semanas antes de la muerte de Parker, Dean se movió. Casi no fue captado por la cámara, por lo que no hizo saltar ninguna alarma, pero un enorme lobo rojo se colocó en su lugar.

Los lobos rojos no eran raros, pero tampoco muy comunes. Cuando hablábamos de lobos rojos, debería haber pensado en Dean, pero lo que sabía de él no encajaba en el rompecabezas. Dean no era un asesino enloquecido. Al menos cuando lo conocí.

Había estado en mi tierra durante semanas antes de la muerte de Parker. Semanas sin que yo lo supiera. ¿Qué carajo había estado haciendo?

Espiando a Anna.

—Finn no contesta al teléfono. Tampoco Anna, ni Bridget. —El restaurante estaba justo delante, e inmediatamente, supe que algo iba mal—. No hay coches.

—Lo intentaré por radio —Jenson frenó de golpe y apenas aparcó el coche, saltando fuera—. Huelo sangre.

Yo también. No tardamos en encontrar un rastro que nos llevaba al restaurante. Prácticamente arranqué la puerta para encontrar a Finn tratando de arrastrarse dentro.

—Jenson, llama al sanador —grité mientras me dejaba caer hacia él. Tenía una fea herida en el cuello. ¿Cómo demonios seguía vivo?

—Transfórmate. Ahora mismo.

—No puedo —roncó Finn—. Lo intenté. Me hizo algo.

—No puedo comunicarme —gritó Jenson—. Mi teléfono no funciona.

Finn jadeó.

—Inhibidor. Intento… coger… el teléfono de la oficina. Bridget.

—¿Bridget? ¿Está muerta?

—Bridget. Dean. Juntos.

¿Bridget y Dean trabajaban juntos? Jenson llegó detrás de mí justo a tiempo para oír las palabras de Finn. Su conmoción atravesó nuestro vínculo de manada, casi haciéndome retroceder sobre mis talones.

No. Ni hablar. No era posible. Joder, no podía ser de ninguna manera. No había forma de que Bridget me hubiera traicionado —me estuviera traicionando. Su vínculo estaba justo ahí, junto al de Jenson. Podía cerrar los ojos y verlo. Sentirlo.

Yo lo sabría.

—Teléfono de la oficina. Llama a Saul. Ahora —le espeté a Jenson—. Y quédate con él. Y que esté vivo cuando vuelva, me cago en Dios.
—Está mintiendo —dijo Jenson con voz ronca—. Tiene que ser eso.
—Entonces, cuando Saul lo haya curado, lo mataré.
Finn puso los ojos en blanco y se quedó inmóvil en el suelo de baldosas. Al salir del restaurante, corrí con un ojo puesto en el móvil hasta que llegó la señal y llamé primero a Amelia.
—Alfa —respondió, y me invadió el alivio—. Tenemos un problema.
—¿Por qué dejaste tu puesto? ¿Dónde coño estás?
—Bridget nos envió a casa de Irene. Dijo que los guardias estaban muertos e Irene había sido secuestrada.
—Joder. ¿Qué?
—No, Irene está bien, y sus guardias están todos contados —le vaciló la voz—. Lo siento, Alfa, pero no puedo contactar con Bridget, Finn ni Anna.
—Quédate fuera de la línea principal de seguridad, pero alerta a todos los demás que Bridget no debe salir de este territorio. Nadie debe dejarla pasar. Luego, lleva a Irene y a las otras brujas al complejo de seguridad. Quiero al menos una docena de guardias sobre ellas en todo momento.
—Sí, Alfa.
En cuanto colgó, llamé a la oficina principal de seguridad. Todos los vehículos tenían rastreadores, pero si Bridget nos hubiera traicionado, habría desactivado el rastreador. También habría desactivado los servicios de localización de su teléfono y probablemente ya se habría deshecho del teléfono de Anna.

Yo acababa de hacer imposible que saliera con un vehículo, pero aún había muchos lugares donde podía esconder a Anna, por no hablar de las formas de salir del territorio a pie.

¿Era por esto que Emerson no había llegado? ¿Había quedado con ellos en otro sitio?

Su puta madre. Había un agujero del tamaño de una montaña en mi seguridad. Tenía otros dos alfas y tres brujas vulnerables que proteger, por no hablar de mi propia manada.

No podía dejarlo todo e ir tras Anna.

Pero no podía perderla. No podía.

La mayoría de los compañeros podían comunicarse entre sí, dependiendo del lobo. Algunos podían hablar telepáticamente, y otros podían enviar imágenes o canciones. Cuando cerraba los ojos y me concentraba en el vínculo de pareja, me llevaba a una oscuridad infinita. No había nada al otro lado. No podía hacer nada con el vínculo porque no iba a ninguna parte.

Aún recuerdo la noche en que todo encajó. Yo estaba bañado en sangre y resbalando bajo la lluvia, con la violencia y la furia desatadas en mí, y allí estaba Anna, una cosa temblorosa. Todo había ido bien cuando el relámpago estalló y el vínculo encajó.

Me sentía en paz.

Al menos hasta que me di cuenta de quién era y de lo que probablemente había hecho.

Ella también lo había sentido.

Ella también lo había sentido.

Me quedé helado mientras volvía a reproducir ese recuerdo en mi cabeza. Joder. Fui un idiota.

Un completo idiota.
Anna había sentido el vínculo. Sus ojos se iluminaron cuando encajó.
Nadie se lo había dicho.
Lo había sentido.
Había sentido el puto vínculo, a pesar de ser nula.
Las brujas Darkwyn y sus estúpidos juegos. La Arpía quería que recuperara a Anna. Por encima de todo. Sin importar las consecuencias, se imaginó que sus jueguitos mentales serían la única manera, y yo sólo había pasado meses alejándola en lugar de fortalecer el vínculo.
Y ahora, cuando necesitaba sentirla, no había nada.
Nada más que oscuridad.
Y una piedra.
Sobresaltado, abrí los ojos y me di la vuelta, pero no había nadie cerca de mí y no ocurría nada a mi alrededor.
Volví a concentrarme en el vínculo de apareamiento. Las sombras se desplazaron y allí estaba de nuevo.
Una maldita roca.
Una roca pintada de rosa.
Podría no significar nada, pero había una roca pintada en el bosque, un proyecto sobrante de un par de adolescentes que pensaron que pintar algunas de las rocas más grandes con pintura fosforescente sería divertido cuando estaban un poco colocados.
La mayor parte de la pintura se había lavado, pero el rosa permanecía por alguna razón.
Volví a sacar el teléfono y llamé al Colmillo Sonriente.
—¿Saul? —respondió Jenson.

—Soy yo. ¿Sabes algo de Saul?
—Sí. Está a cinco minutos, pero no sé si Finn aguantará.
—Mantenlo vivo, Jenson. No está mintiendo. Bridget nos traicionó, y tiene a mi compañero. Hasta que te llame de nuevo, estás a cargo.
—Yo… ¿qué?
—Ya me has oído. Estás al mando. Protege a los alfas y a las brujas.
—Sabes dónde está? Enviaré un equipo.
No me molesté en contestar. No necesitaba un equipo.
Bridget era mía.

Anna

—Seguro que te cagaste en las bragas cuando Jax se separó de ti en el Bosque de Glicinia —le dije a Bridget mientras me encaramaba a la ridícula roca rosa. Ella y Dean estaban cavando con palas. No tenía ni idea de para qué estaban cavando, pero no me metería ahí ni aunque fuera mi tumba.

—No tienes ni idea —gruñó Bridget—. Pero ni siquiera las brujas de Darkwyn pudieron ver lo que habíamos planeado.

—¿Y eso qué sería?

—Deja de hablar con ella —espetó Dean—. Y cava. Los demás se habrán dado cuenta de que les has mentido. Te dije que los mataras, no que los echaras.

—¿Cómo iba a matar a cinco guardias? No sabía que Jax se preocuparía tanto por ella —refunfuñó Bridget y volvió a su excavación.

—¿En serio? —pregunté—. ¿O igual es solo que no querías matar a tus amigos? Te gustaba Finn, ¿verdad? No querías tener que

matarlo. —Tenía que haber alguna pizca de lealtad en ella, alguna razón por la que Jax confiara en ella. Tal vez podría salir de este lío si pudiera apelar a eso.

—Supongo que Parker tampoco se suicidó —continué—. ¿Lo mataste tú? ¿O fuiste tú, Dean? ¿Qué sentiste al asesinar a tu propio padre?

—Lo más fácil del mundo —Dean levantó la vista y sonrió satisfecho —. Sabes, pensé que te habíamos perdido cuando Jax mató a Dirk. Imagina mi sorpresa cuando mi padre me llamó para decirme que estabas a su cuidado. Fue el destino, no hay otra explicación.

—Me alegro de que las cosas te vayan saliendo bien. ¿Cómo te involucraste con mi padre? ¿Necesitabas un modelo a seguir cuando te convertiste en pícaro, y él era tan cálido y mimoso? Es irónico que tu padre fuera mi mentor y mi padre fuera tu mentor.

—¿Dirk? ¿Un mentor? —Dean resopló—. Por favor. Tu padre era un asesino, y era tonto. Fácilmente manipulable. Claro que no estaríamos aquí si hubiera sido lo bastante listo para ver lo que tenía delante todo el tiempo. Me caes bien, Anna. De verdad. Siento que hayas tenido que pasar por todo esto, pero acabará pronto.

—Genial. Me alegro mucho. ¿Por qué no me cuentas qué pasa? ¿Por qué necesitas una nula?

Bridget jadeó de repente y se dobló sobre sí misma. Me puse en pie de un salto, pero Dean me agarró antes de que pudiera correr.

—¿Qué coño te pasa? —le siseó.

—Jax —jadeó Bridget mientras las lágrimas corrían por su cara—. Él lo sabe. Cortó mi vínculo.

—Lo siento —había verdadera empatía en la voz de Dean.

—¿A que jode? —pregunté esperanzada.

—Depende del alfa. Se puede hacer de una manera amable. Una manera que sólo te deja una sensación de vacío, o puede ser cortada bruscamente. He oído que es una agonía. Pero al menos ahora no puede localizarla.

Bridget gritó de dolor y se golpeó las rodillas. Dean retrocedió rápidamente y me arrastró hacia él.

—Dato curioso —dijo Jax mientras caminaba hacia nosotros—. Un alfa también puede torturar a ciertos miembros de la manada cuando rompen el vínculo. Ella era mi tercera. Me lo prometió todo, y puedo volver eso contra ella y hacerle gritar durante días.

Me invadió el alivio. No sabía cómo me había encontrado Jax, pero estaba aquí.

Sólo que parecía estar solo.

—Sabía que había algo raro en ti cuando volviste —continuó Jax, con los ojos clavados en Dean—. Joder, si no hubiera estado tan distraído, habría indagado un poco más. Prescindamos de las formalidades. Bridget te coló en mis tierras. Parker te encontró y tú lo mataste para mantenerlo callado. Luego secuestraste a Irene. No te irás de mi tierra con vida, así que ¿por qué no confirmas que trabajas para Emerson y me dices qué quiere de mi compañera y mi bruja?

Sacó las garras, que se clavaron en mi cuello.

—Un paso más y le arranco la cabeza.

—No, no lo vas a hacer —Jax parecía casi aburrido mientras miraba a Bridget retorciéndose en el suelo—. La necesitas, y los dos lo sabemos.

—¿Qué te importa? Ella ni siquiera puede sentir tu vínculo de apareamiento. Déjame tenerla, y tendrás tu vida de vuelta. Puedo hacer un trato con Emerson.

Jax no creía que yo pudiera sentir el vínculo de apareamiento… ¿Será por eso que a pesar de todo seguía alejándome? Si me hubiera dicho algo, podría haberle dicho lo mucho que lo siento cada segundo de cada día. En vez de eso, nos atormentó a los dos.

—Eres idiota —murmuré.

—Cállate, perra estúpida —gruñó Dean.

Jax sonrió.

—No, no te dice a ti. Me está llamando idiota a mí. Y no se equivoca. ¿Dónde está Emerson? ¿Cómo planeabas sacarla de mis tierras?

Todo sucedió a cámara lenta. Estaba tan concentrada en Jax, y él estaba tan concentrado en mí, que había quitado los ojos de Bridget. Ella seguía llorando, pero estaba en el suelo.

Y estaba cavando.

Olí la pólvora justo cuando el sol golpeaba el brillo del metal.

Eso es lo que habían enterrado. Una pistola. Habían traído dos, pero Dean había metido la pata cuando le disparó a su padre. Tuvo que dejar su arma para que pareciera un suicidio.

Pero Bridget sólo necesitaba una.

Grité una advertencia justo cuando se dio la vuelta y disparó.

Jax cayó, y mi loba salió de mí. Girando, agarré la cabeza de Dean y la golpeé contra la roca. Cuando sus ojos empezaron a brillar, golpeé su cabeza de nuevo.

Los lobos muertos no se mueven.

El arma volvió a sonar y una bala me desgarró el cuerpo, pero no me detuvo y me lancé sobre Bridget. Mis dientes se hundieron en su garganta y ella gimió una sola vez antes de que le arrancara la yugular.

El vínculo en mí se atenuó, y me volví para ver a Jax. Todavía no se había transformado. ¿Por qué no se transformaba? Si no lo hacía, moriría.

El vínculo en mí se atenuó. Se estaba muriendo.

Mierda, y yo también.

Lloriqueando, intenté transformarme. Necesitaba dedos. Sacaría la bala y luego lo arrastraría a un lugar seguro.

Mi loba gimoteó y se quedó.

No. ¿Qué estaba pasando? Ella nunca me había desobedecido.

No estaba desobedeciendo.

No podía transformarme.

El horror golpeó. Había algo en la bala, algo que impedía que Jax se moviera.

Algo me impide transformarme.

No. Yo era una nula. La magia no me afectaba. No iba a detenerme. Y menos ahora, mientras la vida de Jax pendía de un hilo.

Con dolor, cerré los ojos y me sumergí en mi interior. Busqué la magia y la encontré enterrada en la oscuridad, como un tenue pulso dorado que intentaba ocultarse de mí.

Una vez que me centré en ella, la controlé y vi cómo crecía y se hacía más audaz. Quería apoderarse de mí, pero no tenía nada de lo que alimentarse.

Yo era el vacío.

Desapareció al instante, y aullé cuando el cambio me invadió. Un segundo, loba, al siguiente, humana.

Y no estaba sola.

—Hola, Anna.

Anna

—Ayúdale —le rogué a la Doncella.

Con cada respiración, Jax parecía debilitarse bajo mi contacto. La bala estaba alojada en su pecho. Si seguía siendo humano durante mucho más tiempo, sería fatal.

La única razón que se me ocurría para la presencia de la Doncella era que estaba aquí para traicionarnos a todos, como habían hecho todos los que nos rodeaban.

Pero era mi amiga, y tenía que aferrarme a ella si había la más mínima posibilidad de que me equivocara.

—Por favor, ayúdale. El hechizo ya se aferró a él. No puedo absorberlo.

—Puedes —dijo, agachándose y examinándolo—. Estás unida a él. Puedes absorber el hechizo y convertirlo en polvo.

—No sé cómo. ¡Se va a morir!

—Anna, el poder que tienes no es algo que hagas. Es lo que eres. Libera el pánico, concéntrate en el vínculo y déjate llevar por tus

instintos. Puedes hacerlo.
Se alejó de nosotros, se encaramó a una roca y me miró como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.
Me planteé seriamente borrarla de mi lista de amigos, pero tenía muy pocos. Bridget había empezado a convertirse en una, y mira cómo acabó.
Gruñendo, volví a mirar fijamente a Jax. No sabía cómo se había enterado de que yo estaba en apuros o incluso cómo me había encontrado, pero lo había hecho. Ahora se estaba muriendo por mi culpa.
El lazo apenas se veía en mi mente. Desesperadamente, lo alcancé y tiré de él, cualquier cosa que lo hiciera revivir para poder seguirlo hasta él. Conectar con él.
No pasó nada. La rabia se apoderó de mí. No podía acabar así. No lo permitiría.
Solté el lazo y dejé de intentar que se aligerara físicamente. En lugar de eso, le ordené que me llevara hasta Jax, que me condujera hasta el hechizo.
Al instante, un brillante fuego dorado cobró vida. Se arremolinó y se aferró a Jax, extendiéndose cada vez más rápido. Oí vagamente a su lobo aterrorizado y aullando de dolor.
Alargué la mano y toqué uno de los zarcillos dorados. Se oscureció y murió, se apagó. La oscuridad se extendió a toda la luz, matando el hechizo y liberando al lobo de Jax.
Aulló e inmediatamente empezó a tomar el control. Al abrir los ojos, me eché hacia atrás y vi cómo Jax se desplazaba lenta y dolorosamente.

—Excelente trabajo. El otro lobo tardará más en curarse. Yo no pude matar el hechizo como tú, sólo debilitarlo lo suficiente para que el lobo se hiciera cargo. Tendrás que ocuparte de él una vez que esté curado y matar el hechizo para que pueda volver a transformarse.

Levanté la cabeza.

—¿El otro? ¿Finn? ¿Curaste a Finn?

—Estaba siguiendo tu rastro y lo encontré primero.

Agotada, toqué el pelaje de lobo de Jax y me alegró ver que su pecho se levantaba con más facilidad. La bala había salido y estaba en el suelo junto a nosotros.

—Gracias.

—Aférrate a ese sentimiento de gratitud —dijo secamente—. He desafiado a mis hermanas para estar aquí, y puede que tengan razón; puede que haga más mal que bien abandonando la protección de mi guarida.

Era una bruja poderosa. Si quienquiera que estuviera drenando magia le ponía las manos encima, podría ser el fin para todos nosotros. Sus hermanas tenían buenas razones para querer aislarse del peligro.

—¿Y por qué estás aquí?

—No siempre fui la Doncella —dijo en voz baja—. Antes de convertirme en una de las brujas de Darkwyn, era hija de una bruja de manada. Crecí entre lobos. Ver cómo os hacen polvo y no hacer nada para ayudar no es algo que pueda soportar. No he tenido una visión desde que dejé la guarida. Hasta que no tenga una, no sabré si estoy ayudando o haciendo daño.

—Si no naciste Doncella, tienes un nombre. ¿Cuál es?

Sonrió suavemente.

—Todos tenemos nombre, Anna. No nos llamamos Doncella, Madre y Arpía cuando estamos entre nosotras. Bueno, Arpía sí, pero es un poco diferente. Yo soy Lunessa.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando me quedé en tu casa?

—Arpía vio inmediatamente que eras la clave de nuestro futuro. No quería que nos encariñáramos. Es lo bastante mayor para olvidar que las amistades se forman pase lo que pase.

Jax gimió y se movió. Cuando se incorporó, me aparté de él y me quedé mirándole. No sabía qué esperar. El hechizo había impedido que se moviera, pero ¿qué más había hecho?

Sus ojos se posaron en mí, y un fantasma de sonrisa se dibujó en sus labios. Mi corazón no pudo evitar un respingo al verlo, pero cuando vio a Lunessa, frunció el ceño.

—No deberías estar aquí —dijo con voz grave.

La bruja no dijo nada, así que carraspeé.

—Se llama Lunessa —dije con tono servicial—. Ella le salvó la vida a Finn. Y puede que la tuya.

Con un gruñido, se puso en pie. No le ayudé, preferí dejar espacio entre nosotros. Sus fosas nasales se encendieron y se volvió para mirar los dos cadáveres que tenía detrás.

—Habrá que enterrarlos o quemarlos rápidamente antes de que alguien capte su olor.

—Puedo pedirle a la tierra que se los lleve —ofreció Lunessa.

Después de un momento, Jax asintió.

—Necesito volver. No quiero que los otros alfas se den cuenta de que algo va mal. Si quieres quedarte y ayudar, Lunessa, no te

rechazaré. Sé de un lugar donde puedes quedarte, pero tendrás que permanecer fuera de la vista hasta esta noche para que pueda hacer algunos preparativos.

—Puedo esconderme en el bosque. Eso no será un problema. ¿Sabes qué brujas están aquí?

—Cam Lee es la bruja de Maeve. London viajó con una bruja llamada Ava.

Lunessa levantó la cabeza.

—¿Ava? ¿Esa es la bruja de London? ¿Estás seguro?

—Sí. ¿Es eso un problema? —preguntó Jax.

—No. Es sólo… ella no tiene nada de malo. Sólo que imaginé que London podría ser capaz de hacerlo mejor, eso es todo. No conozco bien a Cam, así que tengo que tener cuidado al comunicarme con Irene. Cuando estés listo para mí, encuentra una razón para apartar a Irene. Ella me encontrará —Lunessa miró al cielo y frunció el ceño —. Mejor date prisa —siguió—. Presiento que los problemas han cruzado vuestras fronteras.

—¿Problemas?

Lunessa me miró.

—Un hilo oscuro directamente ligado a ti.

Se me retorcieron las tripas.

—Emerson.

42

Jax

—Respira —le dije a Anna mientras nos acercábamos a la casa. Había un todoterreno nuevo aparcado en la entrada. Mi teléfono tenía numerosos mensajes sobre la llegada de Emerson. Respondí para que mis lobos supieran que estaba en camino, a lo que siguió inmediatamente por una serie de preguntas sobre mi ubicación exacta.

Me negué a contestarles. Anna y yo habíamos conseguido algo de ropa, pero seguíamos manchados de sangre. Por suerte, no era suya: había matado a Dean y a Bridget sin herirse.

Bridget. Sólo pensar en ella abría una fría oscuridad dentro de mí. Ella era mi tercera al mando. ¿Cómo se atreve a traicionarme así?

—¿Qué? —preguntó Anna, sacándome de mis pensamientos.

—No estás respirando. Emerson no te tocará, pero si no puedes soportar estar en la misma casa que él o incluso en la misma tierra, sólo dilo. Encontraré un lugar seguro para ti.

—¿Así que ahora te preocupa encontrarme un lugar seguro?

Había amargura en su voz y se me oprimió el pecho. Me había equivocado tanto con ella, pero no podía dedicar tiempo a arreglarlo. Si yo cometía un solo error en los próximos días, Anna pagaría el precio.

Ella y todos.

—¿Dijeron algo que te diera alguna razón para creer que trabajaban para Emerson? —pregunté en voz baja.

—No. No tenemos pruebas de que esté involucrado, pero no me iré hasta que las tengamos.

Había crecido mucho en los últimos meses. Aunque sabía que no podía atribuírmelo, estaba muy orgulloso de ella.

—Deja de sonreírme —espetó—. ¿Qué debería esperar cuando entre ahí?

Pensé.

—Emerson probablemente habrá oído que eres mi compañera, así que dudo que se haga el sorprendido. De hecho, dudo que actúe como si te conociera. Este no es buen lugar para que nadie se entere de que era amigo de tu padre. Seguramente confía en que tengas miedo de decir nada. Deberías apoyarte en eso para que se sienta cómodo.

Anna gruñó un momento y suspiró.

—Vale. Puedo hacerlo.

—Tendrá que explicar por qué llega tarde. Y todos querrán saber por qué estamos cubiertos de sangre. Por ahora, tenemos que ocultar la verdad. No podemos dejar que nadie se entere de la traición de Bridget. Lo último que necesito es que los otros alfas se den cuenta de que hay disensión entre mis lobos.

—Podemos decir que fue un ejercicio de entrenamiento que fue demasiado lejos, y tú interviniste para protegerme. A Emerson le encantará pensar que soy vulnerable y débil —dijo Anna con amargura.

—No eres ninguna de las dos cosas. Te das cuenta, ¿verdad?

—Hmm. Bueno, supongo que es la hora del espectáculo.

La puerta de mi casa se abrió y Jenson salió. Echó un vistazo a la sangre que teníamos encima y se puso rígido.

—Hasta luego —le dije al saludarle—. ¿Situación?

—Ha llegado Emerson. Trae una bruja con él y tres guardias. La bruja exigió ser llevada directamente con Irene —la boca de Jenson se endureció en una línea recta—. Yo no lo permitiría.

—¿Conseguiste una foto de ella?

—Sí.

—Ve a ver a Irene y entérate si a ella y a los demás les parece bien reunirse con esa bruja —hice una pausa—. También necesito que le hagas llegar un mensaje, pero no puedo dejar que las otras brujas o lobos lo sepan. Ni siquiera a los nuestros. No quiero que se escriba ni que se hable en voz alta. Si encuentras la manera, dile que Lunessa está aquí.

—¿Eso qué se supone que significa?

—Ella lo sabrá. Guárdatelo para ti. Te daré más información cuando nos veamos esta noche. ¿Hay algo más que informar?

—Tuve que poner nuevos guardias en el Colmillo Sonriente. Los guardias anteriores informaron de que Bridget los echó, y ahora no puedo dar con ella.

—Hablaremos eso más tarde también. Por ahora, mantén el incidente en secreto. Dile a los guardias anteriores que Bridget fue mal informada y que no hay necesidad de preocuparse.

Jenson frunció el ceño, pero no me hizo más preguntas.

¿Debería confiar en él? Lo miré con duda por primera vez en mi vida, e inmediatamente desterré ese pensamiento. Nunca había considerado a Bridget capaz de traicionarme, pero sólo porque me había jurado lealtad y no me había dado motivos para dudar de ella. Siempre había sido firme: eso la había convertido en una excelente tercera.

Jenson, en cambio, era más que mi segundo. Era mi amigo. Cuando mi hermano fue alfa, Jenson debería haber sido su segundo, pero mi hermano se lo negó por su amistad y lealtad hacia mí. Jenson no había estado dispuesto a renunciar a su amistad conmigo por el puesto. Cuando me convertí en alfa, nunca hubo dudas sobre quién sería mi segundo. Entonces confié en él.

Ahora también.

—Gracias, Jenson —dije, despidiéndolo—. ¿Preparada? —le pregunté a Anna.

Parecía cualquier cosa menos preparada. Quería subirla inmediatamente a nuestra habitación, dejar que se duchara para quitarse el hedor de la traición y abrazarla hasta que pasara el peligro.

Esa no era una opción.

Los otros alfas se habían reunido en el porche trasero. Había mucho poder cuando estábamos todos juntos, lo que hacía que las tensiones fueran altas. Por muy grande que fuera la habitación, nos

sentíamos atrapados y claustrofóbicos, así que no me sorprendió encontrarlos fuera.

—Por fin. Esta reunión irá muy lenta si la gente sigue llegando tarde o marchándose sin avisar, o… —la voz de Maeve se entrecortó y frunció el ceño al notar la sangre—. Mis disculpas. Parece que necesitabas ocuparte de algo.

—He tenido a algunos de mis lobos entrenando a Anna. Uno de ellos lo llevó demasiado lejos —dije con despreocupación—. Emerson. Veo que por fin has llegado.

—Así es. —La mirada del otro alfa se posó en Anna, y no hizo nada para ocultar el calor en sus ojos. Incluso después de todo este tiempo, todavía parecía desearla—. Y esta debe ser la famosa pareja que has tomado. La hija de Dirk Kipling.

Giré la cabeza para ver cómo Anna abría los ojos de par en par antes de encogerse un poco. Debería haberme molestado lo bien que estaba interpretando su papel.

—Eso es lo que era. Ahora es mi compañera —zanjé—. Y si no dejas de mirarla así, vamos a tener un problema.

—Mis disculpas. Leve curiosidad —dijo Emerson con una sonrisa afable. Hasta que Anna me habló de la amistad de Emerson con su padre, nunca lo habría considerado una amenaza. Al menos, no más que cualquiera de los otros alfas.

Alto y delgado, apenas imponía como humano. Prefería los trajes, incluso en su propio territorio, y tenía una personalidad aparentemente suave.

Cuando trataba con otros lobos, podía parecer tranquilo, pero todos podíamos sentir su poder, y habíamos visto de primera mano lo

violento que podía ser su lobo. Su apariencia apacible no nos engañaba.

—Y siento haber llegado tarde. Hubo algunos problemas en mi viaje hasta aquí.

—¿Problemas? —no me gustó nada como sonó eso—. ¿Qué tipo de problemas?

—En la carretera, a unos 16 kilómetros de tu frontera, hicimos una parada técnica. Cuando regresé, habían herido a mi guardia y nuestros vehículos estaban inutilizados. Tuvimos que acampar toda la noche mientras esperábamos a que llegaran los sustitutos.

—¿16 kilómetros? ¿Por qué no me llamaste? —Algo no olía bien en esta historia.

—Lo consideré, pero antes de que mi guardia resultara herido, insinuó que los lobos pícaros que nos atacaron trabajaban por orden de otro.

—Pensaste que era yo —dije rotundamente.

—¿Tienes alguna razón para hacerme daño? Al final decidí que mi guardia podría haber malinterpretado algo, o tal vez los granujas se habían organizado. Aun así, siempre peco de precavido, así que organicé mi propio transporte.

Había plantado la idea del sabotaje sin acusarme directamente. Eso fue inteligente: London y Maeve pasarían el resto de nuestro tiempo juntos prestándome especial atención.

—¿Y dónde está tu bruja? —pregunté, cambiando de tema.

—Descansando. Ha sido una noche dura para ella. Le gustaría visitar a las otras brujas, pero tu segundo dijo que no debían ser molestadas, así que decidió disfrutar de la tranquilidad mientras

pudiera y reponer sus reservas mágicas. La verdad, no tengo ni idea de lo que hace para descansar.

—Su nombre? —pregunté pacientemente.

—Janelle.

—¿Janelle? —repitió London con los ojos entrecerrados—. Creía que tu bruja se llamaba Yasmine.

Emerson bajó la mirada.

—¿No te has enterado? Mi pobre querida Yasmine murió hace unos ocho meses. Trágico, realmente. Encontré su cuerpo más allá de mi territorio. Un lobo pícaro la había matado.

Emerson estaba actuando, con lágrimas en los ojos y las manos juntas. London y yo intercambiamos una mirada. Si un pícaro hubiera matado a nuestra bruja, no estaríamos tristes, sino furiosos.

—¿Supongo que rastreaste a ese granuja? —preguntó Maeve.

—Así es. Janelle vino a mí hace varios meses. Había oído que no tenía bruja y necesitaba protección. Temía que un aquelarre estuviera tras ella.

—¿Le puso nombre al aquelarre?

—Pues sí. El aquelarre de Darkwyn.

Anna

Después de cenar, Jax nos excusó, citando asuntos de la manada que había que atender. Yo no tenía ni idea de adónde íbamos, y él no dijo ni una palabra hasta que llegamos al Colmillo Sonriente. Con unas palabras en voz baja, despidió a los guardias y nos dirigimos directamente al pequeño apartamento al que yo antes llamaba hogar. Cuando cerró la puerta tras nosotros, se apoyó pesadamente en ella y cerró los ojos.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté. Agitada, empecé a pasear por el pequeño espacio.

—Agotado, de la curación. Tardaré en recargarme. ¿Por qué huyes de mí?

—¿Huyo? Tardé un momento en darme cuenta de que se refería a mis paseos. Me habían llevado a la otra punta del apartamento.

—La inercia —dije inquieta—. No estoy muy acostumbrada a recibir a otros en este sitio.

—Estás enfadada conmigo —cerró la puerta, se dirigió al sillón y se sentó pesadamente en él.

Haciendo caso omiso de su afirmación, me acerqué a la ventana de enfrente y me quedé mirando hacia fuera.

—Has echado a los guardias. ¿Es prudente?

—No muy lejos. Quería algo de privacidad, así que están vigilando un perímetro mayor. ¿Ves ese nuevo armario de pared?

Curioso, me acerqué al nuevo mueble y abrí la puerta. Seis monitores de seguridad parpadearon y mostraron un perímetro de 400 metros alrededor del restaurante.

—¿Qué es esto?

—Seguridad —dijo secamente.

—Ya lo veo. ¿Por qué está aquí? —¿Estaba a punto de echarme de su habitación? No es que yo quisiera estar allí, pero había montado tanto alboroto para que me quedara con él, y ahora parecía que estaba preparando mi antiguo lugar para que me mudara de nuevo.

—Cuando los alfas se hayan ido, podrás elegir dónde vivir —dijo con cuidado—. Por ahora, podría considerar poner a la Doncella aquí. No estará a salvo con las otras brujas, y este edificio ya está fuertemente custodiado. Por supuesto, eso suponiendo que confíe en estos guardias. No tengo ni idea de cuánto daño ha hecho Bridget ni de lo extendida que estaba —o está— la traición.

Así que, no ahora, pero sí en el futuro. Un futuro en el que aparentemente tengo la opción de quedarme en el territorio de Jax pero no en su cama. Tragué saliva.

—Dudo que Dean y Bridget esperaran ser capturados, y no reclutarían a la ligera. Deberíamos ser capaces de rastrear sus

movimientos, pero no creo que estemos teniendo en cuenta a muchos otros —dije pragmáticamente.

—¿Anna?

—¿Hmm? —Me separé de los monitores y me dirigí a la cocinita. ¿Qué otros cambios había hecho?

—Por favor, mírame, Compañera.

El lazo brilló en mi interior, e inmediatamente lo rodeé de oscuridad.

—Estamos solos —dije finalmente mientras me daba la vuelta—. No hace falta que me llames así.

—Eso es lo que eres.

—Y sin embargo, al parecer has pasado todo este tiempo pensando que el vínculo no me afecta, y castigándome por ello.

—Anna…

La frustración se había convertido en dolor y rabia, y ya no podía contenerme más.

—Podrías habérmelo preguntado. En cualquier momento, podrías haberme preguntado cómo me sentía. Te habría dicho la verdad. Te habría dicho cómo este vínculo de apareamiento atraviesa el vacío. Cómo te siento todo el tiempo. Invades mis sueños. Influyes en mis acciones. Te siento en todo lo que hago y soy.

—Ya lo sé.

Se me llenaron los ojos de lágrimas de frustración.

—Me trajiste de vuelta contra mi voluntad. Me tienes aquí porque soy un nula, pero también has pasado todo este tiempo alejándome por la misma razón. ¿Así es como vamos a ser, Jax? ¿Follando como si no pudiéramos alejarnos más el uno del otro, pero dando vueltas el resto del tiempo?

—Anna, lo siento.

—Lo siento —gruñí—. ¿Qué coño hago con eso?

—Recordarás, espero, que estoy en una situación desconocida y llevándolo mal. Todo lo que has señalado es correcto. Te mereces algo mejor. Te mereces algo mejor en un compañero, pero yo soy lo que tienes. Puedo aprender, Anna. He cometido miles de errores en el pasado. Te traté como una mierda durante años después de aparearnos por primera vez, y deberías dejarme, pero no creo que yo pueda dejarte a ti. Si te fueras, te perseguiría. Te traería de vuelta aquí porque te necesito. Mi lobo te necesita, y necesito pasar una jodida vida haciéndolo mejor. Manteniéndote a salvo y haciéndote sentir segura. No merezco otra oportunidad, pero la estoy pidiendo. Y sé que acabo de decir que no te daría opción en el asunto, pero está bien si sólo quieres odiarme y hacerme la vida miserable. Sólo estate aquí mientras tanto, y un día, haré esto del apareamiento tan bien que ya no tendrás ganas de odiarme. Te lo ruego. Te lo suplico.

Suplicando. Realmente nunca pensé que vería el día. La pelea terminó con su disculpa, y lentamente caminé hacia él. Ahora que ya no estábamos en presencia de los otros alfas, su lobo se había retirado. Nunca había visto a Jax tan débil. Me subí a su regazo, apoyé la cabeza en su pecho y puse la mano sobre su corazón. Afortunadamente, seguía latiendo fuerte bajo mi contacto.

Sin mi ira, no sabía cómo hablar con él. Comunicar intimidad no es que se me diera muy bien. Era injusto para mí esperar algo diferente de él.

—No me voy a ninguna parte. Seguiremos trabajando en ello —dije sin fuerzas.

—Gracias, joder —gruñó mientras me rodeaba con sus brazos. Estuvimos así unos minutos hasta que no pude soportar más el silencio.

—Lunessa puede causar problemas —dije en voz baja.

—Verdad.

—Pero si no hubiera aparecido cuando lo hizo, Finn estaría muerto. Puede que tú también.

—También es verdad.

Si los otros alfas se enteraban, sospecharían aún más. Emerson había hecho un excelente trabajo fomentando un ambiente hostil.

—¿Qué harás con Bridget? —le pregunté.

Jax se tensó debajo de mí, pero teníamos que trazar un plan.

—Tendré que decírselo a Jenson y a Amelia; ella estaba allí y sabe que la situación no cuadra. Si no, tendré que mantener en secreto la desaparición de Bridget. No hay necesidad de dar a los otros alfas más munición contra nosotros. Después, me ocuparé de reemplazarla.

Su voz estaba entrecortada por la ira. La traición de Bridget le había herido profundamente. Tardaría algún tiempo en curarse.

—Te asignaré a Amelia. Quiero que visites a Finn mañana y veas si tiene algo que añadir a nuestra comprensión de la situación. Luego, lleva a Amelia al lugar donde Bridget y Dean se encontraron y mira qué más pueden haber enterrado. Cuando los alfas se hayan ido, me encargaré de que se rectifique la causa de la muerte de Parker.

El silencio se apoderó de nosotros mientras cerraba los ojos e intentaba relajarme. Jax estaba caliente debajo de mí.

—Te sentía dentro de mí. Fue una sensación extraña —dijo en voz baja—. Durante una fracción de segundo, cuando creí que moriría por la pestilencia que rezumaba en mi interior, sentí que la absorbías. Succionándola a través del vínculo de apareamiento y sacándola de mí.

—¿La mejor mamada que has tenido en tu vida? —pregunté bromeando. El asombro en su voz me hacía sentir incómoda, y Anna incómoda tendía a ser inapropiada.

—Anna —gruñó—. ¿En serio?

—Si dices que las has tenido mejores, voy a tener que trabajar de verdad en mis habilidades.

—Estoy tratando de tener una conversación seria.

Utilizando el respaldo de su silla, me levanté y me puse a horcajadas sobre él.

—Y aún así estás duro como una roca.

Gruñendo, me rodeó la cintura con las manos y me apretó más contra su erección.

—Y de quién es la culpa?

—Mía.

—Parece que estés orgullosa.

—Lo estoy —admití—. Y sospecho que no estás en condiciones de manejar ese problema por ti mismo. Estoy más que feliz de…

—No —interrumpió.

Confundida, fruncí el ceño.

—¿No?

—Estás usando el sexo para distraerme, y no vamos a hacerlo más. Emerson está aquí, y no quieres sentirte vulnerable. Lo entiendo, pero cuando te digo lo increíble que eres, no es para que te sientas vulnerable. Es para que finalmente puedas empezar a ver tu verdadero yo. Ojalá hubiera hecho más por ti antes, pero ahora estoy aquí y no dejaré que sigas escondiéndote de ti misma —dijo suavemente y me pasó los dedos por debajo de la barbilla.

Me incliné hacia él y suspiré.

—Si no vamos a echar un polvo, entonces deberíamos volver. No podemos escondernos aquí para siempre.

—No es escondernos, Anna. Es estrategia, y yo quería un rato a solas contigo, un rato en el que no estuvieras mirando la puerta preocupada de que Emerson pudiera entrar en cualquier momento.

Volví a moverme y me acomodé contra su pecho. Me resultaba extraño acurrucarme así contra él, ya que no estábamos teniendo relaciones sexuales, pero necesitaba ese consuelo. Los lobos eran criaturas sensibles. Hacía tanto tiempo que no me tocaban con ternura que ni siquiera me había dado cuenta de cuánto lo necesitaba.

Cuánto lo necesitaba.

—¿De verdad crees que un lobo pícaro mató a su bruja? —pregunté.

—Yasmine era poderosa y estuvo con él mucho tiempo. Dudo que simplemente se paseara fuera de los límites y dejara que un lobo se la llevara —dijo Jax distraídamente mientras paseaba una mano por mi espalda—. Eso no significa que tenga que ver con lo que está pasando ahora. ¿Alguna vez Emerson visitó a tu padre con una bruja?

—No. Siempre venía solo. Nunca vi a otras mujeres cerca de mi padre, excepto a las que había secuestrado —hice una pausa—. Emerson intentará llevarse a Irene otra vez.

—¿Por su magia? ¿Crees que la necesitará de nuevo?

—No importa. Incluso si su magia no vuelve a su máximo potencial, él necesitaría tomarla de nuevo. No podrá soportar que una hembra se le escape. Mi padre quería hembras para reproducirse. Emerson sólo quiere hembras para hacerles daño. Le gusta tener el poder sobre ellas. Debe odiar que ella se le haya escapado de las manos.

—Como tú, por ejemplo —me recordó Jax—. Intentará llevarte a ti también, nula o no.

—Él tiene un plan. Obviamente dependía de Bridget y Dean. Tal vez ya lo hemos frustrado.

—Emerson es metódico —murmuró Jax—. Tendrá un plan B. No entiendo el sentido de todo esto. No puede poseer la magia por sí mismo. ¿Para qué la necesita? ¿Para qué necesita una nula? Sé que debe haber un fin, pero no lo veo.

—Si hemos de creer al aquelarre de Darkwyn, sabemos una cosa. Terminará en muerte —dije en tono sombrío, mirándolo—. Deberíamos preguntarle a Lunessa cuál es su conexión con Janelle. Puede que Emerson sólo quiera lanzar sospechas sobre el aquelarre más poderoso que existe, o puede que tenga razón: intentaron matarla.

—Eso tendrá que esperar —dijo Jax mientras me levantaba lentamente y me quitaba de encima—. Es hora de ir a dar las malas noticias sobre Bridget.

Jax

Ni Jenson ni Amelia dijeron una palabra después de que les contara lo de Bridget. Estábamos en la linde del bosque y no había nadie en kilómetros a la redonda.

—¿Tú la mataste? — le preguntó Jenson finalmente a Anna, que estaba un poco por detrás de mí. Ella no quería estar aquí, pero yo no iba a dejarla sola en la casa con Emerson y los otros alfas.

—No tuve elección —dijo en voz baja.

Cerrando los puños, Jenson se dio la vuelta y se alejó. No fue muy lejos y le dejé su espacio.

Amelia inhaló bruscamente.

—Sabía que le pasaba algo. Debería haber presionado —susurró—. Estos últimos días, había estado actuando de forma extraña. ¿Mató a Finn?

—Finn está en la enfermería. Se está curando, pero despacio. Tú te encargarás de vigilar a Anna, y quiero que los dos lo visitéis mañana para ver si recuerda algo más del ataque. Le estamos ocultando sus

heridas a la manada —no le hablé de la presencia de Lunessa, pero ya se enteraría si la bruja volvía a acercarse a Anna.
Era muy difícil saber en quién confiar.
Jenson volvió, pero aún tenía lágrimas en los ojos.
—¿Qué necesitas de nosotros? —preguntó bruscamente.
—Mucho, por desgracia. Aún no puedo arriesgarme a decirle a la familia de Bridget que está muerta. Amelia se hará cargo de las tareas de guardaespaldas de Finn mientras se cura, pero quiero que estéis atentos a cualquiera que actúe de forma extraña, cualquiera que de repente quiera hacerse amigo de Anna o acercarse a ella. Cuando tengáis oportunidad, revisad todas las grabaciones de seguridad. Y me refiero a todas. Mirad con quién han hablado Bridget y Dean y comprobad si hay algo inusual.
—Era mi mejor amiga —dijo Amelia con voz inexpresiva—. ¿En mí sí confías?
Dudé.
—Sé que me eres leal. ¿Pasaba algo que yo no sabía? ¿Tenía alguna movida? ¿Algo que la hubiera hecho traicionarme?
—Acaso importa? —gruñó Jenson.
—A mí sí.
Amelia suspiró.
—Creo que Dean podría haber sido su pareja. Nunca dijo nada, pero ha olido un poco diferente estos últimos meses. Como si tratara de ocultarlo.
—No me había dado cuenta —dije frunciendo el ceño.
—Yo tampoco —dijo Jenson.
Amelia suspiró.

—Vosotros estáis apareados. Ya no prestas atención a esas cosas.
—Yo no —dijo Jenson confuso—. Amelia le ignoró.
—En cualquier caso, eso no explica por qué te traicionó. Ni siquiera una pareja la obligaría a hacer eso.
—Por lo visto, tu pareja puede influir en ti para que hagas todo tipo de cosas —murmuró Jenson, con los ojos clavados en mí. Por un momento, consideré dejarlo pasar. Estaba dolido por la traición de Bridget y necesitaba un objetivo. Si no hubiera involucrado a Anna, yo podría haber estado dispuesta a ser ese objetivo, pero no podía permitir que hiciera inferencias sobre mi compañera.
Saqué un poco de energía a través de nuestro vínculo y él apartó rápidamente la mirada. No se disculpó, pero estaba bien, ya hablaríamos de ello más tarde.
—Emerson afirma que unos lobos sabotearon su coche a 16 km del territorio. Necesito que envíes a Trey y a otros tres a seguir sus pasos. Emerson esperará que lo haga, así que asegúrate de que sean conscientes de que puede ser una trampa. A ver qué pueden descubrir —continué—. ¿Qué dice Irene sobre su bruja?
—No la reconoce —dijo Jenson y luego frunció el ceño—. Pero dice que eso tampoco es raro. No ha tenido mucho contacto con ninguna bruja desde que se unió a nosotros. En cuanto a ser objetivo del aquelarre de Darkwyn, dice que es posible. Han cazado brujas otras veces por violar sus leyes.
—¿Las tres? —preguntó Anna, con las cejas enarcadas—. Me cuesta creer que las tres brujas Darkwyn dejaran su guarida desprotegida.
—Sólo una. La más joven —la Doncella— es la asesina.

Lunessa. Uff, mierda. ¿Eso cambiaba las cosas? ¿Por qué el aquelarre de Darkwyn no querría que Lunessa vagara si era una asesina entrenada? ¿No sería necesario para llevar a cabo sus funciones?

—Anna, ¿sabes cómo contactar con el aquelarre Darkwyn?

—No, pero seguro que Irene sí. Hablaré con ella mañana.

—¿Por qué? —exigió Jenson—. ¿Porque no confías en Irene?

Le lancé una mirada dura, pero se limitó a fruncir el ceño.

—No es por Irene —le dije.

—Deberías decírselo —dijo Anna de repente—. No creo que ella esté aquí para causar problemas, pero si me equivoco, él debería saberlo. Deberían saberlo, especialmente si Amelia me está vigilando.

Después de un momento, asentí.

—Bien, pero al igual que la traición de Bridget, esto tiene que quedar entre nosotros, y si quienquiera que haya cazado a Irene se entera, es muy posible que todos estemos muertos. La Doncella está aquí.

Jenson palideció.

—Dijiste que alguien busca el poder. Ella debe ser increíblemente poderosa.

—Lo es, y si alguien la drena, estamos jodidos. Así que tenlo en secreto. Ahora mismo, creo que podemos confiar en ella, pero si Irene se pone en contacto con el aquelarre Darkwyn y descubre que ella tiene intereses diferentes, entonces vamos a la ofensiva. ¿Entendido?

—Cuéntaselo todo —animó Anna en voz baja—. Incluso lo que soy. Tienen que saberlo.

La frustración se apoderó de mí y quise rechazarla. Cuanta más gente supiera lo que Anna podía hacer, más peligro correría.
Pero confiaba en Jenson, y confiaba en Amelia para protegerla.
Así que les conté todo: lo que era Anna, lo que decían las brujas, lo que su padre quería que hiciera y su conexión con Dean y Emerson.
Cuando terminó, sentí algo totalmente distinto en mi vínculo con mi segundo.
Remordimiento.
—Soy un gilipollas —le dijo en voz baja a Anna—. Lo siento.
—No hay necesidad de disculparse. He hecho cosas terribles y he traído problemas a vuestra manada. Hay días en los que pienso que lo mejor que puedo hacer es huir lo más lejos posible de todos vosotros y tratar de desaparecer.
—Te encontraría —dije al instante—. No puedes huir y hacer esto sola. Nunca más.
Me dedicó una breve sonrisa, pero yo temía que algún día huyera. No importaba lo segura que la hiciera sentir. Se había pasado años pensando que estaba mejor sola, y lo único que yo había hecho era alejarla.
Necesitaba empezar a crear un hogar para ella para que se diera cuenta de que éramos más fuertes juntos que separados.
—Tenéis vuestras tareas —les dije a Jenson y Amelia—. Dormid un poco. Los próximos días no serán fáciles.
Tomamos caminos separados. Me di cuenta de que Anna caminaba unos pasos detrás de mí. Le cogí la mano y tiré de ella hacia delante. Se resistió un poco, pero luego se relajó.

—Te resistías a que los demás supieran lo que eres —dije en voz baja—. ¿Qué ha cambiado?

—No estoy acostumbrada a vivir en manada, pero sé que la confianza y la lealtad son la base de su éxito. La traición de Bridget es difícil de asimilar, y puedo sentir que luchas contra ella. Necesitas confiar en ellos, especialmente si quieres que yo confíe en ellos. Necesitaba ver si podías hacerlo, si podías hablarles de mí.

—¿Confías en que te mantendré a salvo ahora?

—Confío en que todos tengamos el mismo interés, que es seguir vivos —afirmó.

Eso me dolió, pero me lo merecía y no la presioné. No dijimos nada cuando volvimos a la casa, ni ella dijo nada cuando vio la figura que nos esperaba.

Le apreté la mano y me mantuve deliberadamente entre ella y Emerson.

—Ve directamente a nuestra habitación —le dije en voz baja, besándole la sien. Cuando abrí la puerta principal, prácticamente escapó escaleras arriba.

—Veo que sigue bien las órdenes —dijo Emerson con una sonrisa—. Eso debe ser agradable.

Me quedé mirándole un momento, y su sonrisa amistosa decayó.

—Supongo que te habrá llenado la cabeza de mentiras sobre mí. Ya me lo imaginé.

—Por qué haría eso a menos que ya te conociera?

Atrapado en su propia mentira, Emerson se rió.

—Muy bien. Tampoco ibas a hablar con alguno de los otros sobre esto. Ambos sabemos que no te creerían. Nunca consideré a Dirk un

amigo. Era una herramienta útil. Muy útil, y todo lo que quería a cambio era codearse con el poder. El tonto de él pensó que podría ser un alfa algún día. Tenía el poder en bruto; eso lo admito, pero no tenía la inteligencia ni la disciplina necesarias.

—¿Y cuando Dirk asesinó a uno de los míos?

—Yo no estaba allí. Nunca lo vi —dijo Emerson con suavidad—. No sabía de sus actividades extracurriculares. Las guardaba ocultas siempre que yo estaba por allí.

Era una mentira. Una mentira suave, pero una mentira al fin y al cabo. Me habría dado cuenta aunque Anna no me hubiera dicho la verdad.

—No tienes ni idea de lo que pudo averiguar ese hombre —continuó Emerson, percibiendo mi incredulidad—. Estuve a punto de matarlo yo mismo para que no se volviera contra mí. Por suerte, tú te encargaste de ese asunto por mí.

—¿Por qué la farsa de no conocer a Anna? ¿Por qué no admitir tu conexión con su padre? —pregunté.

—¿Y admitir que utilicé un pícaro? —Emerson negó con la cabeza—. Mi propia manada pensaría mal de mí. Todos pensamos que somos mejores que los pícaros porque podemos formar parte de una manada, que somos más civilizados. Al final, no somos más que animales. A la mayoría les asusta pensar eso.

—¿Y aún así los pícaros inutilizaron tu vehículo?

Emerson sonrió satisfecho.

—No dudo de que ya has ordenado a algunos de sus guardias que investiguen eso.

—Si no vuelven con vida, tú no saldrás de aquí con vida.

—Bueno, bueno. Estamos aquí para unir fuerzas contra una oscuridad creciente, ¿no? No deberíamos amenazarnos unos a otros —se rió sombríamente—. Ciertamente no puedo ser responsable de lo que les ocurra a tus lobos en territorio rebelde, ¿verdad? Ten por seguro que saldré de aquí con vida, y no me iré solo.

—No puedes tenerla —gruñí.

—Qué va, sí que puedo. Odio que la hayas tocado primero, pero al final será mía. De hecho, me juego lo que quieras. No sólo se irá conmigo, Alfa de la Manada Diamante Negro, sino que lo hará de buena gana. De eso, no tengo duda.

Anna

Tras unas pocas horas de sueño, salí de casa justo después del amanecer. Jax había quedado con los otros lobos para desayunar, pero no me apetecía ver a Emerson todavía.

Eso me dio vergüenza. Era más fuerte que antes, y me había enfrentado a Marsh. Sabía que Emerson no podía tocarme aquí, pero sólo pensar en él me traía recuerdos que me revolvían el estómago. Jax trató de decirme que no me avergonzara, pero aún así no podía deshacerme de ese sentimiento.

Si Amelia estaba molesta por tener que reunirse en la casa a una hora tan temprana, no lo demostró.

—Primero Finn. Luego el bosque, y después Irene —dije mientras subía a la camioneta—. Y si no lo dije anoche, lo siento, Amelia.

—No tenías elección, ¿verdad? —sin mirarme, arrancó el vehículo y salió—. E intentó matar a Finn.

—Te preocupas por él.

—A ella también le gustaba. Pensó que sería un buen guardia. ¿Cómo pudiste con ellos? Los dos eran más fuertes que tú.

Eso dolió, pero no estaba equivocada.

—Los dos estaban centrados en Jax, y Bridget confió demasiado en su arma. No soy tan dominante, pero mi lobo y yo nos entendemos bien. Puedo transformarme muy rápido.

—Y sabes matar.

—¿Y tú no? —dije bruscamente. Luego, más suave—: No quería matar a Bridget. Nunca había tenido una amiga de verdad y pensé que quizá ella y yo íbamos en esa dirección. Pero qué va, sólo intentaba que confiara en ella para poder entregarme a Emerson —la sal me escocía en los ojos, pero parpadeé para contener las lágrimas. Debía de estar cansada si estaba a punto de llorar por una amistad inexistente.

Condujimos en silencio hasta llegar a la enfermería. Cuando Amelia apagó el motor, suspiró y se volvió hacia mí.

—Lo siento. Estoy luchando contra su traición y su muerte. Estás a salvo conmigo, Anna. Sólo que puedo ser un poco intratable de vez en cuando.

—Entiendo —cogí la manilla de la puerta—. ¿Qué tal si no hablamos de eso?

—A mí me vale.

Cuando entramos, Saul y una mujer que no reconocí nos estaban esperando. Inmediatamente me puse en alerta.

—Tranquila, Anna. Esta es Tiana. Es nuestra otra sanadora. Estuvo aquí ayer cuando trajeron a Finn —dijo Saul amablemente.

Tiana me miró e hizo un gesto despectivo.

—No pareces gran cosa —gruñó.
—Así me siento yo algunos días —respondí.
—Si puedes explicarme por qué una mujer extraña dejó al miembro más reciente de nuestra manada en mi puerta, quizá podamos ser amigos —sondeó Tiana.
—Supongo que tendremos que trabajar en nuestra amistad de la manera difícil entonces. ¿Puedo verle?
—Mira, puede que seas la compañera de Jax, pero incluso Jax responde ante mí en esta enfermería. ¿Por qué debería dejarte entrar? —exigió.
Amelia se aclaró la garganta.
—Es importante, Tiana. Además, Finn y Anna son amigos. Ella no va a hacerle daño.
—Bueno. Supongo que tú también querrás estar a solas con él, ¿no?
Asentí y ella gruñó, pero se apartó. Amelia echó un vistazo a Finn, olfateó y se dio la vuelta.
—Estaré justo detrás de la puerta.
Tenía debilidad por Finn, y yo eso lo odiaba. Me sentía identificada.
A Finn le habían dado su propia habitación en la enfermería. No había signos visibles de lesión, pero parecía dormir profundamente. Acerqué mi silla a la cama y me senté.
—Eres un idiota. Si te hubieras quedado en Bosque de Glicinia, esto nunca habría pasado. La gente a mi alrededor muere, Finn. Espero que recuerdes eso cuando despiertes, y corras lejos de mí tan rápido como puedas.
Se oyó un pitido y di un respingo. Desde la cama, Finn soltó una risita ronca.

—Sólo está vigilando mis constantes vitales —roncó—. Saul tenía muchas ganas de usarlo. Los lobos no suelen necesitar tanto control después de una lesión.

—Estás despierto —se me quitó la tensión de los hombros y le fulminé con la mirada—. Lo decía en serio.

—Ya lo sé. Pero soy un idiota, como señalaste, y no me iré sólo porque una chica intentó matarme. Y no te preocupes, no se lo diré a nadie más.

—Ella está muerta. Trabajaba con Dean —me acerqué y puse una mano sobre su pecho. Quería ver si algo del hechizo permanecía en él, pero no pude sentir nada.

—Sigue tocándome así, y Jax me arrancará la cabeza.

—Cuéntame lo que pasó. ¿Qué puedes recordar? ¿Qué sentiste?

Necesitábamos saber cómo lo había hecho Bridget. Ella no era una bruja, y Dean tampoco. ¿Quién había hechizado a Finn? ¿Y a nosotros? ¿Y si Lunessa había ayudado, y yo había confiado en la persona equivocada, otra vez?

—La olí un segundo antes de que la perra me cortara la garganta. Y cuando intenté curarme, había una negrura dentro de mí. Quemaba todo lo que tocaba, y mi lobo estaba atrapado. Me parecieron siglos hasta que la oscuridad se disipó y por fin pude transformarme. Entonces, había una mujer de pie junto a mí, y olía muy raro. Sentí que el suelo se movía debajo de mí, y luego Tiana gritó. La mujer se había ido.

—Necesito que pienses, Finn. ¿Cuándo sentiste la oscuridad?

—En cuanto llamé a mi lobo.

A Jax le dispararon y no pudo transformarse. Yo sí podía, pero había entrado en pánico. Atravesé el hechizo sin darme cuenta hasta que me convertí en loba.

—¿Oliste algo extraño antes de que Bridget atacara?

—¿Te refieres a la bruja? —ante mis cejas levantadas, se rió suavemente—. Sabía que era magia lo que me impedía cambiar, así que supuse que una bruja me había salvado. ¿Miembro del aquelarre de Darkwyn?

—Hablaremos de eso cuando estés mejor. ¿La oliste antes de que no pudieras cambiar?

—No. Sólo tú, Bridget, y ese imbécil de Dean.

Estupendo. Así que no tenían ni que tocarnos para hechizarnos. Joder, al parecer ni siquiera tenían que estar cerca. Estábamos más que jodidos si no podía averiguar cómo se activaba la magia.

—Muy bien. ¿Cómo te encuentras ahora?

—Cansado, pero Saul dice que seguramente estaré en pie mañana. ¿Quién te vigila ahora?

—Amelia.

Al oír su nombre, se animó un poco.

—¿Está aquí?

—Sí. Le diré que quieres verla.

—No, espera. No hagas eso. Mierda. ¿Anna?

Me reí mientras salía de la habitación.

—Quiere verte —le dije a Amelia.

Cuando Amelia entró, me quedé mirando a Saul.

—No has venido a verme.

—Ni tú a mí —dijo suavemente—. Tú eres la que tiene más encima en este momento. No quería que lidiaras conmigo si no podías con ello. No es que quiera pensar en nuestra relación como una carga. Podríamos ser amigos.

Había enviado a su hermana a la muerte. Independientemente de mis motivos o de lo bueno que hubiera resultado, seguía sin poder evitarlo, y no estaba segura de que él tampoco pudiera.

—No te culpo, Anna. Espero que te des cuenta. Cuando esto termine, y puedas concentrarte en sanar, espero que vengas a mí.

No pude evitar pensar en Bridget y Dean. Ya era bastante difícil para mí hacer amigos. Ahora, sólo estaría cuestionando a todos los que quisieran acercarse a mí.

Amelia regresó y yo le hice una breve inclinación de cabeza a Saul.

—Gracias —dije en voz baja.

Cuando salimos hacia el coche, Amelia tenía una mirada decidida.

—Este ha sido el más fácil de nuestros recados de hoy. Ahora tenemos que ver a las brujas.

Amelia enseñó los colmillos y supe cómo se sentía.

La casita de Irene nunca había estado tan abarrotada, con una docena de lobos vigilando el exterior, tres más en el interior y las cuatro brujas. Todas las cabezas se giraron cuando Amelia y yo entramos, y pude sentir la tensión hirviendo a fuego lento en el aire.

Peor aún, podía ver la magia. Eso era un poco más difícil de pasar por alto.

—Señoras —saludé con un movimiento de cabeza—. Necesito que me presten a Irene unos minutos.

—Parece que todo el mundo pide prestado a Irene —interrumpió Ava mientras se ponía de pie—. Si algo está pasando, todos tenemos derecho a saberlo. Todos estamos en peligro.

Alcé las cejas.

—Irene es nuestra bruja de manada. Estoy segura de que tú estás tan ocupada y eres tan querida en tu manada como ella aquí. Si fuera un asunto que te incumbiera, entonces lo compartiría. Este es un asunto personal.

—¿En serio? Creía que Irene no tenía magia —dijo Cam con suficiencia—. ¿Hay algo que te gustaría compartir con el resto de nosotros, Irene?

Entrecerrando los ojos, tiré del vínculo de pareja y tomé prestado algo del poder de Jax.

—Esta es nuestra tierra y nuestra bruja. Estás bajo nuestra protección, y estás aquí para ayudar. Si descubro que te pasas todo el tiempo pinchando a Irene y sacando a relucir nuevos traumas, haré que te retiren.

—No puedes hacer eso —dijo Cam—. Sólo Jax puede.

Janelle se aclaró la garganta.

—Por favor, no le hagas caso. Es una bruja joven que nunca ha tenido la experiencia de un alfa con su pareja. Estamos aquí para ayudar, y entendemos que Irene tiene sus propios deberes personales. Nosotras también estamos asustadas, así que por favor perdónanos si se nos va la lengua.

Tranquila, reconfortante, incluso empoderadora, la bruja de Emerson era todo lo que Emerson no era. Las demás se sonrojaron ante su pequeña bronca. Irene nos siguió a Amelia y a mí fuera de la

cabaña, luego me cogió de la mano y nos acercó al río, pero se detuvo de repente.

—Guardas de protección —dijo mientras señalaba los árboles. Efectivamente, se veían marcas grabadas en la corteza—. Mientras nos quedemos entre estos cuatro árboles, nadie podrá oírnos. Sé que Lunessa está aquí, pero mi magia no es lo suficientemente fuerte como para alcanzarla.

Odiaba hacerlo, pero tenía que preguntar.

—Irene, una de las brujas insinúa que has recuperado todas tus fuerzas pero que ocultas tu magia. Entiendo que quieras ocultárselo…

—Están sembrando la discordia —dijo Irene con voz dura—. Están hurgando para ver qué cruje entre los arbustos. No estoy a pleno rendimiento. Tardé dos malditas horas sólo en encender esas guardas.

—Está bien. Lo siento. —La creí—. Necesito preguntarte sobre un hechizo y ver si lo reconoces.

Rápidamente, la puse al día sobre Bridget y Finn. Intenté explicarle lo que había visto en el hechizo, pero dudaba que le sirviera de algo, ya que ella no lo vería igual que yo. Con suerte, reconocería los efectos y así lo identificaría.

—¿Y Lunessa no lo sabía? La Arpía podría, aunque no sé si ayudarán ahora que Lunessa ha venido a nosotros. Estará furiosa. Tendría que buscar en algunos libros, pero la mayoría de los hechizos son improvisados. Es preocupante que puedan cancelar la magia del lobo. Anoche Jenson se transformó, así que no le afecta.

—¿Y si no se activa hasta que se produce una lesión? Una lesión potencialmente mortal —dijo Amelia—. ¿Podemos probar eso?

—¿Quieres que alguien lesione gravemente a Jenson para ver si puede transformarse? —dijo Irene lentamente, y luego sonrió—. Vale, lo haré, pero necesito a Lunessa allí para deshacer el hechizo si le afecta. Las brujas volverán con sus alfas en la cena. Lo haremos entonces.

De repente, sus ojos se abrieron de par en par y jadeó.

Giré la cabeza, pero no vi nada raro.

—¿Irene?

—Ayer, un enjambre de mariposas negras estaba en mi puerta cuando me desperté. Anoche, soñé con búhos. Y ahora, hay un asesinato de cuervos en los árboles.

Levanté la vista y conté. Seis. Siete. Ocho. Nueve. Agitaban los brazos y saltaban de rama en rama. Un grupo de pájaros negros en los árboles no me pareció tan alarmante.

—¿Y eso significa…?

—Tres signos de presagios de muerte. Antes de que salga el sol mañana por la mañana, alguien que conozco morirá.

Jax

Cuando Anna tiró de mi poder, ni siquiera pestañeé, pero el orgullo se hinchó en mi interior. Cada vez se sentía más cómoda confiando en el vínculo. Me complacía darle todo lo que necesitara de mí, y era reconfortante sentirla en mí.

Sentado al otro lado de la mesa, Emerson se había revestido de su inocente y humilde personalidad, y lo único que yo quería hacer era estamparle el puño en la cara. Maeve estaba sentada tan quieta como una estatua, envuelta en su poder como una máscara de hielo. London se había puesto inquieto hacía unos minutos y se paseaba y miraba el bosque. Quería salir de esta habitación.

Todos queríamos, pero no habíamos llegado a ninguna conclusión, aunque tampoco lo esperábamos. Hasta que las brujas no tuvieran pruebas de a qué nos enfrentábamos, todo lo que podíamos discutir eran estrategias teóricas, y como nuestros territorios eran diferentes, nuestras defensas variaban.

—¿Has recibido algún informe de los guardias que enviaste a investigar a los pícaros que me atacaron? —preguntó Emerson inocentemente—. Me muero de ganas por saber qué encontraron.

Mis lobos habían regresado sanos y salvos, y no se había encontrado ninguna prueba de lobos pícaros por la zona. Ni olores ni huellas, ni siquiera de Emerson y su tripulación saliendo a mear, como había afirmado.

Me pasé una hora dándole vueltas y llegué a la única conclusión razonable: si le decía la verdad y le llamaba la atención por su mentira, simplemente diría que estaba encubriendo el incidente. Y así seguiríamos, acusándonos mutuamente y haciendo difícil confiar en nadie lo suficiente como para unirnos y enfrentarnos a la oscuridad.

No iba a entrar en su juego.

—No han encontrado ningún rastro, pero sí algunos olores. Ya tengo otro equipo en camino para intentar rastrearlo y ver adónde lleva.

Emerson entrecerró los ojos.

—¿Esencias de pícaros?

—¿Qué va a ser? —Maeve estalló—. ¿Conejos? Los pícaros no son nuestro problema actual, así que te sugiero que viajes con más cuidado la próxima vez.

La buena de Maeve. Casi me alegro.

Mi teléfono sonó y miré hacia abajo. Era un mensaje de Anna. «Irene quiere intentar matar a Jenson después de cenar para ver si puede transformarse. ¿Hay algún problema con eso?»

Bueno, vaya plan.

«Si Jenson está de acuerdo».

Tenía sentido. Si Bridget había encontrado una manera de implantar algún hechizo latente en nosotros, también elegiría a Jenson.

—¿Problema? —Emerson preguntó inocentemente.

—En absoluto. Confirmación —dije suavemente—. He descubierto cómo secuestraron a Irene y se la llevaron de mi territorio.

Todos se sentaron en posición de firmes y yo elegí mis palabras con cuidado. Si pintaba a Bridget como una traidora demasiado pronto, se correría la voz. En su lugar, me centré en Dean.

—Un lobo al que le había concedido el estatus de pícaro hace varios años se la llevó. Conocía mi territorio y todavía tenía familia aquí. Un miembro de mi guardia, que será castigado, admite haberlo dejado entrar cuando dijo querer visitar a su padre.

Maeve se puso de pie.

—¿Dónde está este lobo pícaro ahora?

—Muerto. Lo mataron anoche.

Emerson no mostró signos de haber sabido que Dean estaba muerto ni remordimiento alguno.

—¿Cómo? —exigió London—. ¿Cómo lo mataron?

—Mi compañera lo mató. Se había encaprichado de ella y volvió para secuestrarla también.

—Una verdadera asesina —murmuró Maeve—. ¿Y las pruebas que tienes de que él es el culpable?

—Se lo confesó a Anna. He tenido gente revisando los registros de seguridad para corroborarlo. Sugiero que todos hagan llamadas a su propia seguridad. Dean era fácil de pillar —se me retorció el corazón mientras lo decía—. Pidió ser rebelde porque no se llevaba bien con su padre. Se lo concedí y supuse que era feliz. Al parecer, seguía

necesitando estar atado a alguien, aunque eso significara traicionarme. Sugiero que todos consideren si alguien en su territorio podría encajar con esa descripción.

Maeve y London palidecieron. Estaba claro que ambas tenían personas en mente.

—Mientras tanto, habrá una cacería esta noche. Todos los lobos están invitados a unirse, pero pueden dejar a sus propios guardias con su bruja si así lo desean.

—Una cacería —los ojos de Maeve brillaron—. Eso suena espléndido.

***

No volví a ver a Anna hasta después de la cena y, para entonces, estaba a punto de saltar de la tensión. Con todo lo que estaba pasando, necesitaba verla, necesitaba ver que estaba a salvo con mis propios ojos.

En cuanto entró en nuestra habitación, gruñí y la abracé. Se puso rígida por un momento y luego se relajó.

—¿Todo bien?

—Sólo necesitaba tocarte —dije bruscamente—. No mandaste ningún mensaje durante la cena.

Se llevó un dedo a los labios y me entregó una bolsa.

—Cuelga un trozo de madera en cada una de las cuatro paredes.

Hice lo que me indicó y se relajó.

—Lo siento, son protecciones acústicas. Irene pensó que si las tocaba, podría… bueno, ya sabes. No pude mandar mensajes en la cena porque estaban las brujas. Al parecer, hay un hechizo que les

permite escuchar las comunicaciones digitales. No sabía si alguna de las brujas lo había activado, pero quería ir a lo seguro.

—¿Y Jenson?

—Jenson está bien. Irene le apuñaló en la pierna, con un poco de demasiado entusiasmo, debo añadir, y él fue capaz de transformarse sin problemas. Teníamos a Saul allí, por si acaso.

Me relajé un poco.

—¿Así que no está afectando a todos mis lobos?

—No. Irene está investigando; cree que podría ser un bálsamo de hechizos poderoso. Bridget tocó a Finn cuando lo mató y a mí cuando me sacó del bar.

Jax frunció el ceño.

—A mí no me tocó.

—No en ese momento, pero podría haberte tocado antes. Tendremos que comprobar… bueno, a todo el mundo. Irene espera que el hechizo expire, pero hasta que lo sepa con certeza, cualquiera que haya estado en contacto con Bridget está en riesgo.

Asentí con la cabeza.

—¿Algo más?

—Amelia y yo no encontramos nada donde están enterrados Bridget y Dean. También conseguí poner en contacto a Lunessa e Irene.

Gruñendo, volví a estrecharla entre mis brazos. Esta vez, no se puso rígida en absoluto.

—Sigues tenso —dijo en voz baja—. ¿Hay algo que me estés ocultando?

—Se notó tu ausencia en la cena. No quiero que participes en la cacería, pero si te la saltas, los demás podrían tomárselo como algo

personal —dije.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Jax, no puedo.

—Tu loba no tiene que asistir. Puedes ser el juez, entregar los premios a los que más maten y estar rodeada por una docena de mis guardias.

—Pareceré débil —gruñó—. Como una presa.

—No eres débil, Anna. Te estás curando de toda una vida de traumas. Mantente humana. Protégete.

—Irene vio presagios. Cree que alguien que conoce va a morir esta noche.

Mostré los dientes.

—Ese alguien no vas a ser tú.

Anna

Los demás alfas no hicieron preguntas ni comentarios cuando Jax anunció que yo custodiaría el premio y juzgaría a los participantes a su regreso.

La competición se basaba en la velocidad, el peso y el derribo, que controlábamos con cámaras. Participaban bastantes miembros de nuestra manada, y muchos de ellos me sonrieron con sorna, como si supusieran que Jax pensaba que yo era demasiado débil para participar.

Sólo los ojos de Emerson brillaban con fría diversión. Probablemente sabía lo que sentía por mostrar mi loba. La inquietud me recorrió la espalda y me dije a mí misma que no podía alcanzarme aquí. Estaba rodeada por Amelia y una docena de lobos.

Estaba a salvo.

Los lobos empezaron a moverse cuando sonó el cuerno, indicando el comienzo de la caza. Sólo Jax vaciló y volvió a mirar hacia mí, con indecisión en los ojos.

Le dediqué una sonrisa tranquilizadora, pero eso no impidió que en su rostro se dibujara una expresión de rabia cuando por fin se movió y se unió a los demás.

—Si te pones más tenso, te romperás —murmuró Amelia—. Relájate. Sólo dos horas y volverás a estar a salvo en la casa.

—No es sólo eso —miré al cielo, incapaz de olvidar las palabras de Irene. Si Emerson iba a hacer un movimiento —cualquier tipo de movimiento—, ahora era sin duda el momento de hacerlo. Todos los metamorfos estaban solos, así que nadie lo estaría observando—. Algo va a pasar durante esta cacería. Tal vez no a mí.

—¿Te preocupa Jax? Nadie sería tan tonto como para atacarlo en su propia tierra —resopló Amelia, pero noté que también se ponía tensa y miraba a su alrededor. Ahora también estaba preocupada.

—¿Ganas de dejar de ser guardaespaldas? —le pregunté.

—Hago lo que ordena mi alfa —deslizó su mirada hacia mí y sonrió —. Aunque, diré que nunca es aburrido estar cerca de ti.

—Quédate con esa sensación.

Si ella o alguno de los otros lobos estaban molestos por no unirse a la cacería, no lo dejaron saber. Ni siquiera Jenson participaba, prefiriendo vigilar a Irene.

Ansioso, me quedé mirando el bosque. Irene había hecho todo lo posible por avisar a Lunessa, pero ¿y si la encontraban por ahí?

—Ah, Anna Kipling. La compañera de Alfa Jax. Tenía ganas de hablar contigo.

Amelia gruñó e inmediatamente se colocó entre Emerson y yo, pero Emerson no había traspasado el límite de los lobos que nos rodeaban.

Ninguno de ellos se había movido para defenderme tampoco.
Emerson estaba completamente vestido, aunque le había visto transformarse y unirse al resto de la cacería. En su mano tenía un pequeño conejo.
—Mis disculpas por asustarla. Usted es el juez de la cacería, ¿no es así? Estoy aquí para ser juzgado.
—Alfa Emerson, la caza no ha hecho más que empezar —grité. Mierda, mi voz tembló un poco.
—Sí, pero la velocidad y la creatividad son dos de los criterios. Creo que te parecerá interesante cómo he cazado este conejo. Además, la caza no es un deporte que me guste. Pensé que podría sentarme el resto, y charlar un poco.
—Ginger —ladró Amelia—. Libera a Alfa Emerson de su presa y encárgate de que su caza sea estudiada.
El metamorfo rubio se movió y se acercó a Emerson. Estuve a punto de gritar una advertencia, pero Emerson le entregó su conejo sin hacer ningún otro movimiento. Sentí solo un poco de alivio.
—No puedo ordenarle que se vaya —susurró Amelia—. ¿Qué quieres que haga?
—No me matará —sabiendo que Emerson podía oír cada palabra, no me molesté en susurrar—. Si quiere pasar el tiempo aquí, en este círculo protegido, es bienvenido.
—Por supuesto que no te haría daño. Eres mi anfitriona —dijo amablemente mientras se acercaba y se sentaba en la hierba, mirándome fijamente—. Estoy seguro de que te morías por hablar conmigo. ¿No es mejor ahora en vez de esperar?

No se equivocaba. No quería quedarme a solas con él, pero tampoco quería esperar a que hiciera su movimiento. No tenía ninguna posibilidad de secuestrarme esta noche, con el bosque lleno de lobos.

—Amelia, únete a los guardias —dije en voz baja—. Te avisaré si necesito ayuda.

—Si tienes que gritar pidiendo mi ayuda, será demasiado tarde —dijo Amelia con ansiedad—. No lo hagas.

—No pasa nada. Sé lo que hago—. O eso espero.

Se alejó enfurruñada dando pisotones, pero volvió la cabeza y me miró fijamente. Si Emerson intentaba acercarse más a mí, me atacaría.

—Ella podrá oírte, ya sabes.

—No, no podrá. Tengo un amuleto para silenciar el sonido, pero no te preocupes. Sólo es efectivo a un cierto decibelio. Si gritas, aún te oirá.

Le miré fijamente.

—¿Se supone que debo creer en tu palabra?

—Sé que piensas que soy un villano, Anna, pero no estoy aquí para hacerte daño. Nunca lo haría. Te respeto demasiado.

—¿Respeto? —resoplé—. Olvidas que te conozco. Tú no respetas nada.

—Eso es porque no sabes lo que hice por ti. ¿Realmente crees que la metamorfa que liberaste en el bosque viviría lo suficiente para volver a Jax? Conocía tu plan. Hice que mi bruja la curara lo suficiente para que cruzara la frontera. Soy la razón por la que Jax te encontró y asesinó a tu padre.

Horrorizada, le miré fijamente.

—¿Por qué?

—Dean me dijo que tu padre seguía matando. Traería la ruina sobre todos nosotros si no paraba. Hice que sucediera.

Con qué despreocupación admitió que Dean trabajaba para él. Estaba tan seguro de que el plan que había trazado funcionaría que ni siquiera intentaba ocultarlo.

—Cora murió —dije con fuerza—. ¿Hiciste que una bruja la curara lo justo para que pudiera viajar, pero no lo suficiente para salvarle la vida? Eso te convierte en un monstruo, Emerson.

—Un monstruo, no. Sólo un hombre que comprende el panorama general —dijo Emerson con suavidad, como si le hablara a un niño —. Cora necesitaba morir para inspirar a Jax a entenderlo también.

—Jax podría haberme matado. ¿Entonces dónde estarías con tu panorama?

Ladeó la cabeza y me estudió con una sonrisa.

—¿Qué te hace pensar que eres importante para mí, Anna? ¿Hay algo especial en ti que debería saber?

Molesta, puse los ojos en blanco.

—¿Qué pretendes hacer? El aquelarre de Darkwyn prevé un futuro de oscuridad. ¿Cómo te beneficias tú de eso?

—Por favor. El aquelarre de Darkwyn no son más que brujas mentirosas. Han manipulado a las brujas y lobos de esta región durante años. Su fin será rápido y satisfactorio para todos. Es hora de que los lobos salgan a la luz. De reinar. De tomar el poder supremo que siempre hemos querido.

¿Estaba hablando de salir del armario ante los humanos? ¿De hacer saber al mundo que existía la magia? Eso era una locura.

—¿Y supongo que quieres ser tú el rey?

—Seré un dios, Anna. Y tú serás mi diosa. Tendrás el poder que siempre soñaste. Nadie podrá retenerte.

Ladeé una ceja.

—¿Excepto tú?

—Seremos iguales. Serás mi compañera. Mi amante. Mi todo.

Me subió la bilis a la garganta. Me creía cada palabra que decía. ¿Cómo podía no ver que eso no era posible?

—Jax es mi pareja. Los lobos no se aparean más de una vez. Tú lo sabes.

—El vínculo es falso. Cuando lo rompa, lo verás. Vendrás a mí voluntariamente.

—Sabrás que le diré a Jax todo lo que acabas de decir, ¿verdad? Él ya sabe que estás detrás del secuestro de Irene y de las brujas muertas.

—Eso no es nada. Una simple hoja en un bosque. Nunca podrá convencer a los otros alfas sin pruebas, y no tiene ninguna. Jax es poderoso, pero es sólo un lobo. Yo tengo la magia de mi lado —sus ojos brillaron intensamente—. Tendré todo lo que se me prometió.

¿Y quién demonios le estaba prometiendo algo? Aquí estaba yo, pensando que Emerson era el cerebro… pero ¿y si alguien más estaba jugando con él como una marioneta?

Un aullido de lobo sonó en la noche, y Amelia y los demás giraron inmediatamente la cabeza. Sentían algo en el vínculo de la manada, algo que yo no podía sentir.

—¿Qué pasa? —grité mientras corría hacia ella.
—Problemas —dijo Amelia temblorosamente. Sacó su radio y ordenó una actualización de la situación.
Giré la cabeza y miré a Emerson, pero ni siquiera se había molestado en levantarse del suelo. Recostado, se limitaba a mirar el cielo nocturno.
La radio emitió un pitido.
—Tenemos un cuerpo.

Jax

En cuanto Anna se juntó conmigo, olí a Emerson en ella. Mis fosas nasales se encendieron y gruñí, pero ella negó con la cabeza.

—Estoy bien. ¿Qué está pasando? ¿Quién ha muerto?

—No me importa si estás bien. Quiero saber por qué coño hueles como un hombre que no debería haber podido acercarse a menos de seis metros de ti.

—Yo le dejé.

—Tú le… —horrorizado, la miré fijamente—. Dime que no te he oído bien. ¿Le has dejado? ¿Has perdido la puta cabeza?

Entrecerrando los ojos, puso las manos en las caderas.

—No, no la he perdido. Pensé que si quería saber qué estaba planeando, podría preguntárselo. Y más tarde te diré lo que dijo, pero no ahora. ¿Quién está muerto?

Se equivocaba si pensaba que esta conversación había terminado, pero tenía razón: ahora no era el momento de continuar. El grito de Kenzi había alertado a todos, y todos estaban en camino.

—No estoy seguro. No es una metamorfa. Es hembra. Saul está en camino, pero estoy esperando a que lleguen los otros alfas antes de moverla. Quiero asegurarme de que no está unida a su séquito.

—¿Puedo verla?

No quería que se acercara al cadáver, y no tenía motivos para sospechar que Anna reconocería a una bruja o a un humano que yo no conociera, pero asentí. Ya tenía un perímetro establecido.

—Kenzi la encontró. Está bastante alterada —dije mientras acompañaba a Anna hacia el claro.

Anna levantó la cabeza.

—Ya, seguro que está destrozada.

—Anna…

—Kenzi sería la primera en la fila para entregarme a Emerson. ¿Estás seguro de que esto no es una trampa?

—Todavía no estoy seguro de nada. ¿Pero de verdad crees que no he considerado esa posibilidad? —mi voz salió más áspera de lo que pretendía, pero aún me preocupaba que oliera a Emerson—. No puedo acusarla sólo porque no le caigas bien —continué—. Si hiciera eso, tendría que acusar a la mayoría de mi manada.

Con las mejillas sonrojadas, se quedó mirando el cuerpo.

—No la reconozco, pero tampoco la huelo —giró la cabeza, miró a su alrededor y frunció el ceño.

—No encuentras ningún rastro, ¿verdad? Tampoco Kenzi. Es como si la hubieran dejado caer del cielo —dije en tono sombrío y la aparté del cadáver. Nada en esta escena del crimen tenía sentido. Lo único que podía afirmar con seguridad era que estaba muerta.

Y había muchas posibilidades de que la hubiera matado un lobo.

Tenía profundos cortes en el pecho, que destrozaron la camiseta negra de tirantes que llevaba puesta. Por debajo de la cintura llevaba un pantalón negros de algodón con iconos de brujas: escobas, un sombrero de bruja, un gato negro y un caldero. Parecía un pijama.

La sangre salpicaba sus brazos desnudos y su cara, pero eso era todo. No tenía moratones ni cortes. No llevaba maquillaje y se había recogido el pelo rubio en un moño en lo alto de la cabeza. Tenía los pies descalzos pero limpios.

Parecía como si acabara de levantarse de la cama, la hubieran acuchillado con garras de lobo y la hubieran teletransportado aquí para morir.

La muerte era reciente. Aún estaba caliente, y Kenzi juró que la mujer aún respiraba y gemía cuando la encontró.

—¿Le quitaron los zapatos? —preguntó Anna en voz baja, como si pudiera oír mis pensamientos—. Tal vez la drogaron, la trajeron aquí y luego la mataron.

—¿Ves algún hechizo en ella?

—No, pero yo sólo veo magia activa. Si el hechizo ha desaparecido, no podría verlo. Aunque, ahora que lo pienso, tampoco puedo ver toda la magia activa, o habría visto el hechizo en ti y en Finn —dijo con amargura, y luego miró alrededor y frunció el ceño—. Emerson estaba conmigo cuando nos enteramos del cadáver. Probablemente me haya seguido.

Gruñí, y ella me lanzó una mirada de advertencia. Un grupo de lobos se nos acercó por mi izquierda: Maeve y sus guardias.

Justo cuando Maeve empezó a hacer preguntas, London y sus guardias se unieron a nosotros. Unos minutos después, vino Emerson. Cuando vio a Anna, sonrió, y la furia me recorrió.

Intenté mantener la calma. Mis deberes eran lo primero.

Expliqué la situación y dejé que cada uno de los alfas estudiara el cuerpo. Todos confirmaron que no pertenecía a sus manadas.

—Deberíamos traer a las brujas para que la vean. Si su ropa es una pista, puede ser una bruja —observó London—. La pregunta entonces sigue siendo, ¿qué está haciendo en tu tierra, Jax?

—Y hay más preguntas. ¿Por qué no huele a nada? —dijo Emerson frunciendo el ceño.

—Las brujas están aquí —anunció Maeve. Me giré para ver a Jenson y a una docena de mis guardias rodeando a Irene y a las otras brujas de la manada. Por suerte, Lunessa no estaba con ellas.

Las cuatro brujas se quedaron mirando el cadáver. Irene y Ava palidecieron visiblemente.

—¿La conoces? —exigió London.

—Se llama Amaya —dijo Ava con voz temblorosa—. Era una bruja solitaria que quería formar parte del aquelarre de Darkwyn. Los papeles cambiaron cuando falleció la última Arpía y se abrió un puesto de Doncella en el aquelarre. Amaya era una de las principales candidatas.

—¿Y cómo lo sabes? —London frunció el ceño.

—Yo también era una de las elegidas, pero el puesto le correspondía a Irene —continuó Ava—. Cuando Amaya y yo nos enteramos, quedamos con Irene para ver por qué no quería formar parte del

aquelarre. Su opinión fue suficiente para que yo abandonara, y se le dio el papel a Amaya, pero ella desapareció. Se eligió a otra bruja.
Lunessa.
—¿Cuándo fue esto? —pregunté—. ¿Cuánto tiempo hace que se considera desaparecida?
Irene negó con la cabeza.
—Varios años, pero debes comprender que no la dimos por desaparecida. El proceso para formar parte de un aquelarre suele ser riguroso. Supusimos que Amaya abandonó la zona cuando no pudo pasar la prueba.
—¿Puedes decir si su magia fue drenada antes de ser asesinada?
—Puedo decirte que la mató un lobo —dijo Cam con enfado—. Y no conozco ningún lobo que pueda drenar magia.
Estudié a la bruja de Emerson, Janelle. Era la única que no había hablado y no podía apartar los ojos de la bruja muerta. No había horror ni fascinación en su rostro, era completamente ilegible.
Cam levantó las manos.
—¿Cómo puedes decirnos que estamos a salvo aquí cuando hay una bruja muerta en medio del bosque?
—Esa bruja no estaba en un grupo, ni estaba protegida —le dijo Maeve a su bruja con pragmatismo—. Y creo que lo mejor es cancelar la cacería.
—Estoy de acuerdo —levantando mi voz sobre la multitud de lobos que se nos unían, empujé mi poder a través de los lazos de mi manada para que se callaran—. La caza ha terminado. Por favor, volved a casa o a vuestros sitios. Guardias sin tareas esta noche o mañana pero dispuestos a hacer un turno extra, venid a verme.

Miré a Anna. No quería dejar que caminara sola hasta la casa, pero tampoco podía pedirle a nadie más que supervisara el traslado del cadáver. Saul aún no había llegado, Bridget estaba muerta y la única prioridad de Jenson era la protección de las brujas.

—Acompañaré a tu compañera a la casa —dijo Maeve, dando un paso adelante—. Me gustaría aprovechar para tener una pequeña charla de chicas con ella. Sus guardias pueden seguirnos si quieren.

Miré a Amelia, que ya se había acercado al lado de Anna. No quería que Emerson volviera a acercarse a Anna esta noche, pero no podía decirlo en voz alta.

—Gracias, Maeve. Jax, hasta pronto —dijo Anna.

Antes de que pudiera apartarse, la agarré del brazo y tiré de ella para darle un áspero beso.

—Vas directamente a nuestra habitación. No sales de ella, y nadie más que Amelia debe entrar contigo.

—¿Creías que iba a invitar a alguien a nuestra habitación? —dijo fríamente antes de apartar el brazo y unirse a Maeve.

No me refería a eso, y los dos lo sabíamos muy bien. Anna había pasado demasiado tiempo sola y ahora me preocupaba que la fueran a matar por no saber seguir instrucciones.

Anna

Pasaron otras dos horas antes de que Jax volviera a nuestra habitación. No me había molestado en intentar dormir —estaba demasiado nerviosa por la muerte—, así que me senté junto a la ventana a esperarlo. Cuando él y otros guardias se dirigieron a la casa, me miró y nuestros ojos se encontraron. Podía sentir su ira a través del vínculo.

Su enfado conmigo.

Pasó otra media hora hasta que se abrió la puerta del dormitorio y entró. Su furia vibraba, pero yo me limité a mantenerme junto a la ventana y observarle.

—¿Qué dice Saul? —pregunté con calma.

—Dice que las heridas en su pecho fueron probablemente mortales. Había suficiente sangre en la escena para indicar que estaba viva cuando fue atacada. El problema es que no ve ninguna herida defensiva ni salpicaduras de sangre que indiquen que intentó huir.

Simplemente se quedó allí, la atacaron y murió —gruñó—. Le hará una autopsia.

—¿Así que una bruja sin conexiones con ninguno de los lobos apareció en tu bosque sin más, sin dejar rastro visible ni olor, y se dejó atacar sin siquiera intentar defenderse? —musité.

—Altamente improbable. Lunessa debería echar un vistazo al cuerpo —dijo.

—Salvo que Lunessa ha desaparecido. Irene dijo que después de su pequeño experimento con Jenson, volvió al bosque, y nadie la ha visto ni ha sabido nada de ella en toda la noche —dije yo—. ¿Crees que Lunessa podría haberla matado?

—¿Y lo hizo parecer un lobo? Es posible. Lo que sí sé es que nada apunta a Emerson. ¿Te dijo algo mientras teníais vuestra encantadora charla?

—No sobre el cuerpo —le conté todo lo que Emerson había dicho y vi cómo daba vueltas por la habitación—. Sé que estás disgustado porque lo dejé acercarse…

—Disgustado no, estoy cabreado.

—¡Iba a encontrar tiempo para hablar conmigo, Jax! Más le valía dejar que lo hiciera cuando tus guardias me estaban rodeando, literalmente. ¿Qué iba a hacer? ¿Hacerme desaparecer mágicamente? Hola. Aquí la nula.

—Da igual, Anna —gruñó—. Cuando te digo que no hagas algo, no debes hacerlo, joder. Sabías que me enfadaría. Ni siquiera pudiste mirarme a los ojos cuando olí a Emerson en ti. Podía sentir tu culpa.

—Sí, sabía que te enfadarías…

—Pero lo hiciste de todos modos —siseó—. ¿Cómo coño se supone que voy a protegerte si dejas que el enemigo se te acerque así como así?

—De nuevo, estaba rodeado por una docena de guardias.

De repente, ya no estaba al otro lado de la habitación. Tenía mis muñecas en sus manos y mi espalda contra la pared.

—Me importa una mierda si estás rodeado por toda mi manada. Si Bridget puede traicionarnos, cualquiera de ellos también. Confías en mí, y en nadie más, y lo demuestras haciendo lo que te digo, punto.

Tragando saliva, le miré fijamente.

—Vale. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que jures que nunca volverás a hacer una gilipollez así.

—No puedo —susurré—. Lo siento, Jax. Sé que quieres protegerme, pero Emerson aún me ve como la hija asustada y obediente de mi padre. Puedo usar eso. Podría contármelo todo si cree que no te interpones.

—No me importa —gruñó. Tentativamente, me acerqué para tocar su mejilla—. Me importa una mierda si promete admitirlo todo. No te acerques a él, ya está.

—¿Y tu manada?

—¿Y tú? —rugió antes de inclinarse y besarme. Fue contundente y desesperado, y me aferré a él mientras me levantaba contra la pared y me atrapaba con los muslos.

—Jax —jadeé mientras sus dientes se deslizaban por mi cuello.

—Que te jodan —gruñó—. Necesito follarte. Ahora mismo.

No podía darle las promesas que quería, pero podía darle a mí misma. Yo también le necesitaba.

Metí la mano entre los dos, desabroché la bragueta de sus vaqueros y bajé la cremallera. Cuando mi mano le rodeó la polla, gruñó y se lanzó contra mi mano, golpeándome contra la pared. En un movimiento suave, me dejó caer y me giró.

—Las manos en la pared —gruñó—, y déjalas ahí.

Todo mi cuerpo se estremeció y él me bajó el pantalón, junto con las bragas. Conseguí mover una pierna para abrir los muslos antes de que sus dedos se hundieran en mi coño mojado.

—Amortiguaste el vínculo. No podía sentirte —siseó—. Pensé que el cadáver eras tú. Joder, Anna, pensé que eras tú.

Mierda. No tenía ni idea de que había hecho eso. Al menos eso explicaba la intensa luz de sus ojos cuando aparecí.

—No estoy muerta —susurré—. Estoy aquí mismo.

—Mía —siseó. Sentí que se levantaba, y sus manos en mis caderas fueron la única advertencia antes de que me penetrara. Cuando grité, mitad de placer y mitad de dolor, se quedó inmóvil y me rodeó con un brazo.

—Mierda, lo siento. Te estoy haciendo daño.

Jadeando, me retorcí contra él.

—No pares —gemí—. Por favor, no pares. Estoy bien. Te necesito.

Jax gruñó, dejó caer la mano entre mis muslos y deslizó un dedo sobre mi resbaladizo clítoris. Un temblor me recorrió la espina dorsal y volvió a acariciarme antes de retirarse y volver a penetrarme.

Entonces, no hubo nada más que nuestros gemidos y el sonido de mis manos golpeando la pared. Estaba completamente anclada a su cuerpo, sin posibilidad de escapar aunque quisiera, y cuando me corrí, exploté a su alrededor.

Se retiró sólo para darme la vuelta, ponerse de rodillas y devorarme hasta que mis uñas dibujaron sangre en su nuca. Cuando estuve lista para correrme de nuevo, se levantó y entró en mí.

—No puede tocarte —siseó Jax mientras volvía a golpear todo mi cuerpo contra la pared. El armario de la esquina tembló—. Nunca más. Eres mía, Anna, y lo mataré.

Sollozando, me corrí de nuevo, todo mi cuerpo lleno de espasmos incontrolables. Cuando se sacudió dentro de mí, caí sin fuerzas contra su cuerpo.

—Mierda. Ven aquí, cariño —murmuró. Me levantó y apenas sentí que nos movíamos cuando vi que se encendían las luces del baño. Con un gesto de dolor, cerré los ojos. Me sentó en la encimera, me quitó el sujetador y la camiseta y encendió la ducha.

Me rodeé con los brazos y exhalé.

—No quiero dejarte —le dije—. Y me jode.

—Pues no te vayas, joder.

¿Pero cómo podría no hacerlo? Si todo lo que Emerson quería era a mí, ¿cómo podía no irme y salvar a todos aquí?

—¿Sacrificarías a la manada para tenerme aquí? —susurré.

—Si el aquelarre tiene razón, Anna, estoy dispuesto a sacrificar toda la puta Montaña para tenerte aquí. Tenlo en cuenta la próxima vez que decidas tener una charla amistosa con Emerson.

Jax

Volvía a estar encogida en el barro, con el cuerpo de su padre a sus pies. Le caía agua sobre la cabeza y un rayo la iluminaba mientras me miraba fijamente.

«¿A qué estás esperando?» susurró ella. «Mátame.»

«No puedo», le dije. «Tú no eres la misma mujer, y yo no soy el mismo hombre».

«Pero no eres un hombre en absoluto. Eres un lobo. Un metamorfo. Un alfa, con una manada a la que guiar y proteger. ¿Qué soy yo? Eres el único que me echará de menos cuando me haya ido. Apenas soy una loba. Soy un bicho raro».

Aún así, no podía matarla. No para salvar a mi manada. No para salvar la Montaña. «Tú eres mía. Eso es todo lo que importa».

«Entonces no eres el héroe que yo creía». Sus ojos se oscurecieron como si la tinta se derramara por las pupilas. Lentamente, se puso en pie, pero no se detuvo ahí. Unas sombras aparecieron en sus

muñecas y la elevaron hacia el cielo. Mientras flotaba, me sonrió con tristeza. «Igual eso te convierte en el villano».

«¿Qué estás haciendo, Anna? ¿Qué está pasando?»

«Sabes lo que está pasando. Lo supiste cuando la Arpía te dijo que tenía que quedarme contigo. Intentaste salvarme, pero no pudiste. Está bien. Tampoco merecía ser salvada».

De repente, su cabeza se echó hacia atrás y de ella brotaron sombras. Desesperadamente, intenté llamarla. Decirle que parara. Que luchara. Pero sólo había oscuridad.

Entonces, la imagen se congeló.

«Interesante», dijo Lunessa mientras salía para estudiar a Anna. «Y un poco raro. Claramente, ella es la villana aquí, pero te está llamando a ti villano. O mejor dicho, tú te estás llamando villano, ya que es tu sueño».

Me separé de Anna y me quedé mirando a la bruja. «¿Puedes entrar en los sueños de la gente?»

«El aquelarre de Darkwyn son brujas de la luna. No hay mucho que no pueda hacer que sea tocado por la noche. He estado tratando de llegar a tu mente todo el día, pero algo te está protegiendo. Imagino que es una de las otras brujas intentando cortar la comunicación».

Estaba tan atrapado en el sueño que casi perdí el contacto con la realidad. Esto no era real. «¿Es esto ser un nulo? ¿Oscuridad interior?»

«En realidad es lo contrario. Anna no es un vacío que pueda llenarse con magia peligrosa. Pero… quizás… bueno, no quiero tener es pensamiento ahora mismo. Tienes que despertar. Estoy aquí, y no tengo mucho tiempo».

«¿Aquí? ¿Dónde?»
«En tu habitación, Alfa. Despierta.»
Al instante, me desperté. A mi lado, Anna dormía plácidamente. Las sábanas estaban retorcidas alrededor de su cintura, así que subí la manta para cubrir sus pechos desnudos.
A los pies de la cama, Lunessa sonrió con satisfacción.
—Tu preocupación por su pudor es conmovedora.
—¿Cómo puedes estar aquí? —gruñí—. Tengo seguridad. Y buena.
—Sí, pero cualquier protección que Irene pusiera contra la magia falló cuando fue drenada. Supongo que no se le ocurrió eso. Pondré las protecciones de nuevo cuando me vaya. Algo pasó en el bosque esta noche. Sentí la muerte. Explícate.
De ninguna puta manera iba a hablar con una bruja mientras estaba desnudo en mi propia cama, así que salí y me puse un pantalón de chándal. Sólo entonces le expliqué la muerte de Amaya.
—Amaya. Nunca la conocí —reflexionó Lunessa—. Pero la Madre mencionó no mucho después de mi iniciación que Amaya había desaparecido. Empecé mis estudios poco después y nunca volví a oír el nombre. Tendré que hablar con el aquelarre para obtener más información.
Cuando frunció el ceño, me reí entre dientes.
—¿No estás lista para enfrentar la ira de tu familia?
—Tú tampoco lo estarías en mi lugar —murmuró.
—Nos cuesta explicar cómo la encontramos. No hay huellas. No hay rastro de olor. No se defendió.
—Eso es fácil. Probablemente fue asesinada en un lugar y luego teletransportada mágicamente a un punto en el momento de su

muerte.

Inmediatamente, me puse rígido.

—¿Las brujas pueden teletransportarse dentro y fuera de mi territorio cuando les dé la puta gana?

—Cálmate, Alfa. Se necesita una inmensa cantidad de magia para teletransportarse, y requiere contacto en ambos extremos. Algo tuvo que haber sido colocado en ese lugar. Un mechón de pelo o… sí, una mancha de sangre valdría. Entonces, fue hechizada para que su cuerpo se conectara. Ese tipo de magia es agotadora. Quien haya hecho el hechizo estaría débil durante días, si no inconsciente.

—Entonces ninguna de las brujas de aquí lo hizo. Todas parecían estar bien, y yo mismo revisé ese lugar. No vi nada fuera de lo común. No había sangre en las hojas ni en la hierba. Ni pelo.

—Una uña. Una pestaña. No hace falta mucho —caminando hacia la ventana, miró fuera—. Tenemos que asumir que Amaya fue drenada de magia antes de que sucediera. Es un problema, pero no el mayor. Alguien tiene suficientes reservas de magia para hacer esto, pero ¿por qué? ¿Qué sentido tiene? No pueden estar presumiendo.

—Interrumpió la caza y, aunque no es un hecho importante, hizo que los demás alfas se cuestionaran si puedo o no proteger mi territorio —dije con aspereza.

—Maeve no —dijo Anna roncamente mientras se incorporaba. Por suerte, no se preguntó por qué había otra mujer en su dormitorio—. Cuando me acompañó de vuelta hoy, mencionó que fuiste a buscar a tu bruja cuando ella no lo hizo. Te respeta por eso. Le costaría mucho perder ese apoyo.

—London te seguirá. No es tonto —dijo Lunessa en voz baja—. Bueno, es un tonto, pero no cuando se trata de proteger a su manada. No se apartará de un aliado.

—Emerson no es un idiota. Puede que se divierta haciendo que todos nos señalemos con el dedo, pero sólo es eso. Diversión. Sabe que no conducirá a nada —dije, caminando hacia la cama para ponerme al lado de Anna. ¿Podría ella sentir el sueño en su vínculo? Si lo hacía, no lo demostraba.

—¿El cuerpo tenía algún hechizo? ¿Lo viste, Anna? ¿Había algo de magia en él? —preguntó Lunessa.

—No —Anna dudó—. ¿Y si había magia dentro del cuerpo? ¿Y si se libera cuando Saul la abra para la autopsia?

Lunessa negó con la cabeza.

—La magia no funciona así. Si está ahí y no se ve, es que está latente. La apertura de una cavidad no puede liberarla sin más. Necesita ser activada. Aún así, Anna debería estar allí cuando hagan la autopsia. Por si acaso.

—Estupendo. Justo como quería pasar el día mañana —dijo Anna con ironía.

Lunessa la estudió un momento y luego se relajó.

—Claro. Eres tú. Le estás escudando.

—¿Yo? ¿Quién? ¿Qué? —Anna frunció el ceño—. ¿A quién estoy escudando?

—A tu pareja. A través de vuestro vínculo. Por eso no puedo conectar con él. No pasa nada. Será lo mejor, supongo. Necesito ver el cuerpo. Si por favor avisas a tu sanador que alguien estará con el

cuerpo durante diez o quince minutos, te lo agradecería. Cuanta menos magia necesite usar, mejor.

Tras eso, desapareció. Inmediatamente, me enderecé.

—¿Pero qué coño…? Me acaba de decir que el teletransporte requiere una gran cantidad de energía.

—No se ha teletransportado —dijo Anna—. Era una proyección. Si hubieras intentado tocarla, no la habrías notado. No dejas de mirarme como si tuviera algo en la cara. ¿Qué pasa?

Entonces, ella no había visto mi sueño. En ese caso, no iba a contárselo. Lunessa había disipado cualquier temor de que el vacío fuera un lugar de contención, que Anna fuera un maletín para una magia horrible.

—Sólo desearía que las cosas fueran diferentes —dije—. Que pudiéramos tener tiempo para hacer esto de otra manera.

—Tuvimos tres años, Jax —me recordó Anna rotundamente—. Y no importa. Así es como lo estamos haciendo ahora, sea lo que sea esto. Si las cosas hubieran sido distintas, quizá siempre habría sido la hija de Dirk para ti. Quién sabe.

—¿Sabías que me estabas protegiendo con tu vínculo?

—La mitad del tiempo ni siquiera sé qué hacer con el vínculo —se quejó y volvió a meterse bajo las sábanas—. La otra mitad, desearía poder envenenarte con él.

—Reconfortante. —Volví a la cama y apreté su cuerpo desnudo contra mí.

Se giró y me rodeó la cadera con una pierna.

—Tenemos buen sexo. ¿Por qué no me das una muestra antes de que tenga que ir a ver a nuestro sanador cortar un cadáver?

—Esto debe ser lo que quieren decir con que el período de luna de miel ha terminado.

Anna

—Alguien ya ha estado aquí —dijo Saul con el ceño fruncido mientras olfateaba el aire—. Supongo que tú no sabes nada.

Lunessa no era tan buena cubriendo sus huellas como era necesario.

—¿Te suena el olor? —pregunté.

—No.

Así que, ninguno de los otros lobos. Sólo Lunessa.

—¿Y pasa algo?

Mirándome mal, Saul cogió un bisturí.

—Puede que no sea uno de los de nuestra manada, pero asumí la responsabilidad por ellos cuando entraron en mi enfermería. No me gusta saber que alguien más estuvo aquí.

—Si ayuda, no fue idea mía.

—No ayuda. ¿Por qué, exactamente, estás aquí observándome? ¿Tienes algún título médico que yo desconozca?

—Estoy aquí para informar a Jax —mentí.

—Jax no sólo no enviaría a nadie a mirar por encima de mi hombro mientras trabajaba, sino que confiaría en que yo hiciera mi propio informe. Para alguien que ha mentido durante la mayor parte de su vida, lo haces bastante mal —amonestó Saul—. Pero supongo que tu razón para estar aquí es importante, así que dejaré de cuestionarla.

—Lo siento. Por lo de mentir. Me caes bien, supongo. —Cuando levantó una ceja, fruncí el ceño—. ¿Qué? Has sido amable conmigo, a pesar de que deberías ser el lobo que más me odiara. Sé que eso no nos hace amigos, pero significa que me siento mal cuando intento mentirte.

—No tengo motivos para odiarte, Anna —dijo Saul con suavidad—. Y me gusta pensar que somos amigos. Puedes confiar en mí si necesitas decirme la verdad.

De repente, todo lo que pude ver fue a Bridget apuntando con la pistola. Forcé una sonrisa.

—Mejor nos centramos en la autopsia.

—Los lobos son una raza testaruda —suspiró—. Muy bien. Voy a empezar.

Apoyándome en la encimera, me concentré en el cuerpo y contuve la respiración. No sabía qué esperar, pero no creía que un hechizo pudiera salirse del cuerpo sin más. En cualquier caso, quería estar allí por si me equivocaba.

Saul murmuró para sí mismo, y el reloj siguió avanzando. No fue hasta que anunció que había terminado cuando por fin me relajé.

—¿Y bien? ¿Cuál es el veredicto?

—La mató un lobo —Saul se quitó los guantes y pasó las manos bajo el grifo—. Tomé muestras de la herida. Aparte de eso, no he

encontrado nada fuera de lo normal. Nada indica que llevara mucho tiempo en el bosque ni siquiera que se hubiera defendido. ¿Tengo que informar de eso a Jax, o lo harás tú?

—Tú puedes. Siento haber estado aquí, Saul. Sólo quería estar aquí por si pasaba algo inesperado.

Salté del mostrador y me dirigí a la puerta.

—Anna, espera. Tu vida es cada vez más trepidante y no has tenido oportunidad de recuperar el aliento. Deberías hablar con un terapeuta. Reconozco que te resultará difícil, sobre todo ahora, pero sabes que puedes hablar conmigo de lo que necesites.

Se me oprimió el pecho y asentí.

—Lo pensaré.

Sin pruebas en el cuerpo, nuestra única esperanza ahora era que hubiera algo en la casa de la bruja. Con suerte, un mensaje escrito con sangre, algo parecido a «Si acabo muerto, este lobo me secuestró y me mató».

Oye, hasta una loba como yo todavía tenía algo de esperanza.

Al abrir la puerta, me encontré de frente con Finn. Me miraba pálido pero inmóvil.

—No —sacudí la cabeza—. Por supuesto que no. Sigues teniendo una pinta horrible. Vuelve a la cama.

Lo esquivé, pero volvió a bloquearme el paso. Alcé las cejas.

—Te das cuenta de que tengo más rango que tú como tu dama alfa, ¿verdad? Se supone que debes obedecer cuando te ordeno que vuelvas a la cama.

—Cuando soy tu guardaespaldas, te supero en rango.

—Excepto que tú no eres mi guardaespaldas. Es Amelia, y no parece que se la pueda derribar con una pluma. Mira, estoy a favor de tenerte de vuelta, de verdad —Amelia puede ser chunga a veces— pero deberías estar a tope. Hay muchos lobos ahí fuera que quieren verme muerta. Es un trabajo duro cuidarme.

Ni siquiera esbozó una sonrisa.

—Saul dice que puedo irme.

—De la enfermería, sí. Para descansar en tu propia cama. No para ir por ahí con un imán para los problemas —dijo Saul suavemente mientras pasaba.

—Ves, tu médico dice que no a vigilarme. Vete a casa, Finn. Descansa un poco. La semana que viene…

—Hay un cadáver en la enfermería, y cierta bruja vino a visitarlo anoche —interrumpió. Recordaba que había olido a Lunessa cuando había debilitado la magia que bloqueaba su transformación. Al menos había bajado la voz.

—Casi mueres, Finn. A eso conduce este trabajo —dije sin rodeos—. ¡Tenías la libertad de hacer lo que quisieras, y ahora, sólo unos meses después de que por fin te ataras a una manada, la tercera al mando casi te mata!

—Eso no cambia el hecho de que creo en Jax y que creo en ti. Algo le ha estado pasando a la Montaña. Lo percibo. Creo que es hora de que los lobos, incluso los pícaros, se unan para proteger nuestra tierra. Lo que hizo Bridget no cambia lo que siento al respecto. Además, soy tu amigo. Me preocupo por ti.

Bridget. Pistola. Sacudiendo la cabeza, intenté desesperadamente hacer desaparecer la imagen mental: Finn era mi amigo y confiaba

en él.

—Vete a casa y descansa hoy. Mañana, Jax te revisará y tomará la decisión final —dije finalmente—. Y la obedecerás pase lo que pase.

—Bien.

—Amelia está fuera si quieres hablar con ella.

Finn frunció el ceño.

—Realmente un gran lugar para un guardaespaldas. Fuera.

—Ahora mismo, la única amenaza eres tú, Finn, para ti mismo. Ahora vete a descansar. Te veré mañana.

Jax

Justo antes del amanecer, vi a la figura escabullirse desde mi casa hacia el arbolado del patio trasero, aunque escabullirse probablemente no era la palabra adecuada. Maeve nunca caería tan bajo como para escabullirse a algún sitio, pero estaba sola, y eso era sospechoso.

Como Anna se había marchado hacía unos instantes para observar la autopsia, se me pusieron los pelos de punta. Maeve estaba siguiendo el mismo camino que ella.

Siguiendo su olor.

Esperé unos instantes más para asegurarme de que nadie seguía a Maeve y luego me dirigí tras ella. No hizo nada por ocultar su rastro, sino que caminó directamente hacia la enfermería.

Directo hacia Anna.

Antes de que llegara al otro lado del bosque, aceleré el paso y la alcancé con facilidad. Antes de que pudiera tocarla, se giró, me

rodeó la garganta con las manos y trató de inmovilizarme contra un árbol.

Yo era más grande que ella, pero el poder de Maeve seguía siendo impresionante. Cuando se dio cuenta de que era yo, me soltó y gruñó.

—¿Por qué me estás siguiendo, Jax?

—¿Por qué sigues tú a mi pareja?

—¿Tu pareja? —sus ojos brillaron amarillos mientras olfateaba—. Ah. Ese es su olor. Sabía que estaba siguiendo algo, pero no le había prestado mucha atención. Su olor es raro. Debería haberlo sabido.

—¿Así que no la estabas siguiendo?

—Claro que no —espetó Maeve—. ¿Por qué tendría que seguir a tu compañera? ¿Qué iba a estar haciendo levantada a estas horas?

—Dando un paseo. Le gusta la tranquilidad de la mañana. ¿Y a ti?

Los ojos de Maeve se entrecerraron.

—Lo mismo.

—¿Sin ninguno de tus guardias? Podría haber un lobo asesino corriendo por ahí.

Le brillaban los ojos. Podría estar ocultando algo, pero le gustaba el juego.

—Todos somos asesinos, Jax. No hay muchos que puedan enfrentarse a mí y sobrevivir para contarlo.

Miré en la dirección en la que se dirigía.

—Vas hacia la enfermería. ¿Estás herida? —pregunté con fingida preocupación.

—Quería hablar de una cosa con tu sanador. ¿Enviaste a tu compañera a revisar a la bruja muerta? Debes confiar mucho en ella

para darle tanta responsabilidad.
Asentí con la cabeza.
—Te acompañaré el resto del camino, y quizá antes de llegar me digas la verdad.
Maeve suspiró y se puso a mi lado.
—¿De verdad crees que corremos peligro? Enfrentarse a unas cuantas brujas es una cosa, pero ¿enfrentarse a las cuatro manadas de la Montaña? ¿Quién haría algo así?
—Te olvidas de lo grande que es la población de pícaros, Maeve. Superan en número a mi manada —me molestaba cuántos lobos ya no querían formar parte de una manada. Casi cada semana, un joven venía a mí y me pedía dejar la manada e incluso dejar las montañas. Cuantos más lobos se entremezclaran con el mundo humano, más posibilidades tendríamos de ser descubiertos.
—Pero para enfrentarse a las montañas, tendrían que elegir un líder. La naturaleza misma de un lobo rebelde es que quieren estar solos —señaló Maeve—. Aunque, supongo que a veces no tienen otra opción cuando les exilian de una manada.
Su voz se suavizó ligeramente y me di cuenta de que era un idiota. Maeve no estaba aquí para ver a Anna.
—¿Cómo sabías que estaba en la enfermería? —pregunté.
—¿Hmm? ¿Quién?
—No te hagas la tonta, Maeve. Sigues intentando ver a Finn aunque yo no lo haya permitido. He mantenido sus heridas en secreto. ¿Cómo sabías que estaba allí?
Como no contestó inmediatamente, la agarré del brazo y la giré.

—Ya no estamos jugando. Si tengo un riesgo de seguridad, quiero saberlo.

Otro riesgo de seguridad. La traición de Bridget seguía doliéndome en el pecho.

Maeve me quitó la mano.

—Cálmate, Jax. No tienes ningún riesgo de seguridad. Conozco el olor de Finn. Olí su sangre junto a ese bar que tu compañero está intentando reabrir. Ayer pasé por la enfermería y lo olí allí.

—¿Y pensaste que era tu mejor oportunidad de verle?

Por un segundo, tan breve que casi me lo perdí, los ojos de Maeve parpadearon de emoción.

—No eres lo bastante mayor, cachorro, para arrepentirte de las cosas que haces ahora, pero llegará un día en que mirarás atrás y desearás haber hecho las cosas de otra manera.

Actuó como si yo sólo hubiera estado en el poder unos meses. Ya había tomado decisiones de las que me arrepentía.

—Le preguntaré a Finn si está listo para verte, pero si no, déjalo estar, Maeve.

—Está bien, Jax.

No volví la cabeza, sabiendo que Finn había estado allí todo el tiempo. Justo detrás de él estaban Anna y Amelia. Tenían los ojos redondos, como si no pudieran creer lo que acababan de oír decir a Maeve.

Los labios de la hembra alfa se apretaron con rabia, pero se volvió hacia Finn.

—Te pareces a tu padre —dijo finalmente—. Pero tal vez sólo porque lo estoy buscando en ti.

—Diría que no me parezco en nada, pero no tengo recuerdos adultos de él —Finn se encogió de hombros—. Y ya sabes lo sesgados que son los recuerdos de los niños. Para mí, es un héroe. Para ti, es un villano.

—Para mí no era sólo un villano —espetó Maeve—. Pero eso no viene al caso. Viviste mucho tiempo como un pícaro. Es impresionante.

Finn sonrió brevemente.

—¿No esperabas que un niño viviera tanto?.

—No esperaba en absoluto que fueras un pícaro. Envié a una loba a buscarte y llevarte a un lugar seguro. La mataron antes de que pudiera llegar a ti, y entonces desapareciste. Envié a tres lobos más a buscarte, y ninguno pudo detectar tu olor.

Los ojos de Finn se abrieron de par en par, e incluso yo me quedé desconcertada. Así que todo había sido una treta que había salido terriblemente mal.

—Estás mintiendo —gruñó Finn.

—Para nada.

—Esa loba que dices —Anna insertó en voz baja—. ¿Cómo murió?

Sonriendo fríamente, Maeve le sonrió.

—Tengo razones para creer que tu padre la mató, pero quizá sea a ti a quien debería preguntar. Se llamaba Kylie.

No me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Anna no es responsable de las acciones de su padre —dije con firmeza.

—Y no sabía todos sus nombres —dijo Anna en voz baja—. Pero si me la describes, puede que la recuerde.

—Tenía unos veinte años y parecía una versión más joven de mí, sólo que era rubia. En forma de loba, era gris con marcas marrones. Una mancha blanca en su pie izquierdo.

Anna estudió a Maeve y sus ojos se abrieron un poco.

—Tenía un anillo de plata con una gema púrpura.

Inhalando bruscamente, Maeve dio un paso hacia ella. Inmediatamente, Finn, Amelia y yo nos interpusimos entre ellas.

—Era mi sobrina —dijo Maeve con frialdad—. Y le tenía mucho cariño. Cuando regresó, había planeado que desafiara a mi tercer al mando. Era una loba fuerte.

Anna me puso una mano en el brazo y me rodeó para acercarse a Maeve. Me tensé.

—¿Cómo sabías que mi padre era el asesino? —preguntó.

—Cuando envié a mis lobos a ver qué pasaba, unos pícaros les contaron que un lobo había matado a unos miembros de la manada. Era la primera vez que oía hablar de tu padre.

—¿Le culpas por perderme? —preguntó Finn con voz dura.

Maeve rió secamente.

—No, bobo. Le culpo de haber matado a mi hermana, pero me culpo a mí de haberte perdido. Tu padre me hizo daño de formas de las que nunca me recuperaré, pero tú no te merecías lo que yo te hice. Me gustaría que vinieras a casa conmigo.

—Estoy ligada a Jax. Ya estoy en casa.

—Tal vez, pero ¿hasta dónde vas a llegar aquí? Seguro que te has dado cuenta de que eres más fuerte que todos los que están aquí. Un día, tendrás la tentación de quitarle esta manada a Jax. ¿Cómo te sentirás entonces?

Gruñí, y Maeve se limitó a encogerse de hombros.
—Es la verdad, y lo sabes bien, Alfa. Finn, cuando estés listo, el Pico Índigo es tuyo.
Amelia emitió un extraño sonido estrangulado e incluso Anna pareció un poco asustada.
Tardé un minuto, pero ahora que los veía uno al lado del otro, comprendí por qué Finn daba un rápido paso atrás.
¿Qué coño?

Anna

—¿Por qué? —dijo Finn roncamente.

—Ahora no estás preparado. Ya lo veo. Quizá algún día lo estés — Maeve se volvió hacia Jax—. Necesito que me acompañes a tu casa. Creo que hay un desayuno al que ambos debemos asistir.

—Adelante. Necesito hablar con Anna.

Cuando Maeve se alejó, no pude evitar gritar. Maeve era la madre de Finn. No había otra forma de interpretar aquella conversación o sus similitudes físicas.

¿Qué coño pasa?

Maeve no sólo había decidido no criar a Finn como si fuera su hijo, sino que además lo había utilizado como peón entre ella y su padre. Acaso el padre de Finn había traicionado a su manada o Maeve solo quería un motivo para castigarle?

Tenía muchas preguntas, pero por la forma en que Finn volvía a ponerse en pie, sabía que no era el momento de hacerlas.

—Creo que todos estaremos de acuerdo en que lo que acabamos de oír no sale de este círculo —dije en voz baja.

Finn se aclaró la voz.

—Gracias.

Miré a Jax.

—Dicho esto, ¿crees que es posible investigar un poco y ver qué podemos averiguar?

—Eso no será necesario —dijo Finn rápidamente—. Si quiero aprender más, puedo hacerlo por mi cuenta. Esto no cambia nada. Me comprometí contigo, Jax, y no tengo intenciones de traicionarte por tu manada.

—Es bueno saberlo. ¿Qué carajo estás haciendo fuera de la enfermería? —preguntó Jax.

Se revolvió un poco.

—Saul dijo que yo ya no necesitaba estar allí —dijo desafiante.

—Saul dijo que Finn podía irse a casa a su propia cama. Le estábamos llevando allí —dije claramente.

—Amelia, llévate a Finn y asegúrate de que se meta en la cama. Anna no necesitará guardaespaldas. Estará conmigo todo el día.

¿En serio? ¿Pero Jax no iba a estar en reuniones con los alfas todo el día?

Me dio un vuelco el estómago. Eso significaba que yo también iba a estar en reuniones con los alfas todo el día.

London, que nunca podía mirarme a los ojos. Emerson, que me miraba todo el tiempo. Y ahora Maeve, que casi había admitido un enorme y oscuro secreto en mi presencia.

—Qué alegría —conseguí decir. Amelia y Finn volvieron al coche de Amelia y yo me dirigí a Jax—. No había nada en el cuerpo ni sobre él. Todo lo que Saul pudo decir con seguridad es que la mató un lobo.

—¿Estás bien?

—¿Con todos los lobos saliendo de la nada para acusar a mi padre de matar a sus familiares? Estoy fenomenal. —Cuando Jax me miró, arrugué la nariz. No era justo que dijera eso; ni Saul ni Maeve me habían señalado con el dedo, sólo con razón a mi padre. Aún así, la revelación de Maeve era otra conexión entre un alfa y yo en esta Montaña.

—¿Crees que London tiene alguna jodida conexión extraña conmigo que no está diciendo? —pregunté.

—Yo soy tu compañero. ¿Lo consideras una conexión rara y jodida?

—Totalmente.

Con un ruido sordo, Jax me rodeó la cintura con las manos y me empujó contra un árbol.

Para cuando su boca descendió sobre la mía, sus manos tiraban de mí hacia arriba hasta acunarme entre sus muslos. La corteza me mordía la espalda, pero me importaba un bledo.

Su beso ahuyentó los malos presentimientos que crecían en mi interior. Cuando sus dientes me rozaron el cuello, gemí, pero se detuvo antes de volver a besarme.

Un segundo después, olí a la loba acercándose a nosotros.

—Angélica —gruñó, pero no me quitó los ojos de encima. En lugar de eso, me bajó suavemente y me besó la cabeza antes de darse la vuelta—. ¿Hay algo de lo que tengas que informar?

—Perdón por interrumpir. Iba a informar a Jenson, pero entonces te olí —Angélica inclinó la cabeza en señal de respeto, y cuando volvió a mirar, su mirada se deslizó hacia mí. No pudo ocultar la mueca de desprecio.

Jax no se lo perdió.

—¿Estás desafiando a mi compañera? —dijo en voz baja.

—No, claro que no —tartamudeó Angélica—. Mis disculpas.

—¿Informe?

—Estoy preocupada por Bridget. Ya sé que la enviaste a una misión, pero no he podido contactar con ella ni por mensaje ni por correo. Hemos estado planeando una fiesta sorpresa para mi madre. Se supone que será la semana que viene.

Controlé mis facciones y resistí el impulso de esconderme detrás de Jax. A su favor, Jax ni siquiera se tensó.

—Lo siento, Angélica. No lo sabía. Bridget está en una misión que no le permite ponerse en contacto con nadie. Fue una misión de última hora y no le di la oportunidad de avisar a nadie. Sólo se lo dije a su familia para que no se preocuparan.

—¿Entonces está en contacto contigo? —preguntó Angélica—. Quería pedirle a Irene que la buscara, pero sé que está ocupada con las otras brujas.

—No nos ha dado ninguna razón para creer que haya pasado algo. ¿Tienes alguna razón para sospechar lo contrario?

—Um. No. Supongo que no. Dean también se ha ido.

Angelica debía saber que Bridget y Dean eran amigos, o incluso compañeros. Eso la hacía sospechosa.

—Sí, Dean se ha ido —dijo Jax rotundamente—. No quiero lobos en mi territorio que no estén comprometidos conmigo mientras los otros alfas estén aquí.

—¿Ah, sí? Ah. Yo pensaba que… —de repente, Angélica palideció—. Da igual.

—¿Pensabas qué? ¿Has visto a Dean aquí después de la llegada de London?

—Estoy cansada. Creo que los días se están mezclando. Me pareció ver a Bridget y Dean juntos el otro día, pero debo estar viendo cosas.

—¿Juntos? —di un paso adelante—. ¿Eran amigos?

Si quería burlarse de mí otra vez, se contuvo.

—Sí. Eran amigos de más jóvenes, antes de que Dean pidiera irse.

—Si tienes razones para creer que Dean no se fue cuando se le dijo, ven a verme de inmediato, Angélica —dijo Jax en voz baja—. ¿Entiendes?

Con los ojos muy abiertos, asintió.

—Bien, y en cuanto a Bridget, seguro que está bien, pero tendréis que seguir con la planificación de la fiesta sin ella.

Cuando se fue, Jax se volvió hacia mí y bajó la frente hasta la mía. Si quería retomar la conversación donde la habíamos dejado, se le habían pasado las ganas.

—¿Alguna vez les dirás la verdad? —susurré.

—No lo he decidido. Vamos. Tenemos que desayunar con los otros alfas, y luego te quiero en las reuniones conmigo. Al menos, mientras puedas soportarlo.

Eso era lo último que quería hacer.

—En realidad pensé que podría intentar encontrar a Lunessa…

—No.

—Y hablar con Irene…

—No, Anna. Eres mi compañera, y es importante que estés en estas reuniones.

Oí una nota de finalidad en su voz.

—¿Me estás ordenando que te acompañe a estas reuniones? Me dijiste que no tenía que hacer nada con lo que no me sintiera cómoda.

—Te pido que seas mi compañera, Anna. Para mostrar tu apoyo.

—¿Así que quieres que haga de compañera obediente de todos los alfas aunque dijiste que podía irme cuando descubriéramos quién mata brujas? —furiosa, di un paso atrás—. ¿Vas a hacer que me quede sentada en la habitación todo el día con el hombre que me atormentaba?

—Ya no te atormenta, Anna. ¿Cuándo vas a confiar en que puedo protegerte?

—¡Quizá cuando dejes de obligarme a hacer cosas que no quiero hacer!

—Si no te empujara a hacer cosas, te pasarías todo el tiempo en ese bar de mierda escondiéndote del mundo —gruñó.

Furiosa, le rocé y murmuré en voz baja lo que realmente pensaba de él.

—Anna, ¿dónde coño vas? —preguntó—. La casa es para allá.

—Entonces te sugiero que te des la vuelta y vayas andando —dije por encima del hombro—. Tengo mejores cosas que hacer que jugar a la compañera cariñosa contigo.

Anna

¿Cómo se atreve? Podría haberlo considerado si me lo hubiera pedido en vez de ordenarlo o si me hubiera avisado ayer para que tuviera tiempo de prepararme.

¿Pero la idea de enfrentarse a todos esos lobos del poder? ¿Y Emerson? Mi miedo de loba se extendió a través de mí hasta que quise vomitar.

—Eres más fuerte de lo que pensaba.

Levanté la cabeza y me di la vuelta, pero era Lunessa la que caminaba hacia mí. La expresión de su cara no era feliz.

—¿Mi loba? —le pregunté—. Sí, se está volviendo más fuerte.

—No digo tu loba. Había mucha magia en Amaya. La quité antes de que tu sanador pudiera llegar a ella.

—No vi ninguna.

—Entonces lo hice bien. Estaba cubierta con un hechizo de transporte. Uno muy poderoso —Lunessa sonrió débilmente—. Ni siquiera yo podría hacer ese tipo de magia.

—Parece que tú te transportas a donde te da la gana.
—Transportarme a mí misma es muy diferente que transportar a otra persona. Los hechizos de movimiento son complicados. Cuanto más lejos mueves algo, más difícil es, y Amaya se fue a kilómetros al instante. Fue herida en su apartamento pero murió en el bosque.
Eso era exactamente lo que Jax y yo habíamos pensado.
—¿Eso significa que has estado en su casa?
—Sí, pero no pude terminar antes de que llegaran los lobos de Jax. Hay pruebas por toda su casa.
—Genial. Así sabremos quién la mató. ¿Por qué lo dices como si eso fuera algo malo?
La mirada de Lunessa revoloteó por el bosque.
—¿Por qué te paseas sola por el bosque?
—Porque Jax es un gilipollas.
Y yo una cobarde.
—Se supone que tienes un guardia. ¿Dónde está tu guardia?
Al oír su voz preocupada, yo también empecé a escudriñar el bosque.
—Acabo de salir, estaba cabreada. ¿Estoy en peligro?
—Siempre pareces estar en peligro, Anna. Suprime tu poder. Estás goteando por todas partes.
—¿Perdón?
Lunessa giró la cabeza.
—Tenemos compañía.
A continuación, respiró hondo.
Y desapareció.

—Vaya mierda. No me sirve de nada —refunfuñé y miré a mi alrededor. Lo que fuera que había asustado a Lunessa no me había llamado la atención. No olía ni veía a nadie.

Molesta, me orienté y me dirigí hacia la propiedad de Irene. Tras unos pasos, mi loba salió a la superficie y aulló. De repente, sentí que mi transformación era inminente.

¿Qué mierda es esta? Mi loba no me desobedecía así. Le ordené que volviera a bajar y di unos pasos más.

El impulso me golpeó de nuevo, con tanta fuerza que caí de rodillas.

—No —grité.

¿Era un hechizo? Yo era una nula. Los hechizos no me afectaban.

¿Me estaba haciendo esto Lunessa?

«Párate» le ordené a mi loba. «¿Qué haces?»

«Peligro. Hay que proteger.»

¿Proteger? Pero estaba sola, y mi loba no actuaba así. No me protegía.

«Yo te protejo a ti», le dije.

Hacía demasiado tiempo que no me transformaba. Necesitaba dejarla salir, pero no era el momento ni el lugar. Estaba actuando erráticamente.

¿Estaba sintiendo un olor? Lunessa había dicho que yo era más fuerte.

«Enséñame lo que percibes.»

Tranquilizándose dentro de mí, se aquietó, y entonces lo olí.

Un hechizo.

Me levanté y me di la vuelta. Ahora que mi loba se me había mostrado, podía verla por todo el bosque, como una niebla creciente

de colores. La magia se extendía y bailaba a mi alrededor.

¿Estaba Lunessa haciendo esto? Entrecerrando los ojos, estudié la magia del bosque. Capas y capas de magia.

¿Era magia de transporte? ¿Había algo más a punto de atravesar esta niebla? ¿Otro cadáver? Alargué la mano, toqué la niebla y empecé a extender mi vacío. Nada más iba a pasar por aquí, al menos mientras yo estuviera cerca.

Cuando terminó, me volví hacia la casa. Fuera lo que fuera lo que Emerson había planeado, no me iba sentar aquí y esconderme.

Volví sobre mis pasos antes de darme cuenta de que no estaba sola. Congelada, observé cómo Emerson caminaba lentamente hacia mí.

—Anna. Qué encantadora sorpresa.

Encantadora sorpresa, los cojones.

—Emerson. Justo venía a buscarte, pero pensaba que ibas a estar en reuniones todo el día.

—Jax está de mal humor. Decidimos que tomar un pequeño descanso era lo mejor para todos. Quería estirar las piernas.

Y encontrarme cuando estaba completamente sola. Qué conveniente.

—Voy de camino a ver a Jax. Seguro que puedo sacarlo de su mal humor.

Sus ojos se entrecerraron un poco, pero luego sonrió.

—Sin duda. Es lo que tienen las parejas. Me ha sorprendido que no hayas participado en las reuniones. Tus opiniones son inestimables.

—No pensabas eso cuando mi padre estaba vivo.

—Anna, sólo puedo imaginar cómo las experiencias con tu padre han nublado tus recuerdos. He hecho algunas cosas de las que no estoy

orgulloso, pero nunca quise hacerte daño. Ni tengo intención de hacerte daño ahora. Déjame acompañarte a la casa. Tengo un extraño presentimiento sobre este bosque.

Seguro. Nos pusimos a andar, y traté de ocultar mi repulsión.

—¿Te molesta que Bridget y Dean estén muertos?

—En absoluto, y a ti tampoco debería. Eran desleales. Me impresiona que fueras tú quien los matara, aunque no debería. No es la primera vez que matas.

—Así que ahora que el plan A ha fallado, ¿cuál es el plan B?

—No hay plan B. En realidad tampoco tenía un plan A. Dean y Bridget no pensaban que vendrías a mí sola. Si me hubiera dado cuenta de que planeaban secuestrarte, lo habría impedido.

—¿Esperas que me crea eso?

—No, claro que no —suspiró—. Pero puedo demostrártelo, y lo haré. Espero que vengas a las reuniones. Creo que las manadas deben unirse como nunca antes, como aliados en esta lucha. Los demás se convencerán si consigo poner a Jax de mi lado.

Lo miré de reojo.

—¿Y qué implica esto, esta reunión de aliados? ¿Una figura singular por encima de todos los alfas? ¿Tú, quizás?

Emerson se rió entre dientes.

—Difícilmente. Es una molestia que imagino que nadie pediría. Como manadas, nos peleamos por todo. Territorio. Productos. Es más, justo el año pasado, London quiso enviar a algunos de sus juveniles a una universidad de alto rango en la ciudad, y los otros alfas perdieron la cabeza.

—¿Crees que ya no deberíamos ser un secreto?

—Creo que deberíamos confiar en nuestras manadas. No somos las únicas manadas del mundo. No todos vivimos en grupos aislados. Algunos nos mezclamos bastante bien con la población humana. A lo mejor si todos lo hiciéramos, no seríamos un blanco tan fácil.

Si los lobos se mezclaran con los humanos, serían aún más difíciles de controlar. ¿Por qué Emerson querría eso?

—Pero nosotros no somos el objetivo. Son las brujas —dije.

—Las brujas están siendo atacadas para afectar a los lobos. Crees que soy yo quien coordina los ataques, ¿no? Es comprensible. Antes yo era un villano en tu vida. Pero no estoy detrás de esto, y la única forma de que me creas es estar de tu lado. ¿Estás seguro de que confías en Jax?

Sobresaltada, casi me paro.

—¿Vas a acusar a Jax? ¿De quitarle el poder a su propia bruja? ¿Qué demonios consigue con eso?

—Lo que está pasando ahora, por supuesto. Una plétora de brujas en su territorio. Y esa no es mi teoría. Es la de London. No me la creo, pero ninguno de nosotros conoce a Jax muy bien. Cuando lo conocí con tu padre…

Esta vez, me detuve. Y gruñí.

—Eres un mentiroso de mierda. Jax nunca conoció a mi padre antes de la noche en que lo mató.

Emerson me miró con preocupación y asintió lentamente.

—Está bien. No tenemos que hablarlo ahora, pero que el cuerpo de una bruja muerta aparezca en el bosque no le hace quedar bien.

—Se necesitó magia para transportar ese cuerpo. Con Irene despojada de su magia, Jax no tiene acceso a ese tipo de poder —

dije con fuerza mientras empezaba a alejarme a zancadas. Mis pensamientos iban a toda velocidad.

Si Emerson empezaba a señalar a Jax, los otros alfas podrían seguir su ejemplo.

Esta reunión de supuestos aliados podría convertirse rápidamente en una guerra.

Empecé a caminar más rápido.

—Te he molestado. No era mi intención —dijo Emerson rápidamente —. Sé que aquí te sientes segura. No intento quitarte eso.

Me giré para mirarle.

—Entonces, ¿de qué coño vas, Emerson? ¡Quieres una alianza, pero también quieres que todos sospechen de Jax! ¿Pensaste que si lo sacabas de la ecuación, Bridget daría un paso adelante, y podrías dirigir esta manada a través de ella? ¿O directamente tomarla? Siempre has querido poder, Emerson. Tu manada parece que no es suficiente para ti. Mi padre no me ocultó nada. No tuvo que hacerlo. Pensó que estaba tan cómodamente bajo su pulgar que le importaba un carajo lo que viera u oyera. Te vi a ti. Vi a Dean. Vi los cuerpos. Yo mismo maté a algunos. Jax nunca estuvo involucrado. No hasta que finalmente intervino e hizo lo que yo debería haber hecho hace años.

Emerson levantó las manos y dio un paso atrás.

—Sólo te pido que tengas cuidado. Espero equivocarme. Creo que Jax es un buen hombre y un alfa, pero te arrastrará a este lío si no me equivoco. Te utilizará. Sé que no tengo derecho a decir eso, pero quizá me escuches si viene de mí. Sé cómo es. Y sé que te equivocas en una cosa.

—¿En qué?

—Irene tiene magia. Y la está escondiendo.

Un grito atravesó el bosque y le fulminé con la mirada.

—¿Por qué siempre pasa esto cuando estamos solos?

—A lo mejor porque no estás con Jax.

Jax

Anna no estaba por ninguna parte. Aunque sabía que no era Anna la que gritaba, era lo único en lo que podía pensar. Ella no estaba a mi lado.

Culpa mía. Estaba tan preocupado por ella que había cruzado una línea y la había alejado. Otra vez. ¿Cuándo aprendería la puta lección?

El grito volvió a sonar y me puse en pie y salí corriendo de la casa. Maeve, London y Emerson se habían ido desde el descanso. Mis lobos aparecían de los edificios y los árboles, siguiendo el sonido de los gritos. Me guiaron por un camino conocido.

El camino que me llevaría directamente a la cabaña de Irene.

Las brujas estaban en peligro.

—¡Cam! —la voz de Maeve se elevó por encima de los árboles, seguida de cerca por el rugido de su loba. Lleno de miedo, corrí más rápido. Irene. La había traído de vuelta y le había prometido que la

protegería, y lo único que había hecho era rodearla de gente que podía hacerle daño.

Me abrí paso entre los árboles en dirección a la casa. Maeve estaba agazapada en forma de loba cerca de su bruja, que luchaba por ponerse en pie. La sangre le corría por el brazo.

—Cam —gruñí y corrí a su lado—. ¿Irene? ¡Ava! ¡Janelle!

—No están aquí —susurró Cam mientras volvía a caer al suelo.

Maeve se movió y cogió a su bruja.

—Cúrate a ti misma. Tu padre podía hacerlo.

Con una risa irónica, Cam agarró la mano de la señora.

—¿Cuántas veces tengo que recordarte que no soy mi padre?

Los lobos se acercaban desde la línea de árboles.

—Traedme un sanador o una bruja. Rápido —rugí. Desaparecieron y me incliné sobre Cam. Maeve me gruñó, pero no le presté atención. La herida era profunda.

Garras de lobo.

—¿Quién le hizo esto? Uno de tus lobos la atacó —me gritó Maeve.

Yo pasé de ella y llevé la mano a la herida.

—Cam, ¿sabes quién te atacó?

La bruja no respondió.

Oí pasos y levanté la vista para ver a Irene corriendo hacia nosotros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras se arrodillaba junto a Cam.

—No lo sé. ¿Dónde están las otras brujas?

—No lo sé. Todos necesitábamos un descanso. Mi casita era cada vez más pequeña —murmuró Irene mientras apartaba mi mano y examinaba la herida. Apretó una mano sobre la herida y cerró los ojos—. *Hesserati* —susurró.

Al principio, no ocurrió nada. Murmurando en voz baja, se dio la vuelta y respiró hondo.

—*Hesserati Avit.*

Poco a poco, la herida empezó a cicatrizar. Irene se estremeció y se echó hacia atrás.

Así que su magia había vuelto. Cuando me vio mirándola, apartó los ojos inmediatamente.

—Aún así tendrá que ver a un curandero. Noto la infección en la herida —dijo.

Levantándome, la cogí en brazos.

—La llevaré a la enfermería —le dije a Maeve—. Puedes venir conmigo. Y tú, Irene, creo que deberías venir conmigo también.

—Jax —susurró.

—Ahora no —mi bruja me había estado ocultando la verdad. Primero, Bridget había intentado matar a mi compañera. Ahora mi bruja, por quien arriesgué todo para salvarla, me estaba mintiendo. Tenía a los lobos más poderosos en mi casa. ¿Qué coño iba a hacer cuando empezaran a cuestionar mi liderazgo?

Tal y como iban las cosas, tendría que empezar a cuestionármelo yo mismo.

Saul se reunió con nosotros a medio camino de la enfermería con una camilla, pero aparte de estar inconsciente, Cam estaba bien. Después de examinarla, Saul confirmó que tenía una infección profunda, pero que se recuperaría con antibióticos y reposo.

Maeve no dejaba de mirarme.

—Así que tu bruja tiene magia, y tú tienes un lobo que ataca a las brujas. ¿Nos atrajiste a todos aquí para poder matar a nuestras

brujas?
—Esta reunión no fue idea mía, Maeve —repliqué con calma—. Fue tuya. E Irene está claro que no está a tope, pero hablaré con ella.
—Si mi bruja muere, te culpo a ti —siseó Maeve.
Las cosas iban que te cagas.
Salí de la enfermería, agarré a Irene por el codo y la saqué de allí.
—Explícate —siseé—. Ahora mismo.
—No te estoy ocultando nada, Jax. Mi magia está volviendo. Lentamente. Apenas estoy a pleno rendimiento y no le sirvo de mucho a nadie. Antes era capaz de hacer un hechizo de curación mientras dormía, y ahora prácticamente agota toda mi energía —los ojos se le llenaron de lágrimas—. No te oculto nada, pero estamos rodeados de brujas y lobos en los que no se puede confiar. No pueden volver a secuestrarme, Jax. No puedo. Tengo pesadillas todas las noches. No te puedes imaginar el dolor y el miedo de una bruja al ser despojada de la magia.
Desviando la mirada, se secó las lágrimas.
—Siento haberme expuesto delante de Maeve y que recaiga sobre ti. Es que si no, Cam habría muerto.
La creí.
—¿Significa esto que tu magia volverá a ser completa?
—No lo sé. Mi instinto me dice que si fuera a hacerlo, ya lo habría hecho.
—Lo siento, Irene. Espero que te equivoques. ¿Pudiste detectar algo de magia en las heridas de Cam?
Irene se volvió hacia mí.
—No. Posible veneno, pero nada mágico.

Entonces, un lobo. No significaba necesariamente que fuera uno de los míos. Había otros en esta tierra, guardias adjuntos a cada alfa. Los guardias de Emerson, por ejemplo.

—¡Jax! —Anna corrió hacia mí—. Jax, hemos oído un grito. ¿Irene? ¿Estás bien?

Era un maldito déjà vu. Justo detrás de Anna, Emerson se paseaba con una extraña sonrisa en la cara.

La furia aumentó en mi interior, pero ahora no era el momento de enfrentarme a él.

—Un lobo atacó a Cam —dije, con los ojos puestos en Emerson.

—¿Cam? —los ojos del otro alfa se abrieron de sorpresa—. ¿La bruja? ¿Está bien? ¿Dónde están los demás? ¿Dónde está Janelle?

—No estaban allí, aunque ya podrían haber vuelto. El grito de Cam estaba lleno de magia —Irene frunció el ceño y miró hacia el bosque.

—¿Dónde estaban sus guardias? —exigió Emerson—. ¿Dónde están tus guardias?

Irene palideció un poco y miró a Anna.

—Les llamaron. Dos se quedaron atrás. Uno siguió a Ava y Janelle al bosque. El otro estaba en la casa. Dios, ni siquiera había pensado en eso.

—¿Cuál? —gruñí—. ¿Y quién carajo les había llamado?

—Tag.

Tag. Era un guardia sólido. De confianza. Inmediatamente, probé la radio. Estaba muerta.

No es posible. Estaba a plena carga hace una hora.

—Jenson no te habría dejado —le dije a Irene—. De ninguna manera.
—Es que… —De nuevo, Irene miró a Anna—. Nos dejó con guardias.
La puerta se abrió y Saul irrumpió.
—Jax. Ven rápido.
Salí corriendo por la puerta y Anna me siguió. Saul la agarró del brazo.
—Tú no, Anna.
—¿De qué vas? —se soltó de un tirón y me siguió.
Cam estaba despierto y sentado en la cama. Cuando Anna y yo entramos, se encogió hacia atrás.
Maeve gruñó.
—Tú.
—Estás llegando al límite de la falta de respeto que puedo soportar, Maeve —le gruñí—. Si me gruñes una vez más, ya no serás bienvenida aquí.
—Tú no, Alfa. Tu compañera. Ella atacó a Cam. Ella mató a esa otra bruja.
—¿Qué? —los ojos de Anna se abrieron de par en par—. ¿Por qué dices eso?
—¡Cam te vio!
Miré a Cam, que temblaba visiblemente.
—No dejes que me haga daño. Por favor —susurró.
—Cam, nunca te hice daño. No estuve cerca de ti —insistió Anna—. Lo juro.
—No estabas en las reuniones —Maeve dio un paso hacia ella—. Has estado haciendo esto. Esto se acaba ahora mismo.

Inmediatamente, me interpuse en su camino.

—Si haces un movimiento más hacia ella, lo consideraré un acto contra mí. ¿Estás preparada para ir a la batalla con mi manada, Maeve? Te sugiero que lo pienses muy bien.

—Es una asesina. Es la hija de un asesino. Ella te ciega, Jax. Apártate de mi camino. Aprenderás a vivir sin tu compañera. Yo lo hice.

—Maeve —Emerson entró en la habitación. Estaba detrás de Anna. Estábamos rodeados de enemigos. Agarré a Anna y la inmovilicé contra la pared detrás de mí. Gruñendo, invoqué a mi lobo.

—Cálmate, Jax. No estoy aquí para herir a Anna. Estoy aquí para dejar las cosas claras. No hay forma, Maeve, de que Anna atacara a tu bruja. Puedo responder por ella. Estaba con ella cuando oímos el grito de Cam.

—Haciendo qué? —Maeve desafió.

Emerson se limitó a sonreír y yo solté a mi lobo.

Anna

Con el corazón en la garganta, me moví entre el lobo de Jax y Emerson. Si hubiera sido en cualquier otro momento de mi vida, no habría pestañeado al ver cómo Jax despedazaba a Emerson. Pero ahora, sólo Emerson podía proporcionarme la coartada que me librara de la ira de Maeve.

Podía sentir el poder de Emerson detrás de mí. No lobo. Sólo humano. Miré detrás de mí, y él estaba sonriendo felizmente.

A mí.

Se me revolvió el estómago y me centré en Jax.

—Emerson se cruzó en mi camino en el bosque. Tuvimos una conversación y luego oímos los gritos de Cam.

Maeve gruñó, pero la ignoré y mantuve la mirada fija en Jax. Si mataba a Emerson, cualquier progreso que hubieran hecho se perdería. Sin hacer caso a la violencia que se desprendía de él, le puse la mano bajo la barbilla. El contacto lo tranquilizó.

—Así que otro alfa ha venido en tu ayuda —gruñó Maeve—. ¿Debo suponer que London está a tu entera disposición?

—Nadie está a mi entera disposición, Maeve. Emerson sólo dice la verdad. Tiene que haber otra explicación de por qué Cam cree que fui yo. Magia, tal vez.

—O quizá es la magia la que explica tu coartada —contraatacó.

Le sostuve la mirada.

—No soy una bruja, Maeve.

—No —dijo finalmente, con un deje de frustración—. Es verdad.

—Otro misterio por resolver —dijo Emerson pensativo—. Deberíamos seguir con la reunión mañana, cuando nos hayamos calmado. Quizá mañana sepamos algo más sobre la bruja muerta. Gracias a Dios, Maeve, tu bruja sigue viva.

Una sensación de frío se deslizó por mi espina dorsal mientras Emerson se alejaba tranquilamente. Había tomado el control de la situación casi sin esfuerzo.

Maeve me lanzó una fea mirada antes de marcharse. No era la única. Me estaba acostumbrando a las miradas feas de los miembros de la manada, pero esto era diferente. Esta situación confirmaba sus sospechas de que yo era una asesina, sin importar que un alfa acabara de darme una coartada. Era una razón más para que me odiaran.

Cuando todos se fueron, puse una mano sobre el pelaje de Jax.

—Voy a ver si puedo encontrar a Lunessa. A ver si puedes comprobar dónde atacaron a Cam. Podemos comparar notas más tarde.

Antes de que pudiera apartarme, me cogió suavemente la mano entre los dientes y me miró. No quería que nos separáramos.

Todavía estaba un poco enfadada con él, pero no era por eso por lo que no podía estar con él ahora mismo. A él se le daba de culo filtrar sus emociones a través de nuestro vínculo de apareamiento, y yo sabía exactamente lo que sentía.

Miedo. Por mí.

Alguien se había tomado muchas molestias para culparme de los asesinatos de brujas, y yo no tenía ni idea de por qué. No es que ese alguien pudiera utilizarme para apoderarse de la Montaña: si hubiera pruebas suficientes, me ejecutarían de inmediato. Y violentamente. Incluso Jax no podría hacer mucho para salvarme.

—Voy a estar bien —dije, tirando de mi mano, pero él no me soltó. Finalmente, suspiré.

—Vale. Vamos a revisar la escena juntos y luego a intentar encontrar a Lunessa, pero o vas como lobo o vas a tener que ponerte ropa. No voy a pasear contigo por el bosque mientras estás desnudo.

Me dedicó una sonrisa lobuna y se me adelantó. Al parecer, iba a ir como lobo.

Para protegerme mejor, sin duda.

No fue difícil encontrar el claro donde Cam había sido atacado. A diferencia de donde murió la otra bruja, había mucha sangre. Lo primero que empecé a buscar fue ropa hecha jirones; dudaba que el asesino hubiera mantenido una conversación con Cam mientras se desnudaban para cambiar de ropa antes de atacarla.

—Tengo unas cuantas fibras rotas aquí —le dije a Jax mientras registraba la zona—. Pero sólo eso. Quien la atacó se llevó su ropa.

O igual no eran ni lobos.

Seguí mirando cuando se me ocurrió una idea.

—Jax, ¿quizás una bruja usó magia de glamour para aparecer como yo y un arma parecida a las garras de un lobo para atacar a Cam? —era la única explicación que parecía encajar. Es que no entiendo por qué quienquiera que haya hecho esto querría culparme a mí —continué, murmurando para mis adentros—. A menos que me quieran muerta.

Jax me cogió la mano como si quisiera decirme que nunca dejaría que eso ocurriera. Quería creerle, pero lo que estaba ocurriendo se había puesto en marcha hacía mucho tiempo. ¿Quién sabía quiénes eran todos los jugadores?

La magia brilló brevemente en el círculo que nos rodeaba. Estaba a punto de gritar una advertencia a Jax, pero la magia se extinguió y Lunessa atravesó el resplandor de plata.

—Lo siento —dijo suavemente—. He estado usando la magia con moderación para no alertar a las otras brujas, pero oí el grito de Cam. He estado esperando a ver quién aparecía. ¿Va a venir alguien más?

—Maeve podría venir —dudé—. Cam está consciente, y dice que yo soy la atacante.

—¿Y lo eres? —Lunessa ni siquiera levantó la vista mientras ponía la mano en el suelo—. No, demasiada magia para ser tú.

Bueno, eso estaba bien, ahora tenía dos coartadas. Lástima que tendría que decirles a los demás que Lunessa estaba aquí y que yo era nula para explicar esta.

—¿Puedes sentir qué tipo de magia?

Lunessa levantó brevemente la vista y la miró dos veces.
—¿Por qué tu compañero es un lobo?
—Maeve estaba dispuesta a arrancarme la cabeza, y Emerson, que me proporcionó la coartada, empezó a insinuar que había pasado algo entre nosotros. Creo que a Jax le está costando salir del modo «le arrancaré la cabeza».
Jax gruñó y empezó a transformarse. Cuando fue humano, me miró levemente.
—Mi sentido del olfato es mejor como lobo.
Poniendo los ojos en blanco, fui en busca de ropa para él. La mayoría de las manadas escondían sudaderas y camisetas por todo el bosque —no tanto por pudor como por protección contra los elementos— y no tardé mucho en encontrar una bolsa enrollada alrededor del tronco de un árbol. Cuando regresé, Jax y Lunessa estaban en medio de una conversación. Se detuvieron de inmediato y me miraron fijamente.
—Uy, qué poco sospechoso —me quejé mientras le tiraba la ropa.
—Sólo queríamos estar seguros de que eras tú —suspiró Lunessa—. Sólo estaba explicando que es difícil saber si estos dos ataques están relacionados con la visión de la Arpía. Parece que alguien quiere crear mala voluntad hacia ti.
—A mucha gente le gustaría que yo estuviera fuera de aquí —respondí—. O incluso muerta. Pero para deshacerse de mí no vale la pena atacar a dos brujas y conseguir matar a una.
—¿Quién dice que el ataque a Cam iba dirigido a matar? No es una bruja fuerte —reflexionó Jax—. Pero pudo liberarse, cuando brujas mucho más fuertes no pudieron. Eso parece sospechoso.

Arrugué la nariz.

—No podemos asumir que fue cómplice. Podría haber pasado cualquier cosa para asustar al atacante.

Jax giró la cabeza.

—Alguien viene.

Lunessa respiró hondo y se concentró. Tras murmurar unas palabras, el aire a su alrededor empezó a cambiar. Entonces, en su lugar, Irene se puso de pie.

Luego, como si no hubiera pasado nada, se dio la vuelta y se marchó.

Jax

—¿Qué, hacemos como que eso no acaba de pasar? —pregunté en voz baja.

—¿Jax? Estás aquí —London entró en el claro—. Acabo de enterarme del ataque.

—¿Te acabas de enterar? ¿Dónde has estado?

—En mi habitación, en el puñetero ordenador. Todavía tengo que hacer la maleta —replicó rápidamente.

London era el último alfa del que sospecharía una traición, pero ahora parecía que tenía que sospechar de todos. Como si percibiera mi tensión, Anna me puso una mano en la espalda.

—He oído que la asesina era tu compañera —dijo London sin rodeos.

—Estaba con Emerson en el momento del ataque. Creemos que una bruja se hechizó a sí misma para parecer Anna, pero al parecer no tuvieron en cuenta su paradero real —resumí.

La frustración se apoderó de mí. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que todo el mundo dejara de sospechar de Anna? Era como volver al

principio. Sólo que esta vez, yo la creía.

Emerson. Oír que habían vuelto a estar juntos a solas, verla interponerse entre nosotros para salvarle, me cortó de un modo que no creía posible. Ella lo odiaba. Lo *odiaba.* Necesitaba desesperadamente tener eso en mente. Ella no estaba aliada con él. No estaba enamorada de él.

Era mía.

—Estás solo —dijo Anna en voz baja a London—. ¿Dónde están tus guardias?

—¿Ahora me acusas a mí? —preguntó levantando una ceja.

—En absoluto. Llegaste con guardias porque un alfa puede ser vulnerable lejos de la manada, y es obvio que tenemos a un asesino suelto. Este no es el momento para que nadie esté solo —dijo Anna sombríamente—. Os acompañaremos de vuelta juntos.

—Muy amable por tu parte, aunque vosotros dos sois sin duda los mayores sospechosos. La asesina y su compañero alfa —musitó London sin demasiada pasión. Caminamos juntos y sentí que sus palabras calaban hondo. Eso era algo que no habíamos considerado antes.

¿Y si yo fuera el objetivo? La mejor manera de destrozar a un alfa era cortar su vínculo de apareamiento violentamente mediante algo como la muerte. Anna había sido imposible de matar porque había estado constantemente vigilada, así que ¿y si en vez de eso encontraban una forma de ejecutarla? Las consecuencias serían las mismas: yo quedaría debilitado. El dolor era tan intenso que algunos lobos se suicidaban después de perder a su pareja.

«Protégela», gruñó mi lobo. Él notaba mis pensamientos, y no estaba contento.

Ni yo estaba contento con él. Con sólo pensar que Anna está en peligro, pierde la cabeza y es imposible de controlar.

Por primera vez en nuestra vida, se negó a ceder las riendas.

Se suponía que un alfa nunca debía perder el control de su lobo, y en el momento en que lo hiciera, ya no merecía ser un alfa.

Tener una pareja me estaba desnudando poco a poco, debilitándome.

—Siempre he admirado tu territorio —continuó London—. Yo no renunciaría al mío por nada, pero el vuestro tiene cierta belleza. Gran parte está deshabitada. Tu manada podría crecer el doble y aún así no llenaría tu territorio. ¿Cómo mantienes alejados a los pícaros?

—Patrullas —dije mientras miraba alrededor—. Cámaras de seguridad. Magia. Incluso ahora, la magia debería llamarte y hacerte saber que esta tierra no es tuya. Cuanto más tiempo te quedes, más lo sentirás.

—Siento esa inquietud, pero pensé que podría ser sólo el ambiente. Qué interesante. Nunca he oído hablar de una bruja capaz de eso. Imagino que requiere cierto mantenimiento. ¿Los efectos disminuyen ahora que tu bruja está debilitada?

—No— no le dije que Irene acababa de hacer el ritual antes de ser secuestrada. El hechizo duraba doce lunas llenas, así que pasarían meses antes de que la magia se disipara.

No necesitaba darle ideas. No era un hechizo letal, pero la magia molesta ayudaba a mantener a los pícaros fuera de mi territorio.

—¿Crees que Irene estaría dispuesta a compartir ese hechizo? —preguntó London despreocupadamente.

Sonreí.

—No mientras me haya jurado lealtad —dije alegremente.

London soltó una risita y nos quedamos en silencio antes de que Anna se aclarara la garganta.

—Siento no haber asistido a ninguna de las reuniones —dijo—. No tengo experiencia en política de manada, así que espero no ofender a nadie. Sigo intentando averiguar quién secuestró a Irene.

—Y éste es un momento excelente para eso —dijo London—. No me ofendo, aunque admito que tu ausencia nos ha dejado con preguntas. Maeve sugirió que era porque nos tenías miedo.

—No tengo motivos para temeros. ¿Cómo van las reuniones? Jax parece pensar que sólo van en círculos. ¿Crees que las manadas necesitan unirse?

—Establecer políticas formales no vendría mal, sobre todo para la comunicación. El intercambio de información entre nosotros ha variado significativamente. Por ejemplo, Maeve nos alertó inmediatamente de su bruja muerta, y Jax no.

Gruñí, y London se aclaró la garganta.

—No digo que fuera necesario. Después de todo, hasta que Maeve dijo algo, no teníamos ni idea de que pudieran estar relacionadas. El problema es, por supuesto, establecer si algo es lo bastante importante como para compartirlo. Puede que estemos en la misma Montaña, pero todos somos manadas ferozmente diferentes, guardadas e independientes. Por eso parece que estemos dando vueltas sin llegar a nada.

—Pues sí que es difícil —reflexionó Anna—. ¿Tú qué crees que deberíamos hacer?

—Creo que deberíamos hablar más. Una teleconferencia una vez al mes, en la que simplemente compartamos lo que ha estado ocurriendo. Sin secretos de estado, pero sólo si estamos viendo una afluencia de actividades ilegales o si hemos perdido demasiados lobos. Hay un virus circulando, o hemos tenido alguna interacción con humanos. Cosas así.

—¿Pero de qué sirve una vez al mes? —respondí—. El secuestro de Irene y el asesinato de la bruja de Maeve ocurrieron en un período de dos semanas. Una llamada mensual no habría servido de nada.

London se rió y dijo:

—Maeve sugirió sarcásticamente un resumen semanal.

Anna resopló, agarrándome del brazo.

—Ay, por favor, déjame ser la que escriba tu resumen semanal.

—La verdad —dijo London— es que no creo que lleguemos a una solución satisfactoria para mañana, pero estas reuniones han sido un paso en la dirección correcta.

Atravesamos el bosque y seguimos el camino hacia la casa. Pasaron unos cuantos vehículos, todos militares, y mis pensamientos se dirigieron a Bridget. Aquí estaba yo, presionando para que intercambiáramos información y ocultando que mi tercero al mando había intentado matarme y secuestrar a mi compañera.

—Hasta que no confiemos más los unos en los otros, la comunicación abierta no va a ser fácil —concluyó London, casi como si leyera mis pensamientos—. Y, sin embargo, recuerdo lo que dijo mi predecesor sobre confiar en las otras manadas.

No siguió, y Anna se inclinó hacia delante.
—¿Y qué dijo?
—Recordad que antes había cinco manadas en esta Montaña.
Se me apretaron las tripas.
—¿De verdad? ¿Qué pasó con las otras?
London se volvió y le dedicó una sonrisa tensa.
—Deberías preguntarle a tu compañero por qué la manada Diamante Negro es la más numerosa. Si me disculpáis, ahora tengo que ver a uno de mis guardias.
Se separó de nosotros y me di cuenta de que Anna había aminorado la marcha.
—Fue antes de mi tiempo —empecé, pero mi voz se entrecortó. No me miraba a mí. Miraba al guardia.
—¿Qué?
—El guardia de London. Está empapado de magia.

Anna

Fue Jax quien anunció durante la cena que cerraba las conversaciones antes de tiempo.

London se resistió.

—Ni nosotros ni nuestras brujas hemos hecho ningún progreso.

—Mi territorio se ha vuelto demasiado peligroso. Ha habido un ataque directo a una invitada. Hasta que no sepa quién la atacó, me gustaría pecar de precavido.

La mirada de Maeve se deslizó hacia mí.

—¿Quitando la tentación? —ronroneó.

Apreté los dientes. Toda la cena había sido tensa. Jax había tenido razón todo el tiempo. Consideraba a los otros alfas enemigos, y ahora tenía una buena razón.

Emerson había convertido a Bridget para que traicionara a Jax, Maeve estaba dispuesta a culparme de todo y estaba dispuesta a matar ahora y preguntar después, y London se paseaba con guardias bañados en magia. ¿Magia de glamour, o de algún otro

tipo? Me llevó tiempo estudiar la magia y precisar lo que hacía, y no podía quedarme al descubierto y mirar fijamente al guardia.

Por no hablar de los problemas que estábamos teniendo fuera de los alfas: Irene ocultando su magia y la presencia de Lunessa, además de todo ese asunto de la oscuridad creciente. Era un puto desastre, y cuanto antes sacáramos a los alfas del territorio, mejor.

—La única tentación en la mesa para mí, Maeve, es mi pareja —respondí con facilidad.

—¿Para follar o matar, querido?

—Depende de la noche.

Emerson se aclaró la garganta.

—Estoy con Jax en esto. Hemos tenido un buen comienzo para una conversación difícil, y todos sabemos que mañana no estaremos de acuerdo en nada. Llevará tiempo. Yo, por mi parte, tengo cosas que solucionar en casa. No tengo el lujo de pasar todo mi tiempo aquí.

Maeve era la única alfa que no había intervenido, salvo para atacarme. Me preguntaba qué hacían cuando tenían que deshacer un empate, y entonces recordé el comentario de London y lo rápido que Jax lo había desechado.

Antes había cinco manadas.

Como pícara, había pensado con frecuencia en la seguridad que debe sentir un lobo con una manada: tener el amor de un alfa y estar protegida por la familia. En el fondo, siempre había sospechado que no era para mí , y ahora podía ver por qué. La política era una pesadilla. Un movimiento en falso y te quedabas fuera.

O muerta.

Mi mirada se desvió hacia Jax. Ser un alfa requería que un lobo fuera duro como el acero. No es de extrañar que los otros alfas no aceptaran parejas. Incluso ahora, podía sentir el vínculo entre nosotros endureciéndose. Nunca antes había notado cuánto fluctuaba.

Maeve sonrió, y se me helaron hasta los huesos.

—Sí, creo que es hora de que nos vayamos todos a casa. Podemos reanudar nuestras discusiones desde nuestros respectivos territorios. Es obvio que Jax tiene las manos ocupadas con sus propios asuntos.

Otra puñalada contra mí. Maeve realmente creía que yo había atacado a su bruja. Estaba claro que tenía que hablar con Cam antes de que se fuera.

London estaba en minoría, y la cena terminó con la tensión aún en el aire. Jax salió y yo empecé a subir las escaleras hacia su dormitorio cuando Maeve me llamó por mi nombre. Me detuve en el rellano y me giré cuando ella se acercó.

—¿Sí?

—¿Qué se siente al pasar de ser un don nadie a la pareja de un alfa?

No había mordacidad en su voz. Era una pregunta sincera que me sorprendió.

—¿Crees que tengo algún poder aquí? —le pregunté—. Como bien habrás visto, esta manada no me ha aceptado exactamente.

—No, es verdad. Quizá no te acepten nunca. Es difícil quitarse una fama ganada, aunque sea injustamente —me estudió—. No estoy convencida de que seas inocente del ataque de mi bruja.

—¿De verdad? Pues lo disimulas muy bien.

Soltó una risita sombría.

—Ya he perdido una bruja. No puedo permitirme perder otra.

—Emerson me proporcionó una coartada, y yo no lo seduje para conseguirla. Nunca lo haría.

—Quedan bien juntos, ¿no? Como si fueran el uno para el otro.

¿Qué? Giré la cabeza para ver a quién miraba. Jax estaba fuera de la ventana.

Con Kenzi.

Inmediatamente, me puse rígida.

—No es la primera vez que los veo juntos. También es difícil ignorar los rumores que circulan por este lugar. Si yo fuera tú, la habría exiliado de inmediato —dijo Maeve sedosamente.

—Les has visto juntos mientras estabas aquí? —odiaba no poder evitar preguntarlo, pero Jax no había dicho nada de que Kenzi se le hubiera acercado.

—No. Solía traerla cuando viajaba a las reuniones alfa.

Se me cayó el corazón al estómago.

—Bah, no te preocupes. Dejó de traerla hace unos años. Aún así, puedo ver por qué le gustaba tanto a la manada. Sería una excelente líder.

Así que Maeve había decidido empezar a ser maliciosa.

—Entonces quizás deberías llevártela contigo y entrenarla como tu heredera, ya que parece que no tienes.

Fue un golpe bajo del que me arrepentí cuando la oí inhalar bruscamente. Estuve a punto de disculparme, pero no me atreví a mostrar más debilidad.

—Buenas noches, Maeve. Espero que tu próxima visita aquí sea menos agitada. A lo mejor tendremos la oportunidad de conocernos

un poco mejor.
Volví a subir las escaleras y cerré la puerta de la habitación de Jax. Me negué a acercarme a la ventana y mirar fijamente a Jax y Kenzi. La voz de Maeve ya retumbaba en mi cabeza, y decía la verdad. Kenzi habría hecho de Jax la pareja perfecta.
Fue una lástima que se quedara conmigo en su lugar.
Acababa de meterme en una ducha caliente cuando se abrió la puerta del baño. Antes de que pudiera girar la cabeza, sentí que mi loba se relajaba.
Jax.
—Kenzi cree que vio quién atacó a Cam —dijo Jax en voz baja mientras se unía a mí en la ducha.
No me di la vuelta.
—Déjame adivinar. Fui yo.
—Sí, pero antes de ser tú, era un remolino de humo, y ella jura que era un fantasma.
Eso me llamó la atención. Los brazos de Jax me cogieron por la cintura y me giró suavemente.
—¿Fue una bruja?
—Ella cree que sí, y me inclino a estar de acuerdo. Ha pedido poder hablar contigo. Para pedirte disculpas. Aparentemente, estaba conmocionada por lo que vio y cree que entiende lo falsamente que has sido acusada. Le dije que irías a buscarla si estabas interesada en su disculpa.
—Genial. Si no voy, pareceré una cabrona —refunfuñé—. Y si voy, será como si quisiera su disculpa, cosa que no quiero. Tiene motivos para que le caiga mal. Tenía expectativas y yo las arruiné. Maeve me

dijo que la llevaste a reuniones de alfas. Saliste con ella durante varios años.

Jax suspiró.

—No la tomé como mi potencial compañera. Ella está alta en la jerarquía. Una vez que haga saber que Bridget está muerta, será una excelente candidata para mi tercera.

Intenté no arrugar la nariz ante aquello.

—Lo más fácil sería que me dejaras ir. Podrías tomar a Kenzi como compañera. Podría funcionar aunque nunca crearas el vínculo de apareamiento con ella. Tu manada sería feliz, y esa es tu principal prioridad.

—¿Y la amenaza a la Montaña?

Me encogí de hombros y me volví hacia el agua.

—Suena a brujas atacando a brujas. Quizá no tenga nada que ver con los lobos. A la Arpía le gusta jugar. Tal vez exageró su visión para ver qué pasaría si yo fuera a tu manada.

Los dedos de Jax se flexionaron alrededor de mi cintura y apretó su cuerpo contra el mío. Necesité todas mis fuerzas para no apoyarme en él.

—No voy a dejarte ir, Anna.

Jax

El sonido del agua al golpear el azulejo era ensordecedor. No había ningún otro sonido en la ducha. En mis brazos, Anna estaba dura como una piedra. Estaba recogiendo sus pensamientos, y yo la dejé mientras subía y bajaba mis manos por los costados de su cuerpo.

—¿Alguna vez has dejado que tu lobo tome una decisión sobre tu manada? —preguntó.

—Sigo sus instintos, pero él no toma las decisiones del día a día. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque eso es lo que estás haciendo ahora mismo. Estás dejando que tu lobo tome la decisión. La única razón por la que estamos unidos es por nuestros lobos. ¿Pero tú, la mitad humana, la parte que tiene que dirigir y proteger una manada? Nunca me habrías elegido. Nunca me amarás, pero aún así estás arriesgando tu manada y tu liderazgo.

Me dio un vuelco el corazón. No estaba enfadada ni disgustada. Su voz era neutra y sus palabras ecuánimes. Había pensado en esto,

probablemente desde el día en que la instalé en mi cama.
—Cada decisión que tomo es por esta manada —le dije en voz baja —. Lo he sacrificado todo por ella. Eres buena para esta manada, Anna. No lo dudes ni un segundo. Aprenderán.
Lentamente, se giró y me miró fijamente.
—Después de que mataras a mi padre y se estableciera el vínculo de apareamiento, durante una fracción de segundo fuiste mi héroe. Ni siquiera sabía que aún podía sentirme así. Que aún podía creer en los héroes. Que aún podía tener esperanza.
—No duró mucho, ¿verdad? —me dolería hasta mi último aliento saber cómo la había tratado.
Qué asco me había dado.
—Pero ahí estaba —levantó la mano y me tocó la cara—. Tuvimos un comienzo difícil, pero me has hecho volver a creer en los héroes. Me hiciste creer en la esperanza.
—¿Por qué parece que eso te da pena?
—Porque me ha dado ganas de hacer cosas que nunca pensé que haría.
—¿Cómo qué?
—Bésame, Jax. Esta noche, vamos a olvidarnos de todo.
Con ella en brazos, fue casi fácil. Odiando la mirada turbada que vi en sus ojos, la levanté, la apreté contra la parte de la baldosa que estaba tibia bajo el agua caliente y me acomodé entre sus piernas. Me pasó las manos por el pelo mojado.
Algo me molestaba. La desesperación en su cara. ¿Qué pasaba por su cabeza?

—Te protegeré —le dije—. Lo que te moleste o te asuste, puedes decírmelo.
—No me has besado, Jax —murmuró—. Por favor.
Me habría encantado esa palabra en sus labios cualquier otra noche, pero ¿esta noche? Era inquietante.
Como no conseguía que hablara, hice lo que ella necesitaba. La besé hasta que sentí que su cuerpo se ablandaba y sus caderas se movían contra mí.
—Te sientes mejor, cariño? —murmuré mientras le acariciaba el cuello—. ¿Necesitas más?
—Más —movió las caderas contra mí y gimió. Le rocé el cuello con los dientes y volví a ponerle las manos bajo el culo. Cuando empecé a moverla, protestó contoneándose, pero la deslicé hasta la pared y enganché sus piernas sobre mis hombros.
—Ah —respiró—. Ah, bien.
—¿Sólo bien? Voy a tener que mejorarlo —le mordí el muslo con fuerza y ella chilló.
No fue un mordisco juguetón. Tenía el fuerte deseo de marcarla. Quería que recordara que era mía, pensara lo que pensara, planeara lo que planeara.
Mía.
—Jax, por favor. Por favor.
—Lo que necesites, Anna. Cuando lo necesites.
Planté mi boca justo en su húmedo coño y succioné su clítoris en mi boca. Con un grito, arqueó la espalda con más fuerza hacia mi boca y gritó. Su placer resonó en las paredes. Yo quería jugar, prolongar

su placer casi hasta el dolor, pero me di cuenta de que ella no estaba de humor para jugar.

Necesitaba una liberación y yo se la di. La lamí y la chupé hasta que se estremeció en mis brazos y gritó. No dudé de que todos en la casa podían oír su placer, y cuando se corrió, se quedó flácida contra la pared.

La dejé caer hacia la izquierda y la cogí con facilidad. Cerré el grifo, la saqué de la ducha y la senté en la encimera.

—Tranquila —murmuré—. Cogí una toalla, empecé por los pies y la sequé hasta la cintura. Ya no tenía los ojos vidriosos, así que la puse de pie con cuidado—. ¿Bien?

Ella asintió.

—Bien.

Le pasé la toalla por el cuerpo, entre las piernas y por las caderas. Cuando arrastré la toalla por su espalda, la acerqué más a mí y le tapé la boca.

Al cabo de unos segundos, recordé lo que estaba haciendo y le apreté el pelo con la toalla antes de apartarme.

—¿Seca?

—Nunca estoy seca a tu lado, Jax. Me jode un poco, la verdad — deslizando una mano por mi cuerpo, la envolvió alrededor de mi polla dura—. Parece que aún sufres un poco.

—¿Un poco? Eso es un pequeño golpe a mi ego.

—Por favor. Nada hace mella en tu ego —mientras me acariciaba, me estremecí.

—Anna, esta noche quiero follarte toda la noche. Los alfas se van por la mañana, y puedes dormir toda la tarde si lo necesitas.

Sus ojos se oscurecieron.

—¿Toda la noche?

—Toda la noche —le acomodé el pelo mojado detrás de la oreja y le besé la cabeza.

—Jax, tengo… —se mordió el labio inferior y cerró los ojos—. Puede que necesite unos minutos antes de volver a estar lista.

—Eso no es lo que ibas a decir —gruñí con los ojos entrecerrados.

—Tienes razón. No era eso. Decidí que quizá no necesitaba hablar — lentamente, se puso de rodillas y me miró.

No podía hacerla hablar. No podía obligarla a decir lo que tuviera en mente, la verdad que quisiera confesar, así que dejé que se metiera la polla en la boca. Dejé que el placer me recorriera y enredé suavemente los dedos en su pelo mojado mientras le follaba la boca.

—Anna —gruñí y me aparté. El corazón me martilleaba en el pecho —. Vamos, cariño. Te quiero debajo de mí. Quiero sentir el calor entre tus piernas.

Volví a levantarla y la acuné contra mí. Anna me rodeó con las piernas y hundió la cabeza en mi cuello. Fuera lo que fuese lo que la molestaba, el orgasmo no había ahuyentado sus miedos.

Caímos contra la cama, y sus rodillas se levantaron mientras yo deslizaba mis manos entre nosotros y probaba su coño. Otra vez empapado. Gruñendo, le di la vuelta y le mordí el hombro.

—Fuerte y profundo, Anna. ¿Estás lista?

En respuesta, levantó el culo y gimió. Agarrando sus caderas, me deslicé dentro de ella y aullé antes de retirarme y penetrarla de golpe.

Otra vez.

Y otra vez.

—Sí —gimió—. ¡Sí!

Sudorosa y resbaladiza, la puse de rodillas y le giré la cabeza para besarla. Retrocedió sobre mi polla y se estremeció.

—Voy a correrme —gimió.

Yo también. Estaba a punto de explotar. Volviéndola a tumbar, me hundí profundamente en ella y la sentí estremecerse y gritar alrededor de mi polla. Tres empujones más y me estaba derramando dentro de ella.

Se dio la vuelta, me miró fijamente con los ojos más grandes.

Bajando por su cuerpo, lamí uno de sus pezones y apoyé la cabeza en su abdomen. Lentamente, me puso la mano en el pelo y nos quedamos así unos minutos.

Cuando levanté la cabeza, la encontré mirándome fijamente. Me dedicó una débil sonrisa.

—Sé lo rápido que puedes recuperarte, pero de verdad, necesitaré unos minutos antes de la próxima ronda.

—Puedo esperar —le besé el estómago y me senté—. Dime en qué estás pensando.

—Estoy pensando que igual necesito algo de comida. No cené mucho. ¿Podrías bajar y robarme un par de panecillos con mantequilla?

—Comida suena bien. Y agua.

Me puse un pantalón de chándal y bajé a la cocina.

No estaba vacía.

—¿Tienes hambre? —le pregunté a Emerson cuando lo encontré sentado en un taburete en la oscuridad.

—La verdad es que se me ha quitado el apetito.

Sabía exactamente lo que había estado haciendo por la furia en sus ojos.

Escuchar.

No habíamos sido precisamente silenciosos. Con cautela, le di la espalda, cogí dos vasos y los llené de agua.

—La cocina es un lugar raro para estar si no tienes hambre.

—¿Crees que follártela significa que es tuya?

Sin pensármelo dos veces, abrí el recipiente con los panes y saqué dos.

—Creo que el vínculo de apareamiento la hace mía.

Emerson soltó un gruñido silencioso. Seguí pasando de él mientras sacaba la mantequilla.

—Además, yo la protejo en lugar de hacerle daño —dije con intención.

—¿Crees que le he hecho daño?

—No lo creo, lo sé.

—Estoy aquí para hacer las paces. Me he arrepentido de mis acciones pasadas. Su padre… me influía.

Las paces. Casi me reí mientras untaba las galletas con mantequilla. Luego, hice una pausa. Los panecillos podrían ser suficientes para Anna, pero yo me moría de hambre. Me dirigí de nuevo a la nevera para coger unas sobras de pollo.

—¿Y cómo va? —pregunté distraídamente.

—Debo admitir que me gustaría quedarme más tiempo. Creo que estaba progresando. Pero bueno, tampoco importa. Todo terminará mañana.

—Pues sí. Te irás. Sin ella.

—No sin ella —Emerson se puso de pie—. Disfruta esta noche, Jax. Es la última noche que tendrás con ella.

Enderezándome, me volví hacia él.

—¿Acabas de amenazarla?

—No. No le haré daño. Ni siquiera la amenazaré. No tengo que hacerlo. Ella vendrá por su cuenta. Vendrá porque quiere. Vendrá porque es mía. Siempre lo fue. Se lo dije desde el principio, pero no le has prestado atención. Estás demasiado distraído. Querías usarla, y ahora vas a perderla, y es demasiado tarde. Ya no hay nada que puedas hacer.

Anna

El sol se alzaba sobre el horizonte, y yo estaba junto a la ventana mirándolo fijamente. La promesa de Jax de follarme toda la noche se había esfumado después de traer la comida. Comimos y me abrazó, pero no supe qué decir cuando me pidió que hablara con él. Así que fingí dormir.

Y él lo mismo.

Salió del baño, completamente vestido. Aún pasarían varias horas antes de que los alfas partieran, pero era la última oportunidad de hablar con Cam, suponiendo que los guardias de Maeve se lo permitieran. Saul ya había enviado un mensaje para quejarse de que casi no le dejaban entrar en su propia enfermería.

Pensaba ir sola, pero Jax lo había vetado inmediatamente. Ni siquiera me dejaba llamar a Amelia o a Finn.

Algo raro le pasaba.

Podrías dormir más, y yo puedo hablar con Cam se ofreció.

—¿En serio? —me giré y ladeé la cabeza—. Vale.

Volví a sentarme en la cama y vi cómo miraba a la puerta, a la ventana, de nuevo a mí, y fruncía el ceño.

—¿Sabes qué? Mejor vamos juntos. Así podrás dormir un poco cuando los otros alfas se hayan ido.

Sí, claro. Así que realmente no me iba a dejar en paz. Lentamente, me puse de pie.

—Está bien.

Cuando me tendió la mano, me quedé mirándola. ¿Realmente? ¿Ahora íbamos a hacer manitas? ¿Quería montar un espectáculo para los demás?

¿Para Emerson?

Con el ceño fruncido, la cogí y dejé que tirara de mí hacia su lado. No me pareció un movimiento posesivo.

Era más como…

No quería pensar en lo que se sentía.

Nos llevó a la enfermería solo, sin guardias.

—¿Preocupado por lo que dirá Cam y no quieres que nadie más lo oiga? —le pregunté.

—El comentario de Kenzi sobre ver un fantasma me preocupó. No quiero causar pánico hasta que sepa exactamente lo que está pasando.

—¿Y no pudo ser más específica sobre el fantasma?

—No. Estaba alterada y un poco asustada. La mandé a casa a descansar.

Fantasma. Bruja.

Bruja muerta.

Buscando mi teléfono, lo cogí y llamé a Saul.

—¿Sí?
—Amaya. La bruja muerta. Todavía está en la enfermería, ¿verdad?
—Sí. Alfa no ha hecho arreglos para el cuerpo todavía.
—De acuerdo —arrugué la nariz—. Sé que esto sonará raro, pero ¿cuándo viste el cuerpo por última vez?
Jax me lanzó una mirada aguda y Saul se quedó callado.
—Vale, no estoy loca. O igual sí, pero ¿puedes seguirme el rollo?
—Vi el cuerpo ayer por la mañana, pero puedo comprobarlo ahora si le tranquiliza.
—Sí, por favor. Gracias.
Nerviosa, me tamborileaba la rodilla con el dedo. Me di cuenta de que Jax pisaba el acelerador un poco más fuerte.
Después de lo que pareció una eternidad, Saul volvió.
—Estoy mirando el cuerpo de la bruja. No parece haber nada raro. ¿Hay algo en particular que tenga que buscar?
—¿Sigue en la misma posición? ¿Aún tiene la cicatriz de la autopsia? ¿Todavía… eh… todavía parece muerta?
—Sí, Anna. Está muy muerta. Tan muerta como debería estar.
—Genial. Vale, vamos de camino a hablar con Cam.
Saul volvió a hacer una pausa y mi estómago empezó a acalambrarse.
—¿Saul?
—Cam no está aquí, Anna.
—¿Se la llevó Maeve?
Saul se aclaró la garganta.
—Según sus guardias, te la llevaste tú.

—¿Qué? No —intenté no entrar en pánico—. Saul, no me he llevado a Cam. He estado con Jax toda la noche.

—Te creo, Anna, pero yo no estaba aquí. Sólo tengo la palabra de los guardias de Maeve. Lo raro es que todavía están aquí.

—Gracias, Saul —colgué y me volví hacia Jax—. Creo que tenemos que ir a casa de Irene. Cam ya no está en la enfermería, y los guardias de Maeve, que siguen allí, dicen que fui yo quien la sacó.

—Esto no va a acabar bien —dijo Jax sombríamente mientras daba la vuelta.

—¿Adónde vas?

—Llama a Irene. Tenemos que encontrar a Cam, y rápido.

Irene tardó unos segundos en contestar. Tenía la voz ronca por el sueño.

—¿Anna?

—Hola, lo siento. Sé que es temprano. ¿Hay alguien contigo en este momento?

—¿Qué? No, Jenson salió hace unos minutos.

Hice una pausa.

—¿Jenson salió? ¿Como… de su cama?

—¿Qué? Ah, no. Eh… Anna. Lo siento, todavía tengo sueño. ¿Cuál era la pregunta?

Dejaría la conversación sobre Jenson para otro día.

—¿Hay alguna bruja contigo? ¿Como Cam, quizás? ¿O Lunessa?

—No, estoy sola. ¿Qué pasa?

—Una bruja se ha hecho pasar por mí y se ha llevado a Cam.

Al instante, Irene se despertó.

—Todavía tengo algo de su sangre. Puedo usarla para rastrearla. Quedamos en la cabaña.

Colgué y transmití el mensaje a Jax, cuyas facciones se ensombrecieron.

—¿Rastrearla con esa magia de la que no quería hablarme?

—No es el momento.

Llegamos a la casa de Irene en un tiempo récord y ella ya estaba en la puerta. Llevaba un paño ensangrentado en la mano y estaba cantando. Apenas nos miró antes de lanzar el paño al aire. Empezó a flotar.

—Deprisa. Síguelo.

Jax abrió la boca, pero le toqué el brazo y negué con la cabeza. Sus preguntas para Irene iban a tener que esperar.

—Si Cam está muerta… —murmuré.

—Eso no importa. Maeve no va a tocarte —gruñó Jax.

—¿Por qué Cam? Ella misma insiste en que no tiene tanto poder —seguí dándole vueltas pero no conseguía entenderlo—. Irene, ¿está escondiendo magia?

—No. Su padre era un brujo poderoso, pero Cam no tiene tanto poder. Tampoco tiene mucho entrenamiento. Su padre era muy despectivo con ella. No es el objetivo ideal para alguien que quiera más poder.

—Pero ella es un blanco ideal para cualquiera que quiera enfurecer a Maeve. Nada de esto tiene sentido. No puede ser Emerson o cualquiera de los otros alfas. Tiene que ser una bruja, pero ¿por qué?

—Porque eres nula —Irene se paró en seco—. Ay, qué ciega estoy. Jax, encontraré a Cam. Tienes que poner a Anna a salvo. Ella no puede ser asesinada por arte de magia. Si una bruja la quiere muerta, ¿cuál es la mejor manera de hacerlo?

—Échale un lobo —terminó Jax sombríamente y se dio la vuelta—. Nos vamos. Ya.

Sacudí la cabeza.

—De eso nada. Irene misma lo dijo. A mí no me puede matar la magia, pero a ti sí. Suponiendo que no encontremos ningún lobo junto a Cam, estaré bien.

—Anna, no discutas conmigo.

Abrí la boca, pero se oyó otro grito. Uno que todos reconocimos bien.

—Cam. Irene, ¿puedes hacer que ese rastreador vuele más rápido?

—¡NO! —la voz de Lunessa retumbó en el bosque, lo bastante fuerte como para arrancar árboles y sacudir el suelo.

—No creo que podamos esconder a Lunessa más tiempo —dije sombríamente mientras echaba a correr. Irene y Jax me seguían de cerca. El rastreador volaba más rápido, e Irene palidecía cuanto más corríamos. Entonces, con un gruñido, tropezó y cayó.

—Irene —giré y corrí hacia ella. El rastreador revoloteó hasta el suelo.

Otro estruendo sacudió el suelo. Miré a Jax.

—Se está debilitando, Jax.

Irene sonrió débilmente a Jax.

—Lo siento. No quería que supieras nada de mi magia hasta que volviera a estar a pleno rendimiento, cosa que quizá nunca ocurra.

Ahora mismo no te sirvo de nada. Ve. Tenemos que estar cerca.
—No puedo dejarte aquí. Hay una bruja asesina en algún lugar de este bosque.
—No estoy sin protección —Irene sacó una espada—. Ve. Salva a Cam, si puedes.
Esperando que no fuera la última vez que veía a Irene, me di la vuelta y me fui con Jax. La magia de Lunessa retumbó de nuevo, irrumpimos en el claro y nos detuvimos en seco.
Lunessa se enfrentaba a una bruja. Una bruja que todos habíamos visto muerta.
Amaya.
Entre ellos, Cam Lee yacía inmóvil entre las hojas.
—Estás muerta —le dije a Amaya mientras agarraba la camiseta de Jax—. Está muerta. ¿Estoy alucinando?
—Es el fantasma —respiró Jax.
—No soy un fantasma —dijo Amaya alegremente mientras se elevaba en el aire.
—Es la gemela de Amaya —espetó Lunessa como si debiera ser obvio.
—¿Estás aquí para vengar su muerte? —pregunté a la gemela con cautela—. Nosotros no la matamos.
—No, claro que no —dijo la gemela, todavía en el aire sobre nuestras cabezas—. Fui yo. ¿Cómo si no iba a entrar en esta tierra? Ella era mi conexión para combatir el pequeño hechizo de protección del territorio de tu bruja. Por cierto, ¿dónde está? Necesito hablar con ella.

La mirada de Lunessa estaba fija en la gemela, y era evidente que estaba luchando en la pelea.

—Lunessa, ¿estás bien? —pregunté, aterrada.

—Ah, ¿la bella Doncella? La segunda mejor en esta lucha, me temo —dijo la gemela con una risita malvada—. Porque mientras Lunessa está restringida por las reglas de la magia blanca y su aquelarre, ¡yo no!

Extendiendo la mano hacia Lunessa, empezó a cantar, y Lunessa jadeó y empezó a elevarse en el aire, con el pecho por delante.

—Es hora de que mueras, Doncella.

Anna

—¡No! —Corriendo hacia Lunessa, tiré de ella hacia abajo y le puse la mano en el pecho. La magia estaba allí, enterrada profundamente, pero no podía sacarla lo bastante rápido.

Jax se movió y se lanzó contra la gemela de Amaya. La lanzó por los aires y le clavó los dientes. Me concentré en alejar la magia de Lunessa y, cuando terminé, Lunessa jadeó.

—Una nula —siseó la gemela—. Qué interesante. Una nula y un lobo. ¿De dónde has salido?

Lunessa se levantó, pero la gemela negó con la cabeza.

—No te molestes. Ya he terminado aquí.

Desapareció y corrí al lado de Jax. Estaba retrocediendo poco a poco.

—Estoy bien —murmuró.

Me giré y corrí hacia Cam. En cuanto me arrodillé junto a ella, los lobos salieron disparados de entre los árboles.

Algunos eran de la manada de Jax, incluido Jenson, que llevaba a Irene en brazos. London. Emerson. Maeve y todos sus guardias.
Debería haber sabido que el grito de Lunessa los habría despertado y llamado. Su magia los había sacado a todos de sus camas.
—No —rugió Maeve—. ¡Cam!
—Está muerta —dije temblando.
—Tú —siseó—. Tú hiciste esto.
Inmediatamente, Jax se interpuso entre las dos.
—Sé lo que piensan tus guardias, pero Anna estuvo conmigo toda la noche y toda la mañana. Ella no se llevó a tu bruja. Otra bruja es la responsable.
—¿Qué bruja? No veo ninguna bruja aquí —siseó Maeve—. ¿Sabes algo de los guardias que enviaste a casa de Amaya?
—No sé nada.
Jenson se aclaró la garganta.
—Atendí la llamada. Encontraron pelos de lobo en su casa.
—¿Olía conocido?
Jenson me miró pero no dijo nada.
Maeve gruñó.
—Así que vas a protegerla. Son dos brujas mías muertas, y tengo derecho a ejecutarla. Entrégamela y no empezarás una guerra.
—No —gruñó Jax—. Ella no es la que está matando a tus brujas.
—Entonces empiezas una guerra —Maeve se volvió hacia los otros guardias—. Lleváosla y matad a cualquier lobo que se interponga en vuestro camino. Incluso si es el propio alfa.
El corazón se me agarrotó en la garganta y retrocedí lentamente mientras estudiaba a los lobos que tenía enfrente.

Choqué con un cuerpo y me giré. Emerson.

—¿Ves a lo que hemos llegado? Toda una manada en peligro por ti —dijo.

—¿Tú hiciste esto? —dije entre dientes.

—Yo no. Pero es interesante. Yo no me preocuparía. Maeve no tiene suficientes guardias para poder con Jax, aunque podría matar a varios lobos de tu manada para lograrlo —hizo una pausa—. Podrías venir conmigo. Yo te mantendré a salvo.

Hice una pausa y me volví hacia él.

—¿De verdad creías que iba a funcionar? ¿Que me iría casualmente contigo? Maeve se volvería contra ti para matarme.

—Podría manejar a Maeve. Ciertamente mejor de lo que podría Jax. Además, si vienes conmigo, no tendrás que ver a la propia manada de Jax masacrándolo. Lo están vigilando para ver a quién elige, y si te elige a ti, te prometo que perderá su manada en un mes.

Se me apretaron las tripas. Tenía razón. Sus lobos lo vigilaban, tan de cerca que nadie vio la figura que se alzaba sobre el bosque detrás de Maeve.

—No —grité. La gemela de Amaya soltó una carcajada y lanzó un hechizo contra Irene, que seguía en brazos de Jenson. Me puse en su camino justo a tiempo para interceptarlo, y el hechizo me golpeó como un tren, lanzándome contra un árbol. Todos se giraron y jadearon, y las brujas se pusieron colectivamente en acción, con Lunessa a la cabeza. En la penumbra, vi a la gemela de Amaya gritar y caer.

Y el mundo se puso negro.

***

—¿Anna? —la voz de Saul atravesó la oscuridad e hice una mueca. De repente, no quería abrir los ojos—. Hay cuatro alfas mosqueados ahí fuera, todos culpando al otro por aliarse con una bruja, y tu alfa podría sangrar pronto si no estás de pie.

Abrí los ojos de golpe y me incorporé. El dolor me recorrió el cuello y gruñí.

—Au.

—Normal. Te has estampado contra un árbol. Algo de dolor vas a sentir —se rió entre dientes—. Quería que estuvieras despierta para poder evaluar tu dolor, pero aún no puedes ir a ninguna parte.

—Jax…

—Está vivo y manteniendo a raya a los otros alfas. Ellos, y todos los lobos que vigilan el bosque, te vieron salvar a Irene y a Jenson con tus poderes nulos. Todos quieren hablar contigo. Y todos sospechan que se aliaron con las brujas.

Gemí y me encogí de hombros. El dolor seguía remitiendo.

—¿Significa eso que Maeve ya no me quiere muerta?

—No —parece que el fantasma de una bruja fue suficiente para convencerla. Gira lentamente la cabeza hacia la derecha. Bien, y hacia la izquierda. Excelente. Extiende el brazo.

Le fulminé con la mirada y salté de la cama del hospital.

—Estoy bien. A la primera oportunidad, igual hasta me transformo para curarme del todo.

—Si dices eso es que tienes prisa.

La voz de Saul sonó detrás de mí mientras me apresuraba a salir por la puerta. Un mar de metamorfos rodeaba la enfermería y ninguno me miraba. El silencio era ensordecedor.

—Disculpen —empecé a abrirme paso, pero unas manos me agarraron antes de que llegara al borde—. Suéltame —me di la vuelta y me di cuenta de que no reconocía al lobo que me sujetaba.

De hecho, no reconocí a ninguno de los lobos.

—Déjala ir —gruñó Jax.

—Si ella quiere, por supuesto la dejo —dijo Emerson mientras caminaba hacia mí—. Pero si ella quiere venir conmigo, vendrá.

—¿Es por eso que la mitad de tu manada ha invadido mi tierra? —gruñó Jax. ¿Para darle la oportunidad?

¿Qué carajo había pasado mientras estaba fuera? No estaban ni Maeve ni London a la vista.

Sólo Emerson.

—Jax, ¿qué está pasando?

—Emerson tiene la loca idea de que te irás con él. Ambos sabemos que está mintiendo. Sólo ven conmigo, y acabamos con todo esto.

—¿Dónde están Maeve y London?

—Se fueron.

Estupendo. Ahora, no había nadie para presenciar lo que demonios Emerson estuviera haciendo.

Me volví hacia él.

—Mira, obviamente, no voy a…

Emerson me puso un dedo en los labios y estuve a punto de morderlo de rabia. Entonces, oí su voz.

En mi cabeza.

«Hola, cariño. Puedes darle las gracias a mi bruja por esta pequeña conversación» dijo Emerson en mi mente. «Pensé que sería mejor hablar en privado».

Le fulminé con la mirada y respondí mentalmente: «No tengo nada que decirte».

«Yo a ti sí tengo mucho que decirte. Verás, mientras mi bruja estaba aquí, jugó con el pequeño hechizo de Irene, ya sabes, ¿el destinado a mantener a los pícaros fuera del territorio de Jax? Descubrió que es capaz de revertir la magia… violentamente. Si no vienes conmigo, Jax y todos sus lobos serán expulsados de su propia tierra y nunca podrán regresar.

¿Qué? Sacudí la cabeza, buscando desesperadamente a Irene, Lunessa o alguien que me dijera que Emerson iba de farol.

—No la quieren aquí —dijo Emerson en voz alta—. Tus propios lobos la odian. La mantuviste prisionera en un bar durante tres años. La estás manipulando al mantenerla aquí para que use sus poderes nulos. Todos lo habéis visto. Tus lobos pueden estar apareados, pero ella me ama. Siempre lo ha hecho y siempre lo hará. Vuelve conmigo, Anna. Te mantendré a salvo de una manera que él no puede. Ya no estás atrapada aquí.

El corazón me martilleaba en el pecho. Estaba mintiendo. Tenía que estar mintiendo.

Miré fijamente a Jax.

Si Emerson no estaba mintiendo, entonces Jax lo perdería todo. Su manada. Su tierra.

—Voy con Emerson —dije con calma.

El dolor inundó mi vínculo de apareamiento y los oídos se me llenaron de sangre. Miré a Jax y esperé desesperadamente que hiciera algo. Embestir hacia nosotros. Objetar. Gritar que vendría a salvarme.

Se quedó allí de pie y, con una risita, Emerson me cogió de la mano y me llevó.

Anna

El grifo se había secado.

Cuando el líquido empezó a salir a chorros y a espumar, dejé el vaso y sonreí disculpándome al lobo que esperaba al otro lado de la barra.

—Lo siento, la cerveza tardará unos minutos más. Tengo que cambiar el grifo.

—No te preocupes —la mujer me mostró una sonrisa cortés—. Me dará unos minutos más para mirar el menú. Me encantan todas estas nuevas opciones. ¿Es cosa tuya?

La saludé con una rápida inclinación de cabeza.

—Avísame si tienes alguna pregunta. Enseguida vuelvo.

—Yo lo hago, Anna —se ofreció Josh mientras sentaba la caja de vasos limpios que acababa de traer de la parte de atrás—. Sé que estás ocupada.

—Genial. Gracias, Josh. Te lo agradezco.

—Cualquier cosa por ti.

Oculto tras lo que esperaba que fuera una sonrisa amistosa, me volví para dirigirme al nuevo cliente que se había acercado.

—Bienvenido al Pelo del Perro. ¿Qué le pongo?

El Pelo del Perro no era el nombre más original para un bar en medio del territorio de los lobos, pero estaba bien gestionado. Emerson me había instalado como la camarera más nueva al tercer día de mi «visita».

Eso fue hace cinco semanas.

Cinco semanas sin poder sentir nada a través del vínculo de apareamiento. Cinco semanas sin saber qué le pasaba a la manada Diamante Negro. ¿Estaban a salvo? ¿Emerson realmente los había dejado ir, como prometió? ¿Había sido posible llevar a cabo la amenaza de revertir el hechizo?

No tenía sentido preguntarle a Emerson. No podía fiarme de nada de lo que salía de su boca, y las últimas semanas habían sido tan surrealistas que seguía sin encontrar el equilibrio.

Emerson no había intentado nada. Vivía en su casa, pero tenía mi propia suite. Me había dicho que podía cambiar cualquier cosa de la suite, sólo tenía que pedirlo.

Y como sabía lo mucho que me gustaba el Colmillo Sonriente, quiso darme el Pelo de Perro. No hasta que estuviera preparada, pero el gerente, Louis, siempre me pedía mi opinión e intentaba formarme en la oficina.

Todos eran amables. Respetuosos. Difícilmente la experiencia que tuve en el Colmillo Sonriente o con la manada de Jax en general.

—¿Qué crees que debería pedir?

Me invadió la fuerza e intenté no reaccionar mientras mi loba se revolvía en mi interior.

Elonso. El segundo al mando de Emerson. Sólo lo había visto una vez antes, cuando llegué, pero estaba claro por la furia de su rostro que no creía que yo pegara en este sitio.

Lo pongo firmemente en la categoría de enemigo.

—No sé mucho sobre ti. ¿Bebes cerveza o te gustan más los licores fuertes? ¿vino? ¿Quizá algo ligero y afrutado? —bromeé.

La mirada dura en sus ojos no cambió.

—Cerveza. Cerveza negra.

—Bueno, la Paso de la Luna Sangrienta sólo tiene una cerveza negra, así me da que vas a beber la Howler.

Una cosa sobre el bar de Emerson es que sólo permitía que se sirviera su propia cerveza, y su cerveza era bastante cutre.

—Vale. Y una hamburguesa.

—Tenemos varias opciones de hamburguesas. ¿Te apetece algo especial?

—No. Hamburguesa. Normal. Doble de patatas fritas.

Mi sonrisa no vaciló.

—Un clásico. Me encanta. Enseguida.

Le serví su cerveza y probé el grifo que había que cambiar. Después de dejarla correr, llené un vaso y se lo entregué a la mujer que seguía de pie en la barra.

—¿Te has decidido por la comida?

—La ensalada de bistec parece demasiado buena para dejarla pasar. Poco hecho, por favor. Aderezo extra y una guarnición de aros de cebolla.

Después de registrar su pedido, miré el reloj. Casi las cuatro. Mi turno terminaría pronto. Sólo hacía turnos de comida. Esta hora del día debería estar muerta, pero el bar siempre estaba lleno. Empecé a cortar limones y limas para el turno de la cena e hice lo posible por identificar a todos los que estaban en el bar. Todas eran caras conocidas. A estas alturas, ya conocía a los lobos que aparentemente debían hacer sus rondas y mantenerme ocupada.

El lobo del rincón era Lionel, uno de los guardias de Emerson. Tenía una tableta abierta delante de él, pero le gustaba ver la televisión. Se distraía fácilmente con las actualizaciones deportivas. Venía todos los miércoles.

Marko, uno de los empleados de la casa de Emerson, estaba a tres taburetes de él. En al menos uno de los empleados de la casa venía todos los días al bar, lo que me decía que eran ellos quienes informaban a Emerson de lo que yo hacía en el trabajo.

En el lado que daba a la pared de licores estaba Elonso. Era su primera visita, así que no estaba en la rotación de Emerson. Eso tenía sentido.

A dos asientos de él estaba la loba. ¿Maria? ¿Maris? Sólo era su segunda visita, pagó en efectivo y no me había dado su nombre. Sólo se lo había oído decir cuando contestaba al teléfono. No era especialmente dominante y trabajaba sobre todo con el ordenador. Por sus llamadas, deduje que era una especie de planificadora.

En la otra esquina estaba Noah. Apenas tenía edad para beber y la cara se le ponía roja cada vez que le miraba. Era un guardia recién acuñado.

La mitad de las mesas del bar tenían ocupantes. No podía nombrarlos a todos. Uno de ellos era la madre de Josh. Apenas me dirigía la palabra y a menudo fruncía el ceño en mi dirección. Tenía la sensación de que no le gustaba que su hijo trabajara conmigo.

Otros pocos se derritieron ante mi sonrisa, pero no muchos. Casi todos parecían encantados de que yo estuviera aquí. Era desconcertante.

—¡Hola, Anna! He venido un poco antes por si quieres fichar —dijo Cindy alegremente mientras se golpeaba la cadera para abrir la puerta batiente del bar, que llegaba hasta la cintura.

Era la camarera de noche durante la semana y un encanto en toda regla. A sus treinta y pocos años, era una habitual y, según sus propias palabras, le encantaba la frescura que yo aportaba al bar. Felizmente casada y con un hijo de dos años en casa, era lo más parecido a una amiga que tenía aquí.

No es que saliéramos o pasáramos tiempo juntos. Solo éramos barcos de paso, pero a veces, ella venía temprano solo para escuchar o compartir los cotilleos.

—Todavía tengo que preparar una cosa —le dije mientras servía los cítricos en cuencos y sacaba un tarro de cerezas—. ¿Quieres que haga algo más? He cortado algunas limas para esta noche, pero son para los margaritas. No dejes que la cocina te las robe para los tacos.

Se le abrieron los ojos de par en par.

—Nunca lo haría. Esos cabrones no se llevan nada de mí.

Riéndome, terminé de llenar las guarniciones y me volví para cargar los platos. Cindy se puso inmediatamente delante de mí.

—Vete a casa, dama alfa. Te mereces descansar.

Dama alfa. Ya lo había oído suficientes veces como para no retroceder horrorizada. ¿De verdad Emerson le decía así a la gente que era yo? Nunca lo había corregido, pero tampoco lo reconocía. Todavía no había descubierto el juego de Emerson.

—Claro. Gracias. Puedes venir un poco más tarde mañana para compensar. Pasar un poco más de tiempo con ese lindo niño tuyo.

—Lo haré —prometió Cindy, aunque las dos sabíamos que era mentira. Cerré la sesión en el ordenador, un movimiento inútil porque no me pagaban. Emerson me dijo que no necesitaba un cheque y que me daría todo el dinero que necesitara. Justo cuando me quité el delantal, se abrió la puerta y entró una figura conocida.

Janelle.

La bruja me miró a los ojos y apartó rápidamente la mirada mientras se dirigía al comedor. Al menos una vez a la semana entraba, siempre sola, y nunca me miraba.

Quince minutos antes. Eso era nuevo para ella. Lástima que Cindy me obligara a marcharme, quería sentarme con la bruja de la manada y hacerle algunas preguntas punzantes.

Sintiendo los ojos de Elonso clavados en mí desde atrás, no miré demasiado mientras terminaba de recoger mis cosas.

—¡Buenas noches a todos! Cindy os cuidará —dije alegremente mientras salía por la puerta.

El sol brillante me inundó los ojos y me estremecí, pero no antes de ver que la sombra se movía inmediatamente a mi lado. Otra se unió a mi otro lado.

—Dama alfa —dijo uno en voz baja—. Te acompañamos a casa.

Puse una gran sonrisa en la cara.

—Como siempre.

Emerson podía ordenar a su manada que me tratara con respeto y amabilidad, o les amenazaba. Podía darme el trabajo que creía que me gustaría y la falsa imagen de privacidad, pero nada de eso podía ocultar la verdad: era una prisionera. Mis escoltas eran guardias. Dos de ellos me seguían de la casa al bar y de vuelta a la casa otra vez. Dos guardias eran suficientes porque el Pelo del Perro estaba justo en medio de las tierras de la manada, al igual que la casa de Emerson. Tendría que cruzar la mitad del territorio para escapar a la frontera.

La única vez que pedí transformarme y correr de noche, me habían seguido seis lobos, todos más grandes, más rápidos y más dominantes que yo. Mi huida había durado dos minutos antes de esconderme de vuelta en mi suite.

En la casa, observaba las cámaras que seguían todos mis movimientos. Buscaba a diario en la suite y estaba bastante segura de que no había ninguna, pero seguía teniendo cuidado cuando me duchaba y me cambiaba.

Uno de los guardias me abrió la puerta de la suite e incluso se inclinó un poco. Qué galante. Entré, cerré los ojos y esperé.

La puerta se cerró y oí el inevitable clic al cerrarse desde fuera.

Cinco semanas. Ni siquiera un movimiento del vínculo de apareamiento. La magia no podía tocarme, así que no era obra de Emerson.

Tenía que ser de Jax. No iba a venir a por mí.

Anna

El horario era siempre el mismo. Cuando terminaba mi turno, tenía tres horas para relajarme, ducharme y prepararme para la cena. Como siempre, me ponían un vestido en la silla, no en la cama, como si eso fuera a hacerme sentir mejor.

No era idiota. Sabía que registraban la suite todos los días mientras yo no estaba. Había pequeñas cosas que notaba antes de irme y veía que habían sido movidas. A veces, era una pantalla de lámpara girada sólo un poco o mi sábana metida de manera diferente. Una vez, metí el borde de un hilo debajo de la alfombra y lo encontré en un rincón cuando llegué a casa. Emerson me dijo que haría venir a la criada todos los días, pero yo le pedí que mantuviera limpia mi suite. Había cedido, pero eso no le había impedido registrar las habitaciones.

El vestido de esta noche era rojo. La mayoría de los vestidos eran rojos. Ese parecía ser el color favorito de Emerson. Los vestidos nunca eran iguales: o la costurera de la manada estaba muy

ocupada, o Emerson gastaba una enorme cantidad de dinero en vestirme durante las dos horas que requería mi presencia en la cena. Esas dos horas eran siempre la peor parte del día. Por lo demás, Emerson me dejaba en paz, pero tenía que cenar con él e intercambiar forzadas cortesías. Me contaba sus planes. Me preguntaba por mi día.

Todas las noches le preguntaba si me dejaría marchar. Todas las noches me decía que había tomado una decisión y que debía respetarla.

Cogí el vestido, me dirigí al baño, cerré la puerta tras de mí y abrí la ducha.

Hasta ahora, sólo tengo trazada una ruta de escape. Mi mejor oportunidad de salir de aquí era llegar a la ciudad humana en la parte inferior de la montaña. La gente de allí comerciaba libremente con la manada de Emerson, sin darse cuenta de que eran metamorfos. Significaba bajar la Montaña para subir, pero Emerson no podría tocarme una vez que estuviera allí; no se atrevería a exponer a los lobos llevándome por la fuerza bruta.

Volver a Jax era otra historia. No tenía un plan para eso. Ni siquiera sabía si Jax me quería de vuelta.

Qué demonios, ni siquiera estaba segura de por qué quería volver.

Sólo había un punto débil que podía identificar fácilmente a partir de mi limitado conocimiento del trazado, y ese punto no era tan débil como me hubiera gustado. Tendría que ir a la enfermería para conseguir estar tan cerca de la frontera. Por desgracia, todos los «accidentes» que había tenido (abrirme un dedo en el bar, resbalarme con uno de los vestidos más largos y caerme por las

escaleras, los horribles calambres que me había fabricado en mi última regla) sólo habían servido para que me visitara el sanador y no al revés.

Si quería llegar a la enfermería, iba a tener que herirme de gravedad, y me temía que tenía que hacerlo dos veces: una para hacer balance de la zona y averiguar cómo escapar de la enfermería y otra para escapar de verdad.

La cuestión no era si estaba dispuesta a hacerme daño para escapar, sino cómo tendría la oportunidad de hacerlo. Si no tuvieran barrotes, me tiraría por una de las ventanas y caería en picado por los cuatro pisos.

Mientras salía vapor de la ducha, miré mi reflejo en el espejo.

En cautiverio, me había convertido en la versión más sana de mí misma. Irónico. Comía mejor. Hacía ejercicio cuando podía. Dormía mucho. Por mucho que quisiera hacer una huelga de hambre, sabía que Emerson no me seguiría el juego y me consumiría hasta que estuviera demasiado débil para luchar.

Y un día, tendría que luchar. Necesitaba estar preparada para cuando eso ocurriera.

Me desnudé, entré en la ducha y dejé que el agua caliente corriera sobre mí. Como siempre, pensé en la última vez que Jax me había tocado. Cerré los ojos e intenté recordar cómo había sido cuando sus brazos me rodeaban, sus labios estaban sobre los míos y mi cuerpo se derretía contra el suyo.

¿Patético? Tal vez. Sobre todo sabiendo que Jax probablemente lo había superado. Ahora que no estaba allí jodiendo con su cabeza y

su vínculo de apareamiento, probablemente creía lo que le había estado diciendo todo el tiempo.

Que estaba mejor sin mí.

Después de ducharme, me sequé con la toalla, me vestí y me recogí el pelo mojado con una horquilla. Emerson comentó una vez que le encantaba mi pelo suelto, así que no me lo había vuelto a dejar. Cuando me preguntó, le dije que no quería estropear los bonitos vestidos con el pelo mojado y que no era el tipo de mujer que se hace un peinado completo. Se ofreció a enviar a alguien para que me ayudara a arreglarme. No me había molestado en responder.

Al salir del baño, me paré en seco con un grito ahogado.

Había un carrito de comedor en mi salón y una asquerosa piltrafa de alfa en mi sofá.

¿Qué mierda es ésta?

Tarde, me di cuenta de que había dicho esas palabras en voz alta. Emerson me miró de arriba abajo con una extraña luz maníaca en los ojos.

—Perdóname. Pensé que podríamos cenar en tu suite esta noche, donde estarías más cómoda.

—Faltan horas para la cena.

—Y sin embargo estás lista. Qué fortuito.

Se me revolvió el estómago. ¿Esperaba pillarme vistiéndome? ¿Entrar a hurtadillas mientras aún me estaba duchando?

¿Pillarme dormida?

—Me prometiste que no entrarías en mi suite sin mi permiso.

—Llamé a la puerta. Es sólo la cena, Anna. Después de todo este tiempo, pensé que habíamos superado el miedo —se dirigió a la

pequeña mesa de comedor junto al carro, sacó una silla y la señaló —. Dama.

—Sólo porque tú lo digas, sólo porque le hayas mentido a tu manada y la hayas obligado a decirlo, no lo convierte en verdad, y ambos lo sabemos. Nunca seré tu pareja, Emerson, y sinceramente, pensaría que honrarías a tu lobo un poco mejor.

Gruñó, pero sólo por un momento, antes de recomponer sus facciones.

—No estás preparada. Lo comprendo. Te llevará tiempo llorar la pérdida de tu anterior compañero. O tal vez sigas esperando que venga a rescatarte. Tengo tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Es hora de que entiendas tu nueva realidad. Ven. Come conmigo. Háblame de tu día.

Lentamente, tomé asiento y le di las gracias.

—La cena huele muy bien.

—Gambas Alfredo. Uno de tus favoritos, ¿no?

Era… una cosa que había descubierto viviendo con Jax. Claramente no era algo que Emerson debiera saber.

—Qué maravillosa sorpresa —dije rotundamente.

El chef más increíble del mundo no podría haberme hecho la comida apetecible en ese momento, pero me obligué a girar el tenedor en los *fettuccini* mientras Emerson servía más vino.

Era otro de nuestros rituales. Me servía alcohol y yo nunca lo tocaba. Durante media hora, me obligué a mantener una conversación educada. Respondí a sus preguntas, hice algunas mías e intenté no vomitar cada vez que me sonreía.

—¿Postre? —preguntó mientras retiraba una tapa de plata de un plato para revelar un decadente pastel de chocolate.

—No, gracias.

—Entonces tengo una sorpresa para ti. No te muevas.

No estaba de humor para sorpresas, y me tensé cuando se levantó y caminó alrededor de la pequeña mesa detrás de mí.

—Sé que te cuesta considerarme tu compañero, pero debes admitir que te he dado una buena vida aquí. Te tratan bien. Espero que te des cuenta de que no somos como Diamante Negro. Te damos la bienvenida. Tienes un hogar aquí, una posición y una voz.

No me di la vuelta.

—Y una cerradura en la puerta.

—Es por tu seguridad, Anna. Ya lo sabes.

—¿Por qué necesito estar encerrada si tu manada es tan acogedora?

—Están deseando que te comprometas conmigo —sus nudillos rozaron la columna desnuda de mi cuello y luché por no estremecerme—. Rompe tu vínculo actual. Acéptame como tu alfa y tu compañero. Acepta el Paso de la Luna Sangrienta como tu manada, y el resto vendrá.

Una cosa pesada anidó entre mi escote y miré hacia abajo. Un colgante de rubí con forma de luna creciente colgaba de una delicada cadena de oro.

Entonces, sentí su poder arremolinarse a mi alrededor. Era inconfundible. Asfixiante. Tuvo que estar tirando de todos sus lazos de la manada para que sucediera.

—Entrégate a mí, Anna. Entrégate a mí.

Sus dedos recorrieron la cadena y se hundieron entre mis pechos. Sin dudarlo, cogí un cuchillo del carro, le corté el brazo y me puse en pie de inmediato.

—Perra —rugió y me dio un revés. Caí contra la mesa. Los platos cayeron al suelo y él me inmovilizó los brazos—.

—¡Serás mía!

—Nunca por mi propia voluntad, Emerson. ¡Nunca por mi propia voluntad!

Maldiciendo, se echó un poco hacia atrás y me clavó el puño en la mandíbula. Caí al suelo con fuerza.

Escupiendo sangre, le miré.

—Tienes razón. La hospitalidad aquí es incomparable.

—Serás mía —volvió a gruñir.

Dio un paso hacia mí, pero se detuvo cuando llamaron a la puerta.

—Dejadnos —ordenó.

—Soy yo.

Una voz familiar. ¿Elonso?

—¿Qué? —gruñó Emerson.

La puerta se abrió y entró su segundo. Sus ojos recorrieron la escena, pero no mostraron compasión.

—Perdona la interrupción, Alfa, pero nuestra invitada especial ha llegado antes de lo esperado. ¿Le doy la bienvenida yo mismo?

Para mi sorpresa, Emerson sonrió fría y cruelmente.

—No hace falta. Ya he terminado aquí. Veré al huésped yo mismo. Mir a ver si mi compañera necesita atención médica. ¡Qué torpe es! Anna, perdona mi rápida salida. Te lo compensaré mañana en la cena.

Con eso, se había ido. Con cautela, me puse en pie y miré fijamente a Elonso mientras agarraba el cuchillo.

—No hace falta llamar al sanador. Soy más fuerte de lo que parezco.

Él se limitó a gruñir.

—Voy a enviar a alguien a limpiar este desastre.

—Ya lo hago yo. Cuando termine aviso a mis… guardias. ¿Quién es el invitado especial?

—El plan B.

Anna

Al día siguiente, se me había formado un moratón oscuro en la mejilla. Me vestí para ir a trabajar y abrí la puerta, donde me esperaba una guardia. Entró en mi suite, cubrió el moratón con maquillaje y me puso al cuello el collar que me había regalado Emerson.

—Es muy bonito. Tienes que enseñarlo —dijo suavemente.

La primera hora de apertura del bar solía ser tranquila para mí. Todos los demás estaban ocupados en sus puestos, el encargado contaba el dinero y yo planeaba mi huida. Sólo que hoy me interrumpía constantemente un desfile de compañeras que querían admirar el collar. Sus cuchicheos me ponían enferma.

—Oh, qué hermoso. Nuestro alfa tiene un gusto increíble.

—Vosotros dos sois como un cuento de hadas. Estoy deseando encontrar una pareja que me trate así.

—Te quiere mucho.

«No vomites. Sólo sonríe y asiente. Puedes sobrevivir si sonríes y asientes».

Escondí el collar bajo la camisa, abrí las puertas y dejé entrar a la gente que hacía cola como si el Pelo del Perro fuera el lugar de moda a las once de la mañana. Los habituales de los jueves entraron, se sentaron y esperaron pacientemente a que me pusiera detrás del mostrador.

—Oí que Emerson te dio un collar muy guapo. ¿Puedo verlo?

Joder, este iba a ser el turno más largo de mi vida.

A la una, el bar estaba increíblemente concurrido. Casi todo el mundo me pedía ver el collar, así que me puse el puto chisme por fuera de la camisa para ahorrar tiempo. Cindy llegó pronto y nadie pestañeó cuando me pidió que la acompañara al baño. Cuando le pregunté por qué, se limitó a sonreír.

—Tu maquillaje necesita un retoque.

Demasiado para pensar que Cindy podría ser una amiga.

Obedientemente, la seguí hasta el cuarto de baño y me quedé allí mientras me cubría el moratón. Observé su rostro mientras lo hacía para ver si afloraban sus verdaderas emociones. Parloteaba sin rumbo sobre algo que su hija había hecho aquella mañana.

—Esto es una buena práctica para mí. Un día, ¡la voy a maquillar!

—¿Ella también es propensa a los accidentes?

La sonrisa de Cindy se desvaneció un poco y luego volvió a iluminarse.

—No, tonta. Para recitales de baile y obras de teatro y todas esas cosas.

—Bien. Muy bien. Qué bueno, Cindy. Gracias por tu ayuda.

Su mirada se posó en el collar.

—Es precioso.

—Por como habla todo el mundo, todos lo sabían incluso antes de que yo lo recibiera. ¿Emerson envía algún tipo de boletín diario?

Me reí entre dientes para fingir que bromeaba, pero seguía observándola atentamente. Cómo estaba haciendo circular la información con tanta rapidez?

—Las noticias vuelan. No debería retenerte más. Tienes clientes.

—En realidad, voy a aprovechar para ir al baño. Llevo toda la mañana con el estómago revuelto. ¿Puedes darme un par de minutos? Te veo fuera.

Abrió los ojos de par en par.

—¡Ay! Sí. Yo me encargo de todo. No te preocupes.

Cuando se fue, me apoyé en el mostrador y suspiré. No pude evitar arrancarme el puñetero collar del cuello.

—Es un rastreador. Uno mágico. Uno de mis mejores diseños.

No me sorprendió cuando la voz de Janelle llenó suavemente el cuarto de baño. Había tenido que mantener la vista fija en Cindy para evitar mirar fijamente la magia que estaba ocupando la esquina en brillantes tonalidades naranjas y amarillas. Había tardado unos minutos en ver por debajo y sacar a Cindy de allí.

La cuestión era por qué tenía que esconderse.

—¿Explotará si me lo quito?

Parecía aún más delgada y pálida que antes y ni siquiera me dedicó una sonrisa.

—No, pero te localizará en distancias bastante largas. Hiciste algo la otra semana que hizo pensar a Emerson que tenías un plan para

huir.
—¿Ah, sí? ¿Qué hice?
—Le pediste al gerente trabajar en el turno de noche.
Al oír eso, resoplé de risa.
—Vaya cosa. Emerson sí que tiene que estar desesperado si eso es todo lo que hace falta. Yo no estaba intentando escapar —sólo de la cena con él—. ¿Por qué te escondes en el baño?
—Pensé que ya era hora de que habláramos.
—Hubiera pensado que el momento de hablar era antes de que le dijeras a Emerson que podías hechizar la tierra de Jax para expulsar a toda su gente. ¿O eso fue un truco?
—No fue un truco. Era posible hacerlo, aunque no hubiera tenido tanta fuerza detrás como a Emerson le hubiera gustado. No soy Irene. Sí intenté advertirle de las lagunas del hechizo mientras estuve allí —suspiró—. No eres la única prisionera. Date prisa. Se nos acaba el tiempo. Tu suite es el único lugar donde podemos hablar libremente, pero no puedo entrar sin ayuda. Incluso está equipada con bloqueadores de teléfonos móviles. Dame tu collar.
Sin dudarlo, se lo entregué. Por mí podía tirarlo por el fregadero. Sacó una pequeña piedra y pegamento.
—No soy la única bruja en esta tierra. Hay una pelirroja. Permanece en la sombra, pero supervisa todo mi trabajo. Dudo que la veas, pero si la ves, evítala. Detectará el añadido mágico. Ojalá esto tuviera más tiempo para secarse. Ten mucho cuidado con él en la próxima hora.
Antes de que pudiera preguntar para qué demonios era, volvió a rodearme el cuello con ella y regresó al rincón. Justo cuando se

abrió la puerta, volvió a ocultarse con magia y Cindy entró de nuevo.
—Hola. Sólo que sepas que tu compañero llamó para decir que pasará por aquí en unos minutos. Ya estás preciosa, pero si quieres ponerte más guapa, puedes venga.
Me guiñó un ojo antes de volver a salir.
—Iré a verte esta noche —dijo Janelle suavemente desde su rincón oculto—. Intentaré explicarte lo que pueda.
Tal vez fue un paso adelante, o tal vez fueron dos pasos atrás. Por lo que yo sabía, Janelle era sólo un implante de Emerson.
No podía confiar en nadie. Era una sensación familiar.
Volví al bar y cobré a unos cuantos clientes. Todos se fueron en tramos de treinta minutos. Algunos se quedaban sólo media hora, otros hora y media. Entraban dos a la vez y salían dos a la vez.
Dando la espalda a los clientes, empecé a limpiar las botellas. Unos minutos después, el bar se quedó en silencio. No me di la vuelta. Todos los demás podían besar los anillos de Emerson y arrodillarse a sus pies, pero yo no iba a hacerlo.
—Bueno, esto sí que me suena.
Me quedé helada al oír la voz y no me atreví a girarme. No era posible.
—Sé amable —amonestó Emerson—. Estás hablando con mi compañera, y tú aquí eres una invitada.
—No, tienes razón. Te pido disculpas. Ciertamente te pediría que hicieras lo mismo si estuvieras en mi territorio.
—Anna —dijo Emerson suavemente—. Siento interrumpir tu trabajo, pero quería que pudieras saludar a nuestra invitada en persona.
Lentamente, me di la vuelta para ver la amplia sonrisa de Kenzi.

Emerson continuó.

—Está aquí para seguir fomentando una alianza ahora que es la nueva Dama Alfa del Diamante Negro.

Anna

Necesité toda mi energía para no gritar. Sonreí lentamente ante su expresión de suficiencia e ignoré el nudo que se me formó en la garganta.

—Enhorabuena —logré decir.

¿Esto explicaba por qué había oscuridad en mi vínculo de apareamiento? ¿Había encontrado Jax una forma de amortiguarlo mágicamente para poder estar con Kenzi?

Luché por recordarme a mí misma que eso era lo que yo quería, que era lo mejor para la manada y para él. Por eso me fui.

Pero joder, pensé que tardaría un poco más en suceder.

Los ojos de Kenzi se posaron en mi collar y soltó un grito ahogado.

—¡Oy, qué bonito! Voy a tener que decirle a Jax que me compre uno. Ese mismo diseño quedaría increíble con diamantes negros.

Subiéndose al taburete, le hizo un gesto a Emerson para que se fuera.

—Dame unos minutos para ponerme al día con mi vieja amiga, ¿vale?

Emerson vaciló.

—Sólo unos minutos. A Anna no le gusta que la distraigan del trabajo.

—Ya, ya lo sé. Ese bar en casa era lo único que le importaba — girando la cabeza, observó a Emerson alejarse, y luego chasqueó la cabeza y se burló.

—Estás radiante, con tu maquillaje y tus joyas absurdamente caras. Jax se disgustaría si pudiera verte ahora. En realidad, no es mala idea. ¿Te importa si hago una foto? Hará que aprecie aún más su elección de mí.

Sacó el móvil, hizo una foto y soltó una carcajada.

Me incliné sobre el mostrador y entrecerré los ojos.

—¿Qué puñetas estás haciendo aquí, Kenzi? Tú no moverías un dedo para fomentar una alianza.

—No, pero quería verte. Nuestra ceremonia de apareamiento fue preciosa. ¿Quieres ver las fotos? —me tiró el teléfono a la cara.

Kenzi y Jax bajo un arco de flores de luna.

—Encantador —dije con la mandíbula apretada.

Con una risita, Kenzi se lo dirigió a Cindy.

—¿Mi vestido no es para morirse? Claro que no me duró mucho. Ay, Anna, ésta te va a encantar.

Me volvió a poner el teléfono en la cara. Finn y Amelia bailando. Qué mono.

—Uu, ¿y ésta? Tengo un montón. Fue una noche mágica.

Miré el teléfono.

—Debería volver al trabajo, la verdad.
—Te puedo enviar esto —rió Kenzi—. ¿Tú y Emerson ya habéis tenido vuestra ceremonia?
—La próxima luna llena —saltó Cindy—. Va a ser preciosa.
—¿Así que son dos semanas? Igual deberías vestirte de rojo. He oído que la sangre te sienta bien. Al menos Bridget estaría de acuerdo.
Se me heló la sangre. Así que Jax le había dicho a todo el mundo que yo la había matado. ¿Tal vez fue para cubrir su traición y no alarmar a la manada sobre la disensión en las filas? De cualquier manera, no importaba. Nunca iba a volver. Hacía bien en usarme de chivo expiatorio.
Emerson volvió.
—Kenzi, tendrás que guardar el resto de tus cotilleos para la cena de esta noche. Tenemos que terminar el *tour*.
—Claro. Claro —Kenzi guiñó un ojo—. Hasta luego, Anna. La verdad es que tenemos mucho para ponernos al día.
Se bajó del taburete, me guiñó un ojo y me saludó con los dedos mientras se pavoneaba.
—¿Estás bien? —preguntó Cindy—. Eso ha sido… raro. Vosotras dos, o sois muy buenas amigos o no sois amigas en absoluto.
¿Alguien en la manada sabía que Jax y yo habíamos sido apareados? Joder, hasta los pícaros sabían que Jax y yo estábamos apareados.
—Cuando estaba con la manada Diamante Negro, no nos llevábamos bien —respondí con sinceridad.
—¿Sabes qué? Seguro que si le dices eso a Emerson, pedirá otro embajador de Diamante Negro —dijo Cindy con seriedad—. Él sólo quiere hacerte feliz.

—Eso sería mezquino, y yo no soy mezquina —sonreí alegremente—. ¿Kenzi quiere venir aquí y presumir de su felicidad con su compañero alfa? Yo puedo hacer lo mismo.

***

El vestido que me esperaba no me servía para esta cena, así que abrí el armario e inspeccioné toda la ropa que Emerson me había comprado. Nunca me había gustado jugar a disfrazarme, pero Kenzi casi me había hecho llorar.

Nadie me ha hecho llorar excepto yo.

Me pongo unas mallas negras y una camiseta de tirantes negra de encaje y me miro al espejo. No estaba mal. El peso que había ganado aquí me daba curvas, algo por lo que estar agradecida.

Encontré un par de tacones de aguja que podría enterrar en la sien de Kenzi si fuera necesario y me maquillé un poco más de la cuenta. El collar anidaba en mi escote.

Apenas me reconocía.

—Puedes con esto —le dije a mi reflejo—. Pon una puta sonrisa y no dejes que esa zorra te haga daño.

Estupendo. Había sufrido el tipo de abuso que haría que cualquier persona o metamorfo se rompiera, pero era la sonrisa cuqui de la muerte de Kenzi lo que iba a llevarme al límite.

Cuando faltaban dos minutos para las siete, abrí la puerta y salí. Sonriendo alegremente a mis dos guardias, que me miraban asombrados, hice un gesto hacia el pasillo.

—¿Vamos, chicos?

—Está… guapa, Dama Alfa —murmuró uno de ellos antes de ponerse rojo vivo.

—No voy de simpática, pero sí pretendo causar impresión —respondí.

El otro guardia se limitó a sonreírme.

—Sí, señora.

En lugar de dejar que los guardias me anunciaran, entré yo misma en el comedor y cerré la puerta tras de mí. Kenzi y Emerson se reían mientras miraban su teléfono. ¿Más fotos?

—Esto parece acogedor —ronroneé mientras sacaba mi propio asiento y me sentaba—. Igual tendría que hacer una foto para recordar este momento.

—Anna —los ojos de Emerson se abrieron de par en par—. Eso no es lo que me imaginaba que te pondrías para cenar.

—Hoy me apetecía cambiar un poco. ¿Qué estáis mirando vosotros dos? —ladeando la cabeza, miré fijamente a Kenzi—. ¿Más fotos bonitas de la ceremonia de apareamiento? Me sorprende que te vistieras de un blanco tan brillante. Como que te desvanece.

Emerson se aclaró la garganta, y Kenzi colgó su teléfono.

—Jax pensó que estaba encantadora en él. Inocente.

—Eso es lo que todo alfa necesita. Una compañera inocente y… ¿mona? —Resoplando, me acerqué a la mesa y cogí la botella de vino. Los ojos de Emerson se abrieron aún más cuando me serví una copa—. Salud por las nuevas relaciones.

Al menos Kenzi ya no sonreía. En su lugar, cogió su vino y me miró fijamente.

—¿Cómo está tu loba, Anna? ¿Te sientes segura estos días?

—Perfectamente. El Paso de la Luna de Sangre es sorprendentemente acogedor. Más de lo que puedo decir de otras manadas que he visitado. No hay tanta intolerancia aquí, sólo inteligencia y trabajadores.

—Quizá no tengan la información correcta.

—Anna. Verte tan animada esta noche es encantador, pero me temo que tenemos algo más urgente que discutir durante la cena. Kenzi sólo estará con nosotros esta noche, y quería saber tu opinión. Disfrutemos de la cena. Filete y patatas. Un clásico.

Una noche, ¿eh?

—Espero que el mío esté sangrante— los ojos de Emerson se endurecieron, suspiré y me enderecé—. A ver. ¿Qué necesitabas discutir?

La cena derivó en una conversación sobre política. Kenzi soltó demasiada información y no pude evitar decirle que cerrara la puta boca. Emerson estaba pendiente de cada palabra.

—¿La tercera de Jax está muerta? No tenía ni idea —la imagen de la inocencia, Emerson se volvió y me miró—. ¿Te llevabas bien con Bridget?

—No tanto como tú.

—¿Perdón?

Sonriendo, cogí el cuchillo para cortar el último bocado de mi filete.

—Tú no, querido. Me refiero a Bridget y Kenzi. Eran mejores amigas. Debes tener el corazón roto, Kenzi.

—No tienes ni idea —susurró Kenzi. Sentí el odio en su voz y sus ojos se clavaron en los míos—. ¿Por qué no salimos a correr juntas, Anna? ¿Esta noche?

—¿Las dos solas? —me burlé.
—¿Algún problema? Molaría —sonrió.
Volviéndome hacia Emerson, ladeé la cabeza.
—No lo sé, *querido.* ¿No hay problema?
—Para nada. Una carrera a medianoche suena perfecto.
Después de cenar, Emerson me acompañó a la puerta.
—El collar te queda bien.
Giré la cabeza y lo miré con odio.
—¿Así que sabías que Kenzi y Jax se apareaban, y pensaste en traerla aquí para que yo también lo supiera?
—Pensé que te ayudaría a dejarlo ir, querida. Podríamos ser felices aquí. Podrías ser feliz. Entiendo si necesitas darle unos golpes a Kenzi para sentirte mejor. Ahora, quizá puedas seguir adelante. Que conste, querida, que yo nunca te dejaría ir.
Romántico.
Se inclinó hacia mí y le di una palmada en el pecho. Entrecerró los ojos y me señalé la mejilla, aún amoratada bajo el maquillaje.
—Seguir adelante es una cosa. Confiar en ti es algo totalmente distinto. Te veo a medianoche, Emerson.

Anna

Treinta minutos después de mi regreso a la suite, se percibía un resplandor en el aire.

—Está despejado —dije en voz baja y me acerqué al televisor. Elegí un canal de música con rock de unas tías enfadadas por si los guardias podían oír a través de la puerta, cosa que dudaba.

—Si estás aquí para engañarme, no me lo pensaré dos veces antes de clavarte un cuchillo en el corazón —le dije a Janelle.

—No espero menos. ¿Asumo por tu atuendo que Kenzi está aquí?

—Mi atuendo no es de tu incumbencia. Dime qué demonios está pasando.

—Muy bien. La versión corta es que yo no pedí santuario ni protección, a diferencia de las otras brujas de la manada. Fui raptada hace casi tres años. Nunca en mi vida había estado en esta Montaña olvidada de Dios. Otra bruja me llevó con un hechizo muy parecido a lo que le pasó a Amaya, sólo que no me mataron. Me han

utilizado desde entonces y, cuando Emerson se enteró de que mi magia no es tan fuerte, abusaron de mí.

—¿Por qué no dijiste nada a las otras brujas?

—Hay un dispositivo de escucha en mi persona, que emite directamente a la seguridad. Si menciono algo sobre mi secuestro a alguien, Emerson es notificado inmediatamente.

Rápidamente, retrocedí y miré hacia la puerta.

—¿Así que estás arriesgando nuestras vidas ahora mismo?

—Cerca de ti no funciona. Hace un par de semanas pirateé la línea y escuché mis conversaciones cuando tú estabas cerca. Silencio absoluto. Por lo que sé, a los guardias no les pareció nada raro. Supusieron que había dejado de hablar. Eres una nula.

Era una buena historia. No podría decir si estaba mintiendo o no.

—¿Qué quieres de mí?

—Tengo información sobre Emerson. Información importante. Sé que estás trabajando en un plan de escape. Involúcrame, sácame de aquí, y te diré todo lo que sé.

—¿Qué te hace pensar que estoy trabajando en un plan de escape?

Janelle sonrió sombríamente.

—Porque nadie en su sano juicio elige estar aquí.

Riesgo. Mirara donde mirara, había más riesgo. No se trataba sólo de mi libertad. Sospechaba que si Emerson no podía tenerme, me mataría, al diablo con los planes futuros.

La bruja podría ser un implante más, como todos los empleados y clientes del bar.

Cerrando los ojos, intenté pensar en todos los escenarios. Una vez más, era una niña, repasando todas las cosas posibles que podían

salir mal en un plan, sopesando los riesgos y, a veces, decidiendo que merecía la pena dejarse pillar.

Y siempre me habían pillado.

Pero ya no era una niña. Cogí un papel, garabateé en él y se lo tendí.

«Búscame dentro de tres horas. No sé dónde estaré, encuéntrame. Escóndete con magia».

Antes de que pudiera cogerlo, lo hice pedazos y me los llevé al baño. La bruja no dijo nada mientras los tiraba por el retrete.

—Gracias —dijo en voz baja.

—No me des las gracias todavía. Deberías irte. Tengo que prepararme para una carrera.

—¿Una carrera? —abrió los ojos de par en par—. ¿Tu loba? ¿La estás dejando salir para la huida?

—Es más fuerte de lo que crees.

Era medianoche cuando me encontré con Kenzi en la puerta. Me miró los vaqueros y la camiseta e hizo ademán de mirar detrás de mí.

—Me he dado cuenta de que llevas guardias contigo a todas partes. No me digas que sigues intentando volver con Jax —dijo burlonamente.

—No planeo toda mi vida en torno a un hombre, Kenzi. Quizá deberías pensar en hacer lo mismo —sugerí en voz baja.

—Ahora no tienes guardias. ¿Tienes pensado escapar? Ay, ¿no sería encantador? Me encantaría perseguirte.

Me quedé mirando el bosque.

—¿Adónde iría? Además, que no veas a los guardias no significa que no estén. ¿Quieres hacer esta carrera? ¿Demostrar que eras la mejor opción desde el principio? ¿O quieres dar por terminada la noche, sin más?

Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

—No somos animales del todo. Vamos a pasear un rato. Me encanta charlar. Sobre todo me encanta decirte que tengo razón, porque la tengo. La elección correcta.

Como Kenzi no tenía prisa por correr, empecé a pasear y ella se puso a mi lado.

Si a Emerson le preocupara que me fuera sola, nos habría acompañado. Eso me hizo pensar que estaba acechando en algún lugar, observándonos.

—¿Qué le hizo Jax al vínculo de apareamiento? —pregunté.

—¿Por qué será que está muerto y en silencio? —se rió—. Viajó hasta el aquelarre de Darkwyn e hizo que se lo arrancaran. No fue un viaje agradable, ni un hechizo agradable. Hasta dónde llegó ese hombre para alejarse de ti…

Gruñí.

—Cuidado, Kenzi. Que el humano te haya elegido no significa que el lobo lo haga. Me gusta pensar que es más inteligente que eso.

—Uy, pues su lobo ha llegado a adorarme. Cuando follamos… uf, tengo a su lobo justo debajo de la piel. Es totalmente salvaje conmigo. Se queja de que a ti te trataba como si fueras de cristal. La pobre Annita maltratada, que podría romperse en cualquier momento.

Me paré en seco, respiré hondo y cerré los ojos. No dejaría que me afectara.

—Alguna vez has pensado que sólo intenta sacarme de su cabeza? ¿Ha dicho mi nombre en vez del tuyo?

Debí de tocar una fibra sensible, porque los ojos de Kenzi brillaron en plata.

—Ni siquiera piensa en ti.

—Uy, seguro que sí. ¿Ya te ha follado en el comedor? ¿En la ducha? Le gustaba mucho contra la pared junto a la cama.

—Cállate, perra —Kenzi me golpeó contra un árbol. Me enderecé, escupí sangre y la miré fijamente. Sentí que mi loba subía a la superficie.

Sólo tenía una cosa más que decirle.

—Si hubieras sido su primera opción, se habría apareado contigo antes de conocerme. En vez de eso, te engañó hasta que encontró a su verdadera pareja. Eres la segunda mejor, Kenzi. Siempre lo fuiste, y siempre lo serás.

Mezquina. Ni me había dado cuenta de que podía ser tan mezquina. De que había tanta amargura en mí. No sabía que podía caer tan bajo, pero no pude evitar que las palabras salieran de mi boca.

Empezó a transformarse, pero yo fui más rápida. Mi loba aterrizó a cuatro patas y se lanzó sobre ella antes de que pudiera terminar. Su aullido de dolor se elevó entre los árboles mientras caíamos colina abajo y, cuando llegamos abajo, ya era toda una loba.

Joder. Era enorme. No tenía ni idea de que la loba de Kenzi fuera tan grande. Era casi tanto como Jax, y ahora que estaba furiosa, su

poder la desgarraba. Su pata se estrelló contra mí, y vi las estrellas mientras me tambaleaba.

Mi loba gimoteó. Esta no era una pelea que iba a ganar, y apenas habíamos empezado. Aun así, me giré y ataqué. Me las arreglé para sacar sangre justo cuando sus colmillos me rasgaron el hombro. Me levantó y me arrojó como si fuera un muñeco de trapo.

El dolor me atravesó y el pánico se apoderó de mí. Mi loba se estremeció.

«Herida. Asustada. Socorro».

De repente, antes de que pudiera detenerla, mi loba empezó a transformarse.

Ay, madre. No, no, no. Intenté tomar el control, pero se me había escapado. Mis huesos se movieron con dolor y algo espinoso me arañó la piel desnuda. En el lapso de un latido, me convertí en una humana desnuda y temblorosa.

Kenzi no se detuvo, ni siquiera dudó. Se abalanzó sobre mí con la misma furia que antes. Intenté hacerme un ovillo, pero ya era demasiado tarde.

Sus colmillos mordieron mi costado y desgarraron la carne.

Era el momento. Iba a morir.

Anna

Ocho lobos descendieron sobre Kenzi. Reconocí a Emerson en forma de lobo cuando me la quitó de encima y la arrojó al otro lado del claro. Cuando me miró, no había nada más que asco en sus ojos. No había preocupación. Ni compasión.

Cuando gruñó, gemí y traté de alejarme. Finalmente, volvió a transformarse en humano.

—Dejadla —ordenó a sus otros lobos, que estaban centrados en Kenzi—. Si la matáis, comenzaremos una guerra para la que aún no estamos preparados.

Giré la cabeza y observé insensible cómo Kenzi se defendía de sus atacantes. Me miró y gruñó.

—Sal de mi territorio —le ordenó Emerson desdeñosamente—. No puedo permitir que mates a mi compañera, ¿verdad?

Me miró una vez más y se marchó corriendo. Nadie la siguió. Todos miraban a Emerson, esperando instrucciones, pero él me miraba a mí.

—Transfórmate antes de que te mueras —dijo suavemente.
Dolorosamente, intenté incorporarme, pero el dolor estalló en mi cadera. Sin duda, Kenzi había roto varios huesos.
—No puedo —gemí—. Está demasiado asustada.
Emerson maldijo en voz alta y se volvió hacia sus lobos.
—Traed una camilla y aseguraos de que la enfermería está equipada. Necesitará al sanador.
Se alejaron y él se inclinó.
—Esta es una dolorosa lección que tienes que aprender, Anna. Por tu bien, espero que se te grabe. Kenzi es la loba que Jax eligió para ser su pareja, y sintió que tenía la libertad de matarte. Tal vez lo ha hecho. Sospecho que matar por completo ese vínculo de apareamiento habrá hecho muy feliz a Jax. No es el héroe que imaginaste. Este es tu hogar ahora. Te he dado todo lo que necesitas para ser feliz. Acéptame y te protegeré.
Las lágrimas se derramaron por mis mejillas mientras cerraba los ojos.
—Cúrate y empezaremos tu entrenamiento. No puedo tener una dama alfa débil. ¿Qué pensará mi manada?
Con eso, perdí el conocimiento.

***

Cuando volví en mí, había tres metamorfos rodeándome. Hablaban tranquilamente. Parecía como si todo mi cuerpo gritara de dolor. Temblando, intenté zafarme.
—Espera, Anna, no te nos vayas —unas manos me agarraron y tiraron de mí—. Ya casi terminamos.

La oscuridad se apoderó de todo.

Cuando volví a despertar, estaba mareada. Tenía una vía intravenosa en el brazo. Aturdida, traté de alcanzarla, pero no lo conseguí. Tragando, intenté humedecer mi garganta seca. Todo estaba tranquilo.

—¿Hola? —dije, rasposa—. ¿Hay alguien ahí?

Nadie contestó. Las ventanas seguían a oscuras, así que no podía llevar aquí más de unas horas. Al girar la cabeza, eché un vistazo a la habitación y vi la luz roja parpadeante sobre la puerta. Una cámara. Así que alguien me estaba vigilando.

—¿Hola? Me vendría bien un poco de agua.

El aire brilló bajo la puerta y la luz roja se oscureció.

Me transformé.

Fue, sin lugar a dudas, la transformación más dolorosa que había hecho nunca. Los huesos rotos se entrelazaron increíblemente rápido, provocándome gemidos, pero intenté contenerlos. Cuando pude mover todos los miembros, salté de la cama y casi me desplomé.

Vale, había un fallo importante en este plan.

—Espero que no esperaras que tuviera la magia para curarte —dijo Janelle en voz baja mientras levantaba su glamour—. Lo único que pude hacer fue despertarte. El personal se ha ido a casa. Hay dos guardias en la parte de atrás. Les he echado somníferos en la bebida y están inconscientes. Tenemos que irnos ya.

Me sacudí, me levanté y me acerqué sigilosamente a la puerta. Contaba con muchas cosas para que este plan funcionara, y la más

importante era que Emerson no se preocupara tanto por mí como para permanecer vigilante junto a mi cama.

No estaba en ninguna parte.

Janelle me abrió las puertas y salimos a la parte trasera de la enfermería. Tres kilómetros antes de estar a salvo fuera del territorio, calculé. Otros cinco kilómetros para llegar a la ciudad humana. Antes había pensado que tener a Janelle conmigo me haría ir más despacio. En vez de eso, me costaba seguirla.

Mi respiración se entrecortaba a cada paso y el miedo aumentaba con cada sonido que oía. Janelle se deslizaba en absoluto silencio y yo deseaba desesperadamente que su magia fuera más poderosa. Llegamos al borde de la frontera cuando alguien se adelantó. Janelle jadeó y yo me quedé helada.

Elonso la miró con sorpresa y luego me miró a mí. Llevaba la radio colgada de la cadera.

Lentamente, tiró de ella y se la llevó a la boca.

—La sección cincuenta y siete está despejada —retumbó antes de darse la vuelta y alejarse.

¿Qué coño?

—Vamos —dijo Janelle con voz temblorosa—. Emerson todavía nos puede alcanzar en el territorio neutral. Tenemos que seguir.

Apenas empezaba a vislumbrarse la luz en el horizonte. En el mejor de los casos, sólo nos quedaban unas horas antes de que alguien se diera cuenta de que me había ido. En el peor, alguien había estado vigilando la cámara y ya nos estaba buscando. ¿Es eso lo que Elonso había estado haciendo?

¿Por qué demonios me dejaría ir?

Aceleré, ignorando la desesperada necesidad de tumbarme y dormir. Llegamos a un arroyo familiar cuando Janelle volvió a pegar un respingo. Una figura conocida bajó de un salto de la roca.

—Podría haberte matado —dijo Kenzi con voz dura.

Apretando los dientes, obligué a mi loba a retroceder y dejé paso a mi cuerpo aún roto.

—Me alegro de que no lo hicieras.

—¿En qué demonios estabas pensando? —me lanzó una pequeña bolsa de lona, y yo me arrodillé dolorosamente y la abrí para sacar algo de ropa—. ¿Transformándote en medio de un ataque?

—¿Formabas parte del plan? —preguntó Janelle con recelo—. ¿Cómo? ¿Cómo es posible que lo hayas logrado?

—Yo no hice el plan. Sabía que la llegada de Kenzi era demasiado buena para ser verdad, y sabía que de ninguna manera se aparearía con alguien delante de la enfermería. Ese edificio estaba en todas las putas fotos que me ponía en la cara. Era una indirecta para mí, para decirme que tenía que llegar a la enfermería aquí para poder escapar. Yo ya lo sabía, pero necesitaba la ayuda de Kenzi para hacerlo. Por no mencionar que Kenzi rebosa un poder que antes no tenía, y no es el poder de Jax. Si Emerson se hubiera tomado dos segundos para usar su cabezota, se habría dado cuenta de que Kenzi no es la pareja de Jax. Es su nueva tercera.

—Casi no funciona —gruñó Kenzi—. Casi te mato.

—Ya he intentado ir a la enfermería más veces —haciendo un gesto de dolor, me vestí con unos vaqueros y una sudadera demasiado usada—. Emerson me trajo a los sanadores. Sabía que tenía que estar al borde de la muerte para llegar allí.

Cuando estuve vestida, le lancé la bolsa de lona a Kenzi—. ¿Andando es nuestra mejor opción? Ya era bastante lenta como loba.

—No estaba ni segura de que conseguirías llegar así. Tuve que pedir refuerzos. Llegarán en cualquier momento. ¿Alguien te vio salir?

—Elonso.

Los ojos de Kenzi se abrieron de par en par, pero negué con la cabeza.

—Nos dejó ir. Al parecer, me odia lo suficiente como para traicionar a Emerson.

—De acuerdo. Nos preocuparemos de eso más tarde. ¿Qué hace la bruja aquí?

—Hizo un trato conmigo. Ayúdala a escapar, y entregará los secretos de Emerson.

—Suena sospechoso, pero también nos ocuparemos de eso más tarde. Aunque no contábamos con nadie más cuando organizamos el transporte. Hablando de…

Oí los motores a lo lejos. Para mi asombro, tres figuras se acercaban en motocicletas. Kenzi sonrió.

—Pensé que era buena idea la velocidad por encima de la sutileza.

Finn. Amelia. Saul. Intenté no llorar.

—Sólo en caso de que no lo logre, Kenzi, déjame decirte ahora, gracias. Sé que esto no ha sido fácil.

—Más fácil de lo que crees —dijo encogiéndose de hombros—. Y tengo toda la intención de restregarte este rescate por la cara durante mucho tiempo. Bruja, vas con Finn. Anna, tú con Amelia. Y Saul, tendrás que disfrutar de mis cálidos brazos a tu alrededor.

—Será un placer —dijo Saul secamente.

No tuvimos tiempo de charlar. Por mucho que quería abrazar a cada uno de ellos —una sensación extraña para mí—, monté lentamente detrás de Amelia y gemí aliviada porque ya no tendríamos que caminar más.

Entonces nos pusimos en marcha. El camino no estaba precisamente despejado, pero íbamos a suficiente velocidad como para que tuviera que agarrarme fuerte. Cerrando los ojos, recé para que lo consiguiéramos.

Diez minutos después, habíamos salido del bosque y estábamos en un pequeño camino de tierra. Más adelante, podía ver el comienzo de grandes edificios: la ciudad humana.

Amelia subía primero, con Saul y Finn detrás formando un triángulo. No nos cruzamos con ningún otro vehículo. El ruido de las motos cortaba el silencio de la ciudad, y no volví a abrir los ojos hasta que nos detuvimos frente a un hotel.

Dormir. Necesitaba dormir desesperadamente.

Unas manos me agarraron por la cintura, jadeé y me giré para luchar antes de que unos ojos familiares se clavaran en los míos mientras me levantaban y me acunaban suavemente.

Jax.

Jax

—Saul —el nudo en mi garganta era tan grande que apenas podía sacar las palabras—. Está fría de la muerte.

—Pues vamos a calentarla —Saul abrió la puerta de mi habitación y la llevé dentro. Ahora que estaba de nuevo en mis brazos, lo último que quería era dejarla marchar, pero incluso Kenzi la miraba con ansiedad. Necesitaba que el sanador la mirara.

—Puede que sea tu pareja, pero sigue necesitando intimidad. Puedes esperar en mi habitación a que te llegue el informe —dijo Saul con amabilidad.

Estaba claro que quería un informe. Necesitaba saber por qué mi compañera estaba al borde de la muerte y por qué había una persona más en el grupo. Janelle. La bruja. Sus ojos estaban prácticamente pegados al suelo.

—Estaré aquí al lado y volveré en cuanto Saul termine —le susurré a Anna—. Sea lo que sea lo que te hizo Emerson… encontraremos la forma de arreglarlo. Te lo juro.

Me dedicó una sonrisa tensa y asintió. Poco a poco, el grupo se agrupó en la habitación de al lado.

Había tardado cinco semanas en elaborar este plan, que era el más endeble que había hecho nunca.

Kenzi había señalado que ella era la mejor persona para llegar al territorio de Emerson. No sólo seguiría buscando convertir a otro de mis lobos en traidor, sino que todo el mundo conocía su rivalidad con Anna. Cuando sugirió por primera vez que amortiguara mágicamente el vínculo de apareamiento, casi le arranco la cabeza, pero tenía razón. Cuanto más triunfante se sintiera Emerson, menos se daría cuenta de la treta.

Celebramos la puta ceremonia falsa e hicimos suficientes fotos para ocultar todas las pistas posibles. Sabía que la única forma de sacarla a escondidas era a través de la enfermería. También pensé que Anna ya se habría dado cuenta. Avisé a todos los alfas de la ceremonia. London estaba horrorizado.

Envié lo que parecían ser mensajes poco entusiastas a Emerson sobre devolver a Anna. Dejé que me convenciera de que lo mejor para nosotros era que siguiera adelante.

Y luego dejé que Kenzi hiciera su movimiento. Envió correos electrónicos a Emerson, pidiéndole gatunamente que le hiciera llegar su amor y las noticias de su felicidad a Anna. Emerson sólo tardó dos semanas en invitarla a su territorio como embajadora.

Durante todo ese tiempo, no pude sentir nada de Anna. Me despojaba poco a poco de la cordura ante la idea de que ella volviera a estar cerca de ese hombre.

Y no sólo se la había llevado. Ella se había ido con él.

—Fue culpa mía —susurró Janelle—. Usé el hechizo de Irene en tu tierra para incrustar otro hechizo. Uno que, si se activaba, te expulsaría a ti y a todos tus lobos de tu territorio. Emerson lo usó para chantajear a Anna para que se fuera con él. Cuando nos fuimos, me dijo que activara el hechizo de todos modos. Le dije que no era lo bastante fuerte. He sido su prisionera durante años, y eso fue la gota que colmó el vaso. Ha tenido a otras brujas desviando mi magia desde que volvimos. Si no escapaba, iba a morir. Le prometí a Anna que si me ayudaba a salir, le contaría todo lo que sabía.

—Todavía estás atada a él. Te lo huelo. Tienes que atarte a mí si realmente quieres ser libre. De esa forma, él no puede rastrearte, pero si me traicionas, puedo matarte.

—Lo haré aquí mismo. Ahora mismo —para mi sorpresa, se puso de rodillas—. Por favor.

Estaba tan lejos de mi manada que no tenía mucha fuerza en mis lazos de manada. Mi vínculo de apareamiento estaba oscuro, y había separado a Finn, Amelia y Saul de sus vínculos para que pudieran acercarse al territorio de Emerson haciéndose pasar por pícaros. El de Kenzi era el único vínculo de manada que tenía para consolarme.

Y Anna. Es extraño. Todavía podía sentir su vínculo.

—Ella no cortó el vínculo de su lado.

—Todavía no, pero era sólo cuestión de tiempo. Tenía intención de matar a todos sus compañeros del trabajo si ella no lo cortaba y se casaba con él antes de la próxima luna llena.

—¿Compañeros del trabajo? —miré a Kenzi. Ella se encogió de hombros.

—Parece que él estaba tratando de hacerla feliz en la superficie. La tenía trabajando en un bar.

Miré a Janelle.

—Sería más fuerte si estuviéramos en mi tierra cuando hagamos esto, pero tendrá que servir. ¿Cuál es tu nombre completo?

—Janelle Sweden Myers.

—Janelle Sweden Myers, ¿te comprometes a ti misma y a tu magia a la Manada Diamante Negro, tu lealtad a mí como tu alfa, y juras que todas tus acciones en adelante serán en servicio a mí y a los míos?

Mi poder retumbó en la habitación y ella se estremeció.

—Lo juro.

—Entonces bienvenida, bruja. A partir de ahora, yo soy tuyo, y tú eres mía.

Cuando nos conectamos, sentí calor y ella se estremeció. Le di unos minutos antes de ayudarla a levantarse.

—Lo siento. Puede ser doloroso pasar de alfa a alfa sin cortar adecuadamente el primer vínculo. Haré que Saul te eche un vistazo luego.

—No es necesario. Necesito descansar y otra bruja.

—Amelia y Finn te acompañarán a otra habitación donde puedas descansar —ofrecí.

—No —sacudió la cabeza—. No puedo. Tenemos que irnos pronto. Emerson llegará en cualquier momento.

—No podemos irnos todavía, Janelle. Anna necesita descansar. Y tú también. Emerson no puede tocarte aquí.

—No, pero Emerson tiene otras tres brujas con él. Pueden matarte mientras duermes.

—No nos falta de protección mágica —le dije con la mayor delicadeza posible. Temblaba de miedo—. No podemos volver a la Montaña, es demasiado arriesgado. Tenemos que rodear el territorio de London. Un barco en el muelle nos llevará, pero no zarpará hasta dentro de cuatro días.

—En cuatro días puede pasar de todo —susurró Janelle, con la voz llena de pavor—. Esto no es una fuga… es una ejecución a cámara lenta.

—Descansa —le ordené.

En silencio, Finn y Amelia abrieron la habitación contigua y condujeron a Janelle a través de ella. Cuando se cerró, gruñí a Kenzi.

—Anna está al borde de la muerte.

—Tu plan. No el mío —dijo Kenzi suavemente—. Al parecer, había intentado llegar a la enfermería antes, pero Emerson no se lo permitió. Cambió a humana en medio de nuestra pelea. No pude parar a tiempo. La próxima vez que tenga que darle una paliza para salvarla, intentaré tener más cuidado.

Frustrado, me pasé la mano por el pelo. Todo este tiempo había tenido que quedarme de brazos cruzados en este maldito hotel mientras los demás hacían el trabajo. Emerson lo habría notado si me hubiera adentrado siquiera en el territorio neutral que bordeaba sus tierras. Nunca me había sentido tan impotente en mi vida.

—Cuéntame lo que has visto —le pregunté.

—No mucho. Era cuidadoso y su atención se centraba sobre todo en Anna. Pasó la mayor parte de nuestro tiempo juntos preguntándome qué la haría feliz. O está realmente enamorado de ella…

—No conoce el significado de esa puta palabra —interrumpí.

—… o necesita que ella esté dispuesta a aceptar cualquier plan que él tenga —continuó Kenzi, por encima de mí—. Hice un recorrido por la tierra. Me sentía rara allí. No puedo explicarlo, pero cuanto más tiempo pasaba allí, más ganas tenía de quedarme. Tenía que haber magia. ¿Y sus metamorfos? Raros. Directamente raros. Felices. Útiles. Cálidos. Obedientes. Hasta los niños parecían seguir algún tipo de guion. Janelle fue la única bruja que me presentaron. Si esconde más, también me los ocultó a mí.

—¿Ella… estaba… dónde vivía?

¿Quería saberlo?

—Tenía su propia suite. Vigilada, y no sé nada más allá de eso. Cuando los vi, él no la tocó —dijo Kenzi suavemente—. Como dije, parecía quererla de buena gana.

Eso sólo aflojó un poco el nudo de mi pecho. Deseaba desesperadamente haber traído a una bruja conmigo, pero Irene no estaba en plenas facultades tras su pelea con la hermana gemela de Amaya, y Lunessa había desaparecido de vuelta a su aquelarre… supuse que para curarse.

—Elonso la vio salir y la dejó ir. Me reuní con él una vez mientras estuve allí. Parecía ser el único que no era como un maldito *golden retriever*. No sé qué significa eso, pero hasta Emerson le tiene recelo. Convirtió a Bridget en una traidora. Tal vez nosotros podamos convertir a Elonso.

—No. Normalmente hay demasiado poder compartido para convertir a un segundo. Alonso es nuevo como segundo de Emerson. Él mató a su predecesor por el puesto hace un año.

—¿Crees que Elonso está apuntando a Alfa?

—Puede ser. No pudimos encontrar mucha información sobre él, y entonces no parecía importante. Quizá sea hora de indagar un poco más.

La puerta se abrió y entró Saul.

—Se ha transformado y necesita estar así al menos ocho horas para que todo se cure bien. No sé cómo ha podido caminar ni tres metros, y mucho menos varios kilómetros, pero ha sufrido un daño considerable. Para esta noche, ella debería ser capaz de cambiar de nuevo sin demasiado dolor. Lo lamento. Sé que tienes ganas de hablar con ella.

—Mientras esté a salvo —miré por la ventana y vi salir el sol—. Voy a estar con ella. Necesito que alguien vigile a la bruja en todo momento. Todo el mundo en guardia. Espero que Emerson llegue en una hora.

Jax

La lobita melosa estaba bien acurrucada en la cama. Movió la cola con desgana cuando me senté en el borde y le acaricié suavemente la cabeza con la mano.

—¿Está bien si te acompaño?

Otro golpe de cola. Me acomodé contra la pared y me resistí a subir al pequeño lobo a mi regazo. Mi propio lobo se levantó dentro de mí, pero no intentó tomar el control. En lugar de eso, se acercó lo suficiente para que el lobo de Anna pudiera sentirme.

Suspiró y se apoyó en mí.

—Supongo que debería ponerte al día de lo sucedido —empecé—. La Arpía llamó. Estaba furiosa porque su Doncella se había escondido en nuestras tierras, así que después de comerme la oreja, me proporcionó información sobre Amaya y su gemela, Yelena.

Acaricié el pelaje del lobo de Anna mientras seguía informándola.

—Creemos que Yelena pudo haber sacrificado a Amaya para llegar a nuestra tierra. La tierra no podía distinguirlas. Así que, mientras

buscábamos al asesino de Amaya, ella vagaba libremente. Tengo que asumir que no trabajaba sola. Alguien la quería allí. Probablemente Emerson. En cualquier caso, si se suponía que ella traería la oscuridad creciente, la detuvimos. Está muy muerta.

El lobo de Anna se movió ligeramente y gimió un poco. Le acaricié las orejas.

—Supuse que Emerson había hecho algo para convencerte de que te fueras con él. Eso era todo lo que podía imaginar, pero una parte de mí sabía que no te había tratado como debía. Tengo un largo camino de penitencia. Kenzi ideó el plan. Irene amortiguó el enlace. Nunca me había sentido tan vacío en mi vida. Ella admitió que no sabía si iba a funcionar por tu parte, pero el vínculo de apareamiento es una calle de dos vías, si oscureces un extremo, lo puedes dar por muerto. Ha tenido que repetir el hechizo dos veces por semana, lo que la ha debilitado. El debilitamiento debería desaparecer pronto. Espero… espero que aceptes el vínculo de nuevo.

Esperaba que apretara el hocico contra mi mano o que se acercara un poco, alguna señal de que me aceptaría. Ni siquiera me miró. Se limitó a mantener sus ojos cansados fijos en la pared.

—Bueno. Ahora tenemos que permanecer juntos durante cuatro días en esta ciudad. Luego, uno de los barcos mercantes nos llevará a la manada de London. Desde allí, podemos hacer nuestro camino de regreso a casa. No te preocupes. Las manos de Emerson estarán atadas. No puede soltar a su lobo en esta ciudad, y elegimos un hotel cerca de la comisaría para que no te lleve por la fuerza. Es raro depender de la protección humana ¿verdad? Solté una risita sombría.

—Le dijimos a todo el mundo que a Bridget la atacaron unos pícaros, que la asesinaron. Odio que muera como una heroína, pero tiene una prima con dos hijos pequeños y no quiero que vivan a la sombra de su traición. Había varios competidores para su puesto. Kenzi no dudó. Finn habría sido su única competencia, pero no quiso.

Había más cosas que quería contarle: que ni siquiera podía dormir en mi puta cama porque ella no estaba, y que la manada la vio salvar a Irene y no podía creer que tuviera tanto poder.

Cuánto se avergonzaban de cómo la habían tratado.

Cuando regresáramos, su vida sería diferente. La manada la aceptaría, y tendríamos un ritual de apareamiento.

Por fin me sentiría completo.

Antes de que pudiera empezar a decírselo, llamaron a la puerta. Kenzi y Saul entraron por la habitación contigua para vigilar a Anna, y yo fui a atender.

Emerson y cinco lobos estaban allí.

La furia en su cara casi me hace sonreír.

—Emerson. Qué gracioso encontrarte aquí.

—¿Dónde coño está?

—Cuidado, Emerson. Hay mucha gente para escuchar esta pequeña charla. Tuve suerte de conseguir habitaciones aquí. Yo bajaría la voz si fuera tú.

Emerson miró a su alrededor y frunció el ceño. Sé lo que vio fuera de la ventana del vestíbulo: estaciones de policía y bomberos al otro lado de la calle y una serie de tiendas con zonas de terrazas. Incluso ya tan temprano, los propietarios de las tiendas estaban limpiando los escaparates y barriendo las aceras. La puerta del garaje de un

parque de bomberos estaba abierta y un par de hombres estaban sacando la basura.

Pronto, este lugar estaría lleno de gente.

—Muy listo, pero no puedes quedarte aquí para siempre —gruñó Emerson—. Ella es mía.

—Chantajearla —no la hace tuya, Emerson. Le diste a elegir, ¿no? Creo que está bastante claro a quién elige realmente. Retírate. Si la tocas de nuevo, mi manada ha acordado que están encantados de ir a la guerra por ella. ¿Estás listo para eso?

Su rostro se relajó y trató de asomarse a la habitación detrás de mí.

—¿Kenzi está contigo? Debo decir que es un plan interesante, fingir un apareamiento. ¿Cómo van a reaccionar los otros alfas?

—Mal, seguro. Les compensaré invitándoles a la de verdad.

—¿Dijo que tuviste suerte de conseguir habitaciones? Quizá hablo con el recepcionista para ver cuándo hay más disponibles. Hace tiempo que no hago una visita tranquila a esta ciudad. Soy muy querido aquí, ya sabes.

Yo también lo había previsto, por eso había comprado todo el hotel para toda la semana. Podía quedarse en la ciudad, pero tendría que alojarse en otro hotel, y el más cercano estaba a 16 kilómetros.

—Entonces será bueno que nos pongamos al día —dije—. Tal vez podamos almorzar mientras estás aquí.

—Una cosa más. Janelle también ha desaparecido. Supongo que no sabes nada de eso, ¿verdad? Ella no es tuya, y puedo tomar represalias.

—¿Has comprobado tu vínculo últimamente? Eso debería decirte todo lo que necesitas saber. Me tomé un momento para echar un

vistazo a los lobos que le habían acompañado. Ninguno de ellos era Elonso.

Ninguno de ellos podía sostenerme la mirada. Eso era extraño. Estaban lo suficientemente cerca de Emerson como para alimentarse de su vínculo de manada. No deberían tener problemas en mirarme directamente a los ojos, incluso si fuera otro alfa.

—Estaré en contacto —dijo Emerson amenazadoramente.

—Lo estoy deseando.

Anna

Estaba anocheciendo cuando desperté dentro de mi loba. Tímidamente, salí a la superficie e hice balance. Mi loba estaba acurrucada junto a un cuerpo caliente. Saul no me había dado ninguna droga, así que el dolor debía de haber remitido si estaba tan relajada.

O tal vez era el calor que irradiaba a mi lado.

Jax había regresado tras la visita de Emerson y no se había separado de mí. Había escuchado su suave voz mientras me ponía al día de todo lo ocurrido, pero luego me había retirado profundamente.

Una vez que fuera humana, él tendría preguntas, y no estaba segura de cómo se sentiría cuando las respondiera.

Pero, por desgracia, tenía que mear y no podía salir de la habitación del hotel como loba y ponerme en cuclillas. Con un suspiro, empecé a transformarme.

—¿Anna? ¿Cariño? —Jax se quedó perfectamente quieto mientras yo me desenroscaba de la cama—. ¿Cómo te sientes?

—Mear —murmuré e intenté ponerme en pie—. Tengo que hacer pis.
—Vale. Te tengo —intentó cogerme la mano y yo me aparté. Por un momento, nos miramos fijamente—. Perdona. Avísame si necesitas mi ayuda.
Su voz no tenía dureza, pero vi un destello de algo en sus ojos. ¿Preocupación? Fui al baño. Abrí la ducha caliente y me metí en ella. El calor me aflojó la tensión del cuerpo, e probé unos estiramientos para hacer balance de mi cuerpo. Estaba rígido y débil, pero todo parecía haberse curado como debía.
La puerta se abrió y jadeé.
—¡Soy yo! —se apresuró a decir Amelia—. Soy yo. Jax me pidió que te dejara algo de ropa y viera si necesitabas algo.
Cerrando los ojos, exhalé el aliento. Estaba rodeada de mi manada. Amigos. Salvadores. Ya no necesitaba estar tan nerviosa.
—Estoy bien. Gracias.
—Vale. Jax ha ido a buscar comida, y yo estaré en la puerta si necesitas algo.
Jax se había ido. ¿Fue para darme espacio? ¿Para deshacerse de alguna frustración? ¿O para, literalmente, conseguir comida, y yo estaba pensando demasiado las cosas?
Terminé de ducharme, salí y me sequé. Me vestí despacio y salí después de envolverme el pelo en una toalla. Kenzi y Amelia estaban en mi habitación. Sin duda Jax había dicho que no se permitían hombres.
—Tienes mejor pinta —observó Kenzi—. Sólo necesitas engordar unos cinco kilos y quizá podremos volver a pelear.
—Eso no fue una pelea —espetó Amelia.

—No es que a nadie le importe, pero me hizo sangrar.
—¡Y tú prácticamente la partiste a la mitad!
—Ella hizo lo que yo necesitaba —intervine en voz baja—. Conocía los riesgos de transformarme a mitad del ataque. Créeme cuando te digo que era la única manera. Emerson me habría llevado a mi habitación si hubiera seguido siendo una loba. Probablemente ya tenía a un sanador junto a mi cama.
Amelia se me quedó mirando un momento antes de correr y abrazarme.
—Que conste que te odio, joder. Creo que eres una idiota por irte. No puedo ser amiga de alguien que tiene tan poco juicio. Me importa una mierda lo que hicieran Emerson y su bruja. Habríamos encontrado una manera.
Como no sabía qué responder a eso —ni al abrazo—, me limité a darle una torpe palmada en la espalda.
—Todo bien —le dije.
—Creí que te habías muerto.
—Pues ya ves, no estoy muerta.
—¡O encadenada y violada una y otra vez!
Jesús.
—Nada de eso tampoco.
—Bien —echándose hacia atrás, suspiró—. Sinceramente, nunca había visto la manada así. Algunos días había tanto silencio que se podía oír caer un alfiler. Una vez que se corrió la voz de que salvaste a Irene y cómo lo hiciste, se dieron cuenta de lo imbéciles que habían sido todos. Yo también, que conste. Todos se sentían tan malditamente culpables; nuestros lazos de manada prácticamente

arrastraban a Jax al suelo. Tener mi vínculo de manada cortado casi ha sido un alivio.

—¿Tu vínculo con la manada está roto?

—Jax tuvo que cortar algunos lazos para acercarnos allí. Pero todavía estás unida a él —apuntó Kenzi—. Emerson no pudo robar el vínculo de apareamiento. Y tú no lo ibas a dejar.

—Incluso cuando no sentía nada por parte de Jax y estaba segura de que no vendría a por mí, seguía sintiendo que el vínculo de apareamiento era lo único que mantenía a raya a Emerson. Una vez que lo cortara por mi parte como Emerson quería, dejaría de importarle lo que yo quisiera. Probablemente me habría encadenado a la pared.

—Menos mal que llegamos a ti a tiempo —dijo Kenzi alegremente—. Estaba a punto de matar a todos los que trabajaban en ese bar si no rompías tu vínculo y te casabas con él antes de la próxima luna llena.

Se me revolvió el estómago.

—Mierda. ¿En serio?

—Pues sí. Parece que ese es tu truco. Sacrificarte por los demás. ¿Lo habrías hecho?

¿Lo haría? Me había mantenido deliberadamente a distancia porque no confiaba en ellos. No se me ocurrió que los usaría en mi contra. Con razón había tanta desesperación en sus sonrisas. Pensé que era porque les habían ordenado ser amables. ¿Sabían que eran carne de cañón?

Llamaron a la puerta contigua.

—Comida —dijo Jax bruscamente.

Amelia y Kenzi me miraron y yo asentí. Abrieron la puerta y pasaron antes de que Jax entrara con una bolsa grande.

—Sopa y pan. No estaba seguro de lo que tu estómago sería capaz de soportar. Si te sienta bien, mandaré a Finn a por algo más sustancioso.

Finn. No había tenido la oportunidad de abrazarlo. Hablar con él. Darle las gracias.

—Me gustaría que tuvieras un guardia mientras comes. ¿Quién te gustaría?

Con esas palabras, la tensión llenó la habitación. Le dediqué una suave sonrisa.

—Puedes quedarte tú si quieres.

Sus facciones se llenaron de alivio y cerró la puerta tras de sí. Dejó la bolsa en la mesita junto al sillón, sacó mi cuenco y me lo dio antes de volver al sillón.

—Emerson ha apostado guardias por todo el pueblo. Hay todo un campamento montado en la carretera de salida de la ciudad —me informó. Recordé lo que había dicho sobre que saldríamos en barco.

—Por muy desquiciado que parezca, no creo que haga nada demasiado estúpido. Dicho esto, él canaliza una gran cantidad de dinero en esta ciudad. Quiero decir, mucho. Una noche le eché un vistazo a sus libros. Es propietario de inmuebles y empresas aquí —dije.

—¿Una noche? —preguntó Jax bruscamente y luego cerró los ojos—. Lo siento. No tengo que centrarme en eso.

—Me tocó, Jax, pero nunca me violó. Recibí algunos golpes cuando perdía los estribos, pero no me hizo ningún daño real. Por muy

jodido que sea, parecía que quería que fuera feliz. Tomó lo que Bridget le dijo y lo utilizó para crear una especie de vida de fantasía para mí. Trabajaba en un bar parecido al Colmillo Sonriente. Me dijo que era mío cuando estuviera lista, lo que estoy segura que significaba cuando me casara con él. Mi suite era preciosa, si no tenías en cuenta los barrotes de las ventanas y los guardias de la puerta. Sólo me obligaba a estar en su compañía durante la cena. Cogió una llamada unas cuantas veces y yo fisgoneé. Seguro que lo sabía, pero no le importaba. Dondequiera que guardara sus secretos, no era allí.

—No pasa nada. No estabas allí para descubrir secretos. No deberías haber estado allí en absoluto.

La frustración había vuelto y me hizo un gesto con la cabeza.

—Por favor, cena algo.

Comí unas cucharadas en silencio. No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que empecé a comer, pero me obligué a comer despacio. Mi cuerpo aún se estaba curando, no necesitaba vomitar las calorías que había ingerido.

Tampoco podía soportar el silencio durante mucho más tiempo.

—Tenemos que centrarnos en escapar y, para ello, creo que debemos aclarar las cosas. Estás cabreado conmigo —dije.

—Estabas en un aprieto, Anna. Todavía no habíamos construido ninguna confianza, y pensaste que estabas haciendo lo correcto —dijo con firmeza—. Me molesta que no creyeras que podía protegerte, pero lo entiendo.

—Creo que me habrías protegido, Jax. Creo que habrías renunciado a tu maldita manada por mí debido a este estúpido vínculo de

apareamiento. No podía dejar que eso pasara. Si Emerson no estuviera fanfarroneando, eso es exactamente lo que habría pasado. Cientos de lobos habrían sido desalojados violentamente del único hogar que habían conocido. Por mi culpa.

—Por culpa de Emerson —gruñó y cerró los ojos—. Pienso en ese momento cien veces al día. Me di cuenta de que algo iba mal. Me di cuenta de que se comunicaba contigo de algún modo. Vi el horror en tu cara y luego dijiste tranquilamente que te ibas. Estaba tan aturdido que no te detuve. No me opuse. Simplemente *dejé* que te llevara. ¿Fue un hechizo? ¿Estaba en estado de choque? Todavía no lo sé.

Abriendo los ojos, me miró fijamente.

—Oí lo que le dijiste a Amelia. No creíste que vendría. Realmente pensaste que te dejaría allí.

Aunque no pudiera sentir su dolor, podía verlo.

—Yo me habría dejado allí.

Jax

—¿Me habrías dejado allí? ¿Si hubiera sido al revés? ¿O habrías venido a por mí?

Cuando puso los ojos en blanco, supe que había dado en el blanco. Había dejado de creer en sí misma hacía mucho tiempo, había dejado de creer que valía algo. Eso nublaba cada decisión que tomaba.

—No es lo mismo —argumentó—. Tú tienes responsabilidades. Estás a cargo de la manada más grande de esta montaña, ¡y los amas! Te dije que me dejaras ir.

—¿Tienes tan poca fe en mí que no crees que pueda protegerte a ti y *también* a mi manada?

—Creo que todos estamos en peligro cada segundo que estoy contigo. Tú. Yo. La manada. Incluso si dejamos este pueblo, Emerson encontrará otra forma de llevarme. Él no se rinde.

—Yo tampoco —rugí. No quería perder los nervios, pero ya estaba harta de sus endebles excusas—. Soy más fuerte que él, Anna.

Puede intentarlo mil veces, o a lo mejor lo mato ahora y nos libramos por completo del problema.

—Si lo matas, podrías empezar una guerra.

—Ya casi le he declarado la guerra, Anna. Le advertí de lo que pasaría si intentaba tocarte de nuevo, y los dos sabemos que lo va a hacer. Emerson es una bomba de relojería, y habrá guerra cuando explote. Ahora cómete ya la sopa de una vez.

Con los ojos muy abiertos, se quedó mirando la sopa y tomó otra cucharada. Llamaron a la puerta.

—¿Qué? espeté.

Se abrió y entró Saul.

—Soy yo, como siempre. He pensado en venir a ver a Anna mientras estaba despierta. Si pudieras darnos un momento.

—¿Y si digo que no?

—Entonces te recuerdo que actualmente no eres mi alfa, y aunque lo fueras, mis órdenes prevalecen sobre las tuyas en lo que respecta a los pacientes —dijo Saul con firmeza.

—No pasa nada, Saul —dijo Anna con una pequeña sonrisa—. Está un poco vulnerable, y está claro que acabas de entrar aquí porque le oyes gritarme. No pasa nada. Puede que haya más gritos después, pero es bueno que aclaremos las cosas.

Saul la miró un momento y luego asintió.

—Muy bien. ¿Cómo está el estómago?

—Bien. La sopa fue una buena elección. No creo que me de problemas.

—De acuerdo. Me gustaría echarte un vistazo, pero puedo esperar hasta después de la cena. Quizá el aire esté más despejado para

entonces —me lanzó una mirada penetrante y salió de la habitación del hotel.

Debidamente amonestado, bajé la cabeza.

—Lo siento, Anna. No debería hablarte mal. Después de todo lo que pasaste…

—Para. Por favor, para. Sé que estás cabreado conmigo. Y yo contigo. No pasa nada por discutir un poco.

—¿Tú estás enfadada conmigo?

—Amortiguaste el vínculo de apareamiento. Sé por qué tuviste que hacerlo y por qué tuviste que hacerte todas esas fotos con Kenzi, pero pasará un tiempo antes de que deje de verlas en mi mente y antes de que deje de oír sus burlas. Me fui pensando que eso es exactamente lo que pasaría, que te darías cuenta de que ella era la mejor opción. Me dolió, pero lo hice de todos modos. Y cuando me fui, me di cuenta de que había cometido un gran error.

—¿En serio?

—No sé si habría tomado una decisión diferente o si podía haberla tomado, pero sí sé que no te he dado una oportunidad. No *nos* he dado una oportunidad. Te he odiado. Te he necesitado. Te he querido, pero no he confiado en ti, y eso no es del todo culpa tuya.

Se me oprimió el pecho.

—En parte es culpa mía. No te he dado muchas razones para confiar en mí.

—Eso es porque tú no confiabas en mí.

—¿Y qué? ¿Empezamos de nuevo?

—No sé qué hacer, ni sobre nosotros, ni sobre ninguna otra cosa. Las cosas siguen siendo demasiado peligrosas.

—La Arpía no ha tenido más visiones desde que murieron las gemelas —dije—. Tal vez eran la oscuridad que ella preveía, y ahora todo puede volver a la normalidad.

—No. Siguen pasando cosas extrañas, Jax. Alguien estaba drenando la magia de Janelle. Muy poco a poco, pero cada día que la veía estaba más débil. Emerson sigue lidiando con brujas poderosas, y algo no del todo bueno está sucediendo en su territorio. No sé si ha terminado todavía.

—Entonces, después de cenar, creo que es hora de que hablemos con la bruja. Hasta entonces, ¿puedo hacerte compañía?

—¿Qué quieres decir?

—Necesito tocarte, Anna. Por favor. Sólo tocarte —habían sido cinco largas semanas. Me dije que cuando despertara, le daría espacio. Mi lobo se había acurrucado lo más pequeño posible e intentaba desesperadamente ignorar los sentimientos de necesidad.

Pero mi mitad humana se derrumbaba. Si decía que no, si decía que necesitaba espacio, se lo daría. Pero si había alguna posibilidad…

Sujetó el cuenco con cuidado para que no se derramara y se acercó a la cama. Me levanté como un rayo, con la bolsa de comida en la mano, y me subí a la cama junto a ella. Nos apoyamos contra la pared y la rodeé con el brazo. Podía comer con una sola mano.

—¿Así bien?

Suspirando, se acurrucó bajo mi brazo. Unos segundos después, sentí que le temblaba el hombro.

—Ey, te tengo —dejé mi bolso a un lado, le cogí la sopa y la coloqué en la mesilla de noche, luego la senté en mi regazo y la abracé

mientras lloraba. Me deshizo por completo verla así. Nunca se había derrumbado. Su muro ni siquiera parecía resquebrajarse.

—Lo siento —resopló—. Es que…

—No tienes que disculparte, Anna. Déjalo salir. Sólo estamos nosotros —apoyé la barbilla en su cabeza y la dejé llorar—. Cuando volvamos, las cosas van a ser diferentes. No tienes que tener miedo de llorar delante de mí.

Cuando terminó de llorar, se secó las mejillas, me miró y le besé la frente.

—¿Fue algo en concreto lo que te hizo llorar, o es que estabas un poco agobiada?

—Agobiada. No me sentía así desde la primera vez que me dejaste en el Colmillo Sonriente, y Parker me frunció el ceño y me dijo que parecía una rata.

—Por Dios. Sabía que era grosero, pero no creí que tanto.

—Le echo de menos, con sus groserías y todo —admitió—. Con todo lo que ha pasado, no he tenido ocasión de llorarle.

—Él habría echado alguna pulla para hacerte sentir mejor. —Ojalá supiera qué decir, como si unas palabras pudieran mejorar algo.

—En realidad, cuanto más tiempo pasábamos juntos, menos sarcástico se volvía. Empezó a parchearme los agujeros que tenía. Emerson hizo un par más, pero estaré bien. Vamos a estar bien.

Claro que sí. Conquistaría toda la puta Montaña para asegurarme de que estaba bien.

Volví a besarle la cabeza y, para mi sorpresa, levantó la cara hacia la mía. Me pasó una mano por la mejilla y me ofreció sus labios, que acepté. Al primer contacto, quise devorarla entera. Hundirme en su

interior hasta que fuéramos uno y supiera que nada iba a separarnos.

En lugar de eso, me aparté y ella frunció el ceño.

—No voy a romperme —susurró.

—No, pero estas paredes son finas, y me gustaría un poco más de privacidad cuando te coja. Quiero oírte gritar más fuerte que nunca.

Se rió mientras se movía de mi regazo.

—Supongo que debería terminar de cenar para tener fuerzas para cuando estemos solos.

Sin mediar palabra, cogí su sopa y se la di. Había tomado dos cucharadas cuando llamaron a la puerta. A través de las paredes, oí la voz de un desconocido. Al instante, me puse en pie y me apoyé contra la puerta exterior para oír mejor.

Finn le estaba hablando.

—¿Puedo ayudarle?

—Soy el oficial Jones, y este es mi compañero, el oficial Whalen. Estamos buscando a dos mujeres desaparecidas, posiblemente en peligro, que coinciden con la descripción de alguien visto entrando en una de estas habitaciones. ¿Le importa si echamos un vistazo?

Anna frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Emerson involucró a la policía. Ha denunciado tu desaparición y la de Janelle.

Anna

¿Emerson involucró a la policía humana? Bueno, claro. No podía cogerme él mismo, pero podía hacer que la policía lo hiciera. La cuestión era si pensaban que su denuncia era legítima o simplemente les había sobornado para que me llevaran.

Apreté el oído contra la puerta.

—¿Mujeres desaparecidas? Qué horror —dijo Kenzi en voz alta—. Aquí sólo estamos nosotros. Mi hermano y mi cuñada están al lado, pero ella no se encuentra muy bien. Podemos dejarle echar un vistazo por la puerta lateral, pero le agradecería que no la molestara.

¿Qué estaba haciendo? A toda prisa, corrí hacia la cama y me subí las mantas hasta la barbilla. Pensé en subírmelas del todo, pero eso parecería sospechoso.

Los sonidos se silenciaron y contuve la respiración. Jax se colocó entre la cama y la puerta lateral. Un momento después, se abrió.

—Jax —dijo Kenzi en un susurro escénico—. Estos oficiales quieren ver a Sarah y asegurarse de que no es una de las mujeres

desaparecidas que están buscando.
—¿Y los dejas entrar aquí? —dijo Jax dijo en voz baja y dura—. Mi esposa no se siente bien, oficiales.
—Jax, deja de ser tan protector. Pueden mirarla desde aquí.
Gemí un poco y abrí los ojos.
—¿Cariño? ¿Qué pasa? —Entonces, como si viera a los agentes por primera vez, jadeé y levanté más la manta—. ¿Qué está pasando?
Uno de los agentes se aclaró la garganta.
—Siento molestarla, señora. Puede volver a dormir.
Jax los siguió fuera de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Sabía que no tardaría en volver, pero sentí el vacío de la habitación. Estaba sola por primera vez desde que dejé la manada de Emerson.
Pensé que me estaba recuperando, pero el pánico se apoderó de mí y me levanté. La cama estaba en una posición vulnerable en medio de la habitación. El cuarto de baño era el lugar más seguro, con una pequeña ventana por la que podía moverme y salir si era necesario.
La vergüenza me invadió mientras me apresuraba al baño y cerraba la puerta. ¿Qué demonios estaba haciendo? Había sobrevivido a Emerson dos veces. Me había enfrentado a él. Había escapado. Entonces, ¿por qué sentía la necesidad de esconderme ahora? No es que Jax estuviera allí cuando me encerraron en la suite. Había perdido toda esperanza.
—¿Anna? ¿Cariño? Se han ido —dijo Jax en voz baja—. ¿Estás bien?
—Estoy bien —grité y abrí el grifo para que no pensara que me escondía. Cuando abrí la puerta, intenté que no se me notara lo avergonzada y aliviada que estaba.
—¿Cómo lo han hecho?

—Janelle no es tan impotente como parece. Al parecer, hechizó la visión de los oficiales para que vieran a alguien diferente cuando te miraran, y se cubrió con magia de glamour para cambiar su propia apariencia.

—¿Y si se hubieran acercado demasiado a mí y el hechizo no hubiera funcionado? ¿O qué pasa si vigilan el hotel? Tendré que irme en algún momento, y entonces verán mi verdadero yo.

Cuando Jax no contestó, se me retorció el estómago. Tampoco tenía ninguna idea.

—Es un cuerpo de policía pequeño. Dudo que puedan prescindir de alguien para vigilar el lugar, sobre todo porque ya han echado un vistazo. Si los volvemos a ver, podemos presentar una denuncia por acoso policial, pero espero que no llegue tan lejos.

—Todo va a salir bien —me dije a mí misma y a él—. Me quedaré aquí hasta que tengamos que irnos y luego nos iremos. Los demás pueden ir y venir cuando quieran. No pasa nada —respiré hondo.

—Anna.

—Estoy bien. De verdad. Sé que parece que voy a derrumbarme, pero no lo haré. Esperaba que Emerson hiciera un movimiento. No esperaba este movimiento, pero vale.

Esperé a que volviera a decir mi nombre, pero se limitó a abrazarme y besarme en la coronilla. Me puse rígida solo un instante antes de fundirme con él.

—Voy a luchar contra él hasta que no quede nada —susurró—. Vamos a ir a casa, Anna.

A casa. Sigue siendo un concepto extraño.

Llamaron suavemente a la puerta y, de repente, la habitación se llenó de lobos. Saul y Amelia se sentaron en la cama. Kenzi se encaramó a la mesa. Finn estaba junto a la puerta y Janelle, más pálida que nunca, se desplomaba contra la pared.

Kenzi se volvió hacia Janelle.

—Ahora que la policía se ha ido, ¿qué tal si sueltas algunos de tus secretos?

Janelle me miró y la vi vacilar.

—Todavía soy demasiado vulnerable.

Negué con la cabeza.

—No. El trato era que te sacara de las tierras de Emerson, y lo hice. Podemos llevarte con nosotros, con responsabilidad y todo, pero tienes que darnos una razón para confiar en ti. Esta es la manera. Empecemos con las múltiples brujas que parece que tiene Emerson.

Janelle suspiró pesadamente y se sentó lentamente en la silla.

—Vinieron hace un par de años. Sólo he visto a dos, pero puedo sentir a más. Quizá media docena. Lanzan magia sobre la tierra, como hizo Irene, y se alimentaron de mí para hacerlo. Nunca fui una bruja excepcional, pero sé hacer magia de manada.

—¿Magia de manada? ¿Quieres decir magia alfa? —dijo Jax en voz baja y peligrosa.

—Exactamente. Puedo fortalecerlo. Cuando llegué, Emerson estaba lidiando con la disensión en su manada. Le preocupaba perder el control. Necesitaba desesperadamente la protección de una manada, y le mostré a Emerson cómo podía darle más control como alfa. Estaba… obsesionado. Debería haberme dado cuenta de que sería un problema. En ese momento, sólo aumenté su poder. Pensé que

estaba haciendo algo bueno. Él estaba seguro, y la manada se sentía segura. Entonces, trajo más brujas —Janelle se miró las manos—. Pensé que me estaban reemplazando. Me entró el pánico. Le demostré que podía hacer más.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y Kenzi se acercó y se sentó a su lado.

—¿Qué has hecho? —preguntó en voz baja—. Sólo dinos.

—Le ayudé a manipular el vínculo. No sólo a controlar al lobo, sino también al humano —la bruja cerró los ojos—. Mi madre me advirtió que me alejara de los lobos. Que nuestro poder era peligroso, y y o voy y me involucro con un hombre poderoso y abusivo. Necesitaba esconderme. Pensé que estaría bien si no usaba esa forma de magia. Cometí un gran error. Al principio, Emerson usó la amenaza de mi ex para controlarme. Cuando vi lo que le estaba haciendo a sus lobos, decidí que prefería enfrentarme a mi ex. Pero en vez de eso, él empezó a usar a las otras brujas para hacerlo. Me drenaron la magia. Casi toda su manada está bajo su completo y total control, como marionetas, y ni siquiera lo saben.

Vi cómo Jax abría los ojos. Finn maldijo en voz baja, y hasta Kenzi se apartó de ella.

—¿Puedes controlar a cualquier lobo? —preguntó rotundamente.

—No. Puedo manipular vínculos, pero la parte más poderosa tiene que concederme el acceso. No puedo simplemente controlar a un lobo. Necesito el permiso de un alfa o de un compañero, por eso no pude darle la vuelta a la magia y controlar a Emerson. Sólo podía controlar a los que estaban bajo su mando.

—¿Por qué te trajo a mi territorio? —la voz de Jax era peligrosamente suave—. Parece que cualquiera de sus otras brujas podría haber manipulado el hechizo de Irene mejor que tú.

—Él sabía que Anna era nula. Pensó que podía manipular su vínculo de apareamiento sin tu permiso. No hacía falta amenazarte a ti ni a tu manada. Ese era el plan B. Emerson quería usarme para sacar a Anna de tus brazos y llevarla a los suyos.

Jax

Me costaba hacerme a la idea de la cantidad de poder que tenía Janelle. Desde el principio de los tiempos, la magia de los lobos y la de las brujas han estado separadas. Los lobos se conformaban con saber que las brujas no podían tocar la magia de los lobos.

Y sin embargo, ahí estaba Janelle, capaz de manipular a toda una manada gracias a la magia de su alfa. Quería retroceder horrorizado, pero Janelle parecía tan condenadamente sola ahí tirada en el suelo. Tenía la sensación de que no era la primera vez que se sentía como un monstruo.

—La magia con la que naces no te convierte en una abominación —dijo Saul en voz baja a Janelle.

—¿Puede seguir usando ese poder ahora que estás fuera del alcance de las brujas? —pregunté. Janelle negó con la cabeza.

—La magia no se cortará al instante, sino que se desvanecerá gradualmente. Su control sobre su manada se está aflojando, pero pasará tiempo antes de que todos sean libres.

—Mmh —musitó Kenzi—. Así no necesitaba mancharse las manos para matar a nadie. Podía poner un arma en sus manos y hacer que apretaran el gatillo.

—Mentiste cuando dijiste que él te mataría o te drenaría —señaló Anna—. Emerson te necesita viva, para siempre, para mantener la magia.

—Si te hubiera dicho lo que realmente estaba pasando, no me habrías sacado.

Finn resopló.

—No conoces muy bien a Anna. Te habría sacado. Emerson es el último alfa al que se le debería confiar ese tipo de poder. Jax no abusará de él.

Los ojos de la bruja estaban prácticamente vacíos mientras me miraba fijamente.

—Mi madre me dijo que ningún alfa puede resistirse a mi magia. Sólo hace falta una excusa para usarla. Al principio, es para salvar, pero el complejo de héroe se tuerce fácilmente y se convierten en villanos. Me usaréis. Todos lo hacen. Tengo que irme para eliminar la tentación, una vez que esté bien lejos de Emerson.

—Jax nunca estaría tentado a hacer eso —argumentó Amelia—. Te equivocas.

Me aclaré la garganta.

—No se equivoca. La magia hace bien en el mundo, pero a menudo corrompe. El tipo de magia de Janelle no debería usarse nunca. Ni siquiera una vez. Ni siquiera por mí. Prometo nunca chantajearte u obligarte a usar tu magia, Janelle. Me has jurado lealtad, y nunca la

usaré en tu contra. Mientras no me traiciones, tienes un hogar conmigo. Así podré vigilarte.

—Pero si pasara algo, y necesitaras mi magia…

Quería decirle que nunca le pediría que la usara, pero ya podía ver escenarios en los que rompería esa promesa. Ella tenía razón. El complejo de héroe era peligroso, pero aún más que eso, los individuos a menudo traicionaban a otros para salvar a alguien a quien amaban.

—Niégamela. Y recuérdame que es mi responsabilidad protegerte tanto como salvar a quien esté frente a mí.

No parecía convencida, pero asintió.

—¿Le dirás a tu manada lo que puedo hacer?

—No. Y tampoco a nadie de aquí —miré a Kenzi con dureza y ella puso los ojos en blanco.

—Dijiste que Emerson trajo a otras brujas antes de saber lo que podías hacer. ¿Sabes lo que está haciendo con ellas?

—Yo no, y nunca las he visto. Sólo puedo sentir las diferencias en su magia. Una es una bruja elemental, una bruja de tierra. Creo que están tratando de replicar lo que le hizo Irene a tu territorio. Siento la tierra ligeramente diferente cada día, pero no podría decirte cómo. Creo que otro podría estar mejorando a los soldados de alguna manera. Los nuevos guardias van a entrenar, y al final de la semana, son como lobos completamente diferentes.

—Como si se estuviera preparando para la guerra —murmuré—. Irene podría ser capaz de reconocer las diferentes magias. Sólo tienes que mantener la cabeza baja hasta que podamos llegar a ella.

Observé a Anna bostezar y miré el reloj. Aún era temprano, pero necesitaba dormir. Ella y todos. Asigné los turnos de guardia y nos dispersamos. En cuanto la habitación se vació, Anna empezó a desvestirse y se metió en la cama.

Inmediatamente le di la espalda para dejarle espacio. Me había dicho que Emerson no la había tocado de esa manera, y hacía apenas una hora estaba en mi regazo, pero no quise presionarla.

—Te necesito.

El suave susurro me hizo dar media vuelta y acercarme a la cama. La cogí en brazos, me tumbé en la cama y la coloqué en mi regazo mientras le acariciaba el cuello. Su cuerpo seguía salpicado de moratones que aún no habían desaparecido.

—¿Son todos de Kenzi?

—La mayoría. Intenté lesionarme varias veces para llegar a la enfermería. Me di algunas hostias en el bar, la verdad. Otras…

Otras eran de Emerson.

—Se irán —murmuró.

—Siempre sabré que te puso las manos encima después de jurarte que no volvería a tocarte —con un suspiro, me tocó la cara.

—Me fui con él. ¿Recuerdas? Nada de esto es culpa tuya, Jax. Me dijiste que confiara en ti, y no pude hacerlo.

—¿Ahora puedes?

Por una vez no se apartó ante la pregunta íntima, sino que me dedicó una suave sonrisa.

—Creo que sí.

La besé suavemente. Quería que fuera suave y despacio, dejar que ella marcara el ritmo y darle espacio para retroceder si lo necesitaba.

Algo cobró vida en mi interior, una suave llama que iluminaba un fino y deshilachado hilo dorado. Con un grito ahogado, Anna se movió y se sentó a horcajadas sobre mí.

—¿Has sentido eso? —susurró.

—Sí. Te dije que volvería, aunque Irene pensó que podría tardar más.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y, cuando intentó girar la cabeza, se la cogí y se la sequé con los dedos.

—Sé que tenías miedo, Anna. Sé que te sentías sola. Si hubiera podido encontrar otra manera, lo habría hecho. Te lo juro. Estar sin ese vínculo, sin poder sentirte, fue lo más vacío que había sentido en toda mi vida.

Me rodeó el cuello con los brazos y me besó larga y profundamente. Su cuerpo se frotó contra el mío, despertando todo dentro de mí hasta que la polla se tensó contra la bragueta del pantalón.

—Te necesito desnudo. Por favor —me suplicó mientras intentaba quitarme la camiseta por la cabeza. Obediente, levanté los brazos mientras ella tiraba de ella.

—No me sueltes, chiqui —murmuré mientras me balanceaba sobre las rodillas para desabrocharme la bragueta y la cremallera de los pantalones. Me los bajé por las caderas y nos di la vuelta para poder tumbarme encima de ella. Me bajó el pantalón con los pies mientras yo la besaba.

—Ni siquiera pude follarme mi propia mano mientras no estabas —gruñí—. Sólo podía pensar en lo que te estaba pasando. Descargué mi frustración en las pobres paredes de nuestra casa.

—Ahora —jadeó—. No necesito ningún calentamiento. Estoy muy mojada, Jax, y te necesito dentro de mí. Ahora mismo.

A pesar de sus súplicas desesperadas, seguí penetrándola con suavidad. Estaba empapada y se retorcía tanto debajo de mí que casi me vuelvo loco. Perdí el control hasta que me hundí en su interior con un rugido.

Al oír su gemido, me paralicé de inmediato.

—Mierda, Anna. ¿Te he hecho daño? Podemos parar. Puedo salir.

—No —presa del pánico, sus uñas se clavaron en mi espalda—. No te atrevas. No estoy herida. Sólo necesito una liberación. Necesito que me liberes.

Sabía exactamente cómo se sentía, pero también quería sacarla. No quería dejarla nunca. Quería oír sus gritos de placer toda la noche. Lentamente, me retiré y volví a meterme. Abrió los ojos de par en par cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, y se estremeció y apretó a mi alrededor.

Agarrándole la boca, la besé larga y lentamente, mi lengua jugueteando con ella mientras follábamos. Increíblemente, nuestro vínculo de apareamiento brilló más y se hizo más fuerte hasta que pude sentirla mental y físicamente.

Gritó mi nombre hasta que explotó a mi alrededor, y yo bombeé dentro de ella hasta que no me quedó nada más que dar. Los dos estábamos bañados en sudor y agotados cuando me desplomé a su lado y la estreché entre mis brazos.

—No creo que pueda volver a dejarte —susurró.

—Bien.

Anna

Me desperté sintiéndome mucho más fresca de lo que me había sentido en semanas. La mugrienta habitación del hotel no se parecía en nada a la suite de lujo en la que Emerson me había encerrado, pero eso no importaba. Jax me sostenía en la cama. Tenía amigos a mi alrededor. Estaba a salvo.

Y relajada: Jax y yo nos habíamos pasado hasta bien entrada la madrugada follando como locos. Volví a quedarme dormida.

Cuando abrí los ojos, la luz inundaba la habitación. Jax seguía acurrucado a mi alrededor, pero estaba completamente vestido. Me dedicó una suave sonrisa.

—¿Qué hora es? —pregunté roncamente mientras me incorporaba.

—Un poco antes del mediodía. Saul y Kenzi están explorando el pueblo, buscando lugares donde Emerson podría apostar lobos y atacar. Finn y Amelia están discutiendo, y Janelle está durmiendo. Saul le dio un tónico, pero no pudo hacer nada con sus reservas mágicas. Necesitará tiempo y quizá otra bruja para eso. Una vez que

estuvieras despierta, iba a llamar a Irene para ver si podíamos verificar la historia de Janelle.

—Eso puedo hacerlo —me aclaré la garganta y me pasé las manos por la cara—. Quiero sentirme útil pero no puedo salir de la habitación del hotel. Déjame hacer la llamada.

Jax asintió.

—De acuerdo. El capitán del barco tiene a alguien que nos va a hacer unas compras. No vinimos aquí precisamente preparados para un viaje de vuelta de varias semanas, y si Emerson tiene a alguien vigilándonos, no quiero que sepa que estamos comprando al por mayor. Voy a visitar unas tiendas con Amelia pronto y haré una lista. ¿Hay algo en concreto que quieras?

—Ropa. Artículos de aseo. Puedo enviarle una lista a Amelia. No estaría mal un cuchillo ya que no podemos transformarnos en medio de la ciudad.

—Entendido. Te conseguiré una pistola de bengalas también.

Lo dijo con una sonrisa, pero yo sabía que hablaba en serio. Si le hubiera pedido que me buscara un *bazooka*, lo habría hecho para que me sintiera segura.

—Puedo enviar a Finn con Amelia en su lugar. Les vendría bien salir de la habitación —ofreció.

—Deberías irte. Voy a estar bien aquí —le dije—. Tú vas a saber mejor lo que necesita cada uno, y Amelia podría necesitar un descanso de Finn. No necesitas estar encerrado aquí conmigo. Finn nos vigilará y yo llamaré a Irene.

—Esperaré a que vuelvan Kenzi y Saul. No voy a dejarte con un solo lobo para protegerte —dijo en tono sombrío, besando la parte

superior de mi cabeza—. Puedo entender cualquier medida desesperada que Emerson pueda tomar para recuperarte. Yo habría ido a la guerra por ti. Si no se echa atrás, aún podría ir a la guerra por ti.

No era un pensamiento que me gustara.

Me duché y me esperaban unos vaqueros y una camiseta. Olía a Kenzi con ellos pero no me quejé. Saul y Kenzi volvieron con el almuerzo, y Jax y Amelia se fueron de compras. Amelia parecía con ganas de irse. Tenía la sensación de que renunciar a su vínculo con la manada la ponía ansiosa. Los ponía ansiosos a todos, al igual que estar encerrados.

Mi loba se sentía segura, así que no le importaba no poder salir. Había pasado mucho más tiempo sin salir.

Le envié un mensaje a Irene y monté una video llamada en el ordenador. Al principio, la pantalla estaba a oscuras, pero oía los chillidos de Irene.

—¿Irene? ¿Estás bien? —no sonaba a estar sufriendo.

La pantalla se movió y me di cuenta de que estaba retrocediendo. El alivio se reflejaba en su rostro.

—Lo siento. Estaba abrazando la pantalla para abrazarte a ti. Jax informó a Jenson de que te tenían. Estoy tan aliviada que igual lloro. Tenía tantas ganas de ir, pero no sería de mucha ayuda.

—Espero que te sientas mejor —dije—. Estás con mejor aspecto.

—¿Yo? Anna, me salvaste la vida. Y luego te fuiste sin más. Estoy tan enfadada contigo que me dan ganas de gritar.

—¿Ah, estás enfadada conmigo pero quieres abrazarme?

—Sí. Se me permite sentir las dos cosas —anunció en voz alta—. El informe de Jax no decía mucho. ¿Cómo estás tú? ¿Emerson te lastimó? Cuando recupere mi magia, podría arrasar su manada.

Le conté lo que había pasado y le hablé de Janelle. Sus ojos se abrieron de par en par.

—Santo cielo. Debe ser la… nieta o bisnieta de la bruja del Lupino. Hubo rumores de que un lobo y una bruja se aparearon y produjeron una bruja metamorfa, pero nunca se probó. Nunca lo creí. Ni siquiera creo que un híbrido sea posible.

—¿Pero yo soy una loba nula.

—Eres una anomalía, sí, pero no un híbrido. Aún así, su línea familiar debe haber obtenido esa magia de alguna parte. Así que quizá no una bruja metamorfa, sino una bruja que podría vincularse con la magia metamorfa y manipularla. Eso es enorme. Y aterrador. Nunca vi ningún indicio de ello mientras estuvo aquí.

Así que Janelle podría estar diciendo la verdad. No es que no la creyera, pero no parecía posible. La confirmación de Irene ayudó.

—¿Es posible que haya manipulado a la mayoría de su manada?

Irene se mordió el labio inferior.

—Por un lado, quiero decir que haría falta un poder inmenso, pero no percibí ese tipo de magia en Janelle. Además, podría estar equivocada. El alfa sería el quid de la magia. Todos los lazos conducen a él. Ella sólo tendría que tejer magia a través de él, y los lazos harían el resto. Así que es posible que no sea tan poderosa después de todo. Solo que tiene un tipo de magia aterradora. Si Jax se unió a ella, ella puede manipular sus lazos.

Sacudí la cabeza.

—Dice que necesita permiso —una idea me asaltó, y abrí los ojos de par en par—. ¿Crees que estaba mintiendo?

—Puede —dijo Irene despacio—. El único trabajo de vínculo que he hecho fue amortiguar tu vínculo de apareamiento. Tuve que pedir prestada la magia de las tres brujas Darkwyn para hacerlo, e incluso entonces, sólo podía hacerlo en el extremo de Jax. Necesitaba su cooperación para entrar, y era sólo cosmético. Como tirar una toalla encima y saber que en algún momento se quemaría. Lo que Janelle está hablando es mucho más intrincado. Probablemente sí necesite permiso, pero yo seguiría teniendo cuidado. Si Jax siente algún cambio extraño en sus vínculos, tienen que cortar su vínculo inmediatamente.

Le pregunté si creía que las otras brujas podían seguir teniendo acceso a ella, una idea aterradora ya que ahora estaba unida a Jax. Irene explicó que robar magia requería proximidad.

—Espera, ¿eso significa que el aquelarre Darkwyn llegó a las tierras del Diamante Negro?

—Qué va, nunca lo harían. No se me ocurre nada que les hiciera abandonar su guarida, especialmente a la Arpía. Tuvimos que ir allí.

Me quedé momentáneamente sin habla al ver hasta dónde había llegado Jax para asegurarse de que podía llegar hasta mí.

—Anna, ¿estás bien?

Asentí con la cabeza.

—Han sido unas semanas muy largas. Janelle dice que una de las brujas era una bruja de tierra y estaba jugando con la tierra de Emerson. ¿Alguna idea de lo que podría estar tramando?

—Claro. Mi hechizo consiste en magia de tierra. Su bruja podría estar replicando eso. Podría estar extrayendo algo de la tierra (más magia, supongo). Podría estar reconstruyéndola —es útil si ha habido un incendio— o podría estar expandiendo los límites.

—Espera, ¿una bruja puede hacer eso? ¿Ampliar el territorio de la manada? —No sabía del todo cómo se establecían los territorios de las manadas, pero sabía que no era sólo un acuerdo entre lobos. Había magia de por medio: la tierra tenía que dar permiso.

—Sí, es posible.

Por lo tanto, Emerson podría estar tratando de hacer crecer su territorio y tal vez incluso tomar la Montaña. Aún así, incluso si pudiera usar magia para expandir sus límites, no podría retener a los lobos. No era un alfa lo suficientemente fuerte.

Pero tal vez lo era, con Janelle.

—Irene, ¿crees que Janelle tiene el poder de robar un vínculo alfa?

Irene abrió la boca, pero entonces la pantalla se congeló. Esperé un momento a que el ordenador se arreglara, pero la llamada terminó abruptamente. Qué quisquillosa era la tecnología. Intenté devolverle la llamada, pero no funcionó. Intenté una llamada normal y descubrí que no había línea.

—Finn —grité mientras llamaba a la puerta—. Mi teléfono acaba de quedarse sin servicio. ¿El tuyo funciona?

La puerta se abrió y Finn sacó su teléfono. Con el ceño fruncido, sacudió la cabeza. Miré a Kenzi y Saul, que ya estaban mirando sus teléfonos.

—Yo estaba conectada al internet del hotel —gruñó Kenzi—. Pero ahora no va.

Sin Internet. Sin teléfono.

—Alguien debe de estar interfiriendo las señales del hotel —dijo Finn en voz baja. Se acercó a la ventana y miró hacia fuera.

El corazón me golpeó las costillas.

—Alguien no. Emerson. Y significa que no podemos contactar con Jax, ni él con nosotros. Algo va mal.

Jax

Hice una nota en mi teléfono para comprar ponchos para la lluvia e intenté no gruñir. Planificar un viaje tan largo como humano era extraño; no estaba acostumbrado a tener que pensar en cosas como la lluvia y la comida.

«Suministros médicos». Fruncí el ceño al leer el mensaje de Amelia.

«No necesitamos pastillas para el mareo. Somos lobos» le escribí de vuelta.

Su respuesta fue inmediata. «¿Sabes si Saul, Anna o Finn han estado alguna vez en un barco? Yo no. ¿Cómo sabes que no nos mareamos?»

Maldita sea. Los puse en la lista.

No quería que nos separáramos. No me gustaba que ningún lobo saliera solo, pero al parecer Amelia no estaba tan contenta de estar lejos de la habitación del hotel como yo pensaba. Sólo estaba en la tienda de al lado, pero no me gustaba no poder verla.

Menos aún ahora que no existía el vínculo ni podía sentirla.

Necesitábamos sombreros, crema solar y ropa holgada con la que pudiéramos movernos. El capitán también había mencionado que compartiríamos dos camarotes, así que fui a la tienda de artículos deportivos a echar un vistazo a los rollos de cama.

De repente, se me erizó el vello de la nuca. Me estaban observando.

Inmediatamente, me quedé quieto al oír la voz de mi lobo. Sin levantar la vista, observé a mi alrededor. Sólo había tres personas en la tienda cuando entré. Una persona detrás de la caja registradora, otra surtiendo y otra comprando.

Ahora había seis personas en la tienda, y las otras tres se abanicaban a mi alrededor.

Rodeándome.

Le envié un mensaje de advertencia a Anna y levanté la vista. Mis salidas estaban bloqueadas y un hombre caminaba hacia mí.

—¿Jax Bishop? —preguntó mientras sacaba una placa—. Soy el detective Warnos.

—Detective —saludé—. Ya que parece saber mi nombre, eso debe significar que me estaba buscando.

¿Había pasado antes por el hotel? No había recibido ningún mensaje. Busqué mis vínculos con Kenzi y Anna. Estaban alteradas pero no en pánico.

—De hecho, sí. ¿Lleva algún arma encima?

Yo era un arma.

—No suelo ir de compras con armas encima —dije secamente—. ¿Es otra vez lo de esas mujeres desaparecidas? Dejé entrar a los agentes para que echaran un vistazo. No he secuestrado a nadie.

—Sí, se trata de las mujeres. ¿Qué tal si viene conmigo a comisaría y lo discutimos más a fondo? —Se apartó la chaqueta para mostrarme que iba armado.

Miré la pistola y luego de nuevo a él.

—¿Tengo elección?

—Puede venir voluntariamente, o puedo esposarle y llevármelo. Usted elige.

Mi lobo gruñó, pero no lo dejé salir. En su lugar, guardé el teléfono en el bolsillo.

—Entonces supongo que voy voluntariamente. Guíeme, detective.

Los otros dos hombres me flanquearon inmediatamente mientras seguía al detective fuera de la tienda. Al mirar por encima del hombro, vi a Amelia de pie en la entrada de la tienda de al lado, con cara de preocupación.

Tan sutilmente como pude, negué con la cabeza. No había necesidad de rescatarme. No corría ningún peligro. Estos hombres eran humanos. Aunque Emerson les pagara para que intentaran matarme, yo podría con ellos.

Sacó las llaves y se metió en nuestro coche de alquiler.

Cuando abrieron la parte trasera del coche de policía, no me moví.

—No voy a entrar ahí detrás —no había manera de que me metiera en una jaula sin forma de abrir la puerta desde dentro.

—Sr. Bishop…

—Yo voy voluntariamente con usted, pero no voy a ir detrás en una jaula como un criminal. Voy delante, o me dice de qué coño me acusa y me pone las esposas.

El detective miró al agente y asintió con la cabeza. Abrieron el lado del copiloto y me colé dentro.

El trayecto fue corto y tranquilo. Me alivió ver que realmente íbamos a la comisaría. Mientras pasábamos por delante del hotel, le eché un vistazo y me pregunté qué coño estaría tramando Emerson ahora.

La comisaría era pequeña, con seis mesas delante y dos salas detrás.

—Supongo que es usted el único detective —dije al entrar. Todos los que estaban dentro se detuvieron y me miraron fijamente.

—Ese soy yo —suspiró y abrió una de las puertas—. Sé que pone interrogatorio, pero están usando la otra sala.

Lo dudaba mucho.

Sentado a un lado de la mesa, eché un vistazo a la cámara de la esquina. Parpadeaba en rojo, lo que significaba que estaba grabando. Todo parecía legítimo.

El detective Warnos era un hombre alto y delgado, con el pelo rubio y gafas redondas de montura de alambre. Con su traje color canela, parecía que cumplía la ley al pie de la letra.

—Entonces, Sr. Bishop, ¿cuál es el propósito de su visita a nuestra pequeña ciudad? No recibimos muchos turistas. Su identificación dice que vive en una de las comunidades más cercanas al pico.

Así que iba a intentar que fuera una conversación amistosa. Podría seguirle el juego.

—Este año quiero ampliar mi ruta de distribución y quería ver qué me ofrecían aquí. Como pueden imaginar, Amazon no nos llega exactamente tan arriba. No sabía si alguien de aquí viajaba montaña

arriba o si podíamos establecer una zona designada para guardar mercancías.

—Estoy seguro de que nuestras tiendas estarían encantadas con su negocio —dijo el detective sin pestañear—. El empleado del hotel dijo que usted alquiló todas las habitaciones. ¿Alguna razón en particular para eso?

—Mi mujer y yo estamos de luna de miel. Tendemos a ser ruidosos.

—¿Esposa? No vi ningún registro de eso.

—En realidad no solicitamos certificados de boda. ¿Qué está pasando aquí, detective? ¿Todos los forasteros reciben este nivel de escrutinio cuando vienen de visita?

El detective se aclaró la garganta y sacó una carpeta. No la abrió. Sólo la dejó sobre la mesa. La miré con curiosidad y alcé las cejas.

—¿Qué es eso?

Apartó la carpeta.

—Vamos a llegar a esto un poco más tarde. Sepa usted que encontramos a esas mujeres desaparecidas.

Y una mierda. ¿A dónde coño iba con esto?

—Ah, estupendo. Supongo que estoy aquí porque dijeron que estaba involucrado. ¿Necesita algún tipo de coartada o algo? Como puede ver, no viajo exactamente solo.

—No, ya lo sé. Está viajando con una gran multitud.

—Estoy mezclando negocios con placer. Como habrá adivinado, no salimos mucho.

Warnos gruñó y sacó otro expediente. Este lo abrió.

—Es extraño que haya tantas comunidades en las montañas; las condiciones de vida son duras, ¿no? Tampoco parece que estén bajo

jurisdicción policial.

—Supongo que eso nos convierte en su jurisdicción. ¿Deberíamos llamarle si empezamos a tener problemas? Sería más fácil si tuviéramos nuestra propia comisaría. Me aseguraré de hacer esa sugerencia.

Me fulminó con la mirada.

—No somos una secta, detective —continué—. No somos criminales que se esconden. Somos una gran comunidad. Pagamos nuestros impuestos estatales y federales. Me he reunido personalmente con el gobernador del estado. Entiendo que somos responsables de atender nuestras propias emergencias. Pero no estoy aquí porque le interese mi comunidad. Estoy aquí porque se denunció la desaparición de dos mujeres, y usted cree que eso tiene algo que ver conmigo. Así que o me dice qué hago aquí, o salgo de la comisaría y volvemos a nuestra montaña, donde nunca me volverá a ver.

El detective abrió el expediente. Había dos fotos. Una de Janelle y otra de Anna. Emerson debió tomarlas hacía poco.

—Está aquí, Jax Bishop, porque tenemos un testigo que te identificó y le siguió hasta el hotel anoche.

—Mentira. Anoche no salí del hotel. No he secuestrado a ninguna mujer.

—Quizá no —Warnos dio la vuelta a las fotos y giró dos nuevas. Al verlas, se me heló todo el cuerpo—. Quizá las acabas de asesinar.

Estaba acurrucada entre las hojas, con los ojos cerrados como si durmiera plácidamente. Excepto, por supuesto, por la sangre seca alrededor de su pecho.

Era Anna. Muerta.

Anna

—¿Asesinato? ¡Me estás tomando el puto pelo! —me quedé mirando a Amelia en estado de choque. Sólo habían pasado dos horas desde que nuestros móviles se habían estropeado. Finn había salido en busca de Amelia y Jax y había vuelto hacía una hora para informar de que no estaban en ninguna de las tiendas.

Dos horas de agonía, de pensar que Amelia podría estar muerta. Finn estaba a punto de perder la cabeza, pero mi vínculo de apareamiento estaba brillante y palpitante. Solo que no podía averiguar cómo usarlo para comunicarme con Jax y averiguar qué demonios estaba pasando.

Resulta que estaba bajo custodia policial. Custodia policial humana.

—¿A quién demonios creen que asesinó?

—A ti. Y Janelle —dijo Amelia en voz baja—. No tienen pruebas, pero van a retenerlo el mayor tiempo posible. Son tres días. Ha pedido un abogado, pero, convenientemente, el único abogado penalista de la ciudad está de vacaciones. Dicen que tardarán dos

días en traer a alguien. Tampoco conseguiremos a tiempo a nuestro abogado de la manada.

—Tienen que tener cuerpos para estar investigando un cargo de asesinato. Janelle y yo claramente no estamos muertas. Sólo tenemos que mostrar a los policías que no estamos muertas, ¿verdad?

Amelia negó con la cabeza.

—No puedes hacer eso. Quedará aún peor para él porque proporcionará una conexión. ¿Acaban muertas dos mujeres que resultan ser idénticas a las dos mujeres con las que viaja Jax? Además, Janelle y tú estaréis expuestas si dejáis el hotel. Estáis más seguras aquí. Jax dijo que no hiciéramos nada. Si no sale a tiempo, le dejaremos aquí.

—No —gruñí—. No le vamos a dejar aquí, joder, y ahora mismo no es tu maldito alfa, así que no tienes que hacerle caso.

No hubo respuesta de nadie más en la habitación, y me di la vuelta.

—No puedes estar hablando en serio. ¡No puedes dejarlo aquí!

—Si no tienen pruebas, tienen que soltarlo —dijo Amelia en voz baja —. Deberíamos agachar la cabeza y dejar que la ley haga su trabajo. Si hacemos demasiado ruido, este detective podría interesarse por nuestra comunidad, y eso no sería bueno.

—Emerson no lo dejará así como así. Jax está en una puta jaula. Emerson encontrará una manera de matarlo mientras esté allí. Si os vais, podríais estar firmando su sentencia de muerte —siseé—. Y yo no voy a ir a ninguna parte sin él. Si subís a ese barco, hacedlo sin mí.

Los ojos de Amelia se abrieron de par en par.

—Mierda, ni siquiera había pensado en eso. Janelle, ¿puedes hacer algo para darle a Jax algo de protección extra?

Pálida, Janelle negó con la cabeza.

—Lo siento. No sé si puedo, pero si puedo hablar con tu bruja, puede que ella tenga alguna idea. Tendría que llevar algo encima. Una bolsa de hechizos, pero no estoy segura de qué tipo de hechizo le ayudaría.

—Bien. Habla con Irene. Saul, ¿podrías contactar con nuestro abogado de la manada? Si pueden hablar por video, podrían ayudar a sacarlo más rápido —la mente me daba vueltas—. ¿Cuánto se parecen a nosotros?

Amelia negó con la cabeza.

—No lo sé. ¿Acaso importa?

—Me cuesta creer que Emerson tuviera a mano dos lobas exactamente iguales a nosotros que de repente pudieran ser asesinadas y presentadas como nuestros cadáveres. Así que o es un planificador mucho más meticuloso de lo que pensaba…

—O alguien está usando magia de glamour —terminó Janelle—. Ah, eso es brillante. Necesitaremos ver los cuerpos de cerca y en persona. Anna, tú puedes deshacer cualquier hechizo. ¿Cómo lo hacemos?

Tenía una idea, pero a nadie le iba a gustar. Abrí la boca, pero Kenzi me cortó de inmediato.

—No. No serás tú. Puede que ellos no estén unidos a Jax, pero tú y yo sí. Eres mi prioridad, Anna. Lo siento. No dejes este hotel. Si Janelle quiere aparecer y decir que es una gemela…

—Puede que no sea capaz de deshacer el hechizo —dijo Janelle—. Necesitaría a Anna.

Miré a Kenzi y supe inmediatamente que no la convencería de lo contrario ahora mismo. Tendría que convencerla más tarde o escabullirme. Mientras tanto, sólo podíamos hacer una cosa. Seguro que causaría cierta confusión, pero sin un abogado que les presionara, quizá no bastara para convencerles de que dejaran marchar a Jax porque se nos iba el puto barco.

—Aún necesitamos detalles, y para eso necesitaremos magia. Tenemos que conseguir el archivo. Averiguar dónde fueron asesinadas y cómo. Y averiguar lo del testigo. Tendrán que soltar a Jax si conseguimos que el testigo se retracte.

Un golpe en la puerta nos hizo girar hacia ella. Todos, excepto Janelle, se levantaron y se colocaron entre la puerta y yo.

Todos sabíamos quién estaba al otro lado.

Kenzi la abrió.

—Déjame hablar con ella —exigió Emerson.

—No —dijo y empezó a cerrar la puerta. Emerson metió el pie y Amelia me agarró del brazo y empezó a arrastrarme hacia la puerta lateral.

—Para —dije finalmente—. Déjale entrar. Sólo a él.

Todos me miraban como si hubiera perdido la cabeza. Miré a mi alrededor.

—Son cinco lobos y una bruja contra él. Puede entrar diez minutos. Oigamos lo que tiene que decir.

Kenzi me miró de nuevo y abrió la puerta.

—Ya has oído a la compañera de Jax. Tienes diez minutos.

Emerson se burló.

—Eras mucho más encantadora cuando eras su perra.

—Nunca he sido la perra de nadie —dijo mientras enseñaba los colmillos.

Emerson se alisó las manos sobre la camisa y dio un paso hacia mí. De repente, tres lobos le cerraban el paso. El corazón me latía con fuerza, pero me tragué el pánico. ¿No acababa de decirle que le superábamos en número?

—Supongo que es mucho pedir hablar con ella a solas.

—Obviamente —dijo Kenzi mientras ponía los ojos en blanco—. ¿Por qué no nos dices quiénes son las chicas muertas?

Emerson agitó la mano.

—Sólo dos cualquiera. O quizá no. ¿No se enfadará mucho ese detective cuando se denuncie la desaparición de otras dos mujeres mientras estáis todos en la ciudad? No será nada bueno para Jax.

—Tampoco es que le vayan a acusar —dije mientras empujaba suavemente a Amelia y Finn a un lado para ver a Emerson con más claridad—. Y los otros alfas van a tener un problema contigo si intentas matarlo mientras está en la cárcel.

—Realmente no me importa lo que crean los otros alfas, querida. Ya he conseguido lo que quería. No te irás sin él, así que ahora tenemos más tiempo para charlar como lobos civilizados. ¿Por qué no me cuentas lo que has hecho con mi bruja?

Janelle se balanceó sobre sus talones, pero no se apartó.

Mierda, ¿Emerson no veía a Janelle a través del glamour? ¿No podía olerla? Realmente podía joder a los lobos.

—¿Te refieres a la bruja que casi expulsa a Jax y a toda su manada de sus tierras? ¿Por qué iba a tenerla yo? —dije sombríamente—. Estaría encantada de verla muerta. Igual sintió eso de mí y escapó.

Emerson gruñó y dio otro paso hacia mí. Kenzi gruñó y él suspiró.

—Muy bien —dijo—. He venido a hacerte una oferta. Imagino que Jax estará en la cárcel al menos un día más. O igual dos o tres. Te daré un día para revisar tus opciones y hasta despedirte de tu amante. Después de eso, cada día que no vuelvas conmigo, mataré a alguien que conozcas, empezando por Cindy. Es una chica tan encantadora, y su hija estará tan triste cuando mamá no vuelva a casa. Odiaré romperle el cuello y tirar su cuerpo inerte en el aparcamiento para que lo veas, pero será todo culpa tuya.

77

Jax

Enjaulado.

Mi lobo quería aullar de furia, pero los dos nos pusimos contra las paredes, lo más lejos posible de los barrotes, y esperamos en silencio cualquiera que fuera el siguiente movimiento.

Emerson me tenía atrapado, y dudaba de que ésta fuera la jugada final.

A su favor, el detective parecía frustrado con todo el caso. Las cosas no tenían sentido y estaba dispuesto a dejarme marchar, pero el jefe intervino y le ordenó que me retuviera.

Tal vez yo estaba leyendo demasiado en él. Tal vez era sólo porque su pueblo no estaba acostumbrado a los asesinatos, y realmente pensaban que yo era culpable y no querían dejarme ir.

Esa esperanza se desvaneció cuando se abrió la puerta y entraron dos agentes con las porras en la mano y sonrisas frías en los rostros. Conocía a esos agentes. Jones y Whalen.

No me moví mientras se paraban ante los barrotes y daban contra ellos con los palos.

—Te crees un tío duro, ¿verdad? —se burló Jones—. ¿Cómo de duro te sientes ahora?

Sin decir palabra, observé cómo Whalen cerraba la puerta que separaba la prisión del resto de las oficinas. No había ventanas, pero mi lobo me dijo que era de noche. Sin duda, todos los demás se habían ido a casa.

—Un tipo fuerte y silencioso, ¿eh? —Jones sacó su pistola y me apuntó a la cabeza—. Seguro que podría hacerte gritar.

«Mátalo», gruñó mi lobo.

Tenía la sensación de que no perdería el sueño si separaba la cabeza de Jones del resto de su cuerpo. Por desgracia, la lógica pesó. Ni siquiera podía dejarle una marca, o podrían acusarme.

Así que cuando Whalen miró a Jones dubitativo antes de abrir la celda, supe que esto dolería.

No sería una ejecución. Las cámaras podrían estar apagadas, pero era difícil esconder una bala en un cuerpo, especialmente si no iba corriendo.

Y yo no estaba corriendo.

Jones bajó el arma y sacó la porra.

—Ahora bien, señor Bishop, ¿por qué no me habla de esas dos mujeres que mató? Le prometo que las cosas irán mucho mejor si lo hace.

No dije ni una palabra cuando Jones se echó hacia atrás y me golpeó en el estómago con la porra. El dolor me recorrió el cuerpo, retrocedí unos pasos y flexioné los brazos.

Dentro de mí, mi lobo aulló e intentó salir a la superficie. Rápidamente, lo obligué a retroceder.

Los ojos del oficial brillaban con malicia. Era fácil ver que era el tipo de hombre que disfrutaba infligiendo dolor.

—Jones —dijo Whalen en voz baja.

—¿Estás listo para hablar ahora, chavalote? —dijo Jones alegremente mientras volvía a tirar de la porra. Esta vez, apuntó a la parte posterior de mis rodillas. Me doblé y la porra cayó rápidamente sobre mi espalda, golpeándome la cabeza contra el suelo. La boca se me llenó de sangre.

Fueron tres. Eso era todo lo que el oficial Jones iba a conseguir.

—¿Qué pasa, Bishop? —cacareó Jones—. Eres un pedazo de imbécil, ¿verdad? Dime qué pasó, y todo esto habrá terminado, y podrás volver a casa con tu mami.

Volvió a blandir el bastón, pero yo estaba de pie y lo bloqueé con el antebrazo. Con un grito ahogado, Jones retrocedió.

Whalen entró corriendo, porra en mano, pero no golpeó. Con un gruñido, Jones intentó golpearme de nuevo. Bloqueé el golpe una vez más. Podría habérsela arrancado fácilmente de las manos, pero tenía que tener mucho cuidado de hacer sólo movimientos defensivos.

—Voy a disfrutar haciéndote sangrar —siseó Jones.

—Joder, para, Jones. Hay gente en la comisaría —Whalen miró su teléfono y palideció—. Contrólate.

Enseñando los dientes, Jones se retiró.

—Si yo fuera tú, pensaría en esa confesión… porque voy a volver.

La puerta de mi celda se cerró de golpe, me incliné y escupí sangre. Menos de un minuto después, volvió a abrirse. Levanté la vista, dispuesto a prepararme para el siguiente ataque. Era Whalen quien había abierto la puerta, pero no Jones quien la atravesaba.

Anna me miró, gruñó y se dio la vuelta.

—¿Tú le has hecho esto? Te mataré.

—¡Hala! —Kenzi la levantó fácilmente y la acomodó al otro lado—. No tocar a los policías, ¿recuerdas?

Dándose la vuelta, Anna corrió hacia la celda.

—Janelle hizo un hechizo —dijo en voz baja—. Podemos hacer que estos policías desbloqueen las celdas y te saquen ahora mismo.

Joder, cómo me alegré de verla. Extendí las manos alrededor de su cara y me consolé al ver que los moratones iban desapareciendo. Parecía estar más fuerte.

—No —dije.

—Te lo dije —dijo Kenzi desde la puerta—. Date prisa. No tenemos mucho tiempo.

—Es un hechizo de contacto —suspiró Anna—. Así que aguantará mientras yo no los toque, pero no nos da mucho tiempo. Recordarán que nos dejaron entrar y lo que dijimos. Sólo estarán mosqueados porque no sabrán por qué lo permitieron. Escucha, tenemos un plan para probar tu inocencia. Sólo me preocupa que no podamos terminarlo antes de que parta el barco.

Miré fijamente a Kenzi y le dije a Anna:

—No hagas nada. Ni siquiera deberías salir de la habitación del hotel.

—Después de que Emerson estuvo en la habitación del hotel, ya no parecía seguro. No te preocupes. Él aún espera obligarme a tomar la decisión. No voy a dejarte.

—Os di a todos una orden.

—Soy tu compañera —me recordó Anna suavemente—. Sustituí tu orden.

—Mierda…

—No, Jax. Jódete por pensar que te dejaría aquí. Jódete por no salir de esta cárcel y venir con nosotros ahora mismo. ¿Quieres apaciguar a los humanos? Bien, apaciguaré a los humanos, pero sólo jugaré con sus reglas dos días. Después de eso, usaré todas las herramientas a mi disposición para sacarte de aquí, incluso si tengo que dejarte inconsciente para hacerlo.

—Joder, Anna, no estás acostumbrada a la vida en manada. Tenemos el papeleo justo para convertirnos en un pueblo legítimo a los ojos de la ley humana, pero hay una razón por la que vivimos tan arriba en las putas montañas. Si la policía decide subir a la Montaña y arrestarme, te arriesgas a que te descubran.

—No llegarían tan lejos. Los pícaros los matarían primero —dijo rotundamente.

—¿Arriesgarías vidas inocentes? Además, podrían subir en helicóptero.

Echó un vistazo a la celda y se burló.

—Con este presupuesto, no podrían.

—¿No fuiste tú quien dijo que me dejarías si nuestras posiciones se invirtieran? Eso es lo que te estoy diciendo que hagas. Déjame.

—Emerson no va a dejar que la policía te libere sin más. Te matará en esta celda. Si estuvieras a salvo, sí, te dejaría pudrirte aquí por toda la eternidad, pero no voy a dejar que mueras por mi culpa.

—Anna. Tenemos que irnos —siseó Kenzi—. Ahora.

Se apartó de los barrotes.

—Mantente vivo, compañero. Volveré.

Ni siquiera miró hacia atrás al alejarse, y el pánico se apoderó de mí. Aquella maldita mujer me hacía sentir jodidamente indefenso. Aquí estaba yo, atrapado en una jaula, y ella iba a morir intentando sacarme.

Anna

Observé el rostro inexpresivo del agente Jones mientras sujetaba abierta la puerta de la comisaría. El penetrante olor metálico de la sangre invadió mis sentidos cuando me acerqué. Kenzi me agarró de los brazos, pero tuvo cuidado de no decir nada. Janelle había dejado muy claro que los agentes recordarían todo lo que dijéramos.

Este era el hombre que había golpeado a Jax. No tenía ni una marca. Mi compañero realmente estaba tratando de jugar según las reglas, lo mataría en un juego donde nadie más las seguía.

—Me parece alarmante, agente Jones —dije en voz alta—. Que mi marido ha sido golpeado, pero no hay nadie en la celda con él. Estoy segura de que tiene una explicación para esto.

—No —dijo con dificultad; el hechizo sólo le permitía decir sí o no.

—Ya veo. El abogado de mi marido se ocupará del asunto cuando llegue. Mientras tanto, si aparecen más marcas en él, demandaremos a este departamento hasta el último céntimo que

tenga… y no son muchos, por lo que parece, así que estoy segura de que su lamentable trabajito estará en juego. ¿Entendido?

—Sí.

Kenzi prácticamente me empujó hacia la puerta, y Janelle murmuró algo antes de que se cerrara. Cuando nos encontramos al otro lado del aparcamiento, miré a la bruja. El uso de la magia le estaba pasando factura.

—¿Qué les dijiste? —le pregunté.

—Les indiqué que siguieran el procedimiento de su manual durante dos horas. Pueden despertar antes si alguien interactúa con ellos. Esto les protegerá si ocurre algo violento, pero también mantendrá el hechizo en silencio.

—Qué pena. Habría molado que los atropellara un coche. El agente Jones estaba pegando a Jax. Probablemente Emerson le pagó —dije amargamente—. Venga, vamos a acabar con esto de una vez. ¿Dónde están los cuerpos?

Tenía prisa, faltaba un día para que Emerson matara a Cindy. La dulce e inocente pequeña Cindy. Pensé que era un implante. Pensaba que todos eran implantes.

No, todos fueron víctimas de la crueldad de Emerson. Cindy moriría si no pudiera terminar esto antes de la fecha límite.

Un día. Todos me miraron cuando les pedí que me ayudaran. Sabía lo que estaban pensando: era imposible que acabara todo en un día. Pero tenía que intentarlo. No podía quedarme sin hacer nada.

Saul había supuesto con razón que el médico local era también el forense. Janelle utilizó la magia para hacernos entrar y luego se desplomó contra la pared por el esfuerzo. Ya había tenido bastante

por hoy. Saul le acercó una silla en silencio y le indicó que se sentara.

La puerta de la morgue estaba cerrada, pero sólo con un simple cerrojo de seguridad.

Había tres cadáveres en la morgue: una anciana y las dos víctimas. Abrí los cajones, los miré e inspiré con fuerza.

—Espeluznante —murmuró Kenzi mientras ambos mirábamos mi cadáver—. Es bastante perfecto.

Arrugué la nariz.

—Está cubierto de magia.

Saul bajó la sábana y me aclaré la garganta antes de que pudiera llegar demasiado lejos. Inclinó la cabeza.

—Sólo estoy mirando si le han hecho la autopsia. No la han hecho. Voy a ver el otro cuerpo mientras deshaces este hechizo atroz.

Todos sabíamos que no era yo, pero no tenía muchas ganas de saber si el resto del cuerpo también se me parecería. Kenzi me entregó un par de guantes de látex y toqué la piel fría.

Ante mis ojos se agolparon los recuerdos de todas las víctimas de mi padre que había tenido que enterrar.

—Lo siento —susurré—. Siento que hayas tenido que morir por mi culpa.

—Por tu culpa, no —intervino Saul—. Ya hemos hablado de esto. No eres responsable de los asesinatos de tu padre, y tampoco eres responsable de los asesinatos de Emerson.

No, pero me preguntaba cuántas veces había que tratar con hombres psicópatas antes de empezar a pensar que tal vez ellos eran el problema.

—Basta —gruñó Saul de nuevo—. Sea lo que sea en lo que estés pensando, para.

—Lo siento —murmuré y me concentré en el hechizo. Los zarcillos de colores estaban fuertemente entretejidos alrededor del cuerpo, pero en cuanto me concentré en ellos, se aflojaron de inmediato y se disiparon.

—Vaya —dijo Kenzi por encima de mi hombro—. Pues todavía se parece a ti.

Cuando abrí los ojos, vi que tenía razón. La mujer era más o menos de mi edad y tenía una coloración parecida.

—No hay autopsias, pero se hizo una tonelada de pruebas. Déjame ver si puedo sacar las notas del médico —Saul se sentó frente al ordenador.

Me centré en el segundo cuerpo y había terminado de disipar la magia cuando él gruñó en señal de victoria.

—La contraseña estaba escrita debajo del teclado. Tengo la sensación de que el Dr. Kelp es un señor mayor. A ver.

Mientras él se desplazaba por el ordenador, yo volví a Janelle.

—El glamour ha desaparecido, pero las fotos seguirán pareciéndose a mí. ¿Cómo lo arreglamos?

—Las fotos cambiarán. La magia del glamour se aferrará a las fotos, pero también se disipará una vez que el hechizo original se disipe. Debe ser por eso que Emerson encontró gente que se parecía a nosotros. El hechizo no iba a durar para siempre.

Al menos eso facilitaba un poco las cosas, pero aun así no sería suficiente. Saul y Kenzi aparecieron unos minutos más tarde.

—El médico sospechó que las víctimas estaban drogadas por la falta de heridas defensivas, así que les hizo un análisis toxicológico. No lo estaban. Probablemente, fueron hechizadas y luego asesinadas. Se recogió sangre que no pertenece a la víctima —resumió Saul.

—Genial. Tampoco pertenecerá a Jax. —Entonces, ¿por qué demonios lo retenía el detective?— ¿Algo más en el archivo que valga la pena?

—Pues sí, de hecho. El nombre del testigo. Michael Jones.

Kenzi inhaló bruscamente y la miré.

—¿Sabes quién es?

—Pues claro. Tenemos que colarnos en un sitio más.

Miré preocupada a Janelle.

—No sé si podrá con ello.

—Yo no me preocuparía por eso. Estoy bastante segura de que podemos entrar en este lugar sin magia.

Eché un vistazo a la oficina y sentí una fría furia en la boca del estómago.

—Así que primero, informa a la policía de que vio a las dos mujeres desaparecidas en su hotel, y luego, convenientemente, presencia cómo Jax las asesina. El gerente del hotel ha estado ocupado, ¿eh? —Señalé una foto en la pared—. Jones y Jones. Me resulta familiar.

El gerente del hotel era hermano del policía. Las cosas empezaban a parecer demasiado convenientes.

—Emerson les debe estar pagando bastante dinero para que mientan. No todo el mundo tiene estómago para ver a un inocente ir a la cárcel —dijo Saul en voz baja—. Por otra parte, si Jax se

enfrenta a la brutalidad policial, es posible que estos hombres ya no sean tan inocentes como me gusta pensar.

—Inocentes no son —dijo Kenzi en tono sombrío mientras abría un armario cerrado en el despacho privado del director. Dentro había cuatro pantallas de ordenador. Cuando las encendió, quedó claro que no eran de seguridad. Mostraban cuatro habitaciones de hotel.

—Mierda, esas no son nuestras habitaciones, ¿no? —jadeé.

—No. Seguro que el Sr. Mirón sólo pone a mujeres que viajan solas en estas habitaciones —sacó algunos archivos guardados. Había casi cincuenta vídeos.

Vimos unos cuantos antes de pedirle que lo apagara.

Michael Jones no era sólo un mirón. También era un violador.

—¿Qué te apuestas a que el agente Jones coge las denuncias y las tira inmediatamente a la basura? —pregunté con asco.

—Saul, ¿sabes si los oficiales necesitan tener su ADN en el archivo?

—No lo creo.

El gerente del hotel o su hermano agente —quizá los dos— habían asesinado a las dos mujeres. Me habría jugado cualquier cosa. A Emerson le gustaba asegurarse de que nada pudiera ser rastreado hasta él; probablemente los utilizaba para vigilar a cualquiera de sus lobos que llegaba a la ciudad, y estaban deseando un trabajo mayor cuando él se lo ofrecía.

—Podemos entregar esto al detective, pero también los podría estar encubriendo —suspiró Kenzi—. Y aunque lo hiciéramos, no es probable que libere a Jax a tiempo.

—Se lo entregaremos de todos modos, pero guardaremos una copia. Sólo tendremos que convencer a Michael Jones de que se retracte

de su declaración. —Sonreí fríamente—. Y si su hermano vuelve a intentar encubrirlo, dejaré su cadáver en la puerta con una nota que ni siquiera el jefe podrá ignorar.

—¿Aprendiste algunas cosas durante tu estancia con Emerson? —preguntó Saul en voz baja.

Me di la vuelta y le miré fijamente. No estaba haciendo nada que Jax no haría por mí. No estaba haciendo nada que esos hombres no se merecieran.

No era crueldad. Era justicia.

Anna

Aquella noche dormí de un tirón. No habría dormido nada si Saul no me hubiera echado algo en la bebida. Me enfadé mucho con él, pero me recordó que aún me estaba curando y que Jax me necesitaba al máximo.

Aun así, odiaba dormir sola. Qué raro. Hubo un tiempo en que me había sentido jodidamente atrapada durmiendo al lado de Jax. Ahora sabía que no podía estar sin él. Teníamos nuestros problemas, pero él era mío ahora.

Cuando miré por la ventana unas horas antes del amanecer y vi unas figuras que emergían en el aparcamiento, supe quiénes eran.

—Kenzi —le ladré mientras dormía—. Emerson está aquí.

Finn, que había estado de guardia, ya estaba abriendo la puerta contigua. Saul, Amelia y Janelle entraron en silencio detrás de él.

—No han pasado ni doce horas —gruñó Finn.

—Emerson nunca ha sido conocido por ser un hombre de palabra — corrí la cortina y se me revolvió el estómago. Emerson, Elonso y dos

guardias estaban bajo la farola, frente a mi habitación.
Cindy estaba inmóvil a su lado.
—Dios santo —susurré mientras la miraba—. ¿Y yo qué cojones hago?
—Ella no es tu amiga, Anna. No es de tu manada. Y si muere esta noche, no será culpa tuya —me espetó Kenzi mientras me apartaba de la ventana—. Tú haces lo que sea necesario para protegerte a ti misma y a tu manada. Hace sólo unas horas, estabas dispuesta a matar a varios humanos. ¿Te acuerdas?
Miré a Saul, que inmediatamente se dio la vuelta. No se equivocaba. En las últimas semanas me había endurecido.
—Cindy es una buena mujer —trinó Janelle suavemente—. No merece morir.
—No sería ni vulnerable si no fuera por ti —le espetó Amelia.
Por mucho que quisieran que no hiciera nada, sabía que les fracturaría ver cómo mataban a una loba inocente mientras ellos se quedaban de brazos cruzados.
Llamaron a la puerta.
—No la abras —ladró Kenzi.
—Saul, lleva a Janelle a la otra habitación —dije en voz baja—. Llévatela y si Emerson ataca, corred. Ella tiene secretos que Jax puede usar cuando esté libre.
No fue hasta que siguió mi petición que ignoré a Kenzi y abrí lentamente la puerta. Un cuerpo se abalanzó bruscamente sobre mí, haciéndome caer hacia atrás.
Cindy.
Nos caímos, y Finn, Amelia y Kenzi dieron un paso adelante.

«Shula» susurró una voz suave, y volaron de nuevo contra la pared.
Mierda, Emerson había traído una bruja.
Miré a Cindy, pero ella ya estaba de pie tranquilamente. Se le iluminaron los ojos al reconocerme.
—Anna —dijo y sonrió—. ¿Qué estás haciendo aquí?
—Se acabó el tiempo, querida —dijo Emerson en voz alta mientras entraba con los otros lobos—. Tienes que tomar una decisión ahora, Anna.
—Dijiste un día.
—Estoy bastante seguro de que dije *antes* de un día —dijo alegremente.
El corazón me martilleó en el pecho y le agarré la mano a Cindy.
—Mírame, Cindy. ¿Sabes por qué estás aquí?
Ella asintió.
—Mi alfa tiene un trabajo importante para mí. ¿Vas a ayudarme?
Hubo un destello de algo en sus ojos, y me callé. Conocía bien esa mirada.
Miedo. Desesperación.
—Puedes ayudarte a ti misma, Cindy. Sé que puedes —dije en voz baja. Apretándole la mano, me volví y miré fijamente a Emerson—. Juraste protegerla. Está en el juramento que te une a ella. Lealtad y protección. ¿Qué clase de alfa eres si rompes ese juramento?
Se le oscurecieron los ojos y dio un paso hacia mí.
—Me importan una mierda los juramentos. Y ella me importa un carajo. Voy a dejar caer el cuerpo de cada uno de los lobos que has conocido justo a tus pies, mis propios lobos incluidos, hasta que

aprendas que me perteneces. Júrame lealtad, Anna. Ahora mismo, o puedes despedirte de la dulce pequeña Cindy.

—Vete al infierno —tiré de Cindy detrás de mí, y una figura se movió detrás de Emerson. La bruja, alta y con pinta de sauce, tenía la piel oscura y era más que hermosa. Levantó un dedo y lo movió hacia mí.

Me di un golpe tan fuerte contra la pared que perdí momentáneamente la visión al golpearme la cabeza contra la madera. A través de la visión borrosa y el dolor, observé impotente cómo Emerson le entregaba una botella a Cindy.

—Un poco de agua para ti, cariño. Bebe —ordenó.

En cuanto desenroscó la botella, todos lo olimos.

Plata.

Plata líquida. Sería una muerte horrible, la quemaría por dentro. Las lágrimas me empañaron los ojos.

Cuando levantó la botella, Kenzi, Finn y Amelia gritaron y se impulsaron para detenerla. Ahí quedó su estricta postura de dejar morir a un lobo inocente.

Por el rabillo del ojo, vi a otra persona moverse.

Observé toda la escena a cámara lenta. Cindy se llevó la botella a los labios, dudó y luego gritó. Lanzó la botella con todas sus fuerzas directamente hacia Emerson.

El líquido salió volando de la botella y aterrizó justo en su cara. Su rugido de dolor llenó la habitación, y extendió la mano entre ellos, tirando de algo invisible. Cindy cayó al suelo sin fuerzas y Emerson se acercó a ella, sin dejar de gritar.

—Tenemos que irnos —gruñó Elonso mientras agarraba el brazo de su alfa—. Ya.

Emerson seguía cagándose en todo mientras sus guardias lo sacaban a rastras. Finn llegó primero a la puerta y la cerró de un portazo.

Amelia y Kenzi se habían arrastrado al lado de Cindy.

—¡Saul! —gritó Kenzi.

El sanador cruzó la puerta y se arrodilló al lado de la mujer.

—Quemaduras de plata en la mano. Está viva pero inconsciente. ¿Qué ha pasado?

—Él cortó su vínculo —dijo Janelle con voz temblorosa—. Le he visto hacerlo. Las deja indefensas antes de matarlas.

—Y se protege a sí mismo de paso —miré a Finn. De niño le habían cortado su propio vínculo. Me había dicho que era como morir.

—Ella está viva, y Emerson está malherido. Lo consideraré una victoria.

—Lo sabías —señaló Amelia—. Lo vi en tus ojos. ¿Cómo lo sabías?

—Janelle dijo que la magia se iría desvaneciendo. Cuando me miró, estaba asustada. Sabía que su control sobre ella se había aflojado. Esperaba que fuera suficiente para que se enfrentara a él.

—Podría haberla matado él mismo. —Amelia negó con la cabeza—. Tuvo suerte.

—A Emerson no le gusta ensuciarse las manos. Prefería ver matar a mi padre antes que matar él. Le excita ver la violencia. Eso no significa que no sea peligroso. Va a tomar represalias, y a subir la apuesta.

—Esperemos que Jax esté fuera antes de eso —murmuró Kenzi—. Si tenemos que matar a un alfa, traerá muchos problemas sobre nuestras cabezas.

—¿Qué vamos a hacer con ella? Ahora es básicamente una pícara —señaló Finn.

—Dale un lugar para descansar. Y puedes dejarme a Emerson a mí. —Miré a Cindy—. Créeme cuando te digo que no vivirá para impedir que nos vayamos.

Jax

—Bishop, tienes otra oportunidad de acabar con todo esto —dijo Jones al abrir la puerta de mi celda. Sus ojos ardían de odio mientras me miraba fijamente—. Si yo fuera tú, haría esa confesión hoy.

Otra amenaza. Curiosamente, eso era todo lo que el oficial Jones tenía desde que Anna se había ido. Amenazas y miradas acaloradas. Lo que sea que ella le había dicho había tenido un impacto.

Así que el detective quería volver a hablar conmigo. Quizá era para abandonar esta farsa y dejarme ir por fin.

Pero nunca nada fue tan fácil.

Jones no me quitó las esposas, sino que las sujetó a la mesa antes de intentar empujarme hacia el asiento. No me moví y me quedé mirándole.

—Siéntate —ladró, sacando la porra.

—Agente —dijo el detective Warnos al entrar en la habitación. No será necesario. Puede dejarnos.

—Estoy pensando que debería quedarme.

—Esto es un interrogatorio, no un arresto. Por favor, váyase —la voz del detective era suave pero definitiva. Jones le gruñó, pero se marchó. Una vez cerrada la puerta, me senté.

—¿Está aquí mi abogado?

—No, por eso no le preguntaré sobre el asesinato de esas dos mujeres. En vez de eso, me gustaría hablar de Sarah Birch y Elizabeth Macaw.

Estupendo. ¿Emerson había intentado acusarme de dos asesinatos más?

—Nunca he oído hablar de ellas, detective. Antes de esta investigación, había hablado con puede que cinco personas en esta ciudad. Ninguna de ellas mujer.

Warnos no dijo nada mientras me ponía dos fotos delante. Se me revolvió el estómago al mirarlas.

Y casi se rió.

—Pensé que no iba a preguntar por las dos mujeres.

—Estas no son las mismas mujeres. Estas son Sarah Birch y Elizabeth Macaw.

Ambas eran y no eran las mismas dos mujeres. Las dos posaban exactamente igual y en el mismo escenario. Literalmente, todo excepto las caras de las mujeres era igual. Lo sabía porque cada vez que cerraba los ojos, veía esa maldita foto de Anna muerta. Quedó grabada para siempre en mi cerebro.

Anna había quitado la magia, y había cambiado las imágenes. No me extraña que Warnos estuviera tan rayado.

—Es extraño, detective. Parecía usted un tirador directo, pero no estoy cayendo en el juego al que está jugando. Estas son las mismas dos mujeres. No sabía sus nombres. Nunca las había visto antes. No las maté, y no voy a contestar más preguntas sin un abogado.

Warnos frunció el ceño.

—Ya ha visto estas fotos antes.

—¿Tiene resaca o algo? Ayer me enseñó estas fotos. Cuando dijo que las había matado.

—Le mostré fotos diferentes.

Le miré fijamente, me crucé de brazos y me recosté en la silla. Volvió a mirar las fotos y frunció el ceño. Finalmente, apartó las fotos.

—Entró aquí con una cojera que antes no tenía. ¿Me lo explica?

—Esa podría ser una pregunta para el oficial Jones.

Warnos apretó la mandíbula y su mirada se dirigió a la puerta. No le sorprendió.

Tampoco estaba contento. Diablos, tal vez el hombre tenía algo de integridad. Desde luego no era idiota. Sabía que las fotos y los cuerpos habían cambiado, pero no podía explicar cómo.

—Le diré algo, detective. Me gustaría hacerle algunas preguntas. Digamos cinco. Usted las responde, y yo le responderé cinco preguntas. Incluso sobre este caso. Sin abogado ni nada.

El detective se echó hacia atrás.

—Muy bien, adelante.

—¿Desde cuándo es detective aquí?

—Seis meses. ¿Qué cargo ocupa en esa ciudad suya?

—Una especie de alcalde.

—¿Un cargo electo?

—Digamos que puedo ser degradado si el pueblo no está contento conmigo. Y ya que no esperó su turno, le haré dos preguntas. ¿Dónde estaba antes, y qué pasó con el detective anterior?

—Florida. Y renunció.

Me di cuenta de que no dijo «se jubiló». Warnos claramente desaprobaba la marcha del detective.

—¿Me mintió sobre lo que hacías en la ciudad? —preguntó.

Consideré cuidadosamente su pregunta.

—Estoy aquí por provisiones, pero también he venido a recuperar una cosa. No malgaste una pregunta sobre qué cosa, porque no la responderé. Y no, no tiene nada que ver con esas dos mujeres muertas. ¿Qué relación tiene con el pueblo de al lado?

—No tengo relación con ellos, pero compran a menudo en la ciudad. ¿Qué le dijo su mujer cuando le visitó anoche?

Ah, así que los agentes habían confesado lo de sus visitas nocturnas. O quizá las cámaras los habían captado. Alcé las cejas.

—Es una pregunta personal. Está rabiosa porque me han detenido y descontenta por cómo me tratan. Cree que quizá intenta culparme de este asesinato.

—Tal vez su esposa y yo deberíamos tener una charla.

Resoplé.

—No se lo recomiendo.

—Tiene una pregunta más, Sr. Bishop.

La hice. Miré a la cámara y bajé la voz.

—¿Conoce bien a los agentes que trabajan con usted, detective?

—Nada bien —respondió inmediatamente—. Una última pregunta para ti. ¿Cambiaste de alguna manera los cuerpos de la morgue y las fotos de mi archivo anoche?

—Esa es una pregunta extrañamente específica. También suena bastante imposible de hacer, especialmente para alguien que estuvo en la cárcel toda la noche. Sin embargo, es una pregunta en la que mi abogado podría estar interesado. ¿Cuándo vendrá? ¿O debería dejarme en libertad y que ambos olvidemos que esto ha pasado?

El detective se puso de pie.

—Creo que aún no he terminado con usted.

Anna

No me pregunté por qué Kenzi llevaba una minifalda y un top sin mangas, pero sí puse los ojos en blanco cuando me los entregó. Era la noche siguiente y se nos acababa el tiempo para liberar a Jax y abandonar este lado de la Montaña.

Esta noche era la última noche que teníamos que enfrentarnos al gerente del hotel.

Cindy se había despertado llorando y temblando. Finn y Saul intentaban consolarla y ayudarla a curarse. Amelia y Kenzi estaban ansiosas por ayudarme con el recado de esta noche.

—¿Cuándo fue la última vez que te cepillaste? —se quejó Kenzi mientras tiraba del pelo con el cepillo—. A veces, no puedo creer que te eligiera a ti en vez de a mí.

—Cuando pasas de estar presa a casi morir a tener a tu pareja encerrada en la cárcel, ya me dirás qué lugar ocupa el cuidado del pelo en tu lista de prioridades —repliqué mientras hacía una mueca

de dolor. Sentía como si la jodía me estuviera arrancando el pelo de la cabeza.

Después de recogérmelo en una coleta suelta, dejé que me pusiera un poco de polvos en la cara y me mandó seguir mi camino. Tuve que acordarme de dejar de bajarme la falda. Tenía que parecer desesperada, no torpe.

Faltaba un minuto para que cerrara la oficina. Abrí la puerta y entré sigilosamente.

—¿Hola? —llamé vacilante—. ¿Hay alguien aquí? Sé que están a punto de cerrar, pero estoy desesperada.

Las palabras mágicas. Michael Jones asomó la cabeza por la puerta y me miró como si fuera un espejismo.

—¿Trabaja aquí? —pregunté vacilante—. Me llamo Anna. Me alojo en una de sus habitaciones. Sé que es tarde, pero necesito unos minutos de su tiempo.

—Por supuesto. Siempre estoy encantado de ayudar. Deme un minuto. —Desapareció en el despacho y volvió un minuto después. Sin duda tratando de cerrar su alijo privado de vídeos de mirones—. Déjeme cerrar aquí. Como ha dicho, se acerca la hora de cerrar. No queremos que venga nadie más.

Después de cerrar la puerta, dirigió toda su atención hacia mí.

—¿Anna, me dijo? Está con el grupo de Bishop, ¿correcto?

—Sí. Jax Bishop es mi marido. Estamos en el pueblo para echar un vistazo y ver si podemos encontrar en algunas cosas nuevas para añadir a nuestra tienda anual. Vivimos muy arriba en la montaña e intentamos comprar cosas al por mayor en la ciudad antes del invierno. Bueno, a usted no le importa nada de eso, ¿verdad? De

todos modos, ha ocurrido lo peor. Mi marido, el Sr. Bishop, ha sido arrestado por algo que no hizo en absoluto. No creo que la policía esté buscando a nadie más.

Michael asintió con compasión.

—Qué horror. ¿Quiere tomar algo? Tengo agua y refrescos atrás.

Me llevé la mano a la garganta.

—Sería genial, gracias. No sé si he bebido agua en todo el día. Estoy muy disgustada. El abogado del pueblo no está aquí, así que viene alguien de fuera. Estoy ya desesperada en este punto.

—Un momento. ¿Quiere pasar aquí conmigo? Tengo unos asientos aquí atrás.

—No, gracias. No quiero molestar más. Sólo el agua sería genial.

Con una sonrisa, se asomó por detrás y volvió con una botella de agua abierta un poco más tarde.

Como si fuera a beber eso.

La incliné hacia atrás, dejando que resbalara en mi boca antes de escupirla de nuevo en la botella y toser.

—Ay, perdón. Creo que me ha entrado mal.

Seguí tosiendo.

—¿Servilleta? —carraspeé—. ¿O toallita?

—Claro, claro. Deme un segundo —con los ojos muy abiertos, se apresuró a volver al despacho y yo vertí la mitad del agua en la maceta. Para cuando volvió, había fingido tenerlo bajo control.

Casi sonrió cuando vio mi botella de agua medio vacía.

—Siento lo de su marido. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Tiene cámaras de seguridad en la propiedad?

—Sí, señora. Para el aparcamiento y la fachada del hotel —dijo mientras hinchaba el pecho—. Nos enorgullecemos de la seguridad aquí.

Seguro que sí.

—¿Ha pedido la policía alguna grabación de ellos?

Michael negó con la cabeza.

—Lo siento mucho. No me parece.

—Claro que no. Están tan seguros de que es culpable. La policía no me dice nada, pero al final tendrán que decirme cuándo murieron esas pobres chicas. Mi marido estuvo conmigo toda la noche, y esas cámaras lo demostrarán. Usted estaría dispuesto a entregarlas, ¿verdad?

—Sí. ¡Por supuesto! ¡Para eso están! De hecho, podemos revisarlas ahora mismo si quiere. Vamos aquí atrás. ¿Se encuentra bien?

—No sé —parpadeé—. Me… me siento un poco mareada.

—Se mueves de un lado a otro. Va a perder el conocimiento. Debería sentarse.

—¿Por qué… por qué iba a perder el conocimiento? —me tambaleé hacia la izquierda y miré hacia el agua—. ¿Qué ha hecho?

—Drogarte, claro —su voz era tranquila y paciente—. Eres una mujer hermosa, sabes. Generalmente, cuando tengo mujeres hermosas, juego con ellas. Podría jugar contigo, aunque me han dicho que no lo haga. Pero ojos que no ven, corazón que no siente.

Me caí y él me agarró fácilmente. Yo sólo gemía y me agarraba al agua mientras él me arrastraba a la oficina de atrás.

—Mi… marido… —murmuré.

—Tu marido va a ir a la cárcel. Mi hermano se encargará de ello. Casi desearía que él no fuera a cargar con la culpa. Matar a esas mujeres me puso a tope. Mi hermano y yo acordamos que nos gustaría hacerlo de nuevo. Podríamos aterrorizar esta ciudad, pero por desgracia, no podemos llevarnos el mérito de esas mujeres. Se parecía mucho a ti. Por un segundo pensé que volvías de entre los muertos.

Fue muy servicial y hablador mientras me arrastraba a la oficina. Me soltó y se dio la vuelta.

—¿Qué coño…? —gritó.

Rápidamente, me puse en pie y cerré de un portazo la puerta del despacho.

—Hola, guapas —dije.

Las lobas de Amelia y Kenzi rugieron a modo de saludo mientras rodeaban a Michael. Él giró la cabeza hacia mí, pero yo le cerraba el camino.

—¿Qué coño está pasando? —preguntó nervioso.

Señalé el botón que adornaba la parte superior de mi falda. La cámara parecía ridículamente fuera de lugar, pero Finn y Saul estaban de acuerdo en que era poco probable que Michael se diera cuenta de que era una cámara. Estaría demasiado ocupado mirándome el escote.

—Lo que pasa, Michael, es que te tengo en cámara. Francamente, iba a conseguir pruebas de que me habías drogado. Para que no haya confusión, este es uno de esos ingeniosos detectores de drogas para violaciones —saqué el posa vasos del bolsillo y vertí un poco de agua de la botella sobre él. Se puso azul.

—Azul no es un buen color, Michael. De todos modos, esto no es tan necesario, considerando que confesaste mucho más en cámara. Matar a esas mujeres. Tendiéndole una trampa a mi marido. Tratando de hacer lo que sea que ibas a hacerme. Estás un poco solo, ¿verdad, Michael? Te encanta charlar.

Encontré la bolsita que había traído Kenzi. Puse la botella de agua abierta en un vaso de viaje y metí el vaso de viaje en una bolsa de congelar grande.

—Yo… lobos…

Amelia le dio un codazo y gritó. Giré la cabeza.

—¿Lobos? No seas ridículo. Estos son mis perros. Ay es verdad, no pagamos un depósito de mascotas. Ya lo arreglaré. Yo no haría ningún movimiento brusco, Michael. No les gustan los violadores —levantando la cámara de botón, me grabé abriendo el armario y encendiendo la alimentación de la película—. Cht, cht, Michael. ¿Cuánto tiempo llevas violando chicas? ¿Cuánto tiempo lleva tu hermano encubriéndote?

—Eh…

—No tienes que responder a eso. Estoy segura de que dirás que fue bajo coacción. Eso está bien. Hoy conseguí el correo del detective, y le voy a enviar todo este material directamente a él.

Kenzi me gruñó, molesta. La paciencia no era su virtud, y quería acabar de una vez.

—Todo listo. Ahora sólo tenemos que prepararte para el detective —saqué unas cuerdas y cadenas de mi mochila y le miré—. He visto algunos de esos vídeos. Esto te gusta, ¿no?

Por mucho que todos quisiéramos torturar a Michael, Jax quería seguir las reglas, así que para cuando lo tuve atado con una nota prendida a la camisa, no tenía ni un rasguño ni una marca de mordisco.

Hice una búsqueda rápida de cámaras pero no encontré nada. Eso no me sorprendió ya que Michael probablemente estaba haciendo alguna mierda bastante desagradable allí.

Recogí la ropa de Kenzi y Amelia, que se transformaron fuera de la vista de Michael. Le entregué todas las pruebas a Amelia, que sonrió.

—Todo esto apesta, pero eso ha molado.

—Estoy de acuerdo. Mira de dárselo al detective, no al hermano del gilipollas. Saul vigilará la oficina para asegurarse de que nuestro adorable pollito atado no se escape.

Kenzi se dirigió a la habitación, pero oí un pequeño susurro.

Mi nombre.

Era mágico. Me quedé inmóvil y me giré. Un resplandor emanaba de la esquina trasera del aparcamiento.

—Kenzi.

—¿Qué? —Se dio la vuelta—. ¿Qué pasa?

—¿No oyes eso? —Olfateé el aire—. ¿O hueles eso?

—No —entrecerró los ojos—. Pero lo veo. ¿Qué es?

—La bruja de Emerson. Está diciendo mi nombre. —Mágicamente. Aunque era una voz, su magia me rozó, rodeándome antes de que pudiera disiparla.

Da miedo.

—¿Qué estáis haciendo? ¡No vamos a ir ahí! ¡Joder, Anna! —Con un silbido, se juntó a mí—. ¿Has perdido la cabeza?

—Está aquí sola. Quiero saber lo que tiene que decir.

Nos acercamos a ella y apagó la luz que brillaba sobre su cabeza. Al instante, sentí que la magia se debilitaba a mi alrededor. Fuera lo que fuera esa luz, la utilizó para llegar hasta mí. Yo tenía preguntas.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a traerte una advertencia —mirando más allá de mí, a la oficina, sus ojos se volvieron de un blanco lechoso—. Aunque veo que estás en camino de liberar a tu compañero. No eres una fuerza para ser tomada a la ligera, ¿verdad?

—¿Cuál es la advertencia?

—Emerson y cuatro de sus guardias van a volar la comisaría. Puede que mate a tu compañero, puede que no, pero sin duda le va a herir.

—Trae a los otros —le dije a Kenzi—. Ahora.

Joder, sabía que Emerson no dejaría las cosas como estaban.

—¿Por qué nos dices esto? —le pregunté.

Me dedicó una extraña sonrisa.

—Los objetivos de Emerson y los míos ya no coinciden. Se ha obsesionado demasiado consigo mismo, y sus últimas acciones demuestran que ya no se puede confiar en él.

—No me digas. Podría habértelo dicho yo. ¿Y cuáles son exactamente tus objetivos?

En lugar de responder, empezó a levitar.

—Estoy deseando volver a verte, Anna. A ti y a Janelle.

Con eso y un parpadeo, salió de la existencia.

Me di la vuelta y corrí.

Jax

Los sonidos de la violencia me llegaron antes que el olor de la sangre. Pateé la celda ante el grito de auxilio del detective. Me costó casi cinco buenas patadas antes de romper la barra, y abrir la puerta trasera de un tirón no fue nada.

El agente Jones tenía al detective Warnos en el suelo y estaba a punto de matarlo. El gerente del hotel estaba indefenso, con las manos atadas a la espalda. Cuando irrumpí en la habitación, el agente Jones se giró y disparó. Esquivé la bala y me abalancé sobre él.

—Qué cojones —gritó el agente. Volvió a disparar y una bala me desgarró el hombro.

Ignorándolo, le arranqué la pistola de las manos y la lancé al otro lado de la habitación. Levantándolo, lo estampé contra el escritorio.

—Bishop, no le mates —gritó Warnos mientras se ponía en pie. Metió la mano bajo el escritorio, cogió otra pistola y se volvió para apuntarme. Sujeté a Jones con una mano y le miré expectante.

Con un grito, el gerente se dio la vuelta e intentó huir. Warnos le hizo tropezar fácilmente y le apuntó con la pistola.

—¿Cómo has salido? —me preguntó.

—Gracias, Bishop, por salvarme la vida. De nada, detective —dije sarcásticamente—. ¿Qué está pasando aquí?

El detective parecía desgarrado antes de agacharse con una mano y levantar al gerente.

—Tengo una tonelada de correos esta noche con pruebas suficientes para enviar a estos dos a la silla eléctrica.

—¿Asesinaron a tus dos mujeres muertas? ¿O son cuatro mujeres muertas?

—Cállate, Bishop —gruñó Warnos y se dirigió a la celda—. Dame un segundo para cachear a ese y podremos meterlos en las celdas.

—Una celda.

—No, me gustaría tenerlos separados. —Warnos abrió la puerta, entró en la zona de detención y se detuvo en seco. Mi celda estaba hecha pedazos.

—Pero una celda sirve, supongo.

—Material de muy mala calidad. Deberían iniciar una investigación —dije suavemente—. De aquí escapa cualquiera.

El detective tardó veinte minutos en procesar a los dos hombres. Cuando terminó, me miró a mí y frunció el ceño. Te han disparado. Voy a llamar al médico.

—No es necesario. —Estaba ansioso por ser liberado oficialmente—. Si firma el papeleo diciendo que puedo irme, no tendrá que preocuparte por mí nunca más.

—Mierda, al menos déjame coger el botiquín.

—Detective, tengo una esposa a la que atender. No me apetece jugar a los médicos con usted ahora mismo. No se preocupe. Estaré encantado de firmar un papel diciendo que no voy a demandar al departamento por detención ilegal o a su sucio policía por dispararme. Sólo quiero poder salir de aquí sin preocuparme por ser un fugitivo.

Warnos volvió a mirar hacia la puerta de las celdas de detención.

—Tengo preguntas.

—Le daré mi móvil personal, y puede llamarme. Deme mis cosas, detective. Ahora —puse un poco de fuerza en mi voz, y sus ojos se abrieron de par en par.

—De acuerdo. Déjame coger los papeles. No puedo dejar la comisaría hasta que llegue el jefe de policía, aunque probablemente me despedirá por esto. Estoy bastante seguro de que él tampoco está precisamente limpio. —Siguió murmurando, sacó los papeles y encendió el ordenador.

Fue entonces cuando sentí la primera sensación de frío. Con un grito ahogado, retrocedí y miré a mi alrededor. Magia. Eso tenía que ser magia. ¿Estaba a punto de ser atacado en campo abierto?

—¿Bishop? ¿Está bien?

El frío empezó a calentarse lentamente y encontré el origen. El vínculo de apareamiento.

Entonces, el dolor se extendió por todo mi cuerpo, y lo supe. Anna estaba en problemas.

—Tengo que irme —gruñí, corriendo hacia la puerta.

—¡Mierda, Bishop! ¿Dónde coño va? Necesito su firma. Joder.

Llegué al aparcamiento antes de que se oscureciera el lazo. Casi me caigo, pero seguí adelante. Seguí empujando hasta que me pude transformar y encontrar a mi pareja.
Encontrarla antes de que muera.

FIN

¿QUIERES SEGUIR LEYENDO SOBRE ESTA PAREJA?

Haz clic aquí para leer una escena exclusiva.